

El honor de  
**Preston**

Mia Sheridan

*Phoebe*

# El honor de Preston

Mia Sheridan

Traducido por María José Losada



*Phoebe*

Título original: *Preston's Honor*

Primera edición: marzo de 2018

Copyright © 2017 by Mia Sheridan

Published by arrangement with Bookcase Literary Agency and Brower Literary and Management

© de la traducción: M<sup>a</sup> José Losada Rey, 2018

© de esta edición: 2018, Ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

[phoebe@phoebe.es](mailto:phoebe@phoebe.es)

ISBN: 978-84-16970-62-9

BIC: FRD

Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*Este libro está dedicado a John,  
cuyo honor siempre salía del corazón.*

# Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CONTENIDO EXTRA

## GÉMINIS

Castor y Pólux eran los hijos gemelos de Zeus y Leda. A pesar de que Castor era mortal y Pólux no, los hermanos se llevaban muy bien y lo hacían todo juntos. Por desgracia, en el transcurso de una batalla, Castor murió y Pólux, con el corazón roto, le rogó a Zeus que le arrebatara también la vida. Zeus, impactado por aquella muestra de amor fraterno, colocó en el cielo sus imágenes como la constelación de Géminis. Destaca en el firmamento por sus dos luces brillantes, que están juntas para toda la eternidad entre las demás estrellas.

## PRÓLOGO

### ANNALIA

Sujeté el volante con fuerza mientras atravesaba Linmoor, un pequeño pueblo agrícola situado en Central Valley, en California. Un lugar al que todavía consideraba mi hogar a pesar de que no había vivido allí durante los últimos seis meses.

En la calle mayor reinaba un ambiente acogedor, típico de cualquier atardecer un cálido viernes de primavera. Había muchas parejas paseando de la mano; algunas empujaban cochecitos mientras se reían, otras personas reñían a sus hijos porque se habían alejado demasiado. La joyería Claymoor quedaba a la derecha, y el almacén de Reid's a la izquierda. Todo estaba igual y, a la vez, diferente. Linmoor era el pueblo en el que había nacido y crecido, era el lugar donde todavía residía un pedazo de mi corazón. Noté una opresión en el pecho y respiré hondo para no dejarme llevar por una repentina oleada de pánico y ansiedad y hacer todo lo posible para contenerla. Había llegado ya muy lejos, así que bien podía ir más allá.

Unos minutos después, aparqué el coche frente al pequeño *diner* que había al final de la calle y apagué el motor. Volví a tomar aire varias veces intentando calmar mis nervios antes de salir del vehículo. Me envolvió la suave brisa de la tarde, que olía a polvo y asfalto, así como a fritanga proveniente del edificio que tenía delante.

Me acerqué con firmeza a la puerta y la abrí. Recorrí el restaurante con los ojos rápidamente hasta que vi a Preston sentado en una mesa, cerca del fondo del local. La corriente sanguínea se me aceleró en las venas al ver sus anchos hombros y su pelo dorado, y sentí las manos frías y húmedas, sin embargo, alcé la barbilla y me acerqué directamente a él. Podía hacerlo. Tenía que conseguirlo.

Supe perfectamente en qué momento me vio, no solo por la forma en la que elevó la cabeza, sino por la corriente eléctrica que me recorrió de pies a cabeza. Al parecer ni el tiempo, ni la distancia ni todo el equipaje que llevábamos sobre nuestros hombros lograban poner fin a eso.

«¡Maldito seas! ¡Maldito seas! ¡Maldito seas!».

No pude controlar el ligero estremecimiento que me recorrió, haciendo que diera un paso en falso. Miré el suelo, fingiendo que había tropezado con algo y que eso era lo que me había hecho tambalearme, aunque las baldosas estuvieran limpias, secas y libres de residuos resbaladizos.

El estruendo de las voces pareció disminuir mientras atravesaba el espacio que nos separaba, haciendo que todas las cabezas se giraran a mi paso y que una palpable tensión descendiera sobre la habitación. O quizá solo estaba siendo víctima de mis propias emociones y las identificaba con los clientes. Nunca me había sentido cómoda entre la multitud, y en este momento me sentía todavía peor. Oí que alguien decía mi nombre en tono de incredulidad, y cómo otras voces le respondían con susurros. Unos pasos más y me detuve ante Preston.

Él se reclinó en el respaldo lentamente al tiempo que apoyaba un brazo en el borde del reservado. Me recorrió de arriba abajo con la vista hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Su postura era de indiferencia absoluta y mostraba una expresión neutra, aunque fui plenamente consciente de la intensidad con la que ardían sus ojos azules. Nunca se me había dado bien leer lo que ocultaba Preston detrás de aquella fría mirada, y en ese momento estaba demasiado alterada para intentarlo siquiera.

—Hola, Preston.

—Lia.

Nos miramos el uno al otro durante lo que me pareció demasiado tiempo. Éramos dos personas concentradas en un enfrentamiento personal lleno de emociones, pero si Preston se había quedado sorprendido al verme aparecer, no lo estaba demostrando.

—He ido a tu casa. Tu madre me ha dicho que te encontraría aquí.

Si eso era posible, me pareció que se distanciaba más. Clavó la mirada en mí durante unos segundos antes de soltar un suspiro.

—No creo que se alegrara de verte.

Su gélido desdén me dejó helada, y me rodeé la cintura con los brazos como si así pudiera darme calor. No, su madre no había parecido encantada de verme precisamente. Cambie de posición, moviendo los pies, y sentí el primer estremecimiento de pesar al recordar el pasado, al pensar en lo que sentía Camille Sawyer por mí, en lo que habíamos ganado y en aquello que había perdido. En todo lo que había ocurrido hasta traernos a este terrible momento. No podía permitirme sentir tristeza. Podía manejar el anhelo que me había anudado las entrañas al ver a Preston... Había vivido con esa sensación durante la mayor parte de mi vida. Pero no soportaba el dolor. Por favor, eso no.

—No. Ya sabes que no. —«¿Y tú, Preston? ¿No vas a preguntarme dónde he estado? ¿Es eso importante para ti o me odias tanto que no te preocupa lo más mínimo?».

Recorrí con los ojos el rostro de Preston, pasando por la fuerte mandíbula y los cincelados pómulos, los labios sensuales y los serios ojos azules. No había dos caras como antes... Dos caras a las que había amado, aunque de diferente manera. Aunque Preston siempre había sido el único. Siempre.

«No pienses en eso, Lia. No lo hagas. Contrólate».

—Quiero... verlo...

Sus ojos brillaron y sus fosas nasales se dilataron un poco, pero no dijo nada. Retiró el brazo del respaldo donde lo había apoyado y movió el salero y el pimentero sin ninguna razón aparente.

—No.

Di un paso tambaleante hacia él, poniendo las manos encima de la mesa e inclinándome hacia él.

—Tengo derecho a ver a mi...

—Una mierda —me interrumpió apretando los dientes mientras me miraba. La emoción que asomaba ahora a sus ojos era ira helada—. Renunciaste a cualquier derecho el día que te largaste del pueblo sin ni siquiera un «hasta luego».

Retiré las manos de la mesa y me enderecé, poniéndome recta de nuevo mientras me mordía el labio. Miré a nuestro alrededor; al menos veinte pares de ojos estaban clavados en nosotros. Volví la vista hacia Preston de nuevo, con el estómago tenso por el dolor y la vergüenza. Sabía lo que pensaban de mí, lo que siempre habían pensado de mí. Algo que les había demostrado a base de bien.

—Por favor, Preston. Quería... quería hablar antes contigo. Preguntarte cuál es el mejor momento para no interrumpir su horario...

—Me parece todo un detalle que me tengas en cuenta.

Respiré hondo.

—Eres su padre... —Me miraba de una forma... ¡Oh, Dios, tenía que haberlo esperado! Incluso sabía que me lo merecía. Entonces, ¿por qué era la causa de que el corazón se me rompiera de angustia?

Oí un susurro en algún lugar a mi espalda, y capté una parte de lo que decía: «... abandonó a su propio bebé. ¿Qué clase de madre hace eso?».

Mi propia amargura y mi resentimiento, incluso los nervios, abandonaron mi cuerpo, dejándome una sensación de cansancio y desesperanza. Necesitaba aquella amargura, necesitaba el resentimiento. A pesar de la vergüenza, traté de recuperarlos sin conseguirlo. Noté que se me hundían los hombros bajo el peso

de la derrota emocional.

—Por favor, Preston. Sé que tenemos mucho de qué hablar. Pero solo quiero verlo. Por favor. También es mi hijo —añadí en voz baja.

Clavó de nuevo los ojos en el salero, y noté que apretaba los dientes. Esperé a que reaccionara sin moverme, sin decir una palabra. Cuando levantó la vista fue solo para mirar a su alrededor como había hecho yo unos momentos antes. Pareció que eso también lo tranquilizaba un poco. Nuestras pupilas se encontraron de nuevo.

—Puedes venir el domingo por la mañana. A las nueve.

Me dio un vuelco el corazón. Sentí un profundo alivio, felicidad y no poca sorpresa. No había esperado que accediera a mi petición tan rápido. De hecho, contaba con tener que suplicárselo antes de conseguirlo.

—Gracias. —Pensé que era mejor que me fuera antes de que cambiara de opinión, así que asentí moviendo la cabeza y luego me di la vuelta para andar con rapidez hasta la puerta.

Preston no trató de detenerme.

Se había levantado brisa, y me impactó contra la cara cuando salí. Respiré hondo varias veces antes de andar hasta el coche. Cuando estaba alejándome, miré por la ventanilla y vi a Preston de pie cerca de la puerta, pagando la cuenta. Volvió la cabeza y nuestros ojos se encontraron de nuevo a través de los vidrios y, a pesar de la distancia que nos separaba, pude sentir otra vez aquel estremecimiento tan familiar. Igual que yo, las sensaciones habían regresado de nuevo. Solo me preguntaba cuánto dolor podría soportar esta vez.

## PRESTON

Permanecí sentado en la *pickup*, todavía aparcada delante del *diner*. Apoyé la cabeza en el respaldo y sujeté el volante con manos temblorosas. «¡Joder!». Mi corazón seguía acelerado dentro del pecho por culpa de la sobredosis de adrenalina, que había empezado a disminuir después de su marcha.

«Lia».

Estaba de vuelta y había ido directa al *diner* de Benny como si nunca se hubiera marchado. Se había acercado a mí para exigirme que le permitiera ver a nuestro hijo como si solo hubiera estado fuera un fin de semana y no hubiera desaparecido sin dejar rastro durante casi seis meses. ¡Maldita fuera! No estaba preparado. Una risa sin humor salió de mi garganta, y terminó en un gemido de

dolor. ¿Alguna vez había estado preparado para Lia? Seguía siendo la chica que me hacía sentir noqueado sin ni siquiera proponérselo. Y saberlo me dejaba un sabor amargo en la boca, porque me había abandonado haciéndome pasar seis meses de pura agonía tratando de averiguar dónde estaba, si seguía viva.

Cuando finalmente había comenzado a aceptar que no quería que la encontrara, ella había regresado. Maldije por lo bajo. No podía enfrentarme ahora a esto; era un hombre responsable con una granja que atender y un bebé del que ocuparme. Nuestro hijo.

«Estoy... embarazada. Sé que no te va a hacer muy feliz».

Las palabras inundaron mi mente, haciéndome recordar cómo le temblaba la voz cuando me las soltó. En ese momento fueron como un golpe en el estómago. No había sabido qué responderle, ni cómo, porque la verdad era que la noticia me había emocionado, pero también me había roto el corazón.

Me sequé las manos sudorosas en las perneras de los vaqueros mientras soltaba un largo suspiro. ¿Había regresado para quedarse? ¿Debía confiar en ella? ¿Podría hacerlo? ¿Cómo no iba a pensar que podría irse cualquier día? Sentí un nudo en la garganta. No podía pasar por eso otra vez. «No podía». Le permitiría ver a Hudson, y luego le pondría unos límites, para que no llegara a estar muy unido a ella por si acaso se largaba de nuevo.

Sentí de nuevo el dolor y el resentimiento que habían llenado mi pecho cuando descubrí que me había abandonado. Sin escribirme una nota. Sin una explicación. Solo se había... ido..., esfumado. No era como si yo no tuviera culpa de nada, era consciente de que también le había hecho daño. Pero yo no me había largado, me había quedado y si ella también lo hubiera hecho, quizá habríamos podido...

—Oh, joder... —murmuré, poniendo en marcha la *pickup*, negándome a meterme en esa rueda de pensamientos otra vez. Me negaba a torturarme.

Sin embargo, mientras me dirigía a casa, no pude dejar de pensar en ella. En su aspecto, en cómo olía; había percibido su aroma cuando se inclinó hacia mí incluso sentado ante la mesa. Había captado el dulce y leve olor que emanaba de ella y, a pesar de mi ira y de la sorpresa por verla allí, había empezado a excitarme. Gracias a Dios que la mesa lo había ocultado. La prueba de que todavía la deseaba con tanta desesperación a pesar de todo había hecho aumentar mi resentimiento. ¡Dios, era estúpido!

Lia seguía siendo la misma, aunque llevaba el pelo un poco más largo y estaba más delgada que cuando me había abandonado. Sin embargo, sus rasgos continuaban siendo impresionantemente hermosos. Como si eso fuera a cambiar

en algún momento. Lia poseía el tipo de belleza que duraría hasta que tuviera noventa años. Era como si Dios hubiera decidido hacerla hermosa eternamente. Siempre me sentía un poco aturdido cuando la miraba, como si no pudiera acostumbrarme al efecto que provocaba en mí. Y para mi desgracia, nada había cambiado.

El largo cabello oscuro le caía sobre la espalda en una sedosa cascada de rizos; conocía su suavidad porque había aferrado esos mechones mientras me hundía en su apretado cuerpo.

«¡Basta ya, Preston! No sigas por ese camino».

Sus ojos tenían forma de almendra, ligeramente rasgados y enmarcados por exuberantes pestañas. Coronados por unas cejas delicadamente arqueadas, poseían un color que no había visto en nadie más, un tono verde pálido que de cerca se convertía en anillos concéntricos de color azul oscuro, verde, dorado y azul claro. Conocía de memoria cada mancha, cada línea de esos ojos. Eran tan maravillosos bajo la luz del sol como en una noche estrellada. Y todavía parecían más impresionantes por el contraste que suponían con su piel bronceada.

Y luego estaban esos labios gruesos y jugosos con un lunar cerca de la comisura. Recordaba haber fantaseado con lamerlo cuando era un adolescente. Había soñado con esos labios y ese lunar tan sexy mientras me masturbaba en la oscuridad de mi dormitorio. No pude reprimir el escalofrío que me recorrió de pies a cabeza, a pesar de la ira que lo siguió. No pensaba volver a tener fantasías con Annalia nunca más.

Me obligué a apartar de mi mente los detalles de su rostro. Pero solo conseguí dejar de pensar en ellos durante un momento; había pasado demasiado tiempo desde que lo había visto. Una parte de mí todavía tenía dificultades para creer que había vuelto, era como si me hubiera quedado dormido un momento y hubiera soñado con ella. Debía permitirme repasar los detalles de su cara porque tenía que enfrentarme a la realidad. Lo necesitaba para luchar contra ella. Era necesario que reconociera que Lia siempre había sido mi punto débil, y, al parecer, eso era algo que no había cambiado ni siquiera después de que me hubiera traicionado.

# 1

## ANNALIA

A LOS ONCE AÑOS...

¡Oh, Dios, era de color naranja! De un naranja brillante. ¡No, no, no! ¡Oh, no! Me quedé mirándome en el espejo fijamente con una expresión de horror en la cara que añadía una nota todavía más ridícula a la imagen que se reflejaba en él.

«Mamá me va a matar».

O peor, me lanzaría esa mirada con la que siempre me recordaba la terrible carga que yo suponía para ella. Hundí los hombros y parpadeé para contener las lágrimas. Yo solo quería ser rubia como Alicia Bardua. Recordé su pálida melena lisa y luego volví a mirar mis brillantes rizos anaranjados con un gemido de pesar.

Un rápido vistazo al reloj hizo que se me acelerara el corazón. Mi madre iba a llegar en cualquier momento y no podía permitir que me viera el pelo así, no soportaría la expresión de horror que aparecería en su rostro cuando atravesara la puerta. Debería estar acostumbrada a ella, suponía, pero no conseguía hacerlo. Su desprecio siempre me dolía. Y hoy no podría soportarla. No podía olvidar el momento en que había visto a mi madre arrodillada delante del santuario de la Virgen de Guadalupe, patrona de México, rezando para que la Señora le pidiera a Dios que arrancara al diablo de su vida. Y el diablo era yo.

«No, hoy no puedo pensar en eso».

Me incliné junto a la colchoneta hinchable que usaba para dormir y revolví dentro de la caja donde guardaba la ropa —la caja que había servido en su momento para transportar piña Big Island de calidad superior—, y saqué un pañuelo. Me lo puse sobre el pelo y metí todos los mechones debajo de la tela antes de salir al exterior, bajo los intensos rayos del sol.

Cuando perdí de vista la pequeña casa, empecé a andar más despacio. Me detuve para recoger una mariquita de una brizna de hierba y observé cómo me recorría un nudillo antes de empezar a volar. Me hice un anillo con el tallo de una flor y le di una patada a una piedra antes de continuar avanzando por el

camino durante un rato.

Como siempre, acabé ante la valla rodeada de árboles de la propiedad de los Sawyer y me puse a mirar por encima de ella mientras me invadía una sensación de melancólica felicidad. Me recreé en la imagen de la vasta hacienda, en los acres y acres de verdes hileras verdes de campos llenos de fresas, lechugas, melones, espárragos, brécol, repollo, zanahorias, tomates y pimientos, en las enormes montañas que parecían pequeñas en la distancia. ¿Cómo sería vivir en un lugar así? ¡Debía de ser genial! Allí todo era grande y hermoso, desde los árboles y la casa hasta las tierras. Levanté la vista hacia el sol con los ojos entrecerrados. Hasta el cielo parecía más grande aquí. Y cuando llegara la noche, si todavía siguiera tumbada bajo aquel roble que solía visitar con frecuencia, la luna y las estrellas se verían también más grandes.

Recordé el interior de mi casa, con las colchonetas de aire llenas de parches, y las paredes llenas de agujeros. La pequeña mesa con dos sillas, el suelo sucio, la alfombra raída y los viejos electrodomésticos alineados contra la pared del fondo formando una improvisada cocina. El cuarto de baño era solo un pequeño y destartado inodoro, una ducha de plástico y un lavabo, ocultos detrás de la cortina que habíamos colgado del techo.

Nuestra casa había sido, en realidad, un pequeño cobertizo para almacenamiento de material en la granja vecina a la de los Sawyer. Pero los propietarios había dividido las tierras y había vendido las nuevas parcelas como si fueran granjas más pequeñas. Los nuevos ocupantes habían alquilado las dependencias de la propiedad a los trabajadores agrícolas.

Apoyé la mejilla en los brazos que había cruzado sobre la valla y miré la inmensa hacienda que se extendía ante mí. Pensé en Preston y Cole Sawyer, los gemelos que vivían allí, y no pude evitar sonreír. Si alguien merecía vivir en un lugar como la granja de los Sawyer eran ellos.

Los gemelos eran geniales. Cole siempre estaba riéndose y gastándome bromas, y Preston... Preston, con aquellos ojos serios y la forma que tenía de inclinar la cabeza para mirarme directamente a los ojos mientras me hablaba, conseguía llenarme el corazón con cada una de sus inusuales sonrisas. Recordé la especie de escalofrío que me bajaba por la espalda cada vez que Preston Sawyer me sonreía, antes de estirarme y acercarme al roble para sentarme bajo sus ramas, sobre las hojas caídas.

Aquí era donde venía a soñar. A escapar.

Y ahora tendría que quedarme aquí para siempre. No iba a poder enfrentarme a nadie con el pelo así. Me pregunté cuánto tiempo tardaría en crecer de nuevo y si

podría permanecer escondida todo ese tiempo entre las hileras de verduras, comiendo en la oscuridad de la noche como un conejo de pelaje rojo. Conocía la disposición de las filas tan bien como cualquiera de los trabajadores, y sabía qué camino debía seguir si quería encontrar el tomate más jugoso o una zanahoria dulce y crujiente.

Mi madre había trabajado aquí hacía años, recogiendo la cosecha con el resto de los emigrantes que cultivaban la tierra. Sin embargo, ya no hacía trabajos agrícolas. Cuando había estado inclinada sobre la tierra todo el día, bajo un sol de justicia, recogiendo fresas, se le había dañado la espalda. Las llamaba «*la fruta del diablo*<sup>1</sup>». Y yo ni siquiera podía ver una fresa sin sentir una punzada de simpatía por ella.

Ese era mi primer recuerdo de la granja de los Sawyer: seguir la figura encorvada de mi madre mientras empujaba un carrito entre las hileras de cultivos, embalando las fresas en envases de plástico donde debían encajar a la perfección. Con el tiempo, cada vez me había alejado más de ella, y así era como había conocido a Preston y a Cole. Habíamos empezado a jugar juntos, razón por la que había llegado a adorar ir a trabajar con mi madre; también había llegado a amar la tierra y la pacífica sensación que me provocaba estar cerca de ella.

Por eso seguía regresando allí a pesar de que mi madre trabajaba ahora en un desagradable motel que había junto a la carretera. Aparté ese pensamiento de la cabeza con un estremecimiento de repugnancia. Habían contratado a mi madre para que limpiara las habitaciones, y yo la ayudaba a veces, cuando le dolía mucho la espalda, pero no importaba lo mucho que nos esforzáramos: jamás conseguíamos que ese lugar quedara realmente limpio.

Levanté la cara hacia el sol, llenándome los ojos con el limpio y puro azul del cielo abierto en vez del tono ocre de la tierra del camino. El sol se colaba entre las hojas del árbol, creando un juego de luces y sombras sobre la piel desnuda de mi brazo mientras lo sostenía delante de mí. Lo giré lentamente para ver cómo bailaban sobre él.

Comenzó a hacer más calor y luego bajó un poco la temperatura cuando unas nubes se movieron perezosamente formando un perro en el cielo. Luego se convirtieron en un loro y en el pie de un gigante con tres dedos.

Vi cómo una fila de hormigas transportaba una semilla y me pregunté qué se sentiría cuando formabas parte de una gran familia cuyos miembros trabajaban juntos y se apoyaban. ¿Sentirían amor las hormigas?

Un sonido me arrancó de mis pensamientos. Miré a mi alrededor, esperando ver una ardilla o un pájaro en el tronco, y no a los dos muchachos que corrían

por el patio hacia mí. Me dio un vuelco el corazón, y mi primera reacción fue sonreír al ver sus caras idénticas.

Me di la vuelta, empezando a incorporarme, pero de repente recordé el desastre en el que se había convertido mi pelo. «¡Oh, no!». Gemí al ser consciente de que ahora no tenía forma de escapar. Solo podía rezar para que no se dieran cuenta de qué me pasaba. Ya de pie, me coloqué bien el pañuelo y salí de detrás del árbol con la cabeza inclinada hacia un lado mientras les sonreía.

Al acercarse, Cole estaba sonriendo de esa forma que siempre me hacía pensar que tenía un secreto enorme, y Preston estaba tan serio como de costumbre.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Es que vivimos aquí, ¿recuerdas? —La sonrisa de Cole era amable y fluida mientras apoyaba los brazos en la valla de madera—. Estábamos en el tractor y hemos visto algo rojo detrás del árbol. Se nos ha ocurrido que podías ser tú. —«¡Oh!». Menudo golpe de mala suerte. No se me había ocurrido que nadie pudiera verme escondida detrás del tronco de un árbol tan grande.

Todavía jugábamos juntos de vez en cuando si me acercaba y ellos estaban en el patio, pero sabía que a su madre no le gustaba que estuvieran conmigo, y ahora me acercaba con menos frecuencia por allí, dado que mi madre había dejado de trabajar en la granja. No podía presentarme y llamar a la puerta como si tal cosa.

«Dile a esa cría mexicana de pies sucios que se vaya a su casa», le había oído decir a la señora Sawyer un día. Me había hecho sentir avergonzada, triste y muy, muy pequeña.

Últimamente me consideraba demasiado mayor para jugar al escondite, a las alturas y a los demás juegos que nos gustaban, y suponía que a ellos debía de pasarles lo mismo, ya que eran tres años mayores que yo. Por lo que me había dedicado a estar sentada yo sola en los límites de su propiedad, lo suficientemente cerca para disfrutar de ella, pero lo bastante lejos para saber que no los molestaría.

—¿Por qué te has puesto ese pañuelo? —preguntó Cole, saltando la valla con facilidad.

Me encogí de hombros mientras Preston se unía a nosotros. Tiré de la tela que me cubría la cabeza sobre la oreja más cercana a Cole para que no me viera la parte posterior de la cabeza, por donde sobresalía el pelo de color naranja.

—Quería probar un nuevo *look* —respondí, tratando de que no se me notara el nerviosismo en la voz.

—Mmm... —respondió Cole, valorándolo—. Bueno, me parece un poco tonto.

Estás mejor sin él. —Alargó el brazo y me quitó el pañuelo de la cabeza, haciendo que soltara un grito y que levantara las manos para intentar volver a agarrarlo. Pero era demasiado tarde. Percibí que los dos chicos contenían el aliento.

Moví los ojos lentamente de la frágil pieza de tejido que Cole sostenía en su mano hasta su cara, donde había aparecido una mirada de asombro absoluto. Noté que la vergüenza me subía por el cuello y hacía que me ardieran las mejillas.

Cole se limitó a mirarme con la boca abierta durante un minuto antes de señalar mi pelo.

—Eso es... ¿Qué te ha pasado? —Entrecerré los ojos y miré a Preston, que también tenía la vista clavada en mi pelo con expresión de sorpresa.

Noté las lágrimas escociéndome en los ojos, y antes de ponerme a llorar delante de ellos, arranqué el pañuelo de la mano de Cole y me alejé, pisando con furia la hierba de color ocre.

—Annalia —me llamó Preston. Me agarró por el brazo, y me volví hacia él, dispuesta a decirle que me dejara en paz—. Espera.

Traté de sentirme rabiosa, pero la mirada de preocupación que vi en el rostro de Preston consiguió que la opresión que sentía en el pecho me subiera a la garganta, ahogándome, lo que me llevó a emitir un hipido. Las lágrimas que había intentado mantener a raya inundaron mis ojos, por lo que me volví con rapidez con intención de alejarme de nuevo.

—Oye, oye... Espera —repitió Preston, alcanzándome—. ¿Cómo te ha ocurrido eso?

Me detuve.

—Me lo he hecho yo, ¿vale? —Subí los brazos en el aire y los dejé caer—. Lo he intentado. —Miré a Cole, que se acercaba a nosotros—. Quería ser rubia, pero no ha funcionado, ¿de acuerdo?

Cole resopló con suavidad y Preston le lanzó una mirada de advertencia antes de volver la vista hacia mí.

—¿Por qué quieres ser rubia, Lia? —Parecía tan completamente desconcertado que me sentí estúpida y todavía más sola. Ellos jamás entenderían lo que suponía desear ser otra persona. Lo tenían todo: una casa enorme y preciosa, unos padres que los querían y que no rezaban deseando que no hubieran nacido. Adoraban su hogar tanto como yo quería marcharme del mío. Lo cierto era que pasaba más tiempo fuera de casa que allí, porque casi no podía soportar estar en ella.

Suspiré y me encogí de hombros. No se me ocurrían las palabras precisas para

explicárselo a Preston, e incluso aunque las conociera, no lo habría hecho.

—No lo sé.

Él también suspiró y se quedó mirándome durante un buen rato.

—¿Te gusta?

—No.

Asintió con la cabeza mientras se mordisqueaba el labio inferior. Sus tirantes brillaron bajo el sol antes de que me cogiera la mano para obligarme a seguirlo.

—¿Qué...?

—Venga, ven, ¡vamos a arreglarlo!

—¡Eh!, ¿a dónde vais? —preguntó Cole.

—Vamos a solucionar lo del pelo de Lia —dijo Preston. Tropecé con una piedra en el suelo y me agarré con fuerza de la mano de él para no caerme.

—¿Por qué? Podríamos pintarla como a un payaso y hacer que asustara a la gente.

Miré a Cole con irritación por encima del hombro y luego giré la cabeza con rapidez.

—¡Eh, Annalia, solo estaba de broma! —gritó—. ¡Preston, tenemos que ayudar a papá!

—¡Cúbreme! —le pidió Preston con expresión de firmeza, acelerando el paso de tal manera que tuve que correr para mantenerme a su altura. Por el rabillo del ojo, vi que Cole había saltado de nuevo la valla para correr en dirección opuesta, dispuesto a hacer lo que les había mandado su padre.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté a Preston.

—Espérame aquí —me dijo, soltándome la mano para dejarme cerca del lateral de su casa, escondida detrás de una fila de arbustos de lilas que inundaban el aire con su olor. Corrió hacia la puerta de atrás, entró y cerró con cuidado la mosquitera. Mientras lo esperaba, me puse de nuevo el pañuelo en la cabeza para ocultar el pelo. Volvió unos minutos después y me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

—¿A dónde vamos?

—Al pueblo. La peluquera de mi madre, Deirdre, trabaja en la calle mayor.

—No tengo dinero.

—Yo sí. —Se tocó el bolsillo.

—No pienso permitir que gastes tus ahorros en arreglarme el pelo, Preston Sawyer. —La mera idea me hacía sentir avergonzada.

Cogió la bicicleta y me hizo un gesto hacia el manillar.

—En realidad no es para ayudarte a ti. Es un regalo desinteresado a los vecinos

de Linmoor. —Curvó los labios con suavidad al tiempo que entornaba los ojos.

A mi pesar, solté una risita.

Movió los ojos a mis labios y su sonrisa se hizo más grande. Estaba tan poco acostumbrada a ver a Preston sonreír de esa manera que, por un momento, me sentí tan sorprendida que me olvidé de qué estábamos hablando.

—Sube —indicó en voz baja, pasando una pierna por encima de la barra de la bici.

Miré con recelo el inestable vehículo, preguntándome dónde quería que me sentara. Pasó la mano por el manillar, pero a pesar de mis dudas, tenía confianza en Preston. Por fin me subí allí, apretando el trasero contra el lugar que él decía. Nunca había montado en bicicleta sola, así que menos en el manillar mientras otra persona pedaleaba. Preston se balanceó un poco al principio, haciéndome soltar una risa de alarma, pero luego cogió velocidad y empezó a mover los pedales con más rapidez.

Recorrimos el sendero de entrada de su casa hasta el camino de tierra que llevaba a la carretera principal. El viento caliente me impactaba en la cara, haciéndome sentir como si estuviera volando. Dejé caer la cabeza hacia atrás y me reí, mirando el cielo azul. El pañuelo voló, y solté un grito al mirar hacia detrás por encima del hombro, observando cómo flotaba por encima del asfalto. Suspiré antes de volver la cabeza hacia delante, sintiendo esta vez cómo mi pelo naranja ondeaba a mi espalda.

Preston dejó la bicicleta apoyada contra un árbol justo delante de la peluquería, en la calle mayor, y le seguí al interior. Había una campanilla sobre la puerta y el olor a productos químicos para el cabello flotaba en el aire. Una mujer con una bata rosa barría el pelo hacia un recogedor; levantó la vista cuando nos oyó entrar. Me quedé un poco rezagada, ocultándome detrás de Preston.

—Vaya... Hola...

—Señora...

La mujer sonrió a Preston mientras se enderezaba.

—Puedes llamarme Deirdre, cariño. Dime cuál de los dos eres: nunca distingo a uno de los guapos gemelos Sawyer del otro.

—Yo soy Preston.

—Oh, hola, Preston. ¿En qué puedo ayudarte? —se interesó con una gran sonrisa.

—Ella es Annalia. —Me empujó delante de él, y ella abrió mucho los ojos al ver mi pelo.

Se acercó a mí y examinó uno de los rizos.

—Pero, hija, ¿qué has hecho?

—Quería ser rubia.

—Mmm... Cariño, no lo has conseguido.

Bajé la vista, muerta de vergüenza.

—¿De qué color tienes el pelo de verdad?

—Negro.

—Cuando le da el sol directamente, le brilla como si fuera cobre —explicó Preston. Luego se aclaró la garganta con las mejillas enrojecidas, como si se sintiera avergonzado al haber dicho eso. Aunque no podría asegurarlo.

Deirdre lo miró y sus ojos se suavizaron al tiempo que esbozaba una cálida sonrisa. Me cogió de la mano.

—Bueno, ven, vamos a intentar arreglarlo. Hoy tengo una oferta.

Me llevó hasta una silla antes de ir a la trastienda, donde la oí moverse. Preston se sentó en un lugar frente a la ventana y cogió un ejemplar de *Time*.

Deirdre regresó un minuto después, mezclando algo en un cuenco blanco, y se detuvo detrás de mí, mirando a través del espejo que teníamos delante.

—Ahora cuéntame, ¿por qué demonios quieres ser rubia, cariño? Con una piel como la tuya y esos ojos verdes... —Chasqueó la lengua.

—No lo sé. Solo se me ocurrió que así sería... mejor. —Que me haría ser mejor. Pensaba que así sería como Alicia. Iba a un colegio distinto al mío, pero la había visto en el pueblo, rodeada de sus amigas, tan guapas como ella, riéndose sin ninguna preocupación. Pensaba que así me sentiría más hermosa, que me ayudaría a relacionarme con las chicas del colegio que se reían juntas en el patio durante los recreos, las que vivían en casas grandes como la de los Sawyer. Chicas que llevaban gelatina, bolsas de patatas fritas y sándwiches cortados en forma de triángulo para almorzar en el colegio. Quizá si me parecía más a ellas, podría hacerme su amiga sin que se fijaran en mi ropa gastada y el almuerzo gratuito que me daban porque mi madre no podía permitirse el lujo de darme tres comidas al día.

Un sábado había ido a ayudar a mi madre a limpiar y alguien se había dejado un *kit* para teñir el pelo de un hermoso color rubio champán en la basura. Lo saqué y lo metí en la mochila. Incluso me gustaba el nombre: rubio champán. Sonaba elegante y lujoso. Se podía llegar a donde se quisiera con el pelo de ese color, incluso aunque vivieras en una choza y solo tuvieras un par de zapatos. O eso había pensado...

Deirdre continuó pasando los dedos por mi pelo mientras me miraba en el espejo. Me hizo sentir como si estuviera viendo en mí algo que yo misma no

veía. Me pregunté si sería la misma maldad que veía mi madre y desvié la mirada, centrándome en el surtido de instrumentos que había en la mesita debajo del espejo, desde un rizador a una plancha, así como varios peines.

—¿Sabes, cariño? —me dijo Deirdre mientras me dividía el pelo por secciones y empezaba a ponerme desde atrás el tinte que había mezclado en el cuenco—. Dios nos da lo que quiere que tengamos. Así que tenemos que convivir con esos parámetros. ¿Sabes qué son unos parámetros?

Negué moviendo la cabeza con suavidad.

—Son como unos límites. Es como el pelo negro. Se le pueden agregar reflejos rojos o incluso algunas mechas de color miel, pero a ti no te queda bien el pelo rubio. Está fuera de los parámetros que ha impuesto Dios. ¿Lo entiendes?

Lo entendía, pero no me gustaba. No, no me gustaban nada esos límites que me habían dado. Aunque la cuestión era que no creía que Dios me prestara demasiada atención. No se la prestaba a mi madre, que rezaba todos los días, y, sin duda, no me la prestaba a mí. Así que quizá cuando Él no estuviera mirando, podría salirme de esos parámetros sin que se diera cuenta.

Después de teñirme el pelo, Deirdre me lo secó y utilizó el rizador para añadir más tirabuzones a mi pelo ya rizado. Moví la cabeza a un lado para mirarme en el espejo. Me parecía más oscuro de lo que había sido antes, o quizá más uniforme. Pero el color se parecía bastante y quizá mi madre no se daría cuenta, sobre todo si me lo recogía todo el rato.

Le brindé a Deirdre una sonrisa. Me sentía tan feliz y aliviada que no pude evitar abrazarla.

—Gracias —susurré—. Muchas gracias.

Ella se rio, devolviéndome el abrazo. Me sentía tan bien contra ella que no quería soltarla, aunque me obligué a hacerlo.

Preston, que había permanecido sentado en silencio, leyendo todo el tiempo la misma revista, metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de cien dólares nuevecito, que sostuvo delante de Deirdre.

—¿Es suficiente? —preguntó.

Deirdre tenía una mirada tierna en su cara mientras le apartaba la mano.

—A esto invita la casa, *cielitos*<sup>2</sup>.

Preston vaciló, pero al final se metió el dinero en el bolsillo.

—¿Está segura, señora? ¿Es decir, Deirdre?

—¡Oh, sí!

Él asintió.

—Me gustaría que esto... mmm... quedara entre nosotros.

En los ojos de Deirdre apareció una mirada de comprensión, y asintió moviendo la cabeza antes de guiñar un ojo.

—Confidencialidad peluquera-cliente —aseguró—. Ahora, invita a esta niña tan guapa a un helado o algo así, ¿vale?

Preston se puso rojo y me miró. Le sonreí, haciendo que parpadeara con sorpresa. Fruncí el ceño antes de llevarme la mano al pelo. Quizá no pareciera tan natural como pensaba.

Cuando salimos del salón de belleza, había entre nosotros una extraña incomodidad. Me sentía muy agradecida, a pesar de que no hubiera tenido que gastar dinero para ayudarme, pero también me sentía algo avergonzada de que hubiera estado dispuesto a desprenderse de él. Me aclaré la garganta.

—Gracias, Preston. Ha sido muy amable por tu parte ayudarme con esto.

Él asintió. Me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla. Olía a sal..., o quizá a polvo, pero era un aroma masculino y me gustó, aunque no podía precisar por qué. Me quedé quieta un momento, y, cuando me eché atrás, tenía una mirada muy seria que hizo que me preguntara en qué estaba pensando.

—¿Estás... preparada? —preguntó, moviendo la cabeza para señalar la bicicleta.

Fue como si sus palabras me arrancaran del trance en el que había estado sumida y asentí antes de que sujetara el manillar para que pudiera subirme. Me reí cuando puso en marcha la bicicleta para pedalear hasta la heladería, que estaba a un par de manzanas.

Más tarde estábamos sentados en el borde de la fuente de la plaza del pueblo, riéndonos mientras comíamos un helado.

—Oye, Lia —dijo él, haciendo una larga pausa—. Espero que no intentes volver a cambiar tu aspecto. —No estaba mirándome, por lo que estudié su perfil, fijándome en aquellos rasgos suyos que se habían transformado últimamente. Tenía las mejillas más delgadas, y se apreciaban diminutos pelos encima del labio superior. Y, además, también me miraba de una forma diferente. No sabía si era solo él quien había cambiado o si la alteración que notaba entre nosotros respondía a algo más. Era una sensación que estaba allí, agazapada, como una sombra en la oscuridad que no se puede definir bien y que no estás seguro de lo que es.

Se aclaró a garganta.

—No lo necesitas. Así..., tal como eres, me pareces muy guapa.

Esboqué una sonrisita antes de lamer lentamente la bola del helado para paladear la cremosa y fría dulzura mientras guardaba sus palabras en mi interior.

«Así, tal como eres, me pareces muy guapa». Me atravesó una sensación que llegó acompañada de un leve estremecimiento, y esperé que él pensara que era el helado lo que me había afectado de esa manera.

«¿Preston piensa que soy guapa?».

Nadie me había dicho antes tal cosa. Moví la cabeza a un lado y lo miré.

—Vale —respondí en voz baja.

**PRESTON**

A LOS DIECISIETE AÑOS...

El agua estaba fría y resultaba refrescante cuando se deslizaba por mi piel al salir del arroyo para sentarme en una roca en la orilla. Me reí por lo bajo mientras Cole salía de la corriente y se sacudía como un perro, llenando el aire de gotas en suspensión. Sonrió y se dejó caer a mi lado. Era un hermoso día de noviembre, y se habían alcanzado más de veinticinco grados centígrados. Era demasiado calor para aquella época del año, incluso tratándose de California, pero no nos quejábamos. Puede que no fuera bueno para trabajar en el campo, pero sí que era perfecto para que nos bañáramos en el arroyo.

Lia todavía seguía en el agua, inclinada para coger algo con la mano. Se incorporó y nos sonrió, levantando lo que había recogido. Por un segundo, se me detuvo el corazón, y luego se puso a latir a toda velocidad. ¡Dios! En circunstancias normales era preciosa, pero en el agua, empapada, con la camiseta y los pantalones cortos pegados al cuerpo y mostrando cada nueva curva, con la piel bronceada brillando bajo los rayos del sol, era impresionante. Me quedé mirándola, incapaz de apartar los ojos, con el pecho constreñido. Era tan hermosa que a veces me dolía mirarla.

—Mira, tiene forma de corazón —comentó. Me sentí confuso, mi cerebro tenía que concentrarse en cada palabra. Con dificultad, moví los ojos de su cara a lo que sostenía en la mano. Parecía ser un trozo de vidrio pulido. Curvé los labios. ¿No era muy propio de Lia encontrar un cristal que parecía un corazón? Siempre estaba buscando formas en las nubes, asignando sentimientos a objetos inanimados, percibiendo lo que no veía nadie más. En cuanto a mí, solo me fijaba en ella. Era así desde hacía algún tiempo, aunque, de repente, lo que sentía por ella no solo era un dolor en el pecho, sino también una molestia muy real en la zona del vientre. Aparté la vista. Ella solo tenía catorce años y, en algunos aspectos, todavía pensaba como una niña. Mis sentimientos por ella me hacían sentir confuso y algo avergonzado.

Cole también la estaba mirando con una expresión perezosa, y recorría su cuerpo con los ojos de forma descarada.

—Lia —la llamó—. Me ha parecido ver otro cristal pulido por donde está aquella roca. —Señaló detrás de ella, haciendo que se volviera y se acercara al punto que estaba indicándole para inclinarse sobre el agua.

Miré a Cole y vi que tenía los labios curvados en una sonrisa de satisfacción mientras clavaba los ojos en el trasero de Lia, donde quedaba expuesta la redondeada parte inferior de las nalgas por debajo del borde del pantalón corto. Lo empujé, y él se rio. Después me brindó una sonrisa impenitente mientras me guiñaba un ojo.

—De nada —articuló con los labios.

—Basta —murmuré en un tono que solo podía oír él.

—No, un poco más a la derecha —dijo, con los ojos clavados de nuevo en el trasero de Lia, que se inclinó todavía más cerca del agua—. O quizá fuera a la izquierda —añadió, arrastrando las palabras. Le di un fuerte codazo, molesto por que le estuviera tomando el pelo de esa manera. Él soltó un sonido entre gemido y risa.

Ella se detuvo y tiró del borde de los pantalones cortos antes de incorporarse con rapidez para enfrentarse a Cole con los ojos entrecerrados. Se acababa de dar cuenta de lo que él estaba haciendo, así que cogió una piedra y se la lanzó. Lo alcanzó en el hombro de pleno, haciéndolo gemir de dolor. Me reí.

—¡Ay! —exclamó Cole, examinándose la pequeña marca roja que había aparecido en el hombro bronceado—. Me has hecho daño.

—Te lo merecías —espetó ella mientras salía del agua.

Cole se rio mientras se apoyaba en un codo.

—Cierto —admitió con una sonrisa—. Pero me vas a perdonar, ¿verdad?

Ella le sacó la lengua mientras se dirigía hacia nosotros, pero luego se echó a reír al ver que él fingía apuñalarse el corazón. La vi sentarse en una roca a mi lado, sosteniendo en la palma de la mano el pequeño trozo de vidrio con una sonrisa feliz. Me miró, y mi corazón dio un vuelco otra vez.

Sus ojos... Jamás me acostumbraría a la belleza de esos ojos claros, que quedaba todavía más enfatizada por la piel bronceada. Pensé en su madre, una mujer de baja estatura y delgada, una mexicana con la piel más oscura que su hija y el pelo oscuro y liso. Imaginé que el verde de los ojos de Lia procedía de su padre, pero cuando le había preguntado por él hacía años, ella se había encogido de hombros, afirmando que no lo había conocido nunca, antes de cambiar de tema.

Lia nunca hablaba de su casa, aunque era obvio que era pobre e, incluso aunque no fuera a la misma escuela que yo y viera la ropa vieja que llevaba o que la mochila de segunda mano tenía las iniciales de otra persona, lo sabría porque su madre había trabajado en la granja de mi padre. Y aunque él pagaba de forma justa a todos sus empleados, el sueldo apenas alcanzaba el salario mínimo. No creía que el motel en el que trabajaba ahora su madre le pagara mucho más, quizá incluso ganaba menos.

Había oído cómo mi padre había dado fe de la integridad de su madre cuando la gente que poseía la finca vecina a la nuestra lo habían llamado antes de alquilarle una dependencia en su propiedad, y por eso sabía que Lia vivía en lo que antes había sido solo un cobertizo para almacenar herramientas.

Conocer la pobreza de Lia me provocaba una extraña rabia que me revolvía el estómago, aunque no sabía qué era exactamente lo que me enfadaba tanto. Se trataba de una especie de rabia impotente que no podía procesar de ninguna forma que me inundaba de repente y que luego empujaba al fondo de mi ser.

La miré otra vez, con la camiseta y los pantalones cortos mojados, sabiendo que los llevaba porque no tenía traje de baño. Era la razón por la que nunca la invitábamos a venir con nosotros a la piscina del pueblo de la que éramos socios.

Incluso Cole, que siempre se pasaba el día bromeando con actitud despreocupada, era sensible al hecho de que Lia no disponía de las mismas cosas que nosotros.

La veíamos cada vez menos desde que entramos en la adolescencia. Todavía se acercaba por la granja de vez en cuando, y si estábamos fuera y la veíamos, pasábamos la tarde refrescándonos en la parte menos profunda del arroyo que discurría por detrás de nuestra propiedad. O si no teníamos tiempo para descansar, o si hacía demasiado frío, nos gustaba sentarnos debajo de un árbol a hablar.

Se podría decir que la vi crecer desde lejos, viviendo y aprovechando aquellos ratos en los que disponíamos de un par de horas robadas —o incluso algunos minutos— en los que estar juntos. Me encantaba estar tiempo con ella, pero siempre se hacía corto y nunca me parecía suficiente.

Me di cuenta de que se le alargaban las piernas, y que las caderas y los pechos se le redondeaban al empezar a hacerse mujer. Se me secaba la boca cada vez que la miraba demasiado tiempo, y me moría por tocarla. Pero también seguía notando aquel mismo instinto de protección que había sentido hacia ella desde que la conocí. Era raro, porque, de alguna forma, Lia era un misterio para mí: reservada sobre su vida doméstica, hablaba de forma despectiva de los sueños

que llenaban sus ojos, pero al mismo tiempo sabía que la conocía muy bien. Era pensativa e introvertida, pero, aun en la distancia, emanaba una ternura que jamás había notado tan fuerte en otra persona.

Recordé la primera vez que la vimos. Cole y yo nos la habíamos encontrado accidentalmente mientras vagaba entre las hileras de fresas. Acababa de coger una y se la estaba comiendo. Se quedó paralizada cuando surgimos delante de ella, abrió mucho los ojos y la boca, dejando de masticar al momento.

—Esa fresa es nuestra —dijo Cole tendiéndole la mano para tomarle el pelo—. Tienes que devolvérsela.

Lia no se dio cuenta de que era una broma y se puso pálida mientras lo miraba fijamente con sus hermosos ojos verdes. Yo los observé sin decir nada, hipnotizado por aquel precioso rostro ovalado, por su mirada vulnerable, y algo dentro de mí, algo que no supe identificar, me paralizó por completo. Sentí una opresión en el pecho y, de repente, quise empujar a Cole, interponerme entre ellos y protegerla de él, del mundo, de todo aquello duro e hiriente que podía hacerle daño. Aquel sentimiento me llevó a sentirme confuso y me quedé quieto, sin saber cómo reaccionar, como siempre que me inundaba aquella repentina urgencia.

Entonces, ella se inclinó hacia delante, abrió la boca y soltó la fresa que estaba masticando en la mano de Cole. Por un instante, mi hermano y yo la miramos conmocionados, en silencio; luego, Cole se dobló por la cintura riéndose hasta casi caerse al suelo. Quizá los dos la quisimos desde el primer momento, aunque Cole nunca fue tacaño con su afecto. Él amaba a todo el mundo y el mundo entero lo amaba a él. A pesar de que a veces se pasaba de la raya con sus bromas, era obvio que nunca tenía mala fe.

Después de eso, empezamos a estar con ella cada vez que podíamos, y la buscábamos entre las hileras de fresas. Daba igual que nuestra madre no aprobara esa amistad y nos prohibió correr por ahí con ella, no la obedecimos. A fin de cuentas, nuestra madre lo desaprobaba casi todo, pero la dulzura y la sonrisa de Lia resultaban demasiado atractivas.

—Algún día echaré de menos este lugar —dijo, mirando a su alrededor y lanzando a Cole una sonrisa. Era algo que tenían en común, una broma de ellos dos. Los celos bulleron en mi interior, e hice lo que pude para reprimirlos.

—¿Sí? —preguntó mi hermano, guiñándole el ojo—. ¿Por qué? ¿A dónde vas a ir?

Ella se encogió de hombros al tiempo que giraba el cuerpo hacia nosotros. Me obligué a no bajar la vista hacia su camiseta, donde sabía que vería el contorno

del sujetador y, quizá, sus pequeños pezones, duros como guijarros. Me cambié de posición, intentando aliviar el dolor.

—A cualquier sitio —murmuró Lia mientras clavaba los ojos en la pequeña cala a la que veníamos desde que éramos pequeños—. Quizá me vaya a Italia y cultive un viñedo.

«O bien podrías casarte conmigo y cultivar fresas», quise decir, pero sonaba estúpido incluso en mi propia cabeza. Y no era una gran oferta. Era la misma que le había hecho mi padre a mi madre en otra época, y ella había aceptado... Y ya sabía el resultado: dos personas que apenas podían soportarse cuando se encontraban en la misma habitación. Lia no se parecía a mi madre, pero aun así...

Lia y Cole siempre hablaban de a dónde irían cuando se fueran de Central Valley. Esto no era lo suficientemente grande para ellos. Siempre querían... más. Y por esa razón, estaban en sintonía. Claro que Lia marcharse salir de aquí y experimentar una vida diferente a la pobreza que había padecido hasta ahora. Y en cuanto a Cole, era mi hermano —mi gemelo—, y siempre lo había oído hablar de los lugares a los que deseaba ir, de todo lo que quería ver y de lo que podríamos ver. Pero también me preguntaba si existiría algún sitio lo suficientemente grande para Cole; él siempre ansiaba más, siempre estaba deseoso de nuevas experiencias que serían mejores que las anteriores. Y siempre andaba planeando la mejor forma de conseguir lo que quería. No me cabía la menor duda de que conquistaría el mundo si eso era lo que decidía.

Cole se tumbó en la roca y puso las manos detrás de la cabeza al tiempo que cerraba los ojos. Unos minutos después, respiraba profundamente, y supe que se había dormido. La noche anterior había salido con Shayla Daws y no había regresado a la habitación que ambos compartíamos hasta cerca de las tres, oliendo a cerveza y al perfume de Shayla. No era de extrañar que estuviera agotado.

Me acerqué en silencio al lugar donde estaba Lia y me senté a su lado. Señalé con un gesto el trozo de cristal pulido. Era de color agua pálido, con los bordes suavizados por el roce del líquido. Realmente tenía forma de corazón.

—Me recuerda a tus ojos.

Me miró con aquellos iris pálidos con una dulce sonrisa en los labios.

—¿A mis ojos? —preguntó en voz baja.

—Sí, por el color —murmuré—. Es un tono inusual. Muy bonito.

Se dibujó en su cara una pequeña mueca antes de que forzara una sonrisa y volviera a mirar el corazón que sostenía.

«¿He dicho algo malo?», me pregunté.

La vi coger la piedra entre los dedos pulgar e índice de ambas manos y partirla por la mitad. Me estremecí un poco, sin comprender su acción, y luego se volvió y me dio la mitad. En el momento que me tocó la mano, sentí una chispa cuando nuestras pieles entraron en contacto. Clavó los ojos un instante en nuestros dedos.

—Algún día me voy a marchar de aquí, pero una parte de mi corazón se quedará... contigo.

Me quedé sin respiración. Sujeté el pequeño trozo de cristal y me lo metí en el bolsillo del bañador. Cuando la miré, bajaba la vista por mi pecho desnudo. Parpadeó y buscó mis ojos con las mejillas rojas antes de apartar la mirada hacia su mitad del corazón de vidrio verdoso. ¿Me estaba estudiando con la misma conciencia que yo a ella? Ante la remota posibilidad de que fuera así, mi cuerpo empezó a arder de repente. Bajé la mirada a su boca, esos deliciosos y jugosos labios con aquel lunar en el extremo, y me puse muy duro. Quería besarla. Y no solo era un anhelo de mi cuerpo, sino de mi corazón.

—¿Por qué quieres marcharte? —pregunté—. Podrías quedarte aquí.

Ella movió la cabeza mientras una expresión de dolor cruzaba por su rostro.

—¿Tú no quieres conocer mundo? —indagó, apoyándose en un codo mientras miraba hacia los árboles.

—No lo sé. Quizá. —«No». Pero había algo en no querer más que me hacía sentir vergüenza, como si Lia pudiera despreciarme si supiera que lo único que deseaba de la vida era quedarme aquí. En lo que a mí respectaba, no había nada más, o al menos nada mejor. Todo lo que llenaba mi alma estaba a mi alrededor: la tierra, la granja, mi mejor amigo y hermano y Annalia del Valle.

«Eres igual que él».

Recordé la decepción que afloraba en la voz de mi madre cuando había dicho esas palabras. Sí, se suponía que yo era igual que mi padre. Me encantaban la agricultura, el olor de la tierra y la forma en la que los pequeños brotes salían de ella. Me satisfacía un trabajo que requería la fuerza de mi cuerpo y mis propias manos. Sentía un profundo orgullo por la empresa familiar, saber que los alimentos que plantábamos acababan por todo Estados Unidos, que una parte de nuestra dedicada labor se servía en mesas y en restaurantes de lujo, que se podía adquirir en las tiendas de comestibles y llenaba las cestas de pícnic. Supuse que por eso se me podía considerar una persona simple. Simple, introvertido y demasiado serio, y justo así era yo. Y no sabía cómo ser diferente, incluso aunque lo intentara.

Según mi madre, mi padre le había cortado las alas, ahogándola. Le había dado una vida carente de alegría y la había convertido en una mujer inquieta e insatisfecha; al menos eso era lo que me había dicho la abuela Lois unos años antes de morir. ¿Quería yo hacer lo mismo con Lia? Si algún día le pedía que se quedara conmigo, ¿perdería la alegría y se volvería inquieta también? Fruncí el ceño, perturbado por el rumbo que tomaban mis pensamientos.

—¿Cómo te va en el instituto hasta ahora? —pregunté, cambiando de tema. Ahora íbamos al mismo centro educativo, pero hasta este momento no habíamos coincidido nunca. Ella había ido a un colegio diferente en primaria.

Sus ojos se clavaron en mí durante bastante tiempo, pero luego se encogió de hombros y miró a lo lejos.

—Bien.

—¿Por qué nunca vienes a almorzar con nosotros? Ni siquiera nos saludas.

Sonrió al tiempo que inclinaba la cabeza, haciendo que los rizos oscuros le cayeran sobre un hombro. Contuve la respiración al verla.

—Sois mayores y yo... no soy como esa gente.

—Podrías serlo.

Negó con la cabeza mirándome de nuevo con aquel gesto apesadumbrado.

—No, no podría ni aunque lo intentara. ¿Recuerdas lo que ocurrió cuando intenté ser rubia? Es una cuestión de parámetros.

La miré con confusión. La palabra estimulaba algo en mi memoria, aunque no era capaz de ubicarla.

—¿Parámetros?

Se rio por lo bajo.

—Digamos que algunas cosas no pueden forzarse.

Sus palabras me hicieron sentir triste. ¿Acaso creía que no la aceptarían si estaba con nosotros en el instituto? Yo había imaginado que prefería estar con la gente que la rodeaba en el comedor, una especie de grupo heterogéneo de amigos. Pero si se mantenía alejada de Cole y de mí en público porque pensaba que lo que queríamos era estar con ella, tenía que sacarla de su error. La única razón por la que la excluíamos de nuestras actividades más públicas, como ir a la piscina, era porque no queríamos que se sintiera violenta o en una posición incómoda.

—Lia...

Cole soltó un fuerte bostezo y se incorporó con un gemido, distrayendo mi atención de lo que había estado a punto de decir.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—No mucho.

Se incorporó pasándose una mano por el pelo.

—Tenemos que irnos, Pres. Papá quiere que hoy lo ayudemos en la granja.

Asentí moviendo la cabeza de mala gana. Me podría haber quedado en esa roca, calentado por el sol, durante el resto de la tarde, hablando en voz baja con Lia y oyendo sus respuestas mientras pasaba el tiempo. Pero en una granja siempre había trabajo que hacer y esto solo había sido un corto descanso para aliviar el calor.

—Te acompañaré a casa —le dije a Lia mientras me levantaba y recogía nuestras cosas. No sabía exactamente dónde vivía, pero sí la zona donde estaba su casa.

—No seas tonto. Siempre voy sola.

Me la imaginé andando entre los cultivos, por los caminos, moviendo con rapidez sus largas y bronceadas piernas, con los rizos oscuros ondeando a su espalda, y sentí que asomaba aquella actitud protectora que siempre surgía cuando estaba ella y que todavía no sabía cómo manejar. Lia era condenadamente independiente e insistía en hacerlo todo por sí misma.

—Creo que...

—No pienses tanto —bromeó—. Estaré bien. De todas formas, tengo que ir al pueblo a comprar algunas cosas para mi madre, así que no voy a estar en casa.

—Entonces, iré a la granja a por la *pickup*. —Nuestro padre nos la había comprado cuando Cole y yo cumplimos diecisiete años. A pesar de que habíamos tenido que hacer un calendario para saber cuándo le tocaba usarla a cada uno, era mucho mejor que pedir prestado el coche a nuestros padres. Y la cuestión funcionaba porque Cole salía mucho. Así que cuando quería usarla, la tenía disponible.

Pero Annalia no me lo permitió.

—No. Me gusta andar. —Quise presionarla, pero ¿cómo podía obligarla a aceptar que la llevara cuando había dejado claro que no quería?

—Vale —suspiré. Sabía que Lia había recorrido ese trayecto mil veces y le resultaba familiar.

Nos despedimos de ella para regresar a la granja. Me perdí en mis propios pensamientos sin darme cuenta de que Cole estaba más tranquilo de lo habitual hasta que se detuvo y se volvió hacia mí, sujetando con una mano la toalla que llevaba al hombro.

—Creo que le voy a pedir a Lia que salga conmigo.

Durante un minuto, sus palabras carecieron de sentido. Luego una violenta

ráfaga de celos me perforó las entrañas.

—¿Qué?

—Oh, vamos, ¿es que no te has dado cuenta de lo buena que está?

—Claro que sí. Pero Lia siempre ha sido guapísima.

Lo vi mirar hacia el sol.

—Sí, pero era una niña. Ahora...

—Solo tiene catorce años.

—Edad suficiente.

—¿Suficiente para qué? —Mi voz fue un frío siseo incluso para mí, así que me rasqué el estómago desnudo, fingiendo indiferencia.

La sonrisa de Cole fue de lenta suficiencia.

—Suficiente para besarla.

—A Lia no la ha besado nadie todavía.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo lo sé... —farfullé. O eso pensaba. ¿Quién la podía haber besado? De repente sentí un profundo pánico, como si no le hubiera estado prestando la atención necesaria y alguien se hubiera acercado a ella antes que yo. A mi Lia. ¿Mi Lia? Tal vez había dado por sentado que ella siempre estaría allí y que lo único que tenía que hacer era esperar a que creciera.

—¿Estás interesado en Lia, Pres? —preguntó con cierta indiferencia.

—Sí. Pero todavía es muy niña. Estoy... —«Estoy esperándola. Siempre la he esperado». Me pasé la mano por el pelo. No solo estaba... interesado. No solo me parecía guapa. Era mucho más. No sabía cómo expresar mis sentimientos por Lia, ni siquiera ante mi hermano. Las emociones que bullían dentro de mí eran demasiado intensas para explicarlas con palabras.

—El año que viene iremos a la universidad —comentó Cole—. El tiempo es esencial. —Me brindó una sonrisa encantadora, la que les mostraba a las chicas que perdían la cabeza por él.

«Algún día me marcharé de aquí...».

Solo que Cole tenía razón. Nos íbamos a ir nosotros. Pero yo todavía no había elegido a dónde —no sabía si estaría lejos o cerca—, solo tenía claro que iba a volver. Que volvería con Lia. ¡Oh, Dios! Había sido un estúpido suponiendo que tenía tiempo... y esperando para hacerlo de la forma correcta. Quizá había sido un error. Sin duda, me había equivocado.

—¿Y Shayla? —pregunté mientras sentía que el pánico de hacía unos segundos florecía en mi interior.

Cole se encogió de hombros.

—Entre nosotros no hay nada serio. Solo estamos divirtiéndonos un poco.

—¿Eso sería Lia para ti? ¿Una diversión?

—Sabes de sobra que significa mucho más. —Sí. Sí, lo sabía, y eso era lo que hacía que este inesperado giro de los acontecimientos fuera tan horrible—. Estaba esperando el momento adecuado —agregó. «El momento adecuado...». No había ningún momento adecuado para que saliera con Lia. Lo miré fijamente mientras una nube roja inundaba mi cerebro.

—Pero yo...

—Eh, tranquilo. Si también te interesa a ti, hagamos una carrera por ella —sugirió Cole.

—¿Una carrera?

—Sí, una carrera como cuando estábamos en primaria. El ganador se lo pedirá primero a Lia.

—Ella no es un premio, Cole. ¿Por qué no le preguntamos y dejamos que sea ella la que elija?

—¿Y cómo va a poder elegir? Nos quiere a los dos y somos gemelos idénticos, por Dios. ¿Por qué no facilitarle las cosas?

Me quedé mirándolo, observando la expresión de satisfacción de sus ojos, el gesto feliz y despreocupado de su rostro, la forma fluida en la que se movía. Éramos gemelos idénticos, sí, pero nuestro carácter había resultado tan diferente como era posible. Y eso podía ser un problema. Si Lia tuviera que elegir entre nosotros, ¿por qué no iba a decidirse por Cole? Me detuve con una sensación de malestar en las entrañas. Por supuesto que lo elegiría a él. ¡Oh, mierda! Tenían muchas cosas en común. Cole era gracioso, divertido y hacía reír a todos. Atraía a la gente sin hacer nada. Siempre había sido así. ¡Dios!, debería aceptar esa apuesta. Podía ganarle una carrera. Si Cole se había fijado en Lia, esta podía ser la única oportunidad que tuviera.

—Vale.

Asintió.

—¿El mismo trayecto que de costumbre?

Moví la cabeza, aceptando. Cuando éramos pequeños, nuestro padre había medido la distancia hasta la granja por dos caminos diferentes con la *pickup*, unos trayectos a través del bosque que partían del mismo lugar y terminaban en el buzón que había al final de la entrada a la granja. Era exactamente la misma distancia. Cole y yo tomaríamos cada uno un camino, y no conoceríamos el ritmo del otro hasta que dobláramos la curva y viéramos el buzón. Habíamos aprendido a no fijarnos en la velocidad de los demás, concentrándonos en la

nuestra, imaginando la línea de meta y pensando en cómo llegar hasta ella lo más rápido posible. Éramos buenos corredores y habíamos batido los récords de la escuela. Pero luego, en el instituto, nos fijamos en otros deportes y hacía un par de años que no echábamos una carrera.

—Juramento de hermanos —dijo Cole, escupiendo en su mano antes de tendérmela. Bajé la mirada a su palma extendida. También hacía años que no hacíamos eso. Supuse que era una prueba de la importancia de lo que nos jugábamos.

Sin embargo, ¿qué podía hacer si no? ¿Esta apuesta era la única oportunidad que tenía para conseguir que Lia fuera mía?

Vacilé, pero cuando Cole movió la mano, acercándomela, escupí en la mía y se la estreché. La humedad de nuestras salivas mezclada creaba lo que siempre habíamos considerado un vínculo inquebrantable.

Cuando teníamos siete años, Cole y yo estábamos discutiendo sobre algo cuando llegó nuestro padre y nos separó, nos hizo disculparnos y olvidar el rencor que sentíamos. Fue entonces cuando se le ocurrió lo del juramento de hermanos. Nos dimos la mano, prometiendo dejar de pelearnos.

—Bien —había dicho nuestro padre—, habéis prometido olvidarlo, y así será. Un hombre bueno siempre cumple su palabra.

Lo había repetido muchas veces durante los últimos años.

«Un hombre bueno siempre cumple su palabra».

—Juramento de hermanos —repetí.

Asintió.

—Si gano, te alejas de ella. Si ganas tú, lo haré yo. Palabra de hermanos.

Apreté los labios, pero asentí, juramento de hermanos. Honor entre hermanos. Algo que jamás había roto.

«Un hombre bueno siempre cumple su palabra».

Dejamos las toallas a un lado y nos dimos un minuto para estirar los músculos, mirándonos como dos gladiadores a punto de saltar a la arena. Llevábamos cangrejas, que no eran el mejor calzado para hacer una carrera, pero al menos podíamos correr.

Nos preparamos, poniéndonos en direcciones opuestas. El camino de tierra que iba a recorrer se extendía ante mí.

«Esto es una estupidez. No es correcto». Me volví hacia mi hermano para decírselo...

—¡Preparados, listos..., ya!

A pesar de mis reservas de última hora, sus palabras me pusieron en

movimiento y los dos salimos disparados, a través de la distancia, hacia nuestro objetivo. Me dolían las piernas y los pulmones, pero me impulsaba el corazón.

«Lia».

«Lia».

«Lia».

Me esforcé todo lo que pude, sin preocuparme de estar temblando por el esfuerzo al doblar la curva. Corría por Lia. Corría como si estuviera librando una batalla por ella. Nunca había corrido con tanta pasión en mi vida. Sin embargo, cuando llegué a la curva, solté un fuerte grito de dolor y derrota, y el golpe amargo de la decepción fue peor que el del viento, dejándome fuera de mí.

Cole acababa de llegar al buzón. Me había sacado por lo menos veinticinco metros. ¿Cómo lo había conseguido? Estaba en mucha peor forma de lo que pensaba. «¡Joder!».

Bajé el ritmo, respirando con dificultad, con los pulmones todavía doloridos por el esfuerzo y una aguda punzada en el costado. Cole también jadeaba, pero se incorporó apoyándose en el poste al tiempo que me lanzaba una sonrisa de suficiencia.

—No te alegres tanto, idiota —espeté, inclinándome para apoyar las manos en las rodillas e intentar así recuperar el resuello. La había perdido antes de tenerla, y él tenía el valor de restregármelo por las narices.

Se rio antes de darme una palmada en la espalda desnuda.

—Creo que el destino quiere que sea mía —se jactó él.

Quería ser yo quien dijera esas palabras: «El destino quiere que sea mía».

Traté de fingir que no me dolía tanto el haber perdido a Lia. En una puta carrera de mierda.

### 3

## LIA

A LOS QUINCE AÑOS...

Mi madre entró en casa y cerró la puerta de golpe a su espalda. Levanté la mirada y me quedé quieta, pero fruncí el ceño al ver la expresión de su cara. Siempre parecía cansada, siempre estaba irritada, pero esta noche parecía dolorida.

—Hola, mamá, ¿te encuentras mal?

Dejó caer el bolso en la mesa al tiempo que se sentaba en una de las sillas, maldiciendo en voz baja en español.

—¿Te duele la espalda?

—Sí. —Noté resentimiento en su tono, casi como si yo tuviera la obligación de saber lo que le pasaba.

Suspiré y me levanté de la colchoneta donde estaba sentada haciendo los deberes. Me acerqué al armario de la cocina en el que guardábamos las medicinas para coger el bote de analgésicos y un vaso de agua. Llevé todo a la mesa y lo dejé delante de ella antes de colocarme a su espalda para empezar a darle un masaje en los hombros.

Hizo caer cuatro pastillas en la palma de la mano y se las tragó con agua. Luego inclinó la cabeza hacia delante para que pudiera trabajar mejor los músculos de la espalda.

Le masajeeé la carne en silencio, mirando la figura de la Virgen de Guadalupe ante la que se arrodillaba tan a menudo para rezar. Sabía que una de las cosas que solía mencionar repetidamente en sus oraciones era el deseo de que yo no hubiera nacido, algo que me había llevado a mirar aquella figura con rabia y dolor. «El diablo me ató y me violó durante toda la noche —me había dicho una vez—. Por la mañana se fue, pero me dejó sus ojos. Los ojos del diablo para que los viera y los maldijera durante el resto de mi vida».

Cuando solo era una niña, había pensado que era una historia terrible, un cuento de miedo, y había sentido una profunda simpatía por el miedo de mi

madre. Pero hacía ya muchos años que había entendido perfectamente que aquel «... pero me dejó sus ojos», quería decir que me había dejado a mí, y que mis extraños ojos verdes los había heredado de él, el monstruo que la había violado.

No era de extrañar que me mirara con un odio tan flagrante. Por eso deseaba ser alguien diferente cuando me miraba al espejo. Alguien diferente a una chica no deseada, con los ojos del diablo, que había causado dolor a su madre por el mero hecho de haber nacido.

Hubo una época en la que mi madre era una joven con un apuesto marido y muchos sueños. Pero después de cruzar la frontera de forma ilegal, su marido había muerto a manos de un coyote que le disparó en medio del desierto y les robó el dinero porque le dio la gana. Luego violó a mi madre y la dejó embarazada. Aunque yo sabía que coyote era solo el nombre por el que se conocía a los traficantes de personas a los que pagaban los inmigrantes que cruzaban la frontera, todavía no podía dejar de identificar la imagen de aquella bestia maligna que había atacado a mi madre con un salvaje depredador de cuatro patas que poseía unos ojos claros como los míos.

Después de eso, mi madre —que entonces contaba con diecinueve años— había encontrado la forma de llegar a California hambrienta, embarazada y apenas viva, donde se instaló en un campamento de inmigrantes que cultivaban los campos y comenzó a trabajar en una de las granjas cuando yo todavía estaba en su vientre.

Aunque en la actualidad solo tenía treinta y cinco años, parecía una mujer de cincuenta. Llevaba aquí dieciséis años y ya no le quedaban sueños, solo el cuerpo roto y el espíritu quebrado. Ni siquiera podía culparla por odiarme como lo hacía. No, no podía culparla, pero me dolía en el alma.

—Las manos del diablo —murmuró.

«Las manos del diablo». Mis manos.

Suspiré. A veces me parecía que decía esas cosas para mantener vivo su disgusto hacia mí, sobre todo cuando estaba siendo amable con ella. Era como si aceptara mi generosidad, pero no quisiera permitirse sentir nada por mí.

—Calla, mamá —le pedí sin ocultar el cansancio de mi voz. «Calla, mamá». Y continué dándole un masaje hasta que noté que sus músculos se aflojaban debajo de mis dedos—. ¿Por qué no te acuestas ya? Mañana te acompañaré al motel y te ayudaré a limpiar para que no tengas que inclinarte. —No me importaba limpiar, no me importaba trabajar duro. Lo que sí que me importaba era lo repugnantes que eran las habitaciones que, por lo general, alquilaban por horas prostitutas y borrachos, dejando a su paso condones usados y chinches.

Ella lanzó un sonido evasivo antes de levantarse para acercarse al colchón y sentarse en él. Me hubiera gustado disponer de dinero para comprarle algo mejor donde dormir. Sin duda, un colchón hinchable no era lo más adecuado para su espalda, aunque no estuviera tan mal como dormir en el suelo.

Cogí el jersey y le dije que me iba a dar un paseo, abandonando mis deberes, que quedaron en el suelo. Lo cierto era que no quería estar en casa cuando el sol todavía no se había puesto y mi madre estaba durmiendo. En aquel lugar no había una buena ventilación y era demasiado pequeño.

Era primavera, y en Central Valley, California, el aire olía a fresco. El cielo azul y las tierras de cultivo verdes ocupaban todo a lo largo y a lo ancho. Vagué por allí, recogiendo flores silvestres en un ramo: amapolas, altramuces, y alisos, que olían dulces como la miel. Pensé lo que me gustaría llevarlas a casa; por lo menos habría una esquina en aquel feo espacio donde disfrutar de un poco de belleza.

Cuando llegué a la valla de los Sawyer, me apoyé en ella con las flores en una mano y la cara inclinada sobre la otra, contra la vieja madera.

Miré los campos cultivados, dejándome llevar por la melancolía con el feroz anhelo en mi corazón. Deseaba todas las cosas que esos malditos parámetros me negaban: un hermoso lugar para vivir, una familia cariñosa, comida sabrosa que no procediera de latas y cajas de alimentos precocinados para microondas (o incluso a veces, para mi vergüenza, de la cocina económica del pueblo), y a Preston Sawyer. Sobre todo a Preston. Mi corazón se encogió al pensar en él, y cerré los ojos, imaginándome las fuertes líneas de su rostro, su mirada seria, la forma en la que había crecido durante los últimos dos años hasta convertirse en un hombre alto y de hombros anchos. Y yo me moría por él.

Suponía que siempre me había gustado. Pero a lo largo del último año, mi amor se había vuelto... diferente. En ese tiempo, me había hecho consciente de él como nunca antes. y había empezado a preguntarme qué sentiría si él me diera un beso, si me acariciara, si también él lo deseara.

Sabía que a él le importaba. A los dos. Pero también sabía que se avergonzaban de mí. Sabía que no me invitaban a ir con ellos a lugares donde se encontrarían con otras personas, y que preferían estar conmigo en sitios donde no era probable que nos vieran juntos. Y yo me sentía tan desesperada por tener amigos—desesperada por que ellos fueran mis amigos— que aceptaba lo que estuvieran dispuestos a darme. Aunque me dolía saber que incluso con Preston y Cole había parámetros. Límites.

Pero también sabía que era responsable en parte del distanciamiento que había

entre nosotros, pues no quería que conocieran mi situación ni darles pena por ello. No quería que vieran el lugar donde vivía, ni lo miserable que era mi vida en comparación con la de ellos. No quería que los demás los vieran conmigo y los menospreciaran por eso.

Estaba segura de que ya se habían dado cuenta de que era pobre, y podía vivir con ello. Pero me negaba a permitir que supieran los detalles de cómo era la realidad. Porque la verdadera fealdad estaba en las cosas más nimias. En las pequeñas muestras que marcaban el alma y que nadie que no hubiera sido pobre podía comprender.

Cuando abrí los ojos y levanté la vista, vi a los dos hermanos en la distancia. Contuve la respiración mientras me enderezaba. Ambos se detuvieron y parecieron hablar sobre algo antes de que uno de ellos se diera la vuelta para ir a la casa. El otro se acercó a mí, y lo miré a los ojos para ver quién era... Tardé un instante en descubrirlo: Cole. Lo supe por su andar fluido, por la sonrisa fácil. Me sentía feliz de verlo, pero me decepcionaba que Preston se hubiera dado la vuelta.

Le devolví la sonrisa mientras se acercaba.

—¡Qué inesperado placer encontrarte aquí! —bromeé.

Él se rio y saltó la valla con facilidad, con la gracia natural de un atleta. Apoyó la estrecha cadera contra la valla y cruzó los brazos. Noté la forma en la que se hinchaban sus bíceps.

—No tenías que venir hasta aquí para verme. Hubiera ido yo. —Me guiñó un ojo al tiempo que esbozaba una sonrisa de medio lado. Cole era consciente de que resultaba completamente adorable.

No pude contener la risa, no solo ante su broma, sino también por la imagen que apareció en mi mente: él ante la pequeña y horrible casa donde yo vivía, mirando a su alrededor con horror al ser consciente de nuestra pobreza. Que era precisamente lo que intentaba evitar. Y, Dios, la escena era terrible incluso solo en mi imaginación, por lo que tenía que reírme o me pondría a llorar y no pararía nunca.

—Me gusta la tradición de encontrarnos aquí de esta manera —repuse, inclinando la cabeza a un lado—. ¿A dónde ha ido Preston?

Cole se encogió de hombros al tiempo que se acercaba más.

—Ha vuelto a casa. Tenía cosas que hacer.

—Oh... —Me sentí decepcionada. No había ido allí con intención de verlos, pero ahora que Cole estaba conmigo, me dolía saber que Preston había sabido que yo estaba aquí y hubiera preferido regresar a casa. Quizá tuviera que ir a otro

lugar. Tal vez tenía una cita. Sabía que las chicas del instituto hablaban de los chicos Sawyer. Me mantenía alejada de la multitud para no tener que enterarme de detalles sobre lo que ellos hacían cuando no estaban conmigo. Pero aun así conocía algunas cosas.

—Le he dicho que quería hablar contigo a solas.

—¿Que quieres qué... ? —Fruncí el ceño, confundida—. Bueno, ¿y para qué?

Cole se acercó y me cogió una mano. Sorprendida, bajé la vista a nuestros dedos entrelazados.

—Es que... me gustas, Lia. Supongo que ya lo sabes.

Me quedé inmóvil y lo miré parpadeando, sin asimilar sus palabras. Conmocionada por la vacilación que se adivinaba en su tono. Arquee una ceja.

—Estás tomándome el pelo, ¿verdad? No sé si pensar que lo dices en serio o no, Cole.

Se rio por lo bajo, pasándose la mano que no sostenía la mía por el espeso pelo castaño dorado.

—Esas son las consecuencias de estar bromeando todo el tiempo. —Se puso serio, haciendo que contuviera la respiración. Por un momento, fue tan igual a Preston que el corazón me dio un vuelco.

Cole dio un paso hacia mí, me encerró la cara entre las manos y me rozó los labios con los de él. Me quedé inmóvil, tan sorprendida que no supe cómo reaccionar. Movié la boca sobre la mía, cálida y suave, y sentí un leve aleteo entre las costillas. Luego se acercó más, apretando su duro cuerpo contra el mío, lo que provocó que separara los labios con un jadeo. Introdujo la lengua entre ellos y gimió. Abrí los ojos para ver que su expresión parecía un poco dolorida. Se puso duro contra mis caderas, lo que me sorprendió tanto que me aparté. Nuestros labios se separaron con un húmedo estallido.

Parpadeé, intentando encontrar el equilibrio después de aquel giro tan inesperado en los acontecimientos.

—Ha sido... bonito.

Cole se rio.

—Intentaré que mi ego no se sienta demasiado afectado por una nota tan tibia. —Pero en sus ojos había cierto brillo humorístico—. Quiero salir contigo, Lia. ¿Te parece bien ir a ver una película el domingo?

Una película. En la oscuridad. Claro. Aun así, no era como si cualquier otro chico me hubiera dicho que quería salir conmigo, ya fuera para estar en la oscuridad o bajo la luz. Y aunque prefería mantener cierta distancia con los chicos Sawyer, no podía negar la emoción que sentía ante la idea de tener una

cita, de ir a ver una película por primera vez.

Me mordí el labio, notando cierta sensación en el punto donde él había apretado la boca contra la mía. Nunca había pensado en Cole de esa forma. No se me había ocurrido que sintiera algo por mí. Solo había pensado en Preston. Pero... si Preston sabía que su hermano quería hablar conmigo a solas y se había alejado por voluntad propia, parecía que no era lo suficientemente afortunada como para que el chico que estaba interesado fuera el que yo deseaba.

Fruncí el ceño, confusa por aquellos pensamientos, presa de una gran confusión interna. Acababan de darme el primer beso, algo que me había hecho salir de aquellos malditos parámetros, aunque solo fuera por un momento. ¿No se suponía que debería estar loca de alegría?

Sin embargo, antes de responderle, quería asegurarme de que no había entendido mal la situación con respecto a Preston. Necesitaba saber que Preston no estaba... interesado en mí. Que no me quería.

—¿Tu hermano... sabe que quieres invitarme a salir?

—Sí. —Me estudió durante un momento con el ceño fruncido—. Por si eso es lo que te preocupa, le parece bien.

«¿Le parece bien?».

Sentí que algo se rompía en mi interior, algo precioso que quería sujetar pero que sabía que se iba a deslizar entre mis dedos. Logré mover la cabeza. «Preston no me quiere».

—Como siempre que estamos juntos estamos los tres, quería... asegurarme.

Sonrió.

—Tres son multitud.

«¿Lo son?».

Nunca se me había ocurrido.  
—Bueno, entonces, ¿qué respondes?

Quizá al estar tan concentrada en Preston no había dejado espacio para que se desarrollaran los mismos sentimientos por Cole. Quizá... Quizá podría llegar a amarlo de esa forma algún día si abría mi corazón ante la idea. Cole era divertido, y me resultaba fácil estar con él. En realidad, tenía más cosas en común con Cole que con Preston. Solo tardé un instante en devolverle la sonrisa.

—Vale.

Sus labios se curvaron todavía más.

—Genial.

Fui a ver una película con Cole el domingo por la noche, y repetimos de nuevo

tres domingos después. Nos besamos en la oscuridad. Me gustaba besarlo, me gustaba cómo sabía y los gemidos que emitía. Pero lo que más me gustaba de todo era que me estrechara entre sus brazos. Me encantaba sentirlos a mi alrededor, la cálida sensación de sentirme apreciada y protegida por primera vez en mi vida, aunque fuera por poco tiempo. Parecía que él quería besarme continuamente, pero yo solo necesitaba que me sostuviera contra su pecho.

También me encantaban las películas, las palomitas con mantequilla que compraba y la forma en la que la historia de la pantalla llenaba toda la habitación y mi mente. Los sonidos rebotaban en las paredes, haciendo que me trasladara a otro mundo. Trataba de no parecer demasiado afectada por ello; imaginé que no era muy normal que una chica de quince años no hubiera estado nunca en el cine, y no quería que Cole lo supiera.

Después le había dicho que tenía que recoger a mi madre, que trabajaba en el motel, para ir juntas a casa, así que debía dejarme allí delante. Me dio un beso de despedida y subí la escalera exterior y esperé hasta que la *pickup* se alejó. Entonces, bajé de nuevo y anduve hasta casa atravesando los caminos de tierra y los campos de hierba mientras repasaba mentalmente escenas de la película que acabábamos de ver. Recordé la forma en la que me había sentido al formar parte de la multitud, sentada en el cine, de la mano de Cole.

El curso estaba terminando y tanto Preston como Cole irían a la universidad en otoño, momento en el que el tiempo que pasaba con él llegaría a su fin. Me sorprendía que no me importara demasiado esa realidad, pero así era.

El chico que seguía queriendo era a Preston, y besar a Cole, para mi desgracia, solo intensificaba ese anhelo. Esperaba que con el tiempo disminuyera. No podía fingir ni siquiera en una sala a oscuras con los ojos cerrados que Cole era su hermano. Y tampoco podía fingir que no me dolía que Preston hubiera desaparecido de mi vida por completo, olvidando también que éramos amigos.

Un jueves lluvioso a la hora del almuerzo, estaba corriendo para llegar a clase por un camino alternativo para no mojarme. Al doblar una esquina, casi choqué con un grupo de personas que se protegían debajo de un alero.

Me detuve bruscamente al ver que se trataba de Preston, Cole y tres o cuatro de sus amigos más populares. Cole estaba hablando animadamente con todos, que se reían de lo que él estaba diciendo. Pero se quedó callado ante mi repentina aparición.

Moví los ojos a mi alrededor hasta detener la mirada en Preston. Intenté que no

se notara en mi expresión lo mucho que lo había echado de menos, aunque hubiera estado con su hermano. Preston abrió los ojos y separó los labios, imaginé que por la sorpresa. Trataba de mantenerme alejada de ellos en el instituto. No quería que se sintieran avergonzados por mi causa ni ponerlos en la incómoda posición de presentarme a sus amigos cuando posiblemente no querían. Me obligué a dejar de mirar a Preston.

—Hola —me saludó Cole—. Ven con nosotros. Chicos, os presento a Annalia.  
—Sin embargo, vacilé un momento. Me sentía insegura y los nervios me atenazaban. Forcé una vacilante sonrisa, esperando no oler a lejía. Había ido a trabajar con mi madre esa mañana y había limpiado seis de las repugnantes habitaciones del motel antes de ir al instituto. Y si todavía tenía adherido a mis manos el olor del limpiainodoros, esperaba que no lo notara nadie.

Hice acopio de valor antes de hacer un gesto a la gente que rodeaba a Preston y a Cole.

El grupo me miraba con curiosidad. Todos se habían quedado en silencio y la tensión hacía que me hormigueara la piel. La sensación de no pertenecer allí me cubría como una manta mojada. Estuve a punto de girarme y alejarme, pero me obligué a no hacerlo.

—Lia... —dijo Preston con la voz ronca. Se aclaró la garganta y me tendió la mano, arrancándome de aquella parálisis. Fue entonces cuando me fijé en que era el único que no estaba cubierto por el voladizo, el único que se estaba mojando por la llovizna.

Solté un rápido suspiro y le cogí la mano con gratitud; sin embargo, no estaba tan nerviosa como para no percibir la corriente eléctrica que me atravesaba ante su contacto, con su cercanía. Me resultaba a la vez relajante y desagradable.

Di un paso bajo el alero, y Preston me soltó la mano, haciendo que me envolviera de nuevo la frialdad y me sintiera sola.

Alicia Bardua estaba junto a Preston y dio un paso atrás, mirándome de arriba abajo. Por su expresión, estaba claro que no se sentía impresionada. Recordé aquella vez que me había teñido el pelo, cuando me había rendido al ferviente deseo de parecerme a ella, y me sentí especialmente humillada por su evidente desdén. Era como si pudiera ver dentro de mí y conociera los secretos anhelos de mi corazón. Supe instintivamente que los utilizaría para herirme. Sentí que se me calentaban las mejillas y aparté la mirada.

—¿No estás en primero? —preguntó Alicia.

La miré de nuevo mientras movía la cabeza, asintiendo.

—Sí. Estoy en primero.

Ella me lanzó una sincera sonrisa.

—Estábamos hablando de la fiesta de graduación. No creo que vayas a ir, ¿verdad?

Miré a Preston, cuyo rostro estaba más pálido que antes.

—Oh, no... No voy a asistir.

Ella sonrió con una expresión ladina al tiempo que se aferraba al brazo de Preston.

—Bueno, entonces esta conversación no creo que te interese. Deberías correr para no llegar tarde a clase. —Noté una opresión en el corazón y me sentí un poco enferma. Preston iba a ir con Alicia al baile de graduación.

—¡Dios, Alicia! ¿Cómo puedes ser tan borde? —soltó Preston.

—¡Cállate, Alicia! —dijo Cole casi al mismo tiempo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con voz dulce, lanzándoles a los dos una mirada airada—. Solo estaba tratando de salvarla del mortal aburrimiento de tener que escuchar planes con los que no tiene nada que ver.

Yo tenía la cara caliente mientras la sensación de no pertenecer allí se intensificaba. Tragué saliva. ¡Dios! Siempre había sabido que hablar con Preston y Cole en público era una mala idea. Lo sabía.

—Annalia... —empezó a decir Cole justo cuando Alicia dio un paso atrás con un chillido.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es eso?

Cogí aire mientras todos los presentes daban también un salto hacia atrás. Bajé la vista al jersey blanco que llevaba y vi tres chinches, enormes y llenas de sangre.

«¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! No, no, no...».

Presa del pánico, me quité el jersey y lo lancé al suelo antes de empezar a sacudir la camiseta azul claro que llevaba debajo.

—¡Oh, qué horror! —gritaba Alicia mientras se limpiaba su propia ropa—. ¿Tengo alguna? ¿Me ha pasado alguna?

—Lo siento —grazné, notando que se me llenaban los ojos de lágrimas de angustia y vergüenza. ¡Dios!, debían de haberseme pegado por la mañana, cuando estuve limpiando.

Siempre tenía cuidado con las chinches, y me quitaba la ropa en la parte de atrás de casa cuando venía con mi madre de limpiar. Ella hacía lo mismo salvo si le dolía tanto la espalda que no podía soportarlo. Pero hoy no debía de haberme mirado bien antes de ir al instituto.

—Lo siento mucho —repetí.

Todos se había apartado menos Preston, que se acercó a mí y me cogió de la mano.

—Vamos, voy a llevarte a la enfermería.

Me solté y emití un jadeo entrecortado.

—No. No. Quédate aquí. Por favor. No quiero que... —Aparté la mirada de su cara. Parecía estar sufriendo, como si esta situación le doliera. Aquello hizo que me sintiera todavía más avergonzada, que la bilis me subiera a la garganta.

«Ya se ha apartado de mí. Ahora no querrá tener nada que ver conmigo... nunca más». ¡Oh, Dios! Iba a vomitar.

—Espera, Lia —oí que decía Cole mientras me daba la vuelta y corría hasta el dispensario de la señora Stephens. A pesar de que quería marcharme del instituto por ese día, tenía un examen y no podía irme. A menudo llegaba agotada después de trabajar en el motel, pero si quería graduarme dentro de tres años, tenía que sacar buenas notas y superar los exámenes finales.

Cuando entré en la enfermería, las lágrimas me recorrían las mejillas.

—Annalia, ¿qué te ocurre, querida? —La señora Stephens era una mujer mayor que llevaba el pelo corto de color gris y siempre era muy amable. Solo había ido a la enfermería en una ocasión que necesité una tirita, pero me había caído muy bien.

Me detuve en la puerta y la miré con preocupación.

—Creo... Creo que puedo tener chinches.

Ella frunció el ceño.

—¿Chinches?

Asentí moviendo la cabeza.

—Por las mañanas ayudo a mi madre a limpiar un motel, cambio las camas y esas cosas... Y tenía tres bichos de esos en la ropa.

—Vale, querida. Siéntate y deja que te examine. Por Dios, no pasa nada.

Claro que pasaba. Había sido una humillación no solo para mí, sino para Preston y Cole. Sentiría vergüenza cada vez que lo recordara.

Oí un ruido a mi espalda y me di la vuelta. Preston estaba en la puerta, respirando con dificultad.

—¿Estás bien?

Aparté la vista.

—Sí. Puedes marcharte.

En ese momento, comenzaba a darme igual todo. Solo quería salir de allí, hacer el examen y volver a mi casa para poder llorar libremente. Pero Preston entró en la enfermería y se sentó en una silla que estaba apoyada en la pared

opuesta. Entonces se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Levántate, querida, voy a examinarte la ropa. Sin embargo, lo más importante es que revises el colchón cuando llegues a casa.

—No tengo colchón —admití con debilidad. No miré a Preston, pero por el rabillo del ojo noté que fruncía el ceño. No se molestaría en protegerme ahora que conocía ese hecho tan bochornoso. ¿Podía pasar algo peor?—. Al menos uno normal. Duermo en una colchoneta de plástico hinchable.

La señora Stephens se detuvo mientras revisaba la camiseta.

—Oh, bueno, entonces seguramente no tenga chinches. De todas formas, sería una buena idea que lavaras todas las sábanas y toda tu ropa en agua caliente dos veces.

No me molesté en decirle que no teníamos lavadora ni secadora, que utilizábamos las de la lavandería del pueblo, aunque solo podíamos ir allí cada dos semanas, o a veces todavía con menos frecuencia, si a mi madre le dolía la espalda.

Sentí una conmoción en la puerta y luego apareció Cole.

—Hola —dijo—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —repuse, mirándolo a él y luego a Preston—. Por favor, marchaos. —«Alguien os podría ver conmigo».

Los dos abrieron la boca al mismo tiempo para protestar, pero la señora Stephen se lo impidió.

—En realidad, debo insistir en ello, porque Annalia tiene que quitarse la ropa para que la examine a fondo. Así que id a clase, chicos.

Los dos me miraron durante un momento, pero luego desviaron la vista y, finalmente, Preston se levantó, pasándose las manos por los muslos.

—Te esperaré fuera.

—Por favor, no —le pedí sin mirarlo. Se quedó allí durante un poco más. Sentí sus ojos clavados en mí, pero luego se dio la vuelta y salió de la enfermería.

—¿Quieres que yo...? —preguntó Cole.

—No.

No oí que Cole se marchara y supe que seguía allí, así que lo busqué con la vista. Parecía tan compungido que todavía tuve más ganas de que se fuera.

—Estoy bien, Cole. Muy pronto todo esto será un recuerdo. No me quedaré aquí para siempre. —Me obligué a sonreír.

Me respondió con otra de inmediato, e inclinó la cabeza con interés.

—¿Sí? ¿A dónde piensas ir?

—A la costa norte de Hawái, donde les daré clases de surf a los turistas. Solo

me falta aprender a mí.

Se rio por lo bajo.

—Suenan muy bien.

—Sí —convine—. Es cierto—. Bajé la vista y un segundo después, oí sus pasos resonando por el pasillo vacío.

## LIA

A LOS QUINCE AÑOS...

No fui al instituto en lo que quedaba de curso. Hice los exámenes finales y no volví. ¿Para qué? Ya había hecho lo necesario para pasar al siguiente curso, y no soportaría estar sentada en clase mientras sentía las burlas de los niños que, sin duda, se reirían a mi espalda y me pondrían motes horribles. O peor aún, me tendrían lástima y les daría asco. Prefería volver el próximo año, cuando Alicia Bardua estuviera en la universidad. Recé para que entonces nadie se acordara de aquel horripilante día.

De hecho, elaboré minuciosas fantasías en las que vertía un fármaco para provocar amnesia en el suministro de agua del pueblo, pero no podía hacer que se cumplieran en la vida real.

Por mucho que odiara mi casa, era una especie de santuario, allí no podía venir nadie porque no sabían dónde vivía, y no tenía teléfono.

A pesar de lo reacia que era de volver al motel donde trabajaba mi madre, lo hice de todas formas porque ella precisaba mi ayuda, y ambas teníamos que comer y necesitábamos un techo sobre nuestras cabezas.

Sin embargo, la noche del baile de graduación, me sentía inquieta allí encerrada y tuve hacer algo para sacarme de la cabeza lo que sabía que estaba pasando al otro lado de Linmoor.

Lavar la ropa en la lavandería del pueblo y esperar allí sentada, mientras leía, a que terminara el ciclo de lavado, podía no sonar muy divertido para cualquier otra persona, pero a mí me parecía un buen plan, así que decidí que era el momento perfecto para llevarlo a cabo.

Me encantaba cómo llenaba el espacio el sonido del giro del tambor, el fresco olor del detergente y del suavizante, e incluso me gustaba la música de los 80 que ponía el propietario del negocio; llevaba años haciendo sonar la misma lista de reproducción y, a veces, cuando oía alguna de esas canciones en otro sitio, me sentía confusa cuando no venía seguida por la misma que sonaba en la

lavandería.

Me eché la bolsa de ropa sucia a la espalda y salí de casa. Le había preguntado a mi madre si quería acompañarme, pero había dicho que no, como yo sabía que diría.

Cuando empecé a andar, el ocaso pintaba el cielo con vívidas pinceladas de color malva salpicadas de motas púrpura y pequeñas gotas de dorado. Me detuve un instante a respirar aquella belleza, pensando en todas las chicas del pueblo que se preparaban para el baile de esta noche y me pregunté si también ellas estaban mirando por la ventana y haciendo algún comentario sobre lo mágico que parecía el cielo, como debía ser, sin duda, en una noche tan especial como esta.

Me pregunté qué se pondría Alicia Bardua y me la imaginé bailando con Preston, dando vueltas por toda la sala. Harían una pareja preciosa: ella con un vestido de fiesta turquesa... No, pensé, mejor azul profundo. Y él con un esmoquin.

Me puse en marcha para comenzar el recorrido, tratando de convencerme de que no me importaba en absoluto lo buena pareja que harían, pero la imagen que creaba mi imaginación me echaba sal en una herida abierta, y cerré los ojos con un gemido.

Me pregunté con quién iría Cole. ¿No debería molestarme un poco que Cole fuera con otra chica? No me dolía, me daba igual.

Hasta ahora, no me había permitido pensar en Preston con otras chicas. Aunque sabía que tenía que salir con alguien. Preston y Cole eran de los chicos más populares del instituto, y yo había asumido que las chicas se lanzaban a sus brazos. Sin embargo, ahora sabía concretamente con quién salía, y no podía evitar la imagen que se formaba en mi mente.

Me inundó una sensación de desesperación que intenté ahogar caminando a buen ritmo, atravesando la alta hierba del patio y girando hacia el camino de tierra que llevaba a nuestra casa.

La lavandería estaban en las afueras del pueblo, y no era un trayecto demasiado largo, pero bajo el peso de la ropa, me llevó casi treinta minutos, cuando por lo general lo hacía en quince.

El cálido ambiente oloroso del espacio me resultaba familiar y me dibujó una sonrisa en los labios mientras levantaba la bolsa de ropa sucia hasta el mostrador para repartir las prendas en dos cargas. Me hubiera gustado separarla en tres, pero solo tenía dinero para dos ciclos y para comprar una caja de detergente en la máquina.

Llené los tambores y metí las monedas en las ranuras antes de agregar el detergente para poner en marcha las máquinas.

Cuando empezó a lavarse la ropa, me senté en una de las sillas azules de plástico que había junto a la ventana y abrí el libro. Puse la ropa a secar cuando se detuvo el lavado.

Un poco más tarde, la interrupción del zumbido de las secadoras me indicó que las cargas estaban secas.

Había una mesa plegable cerca del fondo, y descargué las prendas en uno de los carros de la lavandería para llevarla allí y ponerme a doblarla mientras tarareaba por lo bajo *Time after time*.

De repente, se me erizó el vello de la nuca y me detuve para escuchar atentamente cualquier sonido, alarmada.

Cuando percibí el suave sonido de pisadas en el suelo de linóleo, me di la vuelta dejando que la camisa se me escurriera entre los dedos y solté un chillido de sorpresa al ver a un hombre cerca de la puerta.

«Preston».

El aire salió de mi boca con un estridente siseo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Me has asustado! —aseguré, llevándome la mano al corazón.

Me miró fijamente mientras daba unos pasos adelante.

—Lo siento.

Fruncí el ceño al tiempo que inclinaba la cabeza ligeramente a un lado.

—Deberías estar en el baile de graduación.

—No, no he ido.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Rompí la cita con Alicia después de ver cómo te trataba.

Lo miré boquiabierto; luego un escalofrío de temor me bajó por la columna.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque no quiero salir con alguien a quien considero una bruja.

Cerré los ojos un instante. No podía negar el alivio que sentía al saber que Preston no iba a estar con Alicia esta noche, y apreciaba el sacrificio que había hecho por mí. Pero me daba pánico saber que lo que él había hecho me había granjeado una enemiga para toda la vida. Gracias a Dios que se iría pronto. Tenía la esperanza de no volver a verla.

—Preston...

—Los chicos del equipo de baloncesto decidieron ir en grupo, y Cole ha ido con ellos, pero a mí no me interesaba. —Se metió las manos en los bolsillos y se

encogió de hombros.

Saber que Cole no me había pedido que lo acompañara al baile de graduación no me molestaba. Él era lo suficientemente listo para saber que yo no podía asistir. No podía permitirme comprar una barra de labios, así que mucho menos un vestido, unos zapatos o cualquier otra cosa similar... Era una amabilidad que no me hubiera puesto en la incómoda posición de tener que inventar una excusa para no ir cuando los dos conocíamos la verdadera razón.

Me quedé mirando a Preston un momento.

—¿Y qué...? ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver si estabas bien.

Fruncí el ceño mientras apretaba la parte baja de la espalda contra la mesa.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

Miró a su alrededor con interés, fijándose en el dispensador que había en la pared, donde se adquirían las pastillas de detergente para los lavados, como si nunca hubiera estado dentro de una lavandería. ¡Dios!, y probablemente así era.

—He pasado por tu casa. Tu madre me ha dicho que estabas aquí —dijo cuando volvió a mirarme.

«¿Qué?».

Una sensación de terror bajó por mi espalda. Tragué saliva.

—¿Tú... has pasado por mi casa? ¿Cómo...? ¿Cómo has sabido dónde vivo? —¡Oh, Dios! Ni siquiera quería saber cómo se había comunicado mi madre con él. En realidad no podía ni imaginarlo. ¿Qué habría hecho ella cuando abrió la puerta y se encontró allí a Preston Sawyer? ¿Habría sido amable con él? ¿Habría visto Preston el interior de mi casa?

«¡Oh, Dios. mío!».

—Sé dónde vives desde que éramos niños.

—Ah... —Tragué saliva—. ¿Y Cole también lo sabe?

Noté que le palpitaba un músculo en la mandíbula, y, de repente, me miró con más intensidad de lo normal.

—No que yo sepa.

Asentí con la cabeza, agradecía por que fuera así.

—Mi madre... no... Ella no habla inglés. Bueno, casi nada.

—Pues conoce la palabra «lavandería». —Soltó un suspiro, y una expresión irritada pasó por sus rasgos. Negó con la cabeza como si la conversación se hubiera desviado por un camino que él no quería—. No has ido al instituto últimamente.

Hice una pausa, tratando de retomar el hilo.

—No. No tenía ninguna razón para ello. —Fruncí el ceño al tiempo que me agarraba a la mesa, a mi espalda—. ¿Has venido aquí solo por eso? ¿Para saber por qué no he ido al instituto? —A pesar de la vergüenza que me daba pensar que se había acercado a mi casa, sentí una repentina calidez en el pecho. Me gustaba saber que se había preocupado por mí.

Preston me estudió con tanta intensidad que el corazón me dio un vuelco bajo su mirada. Dio un paso hacia mí lentamente, borrando la distancia entre nosotros hasta detenerse justo delante de mí.

—Sí. Así es. —Su voz sonaba un poco ronca, como si una extraña emoción le hubiera afectado a la garganta—. No tienes que avergonzarte por lo que pasó, Lia. Alicia actuó como una bruja y todo el mundo lo sabe. Nadie ha dicho nada sobre ti ni lo dirá. No lo permitiré. Y tampoco lo hará Cole.

Solté un jadeo al tiempo que me miraba los pies antes de buscar de nuevo sus ojos.

—Preston..., no era necesario que ninguno de los dos hiciera eso. No tenías que cancelar tu cita para el baile.

Por su cara pasó una breve expresión de dolor antes de que se transformara en lo que parecía ser de nuevo irritación.

—Sí, soy muy consciente de lo que tengo que hacer y de lo que no.

Apreté los labios.

—Lo que quiero decir es que no tienes que defenderme como si fueras mi hermano mayor o algo así. Nunca he querido eso. Cuando os evito en público a los dos es justo para que no os sintáis obligados a hablarme o defenderme o lo que sea mientras estáis con vuestros amigos.

—¿Obligados? —Tensó la mandíbula; parecía enfadado—. ¿Eso es lo que piensas?

—No... No quiero que te sientas así, pero... —«No quiero que tengas que hacerlo. No quiero volver a ser una carga. No quiero que me mires de la misma forma que lo hace mi madre. No podría soportarlo»—. Pero nuestras vidas son muy diferentes.

Negué con la cabeza levemente mientras miraba por encima de su hombro derecho, sintiéndome muy pequeña. Si él no había sabido antes lo pobre que era, lo hacía después de haber ido a mi casa.

—De todas formas, debes disfrutar del tiempo que os queda aquí. Cole y tú os iréis a la universidad dentro de poco...

Sus hombros cedieron de forma gradual, algo que tenía menos que ver con el movimiento y más con un repentino cambio en el estado de ánimo. ¿Le ponía

nervioso ir a la universidad? Seguro que sí. Preston amaba esta tierra tanto como yo, quizá incluso más, porque sus raíces eran de varias generaciones. Yo la amaba, pero él, además, se sentía orgulloso.

—¿Vas a echar de menos a Cole? —preguntó. Su voz era dulce, aunque seguía teniendo los músculos rígidos. La pregunta me confundió durante un momento porque mi mente había seguido un derrotero diferente. «¿Iba a echar de menos a Cole?». No lo veía desde aquel día en el instituto, ya que me había mantenido alejada a propósito de todo el mundo, salvo de mi madre. Me mordí el labio, tratando de responderme mentalmente la pregunta antes de decirle nada. Por un segundo, consideré preguntarle a Preston lo que pensaba de que Cole y yo hubiéramos tenido un par de citas. Por un segundo, esperé que me dijera que lo odiaba. Pero luego recordé la forma voluntaria en la que se había marchado cuando Cole le dijo que iba a invitarme a salir, y me di cuenta de que ya sabía la respuesta a mi pregunta: le parecía bien. «No me quiere».

—Os echaré de menos a los dos. —«Sobre todo a ti, Preston. Y me gustaría que no fuera así, porque no creo que tú me vayas a extrañar, al menos de la misma forma».

Pareció relajarse un poco, y soltó un largo suspiro al tiempo que se masajeaba la nuca. Mientras él miraba a la lejanía, me permití recorrer su cuerpo con los ojos, fijándome en la forma en la que la camiseta se le pegaba a los músculos del pecho, en lo anchos que eran sus hombros y en la estrechez de sus caderas. Tenía unas piernas largas y poderosas, cubiertas por unos vaqueros. Era muy alto...

Dejó caer una mano y nuestros ojos se encontraron de nuevo. Me estudió durante un momento como si tratara de leer lo que estaba pasando por mi mente. Todavía parecía algo preocupado, y deseé que no lo estuviera. Había sido muy amable por su parte venir aquí para ver cómo estaba, a pesar de que no me gustaba nada que supiera dónde vivía y de que seguramente había echado un vistazo al interior. Pero estaba aquí, delante de mí, y no lo estaría mucho tiempo. Me dolía el alma por la necesidad de tocarlo mientras todavía tenía la oportunidad.

Iba a marcharse, a vivir la vida y conocer gente nueva, quizá incluso se enamorara, y yo estaría aquí, buscando la alegría que pudiera en la tierra, el cielo, la calidez de la lavandería, pequeñas alegrías dentro de los parámetros que me habían impuesto, pero, sobre todo, existiendo y tratando de salir adelante día tras día.

Una intensa oleada de necesidad me impulsó a sacar el máximo provecho de lo que podía ser nuestro último momento juntos, así que ahogue mi habitual

reticencia y dejé que las palabras abandonaran mis labios.

—Podemos... podemos bailar. —Parpadeé y contuve la respiración durante unos segundos antes de soltarla como una exhalación apenas controlada—. Para que al menos bailes una vez la noche de tu baile de graduación. Sobre todo porque yo soy la razón de que te lo estés perdiendo. —Las últimas palabras se desvanecieron mientras oía el latido de mi corazón en los oídos.

Se me quedó mirando con los ojos clavados en mi boca, y luego volvió a subirlos. Pareció un poco sorprendido y dio un paso atrás, abriendo la boca como si fuera a decir algo pero luego cerrándola de nuevo.

—No... No puedo. Lo siento.

Lo miré durante un segundo, sintiendo que se me revolvía el estómago ante su rechazo. Se estaba alejando de mí como si no quisiera estar cerca de mí. No quería que yo le tocara.

«¡Oh, Dios mío!».

De pronto lo comprendí. Por supuesto. Casi me había olvidado de las chinches. De repente sentí náuseas. Por supuesto que no quería estar cerca de mí. ¿En qué había estado pensando? Me había defendido ante Alicia, pero aun así le daba asco. Siempre había habido bondad en sus ojos, en la forma en la que me miraba, pero ya no estaba. Había desaparecido.

—Vale —susurré. Me di la vuelta bruscamente y comencé a rellenar la bolsa con el resto de la ropa.

—Lia...

No le hice caso, distanciándome de él. Sin embargo, me temblaban las manos, y se me cayeron los pantalones de las manos mientras me subía un sollozo a la garganta. Me incliné para recogerlos, pero sentí las manos de Preston en mis brazos, y luego se inclinó hacia mí y noté su calor en la espalda.

—Lia —repitió.

Esa sola palabra, dicha con tanta intensidad, me impactó en el corazón, haciendo que la soledad que me había embargado durante la mayor parte de mi vida —y todavía más durante las dos últimas semanas— desapareciera. Casi me caí al suelo, y solo su cuerpo, su solidez, impidió que me desplomara.

Me recosté contra él, debilitada por el impacto emocional. Tambaleándome mientras él me rodeaba con sus brazos desde atrás.

—No soy... No soy sucia —le aseguré.

—Basta —gruñó contra mi oído—. En ti no hay nada sucio. Nada.

Mi acelerado corazón se calmó y mi respiración entrecortada se estabilizó. Siguió abrazándome, y fue maravilloso. La necesidad de contacto humano me

abrumaba, y aunque sabía que debería alejarme y tranquilizarme, no pude hacerlo. En su lugar, me impulsé hacia atrás, hacia su cuerpo, y me permití disfrutar.

«Solo un minuto. Solo un poco de alegría. Solo quiero tener el recuerdo de lo que es estar entre los brazos de Preston».

Un minuto después, más o menos, me hizo darme la vuelta y me apretó contra su pecho, rodeándome de nuevo en un fuerte abrazo. «¡Oh!», suspiró mi corazón.

Apresé la tela de su camiseta en la espalda y apreté la mejilla contra su hombro, dejando escapar un suspiro mientras inhalaba el reconfortante olor de su jabón y el débil rastro salado que asociaba a él y solo a él.

«Preston».

Él estaba murmurando mi nombre mientras me pasaba las manos arriba y abajo por la espalda. Un minuto después, me aparté para mirarlo, aunque me hubiera quedado así para siempre. Me estaba mirando también, y su rostro quedaba iluminado por los potentes fluorescentes de la lavandería; las líneas masculinas de sus rasgos se agudizaban bajo la luz, la sombra de la barba incipiente se hacía más evidente. Había algo muy viril en él, y me quedé mirándolo, hipnotizada. ¿Cuándo había perdido los últimos vestigios de aspecto infantil para convertirse en un hombre? ¿O acaso yo era tan consciente de su masculinidad por la forma en la que me afectaba?

Recordé momentáneamente la vez que habíamos estado sentados en la plaza, tomando un helado. Me pregunté si fue entonces cuando había empezado a perder su aspecto infantil. Y ahora, pensé mirándolo de nuevo, había entrado en la edad adulta.

Parte de mi amor por Preston era como un lento río que había ganado anchura y velocidad con el tiempo. Y otra parte aparecía en cortas ráfagas como rayos al rojo vivo, marcando los momentos en los que el amor de mi corazón se había hecho más intenso y palpable. Y supe que este sería uno de esos destellos, uno de esos momentos que se me quedaría grabado a fuego en la memoria y, seguramente, el último que conseguiría.

—Lia... —dijo una vez más en voz ronca y baja.

Me quedé paralizada y el momento pareció congelarse, ya que los dos nos miramos, con nuestros pechos subiendo y bajando uno contra otro. Sus ojos volvieron a clavarse en mi boca y separé inconscientemente los labios. Por un segundo contuve el aliento, preguntándome si me besaría, si esas rápidas miradas a mi boca significaban que estaba considerando esa posibilidad. Pero

luego buscó mis ojos y se alejó un poco.

—Es que...

—Lo siento —dije, dejando caer los brazos—. Te he mojado la camiseta. — Señalé la marca de humedad en su hombro, donde las lágrimas que no sabía que había derramado habían empapado la tela.

Bajó la vista de forma distraída, sin hacer ningún comentario. No parecía importarle. Me observó durante un segundo.

Moví los pies, avergonzada por haberme dejado llevar por las emociones, confusa y perdida, como si necesitara desesperadamente que alguien respondiera a todas mis preguntas sobre la vida, el amor y el dolor que latían en mi corazón sin llegar a desaparecer jamás.

—Me gustaría aceptar ese baile si todavía sigue en pie.

—¿Qué?

—Un baile. Esta es mi canción favorita.

Parpadeé, tratando de volver a realidad, a la brillante lavandería donde la música salía con suavidad de los altavoces.

Hice una pausa y luego bajé la vista, mordiéndome el labio mientras me reía por lo bajo.

—¿Tu canción favorita es *Stuck on you*, de Lionel Ritchie?

Asintió moviendo la cabeza.

—Me encanta la música de los 80. —Permaneció serio, pero le aparecieron unas arruguitas en las esquinas de sus ojos.

Algo aleteó entre mis costillas y no pude evitar sonreír, aunque sabía que él no me había sonreído exactamente. Respiré hondo, relajando los hombros mientras miraba sus ojos serios.

—Me encantaría.

Los nos acercamos a la vez y nos reímos al chocar con suavidad, y la tensión que había habido entre nosotros desapareció.

Me rodeó con los brazos y empezamos a bailar debajo de las luces brillantes. Me apretó la cintura y me hizo girar cuando llegó el estribillo. Sorprendida, me reí y me sujeté a él con más fuerza mientras la alegría invadía mi pecho. Me cantó al oído en voz baja algo sobre un tren de medianoche y la sensación que provocaba en su alma, y sentí la sonrisa de sus labios contra la mejilla, inundada por la felicidad del momento.

Nos volvimos a mover juntos y el corazón triplicó su velocidad ante la cercanía de nuestros cuerpos. Era consciente de cada parte de él que estaba apretada contra mí, y sentí vértigo de descubrir este lado tan lúdico de Preston, algo que

no había vislumbrado nunca.

Nos balanceamos, y el movimiento tenía algo que lo hacía sentir muy íntimo. Nunca había bailado con nadie, y ahora entendía por qué podía conducir a... más.

Volvió a surgir la tensión entre nosotros, solo que esta vez tenía un origen diferente, era algo cálido y emocionante. Sentía que mi cuerpo se calentaba de una forma desconocida para mí, mis pechos estaban más pesados presionados contra el sólido torso de Preston. Noté los pezones duros y me sonrojé por las reacciones de mi cuerpo, preguntándome si él también lo sentía, si lo sabía. ¿Se sentiría incómodo si fuera así?

Me agarró la mano con la respiración algo acelerada. Se me nubló la mente un poco y me balanceé, perdiendo el paso. Tenía la sensación de que la única razón por la que seguía en pie era porque Preston me sostenía.

Eché la cabeza hacia atrás y lo miré, pero él ya tenía los ojos clavados en los míos. Su mirada era intensa..., aunque, claro, la mirada de Preston acostumbraba a ser intensa.

El momento de diversión había pasado y se había convertido en otra cosa, algo que no sabía cómo definir. Quería saber si él estaba sintiendo lo mismo que yo, si quizá todo había cambiado entre nosotros. Pero era demasiado tímida e insegura. No sabía cómo preguntárselo, no podía arriesgar mi corazón; era demasiado sensible a un posible rechazo.

Dio un paso atrás, soltándome, lo que me arrancó de aquellos confusos pensamientos. Eché de menos tanto el calor de su cuerpo como la fuerte conexión que había habido entre nosotros.

—Debería marcharme.

—No es necesario... —Mi sonrisa era vacilante—. Seguirá sonando más música de los 80.

Se pasó una mano por el pelo, sin reaccionar a aquel mal intento de bromear.

—Sí. Es necesario.

Un frío dolor me caló hasta los huesos, haciendo desaparecer cualquier rastro de calor. ¡Oh, Dios! No, él no estaba sintiendo lo mismo que yo. Yo había deseado que el momento durara para siempre, y él estaba dispuesto a ponerle fin.

—Tienes que ir a casa —añadió—. Te acompañaré. —Miró a su alrededor con el ceño fruncido—. Este no parece un lugar seguro para que esté una chica sola.

Hablaba como si fuera mi padre o mi hermano mayor... Me rodeé la cintura con los brazos al darme cuenta de que así era exactamente como me veía. Como una hermana pequeña. Alguien a quien proteger. Una chica con la que bailar

unos minutos y secarle las lágrimas. La niña que lo había seguido con adoración casi desde que había aprendido a andar.

Cole me besaba, pero Preston solo quería protegerme.

No tomaba a la ligera esa naturaleza protectora suya —era algo que siempre había apreciado—, pero en ese momento la odié con el ardiente calor de miles de soles porque significaba que no me quería. Alcé la barbilla yforcé una sonrisa.

—Bueno, gracias por preocuparte por mí. Gracias por venir aquí.

Asintió moviendo la cabeza al tiempo que se frotaba las manos. Me agaché para recoger los pantalones que se habían caído y los metí en la bolsa, junto con las demás prendas que ya había doblado, la ropa interior y el libro. Preston cogió el petate del mostrador, y lo seguí hasta la *pickup*.

No había ninguna razón para que le pidiera que me dejara en un lugar diferente a mi casa; ya la había visto. Recorrimos el trayecto en silencio, y aunque traté de pensar en algo que decir, algo que pudiera recuperar la relación fluida que teníamos mientras bailábamos en la lavandería, no se me ocurrió nada. Poco después, se desviaba por el camino de tierra que llevaba a mi casa mientras yo lo miraba.

No sabía por qué, pero cuando pensaba en nuestra amistad, me daba cuenta de que llevábamos tiempo alejados. La última vez que nos sentamos y hablamos fue el día que le di la otra mitad del corazón de vidrio.

«Algún día me voy a marchar de aquí, pero una parte de mi corazón se quedará... contigo».

La mía estaba envuelta en una tela y la guardaba debajo del colchón hinchable. Seguramente, él había lanzado la suya a la basura y no había vuelto a pensar en ello. Ahora que se iba a marchar de aquí, una parte de mi corazón se iría con él, a pesar de que estaba claro que él no la quería.

«Echo de menos a mi amigo».

—Gracias, Preston. —«Por haber sido mi amigo, por ser el primero en bailar conmigo y por protegerme». Era todo lo que tenía de él, y debía ser suficiente.

Contuvo el aliento durante un momento y luego curvó los labios hacia arriba, aunque en vez de una sonrisa, pareció una extraña mueca en la penumbra de la cabina de la *pickup*.

—Buenas noches, Lia —se despidió.

Me detuve un segundo, esperando... Esperando a ver si me decía algo más, pero no lo hizo, así que cogí la bolsa de la lavandería y me bajé de la camioneta. Cerré la puerta antes de andar con rapidez hacia el interior de mi casa, sin mirar atrás.

No oí que se alejaba hasta después de que yo cerrara la puerta de mi casa. Mi madre ya estaba durmiendo. Dejé caer la bolsa con la ropa al suelo y me acurruqué sobre la colchoneta hinchable.

—Annalia... —La voz de mi madre me llegó desde el otro lado de la habitación, aunque ella estaba vuelta hacia la pared.

—¿Sí, mamá?

—No te abras de piernas con los chicos. —Lo dijo en un inglés entrecortado y no supe bien por qué. Quizá tenía algo que ver con que Preston hubiera venido a buscarme. Quizá fuera la primera vez que se daba cuenta de que vivía en dos mundos, y en uno se hablaba inglés y en otro español. Quizá estaba tratando de relacionarme con el mundo sobre el que estaba advirtiéndome. Fuera lo que fuera, me hizo sentir avergonzada. Noté la cara caliente.

Mi madre nunca había hablado conmigo sobre chicos. Por un segundo, estuve a punto de sentarme, desesperada por hacerle todas las preguntas que necesitaban respuesta. Pero las palabras se quedaron pegadas a mi garganta como tantas veces. No sabía por dónde empezar, no sabía hablar con mi madre, así que relajé los músculos y me hundí de nuevo en la cama.

—No, mamá.

Hubo un silencio antes de que volviera a hablar.

—Los chicos ricos solo quieren una cosa de una chica de nadie.

«Una chica de nadie». No había malicia en su tono, solo cansancio. Sus palabras, como de costumbre, habían sido duras, y me pregunté si habrían perdido su esencia al decirlas en inglés. Las pocas veces que había intentado hablar en inglés conmigo no siempre elegía las palabras precisas para lo que quería expresar.

Hubiera preferido que me hablara en español, así la habría entendido mejor. Debido a eso, las palabras dieron vueltas en mi cabeza durante toda la noche.

«Una chica de nadie».

«Una chica de nadie».

«Una chica de nadie».

«Yo».

Al principio del verano, el calor era insoportable. Un mes después de que terminara el curso, conseguí un trabajo por las tardes como camarera en el restaurante IHOP<sup>3</sup> del pueblo. El horario me permitía seguir ayudando a mi madre en el motel.

A pesar de que no eran muy abundantes, los ingresos extra me permitieron comprar algo de ropa de verano, que necesitaba desesperadamente, y ayudar a que hubiera comida más decente en la mesa.

Me alegraba estar ocupada y me sentía aliviada de poder ayudar en casa. También agradecía estar tan cansada todos los días que no me quedaran fuerzas para echar de menos a Preston.

Los dos chicos estaban trabajando en la finca de su familia durante el verano, hasta agosto, cuando se marcharían a la universidad en la Costa Este. Me dolía el corazón al pensar en ello, a pesar de que no había vuelto a ver a Cole desde que terminó el curso ni a Preston desde aquella noche en que bailamos bajo las luces de la lavandería.

Simplemente la idea de que se fueran hacía que se me pusiera un nudo en la garganta. Habían sido una de las constantes de mi mundo, de toda mi vida. No podía recordar un momento en que los gemelos y sus sonrisas no hubieran estado esperándome, aunque estuviera meses sin verlos.

Cole me sorprendió una noche, cuando salía del trabajo. Me reí cuando se puso delante, sonriéndome y provocando que casi me tropezara con mis propios pies.

—Hola —suspiré, feliz de encontrarme con su rostro familiar—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Sonrió.

—Uno de mis amigos me dijo que te había visto trabajar aquí.

Asentí.

—Será solo por un mes.

—Te he echado de menos. Eres una persona difícil de localizar, Annalia del Valle.

Me reí en voz baja.

—Claro, porque hay una larga cola de chicos tratando de... localizarme.

—Yo sí. Estaba intentando localizarte. —Sus ojos buscaron los míos y aparté la mirada, riéndome, pero me sentía un poco incómoda—. Pensaba que este año nos veríamos más al ir al mismo instituto, pero al final no ha sido así, ¿verdad?

Me encogí de hombros, consciente de que había sido por mi culpa. Había evitado a los Sawyer en el instituto. Y el incidente de las chinches, como lo llamaba ahora mentalmente, había sido una prueba fehaciente de que tenía razón al hacerlo.

—Este año estabas en tercero, y yo solo en primero. Sencillamente nuestros caminos no se han cruzado mucho.

Él sonrió.

—Mmm... Bueno, pues esta noche nuestros caminos sí se han cruzado. Puede que necesites a alguien que te acompañe a casa.

Me puse nerviosa. Preston había visto mi casa, y yo había dejado de gustarle. No quería repetir la experiencia con Cole. Me volví hacia la puerta cuando oí a Cathy, mi compañera de trabajo y la chica que solía llevarme a casa.

—Cathy, esta noche voy andando.

Ella sonrió y movió la mano para despedirse mientras se volvía hacia su coche. Miré a Cole.

—¿Dónde está la *pickup*?

—Hoy le tocaba a Preston.

Me aclaré la garganta, negándome a pensar dónde o con quién podía estar Preston.

—Puedes acompañarme hasta el desvío que lleva a mi casa —le dije.

Él me miró durante un buen rato, pero luego movió la cabeza, asintiendo.

—Vale. —Anduvimos en silencio durante unos minutos—. ¿Estás bien de verdad? —preguntó él finalmente—. Después de...

—Estoy bien. —Noté las mejillas calientes y me alegré de que la iluminación fuera tan tenue en el exterior. No quería hablar sobre ese incidente... Todavía me mortificaba.

Él permaneció en silencio, pensativamente, durante un momento antes de meterse las manos en los bolsillos y levantar la mirada a la luna. Esta noche se mostraba mucho más pensativo de lo habitual y me recordaba a su hermano.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

Todavía me resultaba extraño pasar el tiempo con Cole sin que Preston estuviera presente. Era muy consciente de su ausencia, posiblemente más que si hubiera estado sola. A pesar de que era irónico, porque no había sentido nada parecido por la falta de Cole cuando había estado a solas con Preston.

—Sí, estoy bien. Nos vamos... Nos iremos dentro de un par de días.

Me detuve y me volví hacia él, sorprendida.

—¿Dentro de un par de días? Pensaba que os marchabais a mediados de agosto.

Se pasó una mano por el pelo y sacudió la cabeza.

—Han abierto la residencia universitaria antes de lo que creíamos, y Preston y yo hemos pensado que no estaría mal ir antes y buscar un trabajo antes de empezar el curso.

Me dolió el corazón.

—Oh..., un trabajo. Ya... —Me humedecí los labios mientras notaba que me

inundaba una horrible sensación de pánico. Parpadeé—. Has venido a despedirte...

Él asintió moviendo la cabeza, y fue la primera vez que recordaba haber visto una expresión de tristeza en las hermosas líneas del rostro de Cole.

—Sí. — Miró a lo lejos un momento antes de buscar de nuevo mis ojos—. Podría haberle pedido la camioneta a mi padre, pero quería pasear. He estado por el pueblo... recordando sin más. Es extraño saber que durante los próximos cuatro años me voy a despertar en un lugar diferente.

Respiré hondo, intentando calmarme. A pesar de la tristeza, me alegraba por ellos.

—Por fin vas a salir de aquí —le recordé, con una débil sonrisa, la única que logré esbozar en ese momento.

Él me la devolvió al tiempo que me cogía la mano; me la apretó mientras empezábamos a andar de nuevo.

—Voy a echar de menos este lugar —aseguró con una sonrisa más grande.

Incliné la cabeza y miré a los lados.

—¿Sí? ¿Dónde vas a ir?

—A una clase en la universidad. Para intentar adquirir una educación.

Me reí por lo bajo, apretándole también la mano. Me sentía feliz por él, de verdad. Esta vez, la frase humorística que siempre nos habíamos dicho no era una broma, sino real.

Tras pasamos los límites del pueblo y recorrimos lentamente el camino de tierra que conducía a su casa y que se cruzaba con el que llevaba a la mía.

La luna brillante emitía un fuerte resplandor que iluminaba las amplias tierras de cultivo que se extendía a ambos lados, las colinas se dibujaban oscuras contra el cielo color añil

—¿Qué es lo que más vas a echar de menos?

Se encogió de hombros.

—Te echaré de menos a ti.

Sonreí.

—Yo también te voy a extrañar. Este pueblo parecerá todavía más pequeño cuando te vayas.

—¿Sin mi abrumadora personalidad?

Me reí por lo bajo.

—En realidad, sí.

Avanzamos en silencio durante varios minutos y antes de que me diera cuenta, habíamos llegado a la desviación que nos separaba en más de un sentido.

—Ya llegamos —dije en voz baja, sintiendo que me invadía de repente una abrumadora tristeza. Era la despedida. No tenía ni idea de si esto era una despedida para siempre, si él iría a la universidad y se olvidaría de mí, o si realmente significaba algo. No era una ingenua sobre lo que le ofrecerían las chicas de la universidad. Ni de lo que le ofrecerían a Preston.

Cole se volvió hacia mí y me cogió entre sus brazos al tiempo que bajaba la boca hacia la mía. Me acercó hacia él para besarme profundamente, enredando la lengua con la mía. Traté de perderme en el beso, pero solo me sentí medio involucrada. Era el último contacto físico que tendría durante mucho tiempo, quizá para siempre, aunque me negaba a considerar esa triste posibilidad.

Cuando nos separamos, él sonrió y me miró durante unos instantes. Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, sin que yo pudiera distinguir su expresión exacta en la penumbra de la noche, pero parecía pensativo y, por un momento, me pregunté si notaría que no había química entre nosotros.

—Sé que apenas hemos empezado, Lia, pero espérame.

Incliné la cabeza con nuestros cuerpos todavía apretados.

—Quieres que te espere... —repetí, sorprendida. Mis pensamientos habían ido justo en la dirección opuesta.

—No te entregues a otro chico.

Solté un jadeo y me aparté. ¿De verdad no sabía que no tenía ningún amigo?

—Es poco probable que ocurra eso, Cole. —Solo tenía quince años, pero, aun así, los únicos chicos que me habían dirigido la palabra eran Preston y Cole. Y era probable que ellos lo hicieran porque éramos amigos desde pequeños.

Negué con la cabeza.

—Pero... —Hice una pausa mientras organizaba mis pensamientos— lo que tienes que hacer es vivir a fondo. Es tu sueño. Disfruta cada segundo al máximo. Por los dos, ¿vale?

Sonrió, luego se inclinó y me besó la frente.

—Vale.

Permanecimos allí, despidiéndonos en silencio, aunque finalmente llegó el momento de separarnos. Entonces, me di la vuelta y me alejé de él. Miré una vez por encima del hombro para hacer un gesto más con la mano, pero él ya se había alejado en su propia dirección.

**PRESTON**

A LOS DIECIOCHO AÑOS...

Había visto desde lejos cómo ella inclinaba la cabeza hacia atrás y se reía, con el pelo cayendo en pesados rizos en su espalda; cómo mi hermano le cogía la mano antes de empezar a andar hacia su casa, y los celos me retorcieron las entrañas.

Me recliné contra el respaldo mientras respiraba hondo varias veces. Había venido a despedirme de ella, sin saber que Cole había tenido la misma idea.

La había estado evitando desde aquella noche en la lavandería. No me había resultado difícil. En la granja había mucho trabajo, y Cole y yo teníamos que ayudar a nuestro padre tanto como nos fuera posible antes de que nos marcháramos y lo dejáramos solo para llevar los trabajos que había hecho siempre. Había contratado a un par de chicos para que nos sustituyeran mientras estábamos estudiando, pero, aun así, tenía sesenta y dos años: era el momento de que se lo tomara con calma, no de que trabajara con más intensidad que nunca.

Me debatía todos los días entre ayudar en casa o pasar el tiempo lejos, lo más lejos posible. Mis padres se peleaban más que nunca, y ya estaba harto de todos aquellos gritos interminables, de los sollozos eternos de mi madre que resonaban por toda la casa y de mirar por la ventana, desde donde apenas podía vislumbrar el resplandor del cigarrillo que mi padre fumaba en el granero, sin saber cómo manejar las descontroladas emociones de mi madre.

Luego ella bajaba y me miraba antes de volver a estallar en lágrimas, me agarraba la camisa y lloraba mientras la abrazaba.

—Di algo —me pedía con un sollozo. Pero ¿qué se suponía que debía decir?

Así que me echaba hacia atrás y ella se apartaba, murmurando que era igual que él.

Una de aquellas veces, había ido al granero donde estaba mi padre después de una de sus peleas. Él me había mirado con tristeza.

—No te cases con una mujer solo porque te hace sentir debilidad en las rodillas, hijo —había murmurado antes de suspirar profundamente—. Eso no es

suficiente. —Lo que me había hecho sentir triste, confuso y frustrado con los dos.

Lia me debilitaba las rodillas. Y quizá adivinaba lo que quería decir mi padre porque acompañando esa sensación siempre llegaba una dolorosa necesidad.

Vi que Lia se volvía a reír cuando Cole dijo otra cosa, y luego desaparecieron de mi vista. Y por mucho que me hubiera gustado ser yo quien estuviera con ella esta noche, no podía negar que me encantaba verla reír, aunque fuera gracias a Cole.

Me la imaginé en la pequeña casa donde vivía y, al recordar la miseria que había adivinado por encima del hombro de su madre, se me obstruyó la garganta por el dolor que sentí en el corazón. Lia merecía toda la felicidad que pudiera conseguir.

Encendí el coche y me dirigí hacia casa.

Esa noche, más tarde, cuando Cole llegó, yo estaba sentado en la cocina leyendo unos documentos de la finca que quería dejar solucionados antes de que nos marcháramos. A nuestro padre no se le daba bien mantener las cosas organizadas, y no quería imaginarme cómo iban a descuidarse los papeleos de la granja cuando nos fuéramos.

—Si quisiera dedicarme a eso, hubiera trabajado en una oficina —decía siempre mi padre—. Soy agricultor, no contable.

Levanté la mirada cuando se abrió la puerta trasera y entró Cole. Se acercó a la nevera y sacó un *tetrabrick* de zumo de naranja para tomar un buen sorbo directamente del envase.

Luego se sentó ante la mesa con un bostezo, se pasó la mano por el pelo y miró lo que yo estaba haciendo.

—Papá tiene que empezar a arreglárselas sin nosotros, ya lo sabes. Tienes que dejar que lo haga él.

—No me importa hacerlo yo.

Un minuto después, levanté la mirada y vi que me estaba mirando con curiosidad.

—¿Qué pasa?

—Nada. ¿No me vas a preguntar a dónde he ido esta noche?

—Ya lo sé. Te he visto paseando con Lia.

Arqueó las cejas y sonrió mientras echaba la silla hacia atrás, dejándola en equilibrio sobre dos patas. Durante un instante, estuve tentado a darle un empujón y ver cómo se caía al suelo.

A mí me inundaban sentimientos encontrados sobre ir a la universidad, en

especial a un lugar tan lejos. Una parte de mí quería quedarse en esta granja, que me encantaba, pero otra quería alejarse del tenso ambiente que se respiraba en casa. Y, admitía, del dolor que me producía amar a Annalia.

Cuando tomamos la decisión de ir a la universidad, había pensado que, ya que tenía que marcharme, ir con mi hermano haría que fuera más fácil. Pero ahora... Ahora la idea ya no me parecía tan buena. Ahora pensaba que quizá hubiera sido mejor evitarlo durante los próximos cuatro años.

—Me va a esperar.

Entrecerré los ojos.

—¿Te va a esperar...?

—Mientras estoy fuera.

—¿Y eso qué significa?

Se encogió de hombros.

—Significa que la quiero. Pero ahora mismo es demasiado joven para algo más que besos. Sin embargo, cuando volvamos, ya no será así. Y no quiero que acabe entregándose a un pobre idiota que acabe haciéndola desgraciada. —Frunció el ceño—. Lia es muy... tímida. A veces casi retraída. No me gustaría que se enrolle con quien no debe, un estúpido al que no le preocuparía su corazón.

Noté que se me revolvía el estómago al tener que reprimir los celos, lo que me irritó todavía más. No quería que se entregara a nadie. No quería saber que ella misma estaba de acuerdo en entregarse a Cole, ni siquiera quería saber que se habían besado. Que él la había saboreado. Sabía que era así, pero escucharlo en voz alta lo empeoraba todo todavía más. Saber que ella lo deseaba, que había respondido a él físicamente, me hacía sentir muy desgraciado.

—Tiene quince años. No debería estar reservándose para nadie.

Apoyó las patas de la silla en el suelo con un suave chasquido y se encogió de hombros.

—Le he preguntado y me ha dicho que sí.

Lo miré durante un instante antes de apartar los papeles y ponerme en pie.

—Me voy a la cama.

—Los tres somos amigos desde hace mucho tiempo, Pres. ¿No piensas despedirte de ella?

Me había dado ya la vuelta para ir hacia la escalera, pero su pregunta hizo que me detuviera. Recordé aquella noche en la lavandería, cuando había estado bailando con Annalia. Pensé en cómo la había abrazado, en que había anhelado besarla con cada impulso de mi corazón. Y que, por un momento, había tenido la impresión de que su cuerpo reaccionaba al mío, y me había preguntado si la

dulce vulnerabilidad que había en sus ojos no solo era por la timidez que siempre había brillado en esas profundidades verdes, sino por algo más. Quizá era por mí; tal vez ella también quería besarme.

Pero me había reprimido y dado un paso atrás por Cole, por haber perdido esa maldita carrera, y me había apartado lentamente cuando casi había perdido el control, y no me había muerto por ello. «Juramento de hermanos. Un hombre bueno siempre cumple su palabra».

Por un segundo, casi había enviado aquella promesa al diablo. A la mierda el juramento de hermanos. A la mierda mi palabra. A la mierda cualquier cosa que impidiera que cubriera los labios de Lia con los míos, que no dejara que proclamara que era mía, que siempre había sido mía, independientemente de carreras o de un apretón de manos aderezado con saliva. Incluso me daría igual aunque hubiera puesto la mano sobre la Biblia ante un millón de testigos.

¿Qué ocurría cuando dabas tu palabra pero en tu corazón sentías que no había sido lo correcto? Pero luego había recordado que me iba a marchar lejos. Ella era muy joven, y eso era todo. ¿De qué hubiera servido de todas formas? Lia había respondido a Cole tal y como me había imaginado que haría. Y, si yo fuera el único que podía llamarla mía, ¿me esperaría a mí? Aquel pensamiento me provocaba un agudo dolor. En mi amor por Lia siempre había existido dolor, y quizá era mejor zafarme de las garras de algo que siempre me hacía sufrir a pesar de la alegría que me suponía. El tiempo sería mi cura. Y la distancia.

«¿No piensas despedirte de ella?».

Cerré los ojos recordando cómo su delgada figura se había apretado contra mi cuerpo, lo suave que había resultado y lo dulce que había sido su olor. Y ese era el recuerdo que quería llevarme conmigo.

—Ya lo he hecho —repuse sin darme la vuelta.

## 6

### LIA

CUATRO AÑOS DESPUÉS

—Hola, Annalia, ¿vas a venir con nosotros? —Me di la vuelta y vi que Lacie iba hacia la puerta con la chaqueta colgada del brazo—. Vamos a Brady's a tomar una cerveza.

Iba a decir que no, pero lo reconsideré. Me lo preguntaban todos los días y mi respuesta era siempre la misma: no. Muy pronto, dejarían de contar conmigo. Y no pasaba nada si me detenía de camino a casa para tomar una cerveza. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Claro. —Sonreí—. Estoy terminando. Salgo dentro de cinco minutos.

La sonrisa de Lacie me cogió por sorpresa.

—¿En serio? Increíble. Nos vemos allí. —Se despidió con la mano mientras abría la puerta doble de cristal.

Terminé rápidamente la labor, me deshice del delantal del uniforme de camarera y salí tras desear buenas noches al personal de la cocina.

Quince minutos después, aparcaba mi pequeño utilitario delante de Brady's, un pub de moda, y salía de un salto. Me quedaría una hora como mucho y luego regresaría a casa. Había hecho un turno muy largo y estaba cansada, además olía a caramelo y a beicon. Era un aroma que una vez me había resultado agradable y reconfortante a la vez, pero ahora, después de cuatro años, estaba un poco harta.

Hacía un calor inusual incluso para ser junio, y aunque se había puesto el sol, el aire resultaba pesado y asfixiante.

Dos meses antes, el gobierno había declarado oficialmente el estado de sequía, pero los agricultores estaban preocupados por la falta de agua para sus cosechas desde hacía mucho más tiempo. Era un pueblo agrícola, y lo que les ocurría a las granjas afectaba a todos los negocios de la zona. Así que todo el pueblo estaba preocupado, todos estábamos pendientes del pronóstico del tiempo y mirábamos constantemente al cielo en busca de alguna señal de lluvia, incluso los expertos podían equivocarse.

No podía evitar preguntarme qué tal le iría a la granja de los Sawyer con aquella sequía. Había hablado con Cole de vez en cuando durante los últimos años, y lo había visto un par de veces cuando regresaba a casa por una cosa u otra. Me había abrazado sonriente las dos veces, y también me había besado, pero más que nada habíamos acabado hablando. Me había preguntado sin demasiada preocupación si Cole estaría saliendo con otras chicas en la universidad, pero no le había preguntado. Realmente debería hacerlo, pero me daba igual, así que ¿para qué crear una situación que podría resultar incómoda o hacerle creer que no quería que lo hiciera?

Había intentado no hablar de Preston, pero al final, a pesar de que seguía doliéndome que no se hubiera despedido de mí, me sentía demasiado desesperada por saber algo de él, así que le había preguntado a Cole cómo se encontraba. Este me había dicho que estaba disfrutando de su paso por la universidad y, ya al final, había soltado que las chicas lo perseguían y parecían no tener suficiente de él. Una punzada de celos había provocado un sordo dolor en mi interior, pero no me había permitido ni una mueca de dolor. Más tarde había llorado amargamente, aunque luego me sentí irritada conmigo misma por ello. Preston solo estaba haciendo lo que debería hacer yo: vivir su vida. Por lo que me había enterado, se quedaba en la Costa Este durante el verano, trabajando y asistiendo a clases incluso durante las vacaciones.

Me había acostumbrado a no ver a los chicos Sawyer durante largos períodos de tiempo incluso cuando vivían en el pueblo, por lo que continué como había hecho la mayor parte de mi existencia: siguiendo su vida desde lejos.

Además, estaba bastante ocupada con mi propia rutina. Me había graduado en el instituto y me había puesto a trabajar a jornada completa en el IHOP como camarera. Desde entonces, había empezado a ganar suficiente dinero para trasladarme con mi madre a un apartamento en el pueblo. Solo me podía permitir un estudio, por lo que seguíamos durmiendo las dos en la misma habitación, pero era un lugar más grande, con alfombras nuevas en el suelo, una cocina pequeña pero limpia y un cuarto de baño con puerta. Me preguntaba si el resto del mundo me veía sonreír al cerrar la cerradura de mi casa y qué pensaría si lo hacía. Imaginaba que era una triste alegría, pero una alegría a fin de cuentas, y seguiría alegrándome por estos pequeños regalos de la vida. Como siempre.

Mi madre había dejado de trabajar en el motel, y, aunque yo no podía hacer nada para curarle la espalda, dado que no tenía seguro médico ni dinero suficiente para ir al especialista o pagar una operación, me sentía orgullosa de que no tuviera que seguir realizando el trabajo físico que le había provocado la

lesión.

Aunque no habíamos nadado en la abundancia precisamente, había ahorrado durante cuatro largos años y, por fin, conseguí los ochocientos dólares que necesitaba para comprarme mi primer coche: un Hyundai plateado de segunda mano con más de doscientos mil kilómetros y el guardabarros oxidado. Tenía bastantes extras y un ambientador con olor a vainilla colgado en el espejo retrovisor. Cada vez que giraba la llave en el contacto, sonreía; ese coche era mío y me lo había ganado con horas y horas de trabajo duro y honesto.

El interior de Brady's estaba tenuemente iluminado y olía a cerveza y a limón reseco, como si ese fuera el olor que despedía el esmalte que habían utilizado en la barra de madera que ocupaba en centro del local. Entrecerré los ojos hasta que me acostumbré a la escasa luz y vi a mis amigos en una mesa cerca de la ventana. Sonreí mientras me acercaba, y me saludaron, señalándome la silla que me habían reservado, donde me senté.

Mis compañeros de trabajo eran jóvenes como yo, y siempre iban a tomar algo después del turno de tarde. El IHOP estaba abierto las veinticuatro horas, y cuando me ascendieron a jefa de camareras, había sido en el turno de noche, lo que había supuesto un gran sacrificio cuando tenía que levantarme temprano para ir a clase. Pero era un buen sueldo, que mejoraba nuestra situación, por lo que no había renunciado a él, así que dormía cuando podía y estudiaba en los descansos. Hacía poco que tenía la suficiente antigüedad para trabajar de día, pero además también hacía turnos de noche cuando alguien necesitaba que le cubrieran.

Como usábamos uniforme, mi ropa no era diferente a la de los demás, como había ocurrido en el instituto, y me sentía una más del grupo en ese aspecto, lo que me había ayudado a salir un poco de mi concha y hacer algunos amigos que me caían bastante bien y que no me clasificaban ni menospreciaban por mi baja condición social.

A pesar de eso, rara vez salía con ellos, por lo que se burlaron de mí por haber pedido una Coca-Cola; me preguntaron quién era y qué había hecho con una ermitaña que respondía al nombre de Annalia. Les devolví la broma antes de cambiar de tema. Aunque ninguno de ellos provenía de familias ricas, no podían entender mi situación. No comprendían la presión que me llevaba a hacerlo todo bien en el trabajo, a ahorrar cada centavo de las propinas. Se quejaban del trabajo la mayoría de los días, ignorando a los clientes para sentarse un rato en la trastienda cuando estaban cansados, porque ellos no tenían a una madre en casa que dependía de ellos ni les iba la vida en ese trabajo.

A veces me sentía la persona más vieja de la tierra en el cuerpo de una joven de

diecinueve años.

Tomé un sorbo de la Coca-Cola en cuanto me la trajeron.

—No sé si lo sabes —bromeó Sonia, otra de las camareras—, pero aquí se puede pedir cerveza. A Brady no le importa —aseguró antes de llevarse la botella a los labios.

Me encogí de hombros al tiempo que hacía una mueca.

—No me gusta la cerveza. —Lo cierto era que mi madre era una emigrante ilegal. No pensaba quebrantar a ley a propósito ni arriesgarme a llamar la atención de nadie sobre mí y, quizá, sobre mi madre. Era otra de las cosas que no podía intentar explicar a la gente que no llevaba la misma vida que yo. Ni siquiera me planteaba intentarlo. Permanecía apartada. Cuando estudiaba en el colegio, había sido una decisión inconsciente, ya que nunca sabía encajar. Era amiga de los inadaptados. En el trabajo estábamos todos en igualdad de condiciones, y me gustaba tener amigos, pero eso no significaba que estuviera pensando en confiar en nadie. Incluso aunque quisiera, no sabría cómo hacerlo. Me había mantenido aislada durante tanto tiempo que la soledad se había convertido en parte de mí, igual que el pelo negro y los ojos verdes.

«Esos malditos parámetros de los que me gustaría escapar».

Estuvimos hablando y bromeando durante unos minutos antes de que me llamara la atención que mencionaran a los Sawyer en algún lugar a mi espalda. Me sorprendió poco que mis oídos captaran la conversación en español entre dos jóvenes mexicanos sentados en la barra. Por lo que pude enterarme a pesar de los sonidos que me rodeaban, uno de ellos trabajaba en la granja de los Sawyer, y le preocupaba perder el empleo después de la reciente muerte de Warren Sawyer. Contuve la respiración. ¿Warren Sawyer, el padre de Cole y Preston, había muerto? Si era así, no me había enterado. Aunque Linmoor era un pueblo pequeño, tampoco había ninguna razón para que sí lo hubiera sabido. Me sentí triste. Pobres chicos. No conocía demasiado su dinámica familiar, pero sabía que los dos respetaban a su padre, y que siempre había sido un jefe justo con mi madre.

Me quedé en Brady's durante media hora más, pero luego me despedí de mis amigos. Ya en el exterior, compré un periódico en un dispensador y lo dejé en el asiento del copiloto antes de encender el coche. Una vez que aparqué en mi plaza en el complejo de apartamentos donde vivíamos, abrí el diario por la sección de obituarios y me puse a buscar. Se me detuvo el corazón.

*«Warren Sawyer, de 66 años, falleció el miércoles 2 de junio. Nacido y criado en Linmoor, California, le sobreviven su esposa, Camille, y sus hijos, Preston y Cole. Los servicios fúnebres tendrán lugar el*

*lunes 7 de junio a las 11:00 de la mañana en el tanatorio Ritchie & Peach. Los amigos y familiares están invitados al refrigerio que se ofrecerá en la granja de la familia después de los actos».*

Lo leí conteniendo la respiración, y solté el aire cuando terminé. Me pregunté cómo había muerto. ¿Qué significaría esto para la granja y para los gemelos? ¿Debía ir al funeral? Permanecí allí sentada mordiéndome los labios, sin saber qué hacer. ¿No sería adecuado que presentara mis respetos como amiga de Preston y Cole? ¿O incluso como hija de una mujer que había trabajado allí? Me pregunté si mi madre querría ir y, al instante, descarté la cuestión. La conocía bien: no le interesaría lo más mínimo.

Recogí mis cosas y salí del coche para subir las escaleras hasta el apartamento. Entré sin hacer ruido; mi madre dormía profundamente en el colchón de segunda mano que le había comprado cuando nos mudamos, después de haberlo inspeccionado a fondo en busca de chinches. Todavía me estremecía de asco y vergüenza al recordar aquel horrible día. Hacía mucho tiempo, pero no se había borrado de mi memoria.

«El frío calándome hasta los huesos, la humillación que había supuesto para Preston y Cole...».

Me descalcé y atravesé de puntillas la mullida alfombra hasta el cuarto de baño. Cerré la puerta sonriendo ante aquel pequeño placer. Mientras me lavaba el sudor del día, decidí que sí, que quería asistir al funeral de Warren Sawyer. Era lo que debía hacer. Me dije que no tenía nada que ver con que quisiera echar un vistazo a Preston, pero sabía que era mentira.

La iglesia estaba llena a rebosar, pero me las arreglé para encontrar un asiento en el fondo, entre dos familias. Tuve que apretujarme para encajar, y a la gente de ambos lados pareció molestarle mi presencia, pero era eso o quedarme de pie en la parte de atrás, y estaba demasiado nerviosa para colocarme en un sitio donde la mía sería una de las primeras caras que vería la familia al entrar en la iglesia.

Se oyeron muchos susurros cuando Camille Sawyer apareció en la puerta, con los ojos rojos y los labios temblorosos. Debía de rondar los cincuenta años, pero seguía siendo una mujer impresionante que, desde lejos, no aparentaba más de treinta y cinco. Llevaba el pálido pelo rubio con un corte clásico y su figura se veía esbelta y armoniosa embutida en un vestido sin mangas negro. Se quedó quieta en el umbral de la puerta durante un momento, como si estuviera posando para las cámaras. El efecto fue sorprendente con la luz del sol iluminándola a contraluz desde atrás y resaltando su belleza dorada, y si hubiera tenido móvil,

me habría sentido tentada a hacerle una foto. Pero luego dos figuras altas se reunieron con ella y le agarraron los brazos mientras entraban en la silenciosa iglesia.

Se me detuvo la respiración y noté que se me encogía el estómago. Hacía un año desde la última vez que había visto a Cole, pero incluso desde entonces, había cambiado. Era todavía más grande, o quizá solo lo parecía por el formal traje oscuro que llevaba. Sin embargo, las líneas de su rostro eran más potentes y menos infantiles que antes. Desplacé la mirada lentamente hasta Preston y, aunque era idéntico a Cole, el cambio en él era todavía más sorprendente, porque hacía más tiempo que no lo veía. ¡Dios mío, qué guapos eran! Y había algo en su belleza por partida doble que hacía jadear, y hubiera jurado que en la iglesia resonó un suspiro de colectiva admiración femenina.

Con el ritmo acelerado, fui consciente de que todos los sentimientos que creía que formaban parte del pasado me inundaron entre una respiración y otra. ¡Oh, Santo Dios! ¿Cómo había podido olvidarme de lo que sentía al estar en la misma habitación que Preston? Había estado con Cole en dos ocasiones durante los últimos cuatro años, le había enviado algún correo electrónico desde mi cuenta en el instituto de vez en cuando, pero ¿qué me había llevado a engañarme a mí misma pensando que las sensaciones que me provocaba Preston eran tan sencillas y tibias como las que tenía por Cole? Sin verlos juntos, sin disfrutar de ese contraste delante de mis narices, había empezado a considerar que mis sentimientos por ellos eran similares. Es más, seguramente quise convencerme de esa mentira porque me resultaba menos dolorosa que asimilar la verdad: el hermano que yo amaba no me quería, y había sido más fácil no mirar atrás.

Me hundí en el banco cuando ambos pasaron a mi altura por el pasillo, mirando al frente, con el dolor grabado en sus rostros. Camille Sawyer caminaba entre ellos despacio, y una lágrima se deslizó por su mejilla mientras se apoyaba en Preston.

Asistí al servicio en un estado de aturdimiento, con la mirada clavada en la parte posterior de su cabeza mientras los suaves sollozos de su madre resonaban en la iglesia. Ella volvió a apoyarse en Preston, y él le puso el brazo sobre los hombros, acercándola a su cuerpo. Estaba entre sus dos hijos, y me pregunté por qué parecía buscar más el consuelo de Preston que el de Cole.

—Qué lástima... —murmuró una mujer a mi lado—. Era demasiado joven.

—Fue por un ataque al corazón, ¿verdad? —susurró su marido.

—Sí. Cayó fulminado en los campos. Uno de esos mexicanos lo llevó hasta la casa. —«Uno de esos mexicanos».

Por el rabillo del ojo, me di cuenta de que la mujer que había dicho esas palabras volvía la vista hacia mí con rapidez y luego la apartaba, como si acabara de ser consciente de que «una de esas mexicanas» estaba sentada a su lado. Miré al frente, fingiendo que no había oído nada.

Después de que todo terminara, vi a Preston y a Cole por el pasillo, escoltando a su madre, que lloraba entre ellos. Preston tenía apretados los dientes, y Cole había clavado la mirada al frente. Sentí la necesidad de acercarme y abrazarlos, de ofrecerles cierto consuelo, de hacerles saber que estaba allí y lo sentía por ellos.

La multitud se dirigió lentamente hacia la puerta, y en el momento en el que yo salí, la familia se había marchado ya. Habían regresado a la granja, como anunciaban en la esquila.

Había decidido antes del funeral que llevaría algo de comida a su casa, aunque solo fuera para darles el pésame. Sin embargo, ahora vacilé, nerviosa e insegura. Habría mucha gente. No me echarían de menos; tenían buenos amigos. Siempre los habían tenido. Di por hecho que la mitad de su clase del instituto estaría allí, y que me sentiría abrumada. Pero tampoco quería dejar que el miedo me impidiera hacer lo que consideraba correcto: ofrecerles mis condolencias a dos personas que me importaban. Y el periódico había extendido la invitación a todo el mundo.

Entré en el coche e inspeccioné el pastel que había llevado en una nevera portátil. El hielo se había derretido casi por completo, pero el dulce seguía en buen estado. Había gastado veinte dólares de mi presupuesto para hacer aquella tarta y me había quedado despierta hasta tarde para hornearla después del trabajo. A pesar de que jamás había hecho nada parecido antes, le había pedido a una compañera del trabajo llamada Darla una receta, y ella me había dado una de pastel de arándanos, asegurándome que me saldría una tarta impresionante. Sin duda el olor era magnífico, y la consideré aceptable para ofrecérsela a los Sawyer.

El camino de tierra que conducía a la casa familiar estaba lleno de coches cuando yo llegué, así que aparqué detrás de un Jeep rojo cerca del granero. Respiré hondo antes de mirarme al espejo una última vez para asegurarme de que tenía buen aspecto. El coche no disponía de aire acondicionado y me notaba sudorosa por debajo de la blusa negra, entre los pechos, pero esperaba que el color de la prenda ocultara las manchas de humedad.

Cogí un pañuelo de papel del bolso y me sequé las gotas de sudor que me perlaban la frente y el labio superior, y me volví a aplicar un poco de brillo de

labios antes de salir del vehículo.

Me acerqué despacio hasta la casa, poco acostumbrada a los zapatos de salón con tacón que me había prestado mi vecina de dieciséis años, sosteniendo el pastel con las dos manos.

Había algunas personas en el porche, con unas bebidas frías y hablando en tono sombrío. A través de la ventana abierta a la izquierda de la puerta, vi que había gente dentro de lo que parecía la cocina.

Se me aceleró el corazón, y esa familiar sensación de que este no era mi lugar hizo que me hormigueara la piel. El sudor se me siguió deslizando por la espalda, haciéndome estremecer. Respiré hondo y le brindé una sonrisa tímida al hombre que estaba apoyado en la barandilla del porche. Él me respondió con una inclinación de cabeza antes de que me acercara más a la puerta. Levanté la mano y llamé con el puño.

Me tensé mientras esperaba y, cuando se abrió la puerta unos diez segundos después, me obligué a relajarme para que no pareciera que estaba tan rígida e incómoda como me sentía. Camille Sawyer permanecía de pie al otro lado, cubriéndose la nariz con un pañuelo de papel. Se me quedó mirando, a la espera.

—Señora —dije—. Lamento la pérdida.

Arqueó las cejas un poco y apartó el pañuelo. Tenía los ojos hinchados de llorar y la nariz roja, pero el lápiz de labios estaba perfectamente aplicado, cada mechón de pelo en su sitio y tenía los iris color agua muy brillantes, en un claro contraste con los párpados. De alguna forma, la tristeza la hacía parecer más hermosa. Vi a Cole y a Preston en aquellos ojos azules, en los pómulos altos.

Me temblaron las manos mientras le ofrecí el pastel. Ella lo cogió, pero luego me miró confusa, como si no hubiera tenido intención de aceptarlo.

—Eres la cría con la que los chicos solían jugar en los campos, ¿verdad?

Me puse roja. Me sentía como si en vez de estar frente a ella, lo estuviera ante una bola de fuego, incandescente, y por un momento solo pude asentir, moviendo la cabeza.

—Er... Sí. Mi madre trabajaba entonces para el señor Sawyer.

Ella inspiró por la nariz y giró la cara un instante, mirando por encima del hombro antes de volverla hacia mí.

—Bueno, se lo diré a los chicos. Entenderás que no te invite a entrar, ¿verdad? —Me miraba con tanto desdén que me sentí como si hubiera recibido un golpe.

Me dio tal vuelco el corazón que noté que me mareaba. Siempre había sabido que no le gustaba que jugara con Preston y Cole cuando éramos niños. Incluso con mi infantil visión del mundo, había recibido el mensaje de que no creía

conveniente que sus hijos se relacionaran con los de los trabajadores. Pero jamás se me había ocurrido que me rechazara ante su puerta cuando solo era una mujer que le presentaba sus respetos por la muerte de su marido.

Me había equivocado... por completo.

Recordé que Warren Sawyer era un hombre que pasaba casi todo el tiempo trabajando la tierra, igual que los hombres y mujeres que empleaba. Recordaba que me había dado palmaditas en la cabeza mientras me regalaba una fresa madura, y que me encantaba la forma en la que me sonreía. Tenía una imagen de él como de un hombre muy grande y poco hablador, pero con un aura de bondad. Un tipo fuerte y silencioso pero con una mirada profunda. «Igual que Preston».

Me pregunté si él también desaprobaba la amistad que me unía a sus hijos, y la mera posibilidad me dolió, a pesar de que sabía que era un dolor irracional. Ni siquiera lo había conocido de verdad, y ahora ya había muerto.

Por un momento, solo pude concentrarme en mis zapatos de segunda mano, deseando que me tragara la tierra. Pero reuní el poco orgullo que me quedaba y alcé la barbilla, ofreciendo una sonrisa temblorosa, aunque esperé que ella no lo notara.

—Por favor, acepte mis condolencias. Adiós. —Me di la vuelta lentamente y me moví con tanta gracia como pude por el porche antes de bajar los escalones de entrada.

El hombre que me había saludado antes me lanzó una mirada avergonzada, lo que me hizo saber que había oído la conversación, pero alcé la barbilla y continué mi camino fuera de la propiedad de los Sawyer.

Cuando apenas me había alejado unos pasos de la casa, me llegó la voz de la señora Sawyer por la ventana abierta de la cocina. Era evidente que hablaba con otra persona.

—Aggg... Tira esto a la basura. No creo que esté en buenas condiciones para comerlo.

Aceleré el paso con un nudo en la garganta. No estaba dispuesta a llorar mientras permaneciera en esta propiedad. Regresé al coche y me metí dentro. Cuando cerré la puerta, el aire caliente inundó mis pulmones. Aunque había dejado las ventanillas abiertas para que no fuera un horno cuando volviera, el calor era sofocante y me sentí un poco mareada. Apoyé la cabeza en el asiento, intentando recuperar las fuerzas, esperando a que disminuyera el dolor que había sufrido en la puerta de los Sawyer.

«Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien».

Cuando me sentí algo mejor, busqué las llaves. El movimiento que realicé me

obligó a mirar por la ventanilla, y vi que Preston se acercaba lentamente al coche. Me dio un vuelco el corazón, y me quedé paralizada con la mano en el contacto. Se aproximó poco a poco y, cuando llegó, abrí de forma automática la puerta del coche y salí, atraída por él sin pensar.

Nuestros ojos se encontraron mientras cerraba la puerta con la cadera, y esperé a que se detuviera delante de mí.

—Lia... —Parecía sorprendido. Movi6 los ojos por mi cuerpo hasta subirlos a mi cara. Me recorrió los rasgos también, antes de dar un paso atrás parpadeando—. Dios, no estaba seguro de si eras tú...

—Preston —respiré hondo, tragándome los nervios—. Estoy... Lamento mucho lo de tu padre.

Sus ojos se encontraron con los míos, momentáneamente en blanco, como si le hubiera recordado algo que había olvidado. Luego asintió con una expresión solemne, la misma que conocía desde que era un niño.

«Preston... Preston...».

A pesar del desaire que acababa de experimentar con su madre, no pude evitar una sonrisa. Le había echado mucho de menos, más de lo que había admitido ante mí misma. Sentí una repentina hinchazón dentro de mí, como si se me hubiera inflado un globo dentro del pecho.

Solté una risita temblorosa y, antes de que pudiera parpadear, me estrechó entre sus brazos, apretándome con fuerza contra su cuerpo. Solté un chillido de sorpresa antes de devolverle el abrazo con la misma intensidad. Su pecho era sólido contra mí, y me fundí con él, buscando su calor, su afecto, para alejar la sensación de que me consideraran una persona sucia e indeseable. Preston jamás me había visto así. Era posible que yo hubiera querido que me ofreciera más de lo que podía darme, pero siempre había sido generoso en su aceptación y alabanzas.

Él también parecía necesitar ese contacto físico, porque nos estuvimos abrazando durante un buen rato. Al final, fue él quien se apartó, y me di cuenta de que debía de sentirse tan sudoroso como yo. Negué con la cabeza al tiempo que le lanzaba una sonrisa avergonzada.

—Soy un desastre. Estoy empapada en sudor.

Se rio por lo bajo.

—Este clima no ayuda. —Hizo un gesto señalando su camisa y vi que estaba húmeda a pesar de la camiseta que llevaba debajo—. ¿Quieres entrar y refrescarte? Estoy seguro de que a Cole le alegrará verte.

Lancé una mirada nerviosa a su casa, y él siguió la dirección de mi mirada con

el ceño fruncido.

—¿Ya has estado dentro?

Negué con la cabeza y aparté la vista. No pensaba contarle el encuentro con su madre, y menos tal día como hoy.

—Acabo de dejar un pastel. Pero no tenía pensado quedarme.

Me estudió durante un momento como si no acabara de creerme.

—Me iba a esconder por ahí —dijo señalando el cobertizo—. ¿Te quedarías un rato más conmigo si nos vamos ahí?

Solté un suspiro. Aunque me gustaría alejarme de su madre tan pronto como fuera posible, no podía imaginármela saliendo de la casa con los tacones y los labios pintados, además quería pasar más tiempo con Preston casi desesperadamente. Así que asentí.

—Sí, vale.

No se me escapó que ahora era una mujer y, sin embargo, seguía reuniéndome a escondidas con los chicos, a espaldas de Camille Sawyer. Y eso me hacía sentir pena.

Seguí a Preston por el camino y el patio lateral de la casa. Un muro cubierto de lilas impedía la vista desde la casa, así que no creía que su madre —o cualquier otra persona— pudiera vernos. Recordaba el olor de las lilas desde aquel día, hacía ya tanto tiempo, cuando había esperado allí a que Preston entrara a buscar dinero para arreglar mi pelo, teñido de naranja. Me inundó una sensación de calidez y de triste melancolía a la vez.

En el interior del granero hacía casi tanto calor como fuera, pero estaba abierto y una leve brisa fluía entre las puertas y las ventanas traseras. Preston cerró una de las puertas, pero mantuvo la otra abierta, seguramente para no hacer desaparecer aquel flujo de aire.

Había varias cajas de madera grandes almacenadas contra la pared y Preston se sentó en una. Yo ocupé otra a su lado mientras miraba a mi alrededor. Cuando éramos pequeños, habíamos jugado una vez en este granero; seguía teniendo el mismo aspecto: techo alto, con vigas de madera, igual que el suelo polvoriento. En la parte posterior guardaban la maquinaria agrícola y las herramientas colgaban de ganchos en las paredes.

Cuando miré a Preston, me estaba observando con una expresión indescifrable.

—¿Qué tal te ha ido todo, Lia?

Me encogí de hombros con despreocupación mientras sonreía con ligereza.

—Bien. ¿Y a ti? Cole me dijo que te lo estabas pasando muy bien en la universidad.

Apretó los dientes, lo que hizo que se marcara más su mandíbula, y apartó la mirada hacia la ventana de atrás.

—Yo no era quien quería marcharse de aquí. Solo tú y Cole. —Se volvió hacia mí con los labios curvados—. Sin embargo, me ha gustado la experiencia. He estado entretenido. Aunque supongo que solo he confirmado lo que siempre había sospechado: mi corazón está aquí. —Hizo una pausa antes de continuar—. En los campos, en las colinas, e incluso en este impío calor. —Entrecerró los ojos un poco al tiempo que esbozaba media sonrisa, haciendo que me diera un vuelco el corazón.

—No has regresado nunca a casa... Ni siquiera en verano.

Él se encogió de hombros, curvando apenas los labios. Permaneció en silencio durante unos segundos antes de soltar un suspiro que me pareció casi de dolor.

—No hubiera podido marcharme dos veces, Lia. Si hubiera vuelto, incluso para una visita corta, no habría sido capaz de marcharme de nuevo. Patético, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No, Preston. Te encanta esto. Siempre he admirado eso de ti. Tu profundo amor por tu hogar. La forma en la que has estado siempre comprometido con la granja... Como lo estaba tu... padre. —Me estremecí ligeramente, porque no quería hacer daño a Preston al usar el pasado refiriéndome a su padre, ya fuera cierto o no. Imaginé que era algo que tendría que aceptar con el tiempo.

Me lanzó una sonrisa triste y desvaída antes de levantar la vista hacia arriba, como si pensara en él.

—A mi padre no le gustaba la tecnología, al menos en lo que respecta a ordenadores y todo eso. Pero nos escribió alguna carta mientras estábamos fuera y yo le respondí. Me contó historias sobre la granja, me hizo comprender su visión de la agricultura. —Movié levemente la cabeza—. Por lo general eran cortas y sencillas, pero siempre las tendré, ¿sabes? —Su voz estaba teñida de emoción, y se aclaró la garganta—. Siempre agradeceré tener esas cartas.

—Son un regalo —convine en voz baja.

—Sí. —Asintió mientras nuestras miradas se encontraban.

Me permití mirarlo con intensidad durante un momento y bebí los detalles de su rostro. Su expresión y la concentración de su mirada lo hacían completamente único a pesar de que tenía un gemelo idéntico. Sus ojos se movían por mi cara de la misma forma que los míos por la suya. Oh, me había muerto de ganas de mirarlo durante todos estos años. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Me sentía como si hubiera estado hambrienta de él durante casi toda mi vida,

siempre cerca y a la vez muy lejos.

Incluso ahora, aquí sentada, sentía que Preston estaba fuera de mi alcance en muchos sentidos. No solo por las obvias diferencias que siempre habían estado presentes entre nosotros, sino de una forma más profunda que no podía entender. Y quería, aunque no sabía por dónde empezar. Había pasado tanto tiempo que en algunos aspectos era un extraño y en otros resultaba muy familiar. Había sido mi amigo, uno de mis únicos amigos. No me había dado cuenta hasta ahora de que había estado viviendo con un agujero en el corazón. Un agujero del tamaño de Preston.

Aparté la vista con bastante esfuerzo hacia las puertas que daban al exterior.

—¿Te vas a ocupar ahora de la granja?

—Sí. —Asintió.

—¿Y Cole? —Sabía que se había especializado en el negocio, como Preston, pero también sabía que quería trabajar en una ciudad. Sin embargo, no era consciente de qué manera podía afectar la muerte de su padre a los planes de ambos.

Preston negó con la cabeza.

—No sé si quiere quedarse o no. No hemos hablado de eso. Todo ha pasado muy rápido. —Miró a la lejanía durante un momento con una expresión de tristeza.

Alargué la mano para posarla sobre la de él, que había dejado sobre la caja en la que estaba sentado. Bajó la vista con rapidez y vio cómo entrelazaba nuestros dedos, sosteniéndolos con ternura. Tenía la piel algo áspera, y sentí el mismo escalofrío que me atravesaba cada vez que lo tocaba. En un fugaz pensamiento, me pregunté qué sentiría si nuestra piel desnuda se tocara en todas partes, no solo en las manos, sino también los muslos, si mi vientre y mi pecho desnudo estuvieran apretados contra los de él. La idea hizo que me atravesara un escalofrío de pies a cabeza, y tuve que coger aire. Le solté la mano y me froté la palma contra la falda como si al hacerlo pudiera borrar cualquier pensamiento erótico de mi mente.

Él me miró con curiosidad.

—¿Estás bien? —Su voz sonaba ronca, y se aclaró la garganta al tiempo que agitaba la mano entre las motas de polvo que flotaban perezosamente en un rayo de sol, frente a él. Estas se dispersaron durante un momento, bailando en el desorden alocadamente, pero luego volvieron a flotar como antes, lo que demostraba que algunas cosas podían interrumpirse pero nunca obligarlas a cambiar de forma permanente, daba igual cuánto te esforzaras.

Tragué saliva y miré hacia otro lado con la cabeza inclinada. Cuando volví de nuevo los ojos hacia Preston, él me miraba con una expresión de diversión iluminando su cara.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Sigues haciendo eso.

—¿El qué?

Su sonrisa vaciló.

—Perderte en tus pensamientos durante un par de minutos. Hace que me pregunte en qué estás pensando.

Volví la cabeza, sorprendida.

—¿Por qué nunca me lo has preguntado?

Se pasó la mano por el pelo, pareciendo un poco confuso.

—Creo que estaba seguro de que no me lo dirías. Lo que pasa por la cabeza de uno puede ser muy... personal.

Consideré sus palabras durante un instante. Sí, era cierto, y quizá no habría compartido muchos de mis pensamientos con Preston, pero sobre todo porque muy a menudo versaban sobre él.

Estuvimos en silencio durante un momento, y de repente la quietud nos hizo sentir incómodos. Era por mi culpa. Preston me afectaba tanto que casi no sabía cómo controlar mi reacción ante él. La mezcla de esa profunda atracción que siempre había existido entre nosotros y la timidez que me embargaba por llevar tanto tiempo sin verlo estaba provocando estragos en mi cuerpo.

—Cuéntame cómo es tu vida ahora, Lia —pidió en voz baja un momento después.

Jugué con el bajo de la falda durante un segundo, sintiéndome insegura. Habían pasado muchas cosas durante esos cuatro años, y aunque mi vida había mejorado, era en cosas tan básicas que no le parecerían nada impresionantes.

—Bueno... Me gradué al año pasado, y desde entonces he estado trabajando como camarera en el IHOP. —Me encogí de hombros mientras la vergüenza hacía que me sonrojara. Tenía la esperanza de que mi cara estuviera ya lo suficientemente congestionada por el calor como para que él no lo notara—. Nos hemos trasladado a un apartamento en el pueblo. —Me encogí internamente al recordar que él había ido a nuestra casa y había visto la cabaña en la que vivíamos antes—. No tengo mucho más que contar... —Las palabras se desvanecieron, la última fue más aire que sonido.

Me estudió durante un segundo; su expresión era ilegible.

—¿Has sido feliz? —preguntó finalmente.

Incliné la cabeza hacia un lado, considerando la cuestión.

—A ver, no es que servir tortitas sea el sueño de mi vida, pero... sí, no ha estado mal. —No sabía si eso era lo suficientemente preciso, porque no se trataba de que servir tortitas no fuera el sueño de mi vida, sino de tratar de ser feliz. Nunca me había hecho esa pregunta. Al menos de forma tan directa.

—¿Cuál es el sueño de tu vida? ¿Sigues siendo marchante de Linmoor?

¿Eso era lo que él pensaba que era el sueño de mi vida? Supuse que porque Cole y yo siempre habíamos bromeado al respecto. Sin embargo, si era sincera, mi mayor anhelo siempre había sido salir del diminuto espacio que ocupaba, no solo donde vivía, sino de la asfixiante naturaleza de mi existencia, en general. Solo quería abrirme a lo que tenía a mi... alrededor. No conocía otra forma de describirlo que en términos de ubicación, que pensar en las largas extensiones de playas de arena blanca de Grecia o las altas montañas con sinuosos senderos nevados de Austria. «O interminables filas de fresas bajo el cielo abierto aquí mismo». Pero de alguna forma, ese entorno más próximo y concreto me parecía más difícil de alcanzar que desear visitar esas tierras lejanas a las que no tenía forma de llegar. Me reí por lo bajo.

—Supongo.

Preston me estaba mirando de nuevo de esa intensa manera tan suya, y, aunque hacía calor en el granero, me recorrió un pequeño temblor. Era un lugar oscuro y silencioso y los dos estábamos sudando. Vi el ritmo constante de su pulso bajo la piel bronceada de su cuello y cómo se deslizaba por allí una gota de sudor. Luego clavé los ojos en el hueco de la base de su garganta. Era lo más sexy que hubiera visto nunca. Noté que se me contraían los pezones y que me humedecía entre las piernas. Esto era lo que pasaría una noche caliente en una habitación oscura, si estuviéramos juntos en la cama, sudorosos después de haber hecho el amor. Con el olor combinado de ambos flotando en el aire.

«Dios, Lia, basta... ¡Deja de pensar en eso!».

La última vez que había visto a Preston tenía quince años y no había entendido todas las reacciones de mi cuerpo. Pero ahora sí lo hacía, y me daba cuenta de que a Preston no solo lo había querido mi corazón: mi cuerpo también lo deseaba.

Unas voces en el exterior del granero me arrancaron de mis pensamientos, y me puse en pie con rapidez, mirando hacia la puerta. El murmullo de esa conversación me trasladó al pasado, pero quienquiera que fuera me había hecho acordarme de mí misma, dónde estaba y por qué tenía que marcharme. Incluso aunque no era probable que la madre de Preston pisara el granero, podría hacerlo

otra persona, que podría mencionar que estaba aquí. No solo eso, no podía permitir que mis pensamientos se desviarán hacia cuestiones que solo acabarían haciéndome daño.

—Será mejor que me vaya.

Preston se levantó, también. Abrió la boca para decir algo, pero luego se lo pensó mejor y apretó los labios, limitándose a asentir.

—Bien. Déjame acompañarte a tu coche.

Negué con la cabeza.

—No, en serio. Esta reunión es para ti y tu familia. Vuelve a entrar. Puedo ir sola. Estoy muy contenta de que nos hayamos encontrado. Es realmente... Bueno, me alegro de verte, Preston. —Mi voz sonaba entrecortada y demasiado aguda, y por como me miraba él, con expresión de confusión, supe que se había dado cuenta.

—También me alegro de haberte visto. Iré a verte la próxima vez que quiera tomar tortitas.

Me reí con diversión.

—Ya sabes dónde encontrarme —dije con la respiración entrecortada—. Ah, y ¿puedes darle mis condolencias a Cole?

—Puedes dárselas tú misma si entras...

—Lo sé. Pero tengo que marcharme. De verdad.

—Vale, se lo diré.

Asentí, y nos quedamos mirando con torpeza, luego los dos dimos un paso adelante al mismo tiempo. Nos abrazamos con rapidez antes de darnos la vuelta para salir del cobertizo. No miré hacia atrás para ver si me seguía o no, no podía. El abrazo había sido demasiado breve, y si miraba por encima del hombro, querría correr de nuevo a sus brazos.

## PRESTON

La casa seguía llena de gente. Atravesé el lugar por entre aquella multitud dirigiendo una sonrisa a los que me daban una palmadita en el brazo, ofreciéndome sus condolencias al pasar. Todavía me sentía envuelto en una especie de neblina, en la incredulidad de que nada de esto era real, no era posible que mi padre ya no estuviera y que Cole y yo tuviéramos que sacar la granja adelante sin él. Y encima había visto a Annalia... Necesitaba encontrar un lugar en el que poder estar a solas durante unos minutos.

Casi me había quedado oculto en el granero, pero allí persistía el olor de Lia, la dulzura de su piel mezclada con el almizcle de sudor femenino, que me abrumaba y provocaba una hirviente necesidad en mi interior. Por lo que el enorme espacio me resultaba sofocante y, de repente, completamente insoportable.

La casa tenía más de cien años y no se había instalado aire acondicionado, pero teníamos aparatos de ventana en las habitaciones. Solo debía atravesar la casa y subir las escaleras. Oí la voz de mi madre en la cocina, algunos murmullos de simpatía a su alrededor; una audiencia cautiva de su miseria, aunque yo sabía que se encontraba justo donde quería estar.

Cuando mi padre la conoció en un viaje de fin de semana a Los Ángeles, ella era actriz. Se casaron después de un corto noviazgo y ella se trasladó a Linmoor. Sin embargo, a menudo pensaba que en realidad nunca había renunciado a su trabajo. O quizá se había convertido en actriz porque era algo que le iba como anillo al dedo.

«¿Extrañaba ella a mi padre? ¿Lo había amado en algún momento o por el contrario lo odiaba tanto como la vida en la granja? Una vida que ella había considerado muy romántica al principio pero que, en realidad, había averiguado que no era nada fácil».

Suspiré de alivio cuando puse los pies en la escalera de servicio, que estaba alejada de los ojos de los invitados. La subí con rapidez hasta colarme en la habitación que siempre había compartido con Cole y cerré la puerta. Encendí el

aire acondicionado que colgaba en lo alto de la ventana y me dejé caer sobre la cama. El zumbido del ventilador era lo suficientemente fuerte para silenciar el fuerte estruendo que había de fondo en la planta baja.

Mientras me estremecía, con el cuerpo tembloroso y caliente, sabía que mi estado no solo era resultado de la temperatura exterior. «Annalia». Dios. Volver a verla había sido al mismo tiempo una tortura y una alegría. Me aparté el pelo de la frente con un sonido de frustración. ¿Acaso no había sido siempre así? Solo que esta vez... La impresión de ver que se había convertido en una mujer casi me había detenido el corazón. Me había sentido... jadeante. Impotente. Consumido.

Para mí siempre había sido hermosa, desde el primer momento en que la vi, con los pies desnudos y una fresa en los labios. Pero ahora su belleza era como un golpe, casi chocante por la fuerza del impacto. Aquellas largas pestañas sobre unos ojos exquisitos, ese lunar tan hermoso en la comisura de la boca, la forma en la que se humedecía esos labios jugosos con la lengua. «¡Oh, Dios!».

Llevaba fuera de casa cuatro años y en el primer puto momento en que ponía de nuevo los ojos sobre ella, todo el anhelo que había reprimido regresaba como si nunca lo hubiera contenido y, peor aún, como si la distancia solo hubiera hecho crecer mi deseo.

Sabía que Cole la había visto durante esos años, pero yo había resistido la tentación y no le había pedido ningún detalle sobre ella. Sabía que si ella no estuviera bien, él me lo habría mencionado, y puesto que no lo había hecho, dejé que eso fuera mi consuelo: se encontraba perfectamente.

No quería imaginarlos juntos, no quería saber hasta dónde habían llegado físicamente, dejando a un lado la cuestión de si ella seguía siendo virgen. Más que eso, tenía que superar mis sentimientos hacia Lia. Tenía que alejarme. Nada duraba para siempre, y estaba seguro de que lo que sentía por ella estaba unido a las emociones que me provocaba mi pueblo. Por mucho que no hubiera deseado de verdad ver una parte distinta del país, y mucho menos el mundo, lo que sí quería era alejarme de ella, arrancar mi anhelo de raíz, uno que llevaba plantado en mi alma desde que era un niño.

Había necesitado una nueva perspectiva, cierta distancia. Un poco de cordura. Quizá incluso tener experiencia y disfrutar de otras relaciones, mujeres con las que podía salir con tranquilidad, sin sentir que mi cabeza estaba dando tumbos por un acantilado cada vez que me miraban. Porque esa era la forma en la que me sentía con Lia.

Y aunque sin duda pensaba que había tenido éxito en obtener un poco de

claridad, de tranquilidad en lo que a ella se refería, al parecer no había sido así. Al alejarme, solo había dejado la situación a la espera. Y tal vez incluso me lo había imaginado y no lo había admitido ante mí mismo hasta que la vi sentada dentro de un coche viejo y destartado frente a mi casa. La había abrazado, y casi me sentí embriagado por su suave presencia entre mis brazos, al ver piel húmeda y enrojecida. Me puse duro al recordarlo ahora, y tuve que resistir el impulso de hacerme una paja para aliviar aquella dolorosa y terrible presión.

Había estado con muchas mujeres en la universidad. Me gustaba el sexo, me encantaba sentir la suavidad de una mujer debajo de mi cuerpo, pero, de alguna forma, siempre me había sentido un poco al margen y extrañamente culpable, como si lo que estuviera haciendo no fuera bueno. No me había parado demasiado a pensar en ello porque sospechaba que esa idea estaba relacionada de alguna manera con Annalia, y ella era algo que se encontraba fuera de mi alcance. Ella estaba esperando a mi hermano, e incluso aunque no fuera así, nunca habíamos sido nada más que amigos, algunos años ni siquiera eso. Incluso cuando vivíamos en el mismo pueblo, algunos años atrás, pasaban meses sin que la viera. Y aun así, ese maldito deseo lleno de lujuria seguía presente, y mucho temía que siempre estaría ahí.

Me moría por volver a aplastar esos pensamientos, quería apagar mis emociones. Apenas tenía tiempo para estar obsesionado con Annalia o cualquier otra mujer cuando tenía que mantener en marcha una granja. Y ahora la sequía estaba destruyendo nuestros cultivos. «Nuestro futuro. Nuestro medio de vida». Había ido a los campos esta mañana y paseado entre las filas, mirando las plantas reseca mientras sentía una creciente impotencia en mi interior. ¿Había sentido lo mismo mi padre la mañana que murió? ¿Una oleada de dolor lo habría recorrido justo antes de caer fulminado por un ataque cardíaco? Odiaba pensar que el último pensamiento de mi padre estuviera relacionado con la muerte que le rodeaba.

Se abrió la puerta, sorprendiéndome. Había estado tan ensimismado en mis propios pensamientos que no había oído los pasos que se acercaban al dormitorio. Cole se detuvo en el umbral con las cejas arqueadas.

—Debería darte una patada en el culo por haberme dejado lidiar solo con mamá mientras te echabas una siesta.

—No estaba durmiendo. Estoy escondiéndome.

Cole soltó un resoplido de irritación que acabó siendo una sonrisa.

—No puedo culparte.

—¿Cómo has hecho para escaparte?

—Le he dicho que se ha acabado el hielo y que iba a conseguir más.

—¿No tenemos hielo?

—Ni idea.

Me reí por lo bajo.

—Esa gente tiene buenas intenciones, pero espero que se vayan pronto.

—Entonces nos quedaremos solos con mamá.

Gemí por lo bajo, aunque también sentí que me invadía una profunda culpa. Habíamos perdido a nuestro padre, pero ella había perdido a su marido. Lo cierto era que tanto Cole como yo estábamos sorprendidos de que no se hubieran divorciado mientras estábamos en la universidad. Me había imaginado que cuando regresáramos a casa nos encontraríamos una familia rota, incluso me había preparado para ello. Francamente, pensaba que hubiera sido lo mejor y un alivio para todos. Pero de alguna forma habían resistido, a pesar de que era obvio que las cosas entre ellos no habían mejorado.

«Un hombre bueno siempre cumple su palabra».

¿A eso se reducía todo? ¿Y si mi padre lo dijera simplemente porque se había casado con mi madre y romper esos votos o no formaba parte de su carácter?

Un minuto después, Cole me arrancó de mis pensamientos.

—Pensaba que Annalia iba a venir por aquí. No la he visto desde que volvimos. Pero estaba seguro de que se habría enterado de la noticia en el pueblo.

Mantuve el silencio, sin querer contarle que sí había venido. Me invadía el irracional deseo de mantener en secreto el escaso tiempo que habíamos estado en el granero, como si ese rato fuera algo íntimo y solo de nosotros dos. Pero no podía mentirle a Cole de esa forma.

—Ha venido. Ha estado aquí.

Cole volvió la cabeza con rapidez hacia mí.

—¿Ha venido? ¿Cuándo la has visto?

—Hace un rato. Estaba marchándose ya en el momento en el que la vi.

—No me jodas. ¿Por qué no me ha buscado?

—No lo sé. Parecía como si tuviera prisa. Me dijo que acababa de dejar algo de comida.

—Mmmm... —murmuró Cole después de permanecer en silencio un minuto.

No quería hablar de Annalia con él, no quería conocer sus planes, así que cambié de tema.

—He concertado una reunión con el contable de papá. Tenemos que averiguar cuál es la situación en realidad si vamos a intentar mantener la granja a flote de

la mejor manera posible. No podemos hacer nada con respecto al suministro del agua, pero podemos enterarnos de la información necesaria y tomar las mejores decisiones para la granja de ahora en adelante.

Cole siguió en silencio.

—¿Y si decido que no quiero quedarme aquí, Preston?

Sabía que era una posibilidad. Los sueños de Cole jamás habían estado relacionados con la granja, pero no había querido darlo por hecho ni preguntarle. Quería que fuera él quien tomara la decisión. Sería raro vivir en la granja sin él; de hecho, sería raro vivir en cualquier lugar sin él, pues nunca habíamos estado separados, pero ahora que papá había muerto, no podía imaginarme en otro lugar. Lo que le había dicho a Annalia era cierto: mi corazón pertenecía a este lugar. Siempre había sido así y siempre lo sería.

—Lo comprendería perfectamente, Cole. Quiero que seas feliz, y papá también lo entendería. —No quería plantearme lo que significaría estar en el pueblo con Annalia mientras Cole estaba en otra parte, buscándose la vida. Pero no pude apagar la pequeña llamarada que se encendió en mi interior ante aquella posibilidad.

Ahora, los dos éramos adultos. ¿Qué ocurriría si Lia y yo viviéramos aquí, en Linmoor, y Cole estuviera en otro lugar? ¿Si dispusiéramos de tiempo..., espacio... y oportunidades?

—Voy a pensarlo un tiempo; no es necesario que lo decida de forma inmediata.

—Se interrumpió un momento—. Tú nunca te has planteado otra cosa, ¿verdad?

—No, nunca.

—¿Querías volver aquí, a llevar la granja?

—Sí.

Los dos permanecimos en silencio durante unos minutos antes de que Cole señalara el techo.

—¿Recuerdas el día que te convencí de que esas grietas de la esquina era una familia de arañas?

Sonreí.

—Sí. Mamá y papá estaban peleándose y yo no quería bajar, pero tampoco quería dormirme cerca de un nido de arañas. Me quedé despierto durante horas después de que tú te hubieras dormido, mirándolas fijamente antes de que se me ocurriera que incluso las arañas necesitaba estirar las patas de vez en cuando.

Él se rio por lo bajo.

—Eso fue grandioso. Te he gastado un montón de bromas de ese tipo a lo largo de los años. Lo siento.

—No, no lo sientes. —Pero sonreí igual ante el recuerdo—. Supongo que ninguna de esas cosas me causó un daño duradero, aunque sigo teniendo una ligera fobia a las arañas. —Cole se volvió a reír y yo también.

Mi hermano y yo habíamos permanecido despiertos en esta misma habitación contándonos historias desde el momento en que aprendimos a hablar. Incluso cuando cumplimos trece años, y Cole decidió hacer suya la habitación que había al otro lado del pasillo, muchas mañanas al despertarme me lo había encontrado roncando en la cama que siempre había considerado suya.

—¿Vas a aguantar viviendo tú solo con mamá?

Suspiré.

—No lo sé. Quizá ahora no sea tan malo. —A partir de este momento no estaría nuestro padre para que discutiera con él a todas horas. Cole entendería lo que quería decir.

—Si, quizá. Esperemos que sea así, ¿verdad?

Volví la cabeza al oír a mi madre gritando nuestros nombres en la planta baja y luego miré a Cole, que tenía los ojos clavados en mí.

—El deber nos llama —susurró.

Sonreí mientras me sentaba. Podría haber permanecido allí durante el resto del día, disfrutando del aire fresco y de la pacífica tranquilidad que me proporcionaba estar en el dormitorio que usábamos en la infancia, pero Cole tenía razón. Nos llamaba el deber.

## ANNALIA

El jueves por la mañana, cuando la multitud que venía a desayunar empezaba a disiparse, me tomé unos minutos de descanso para limpiar y volver a rellenar los envases de sirope de caramelo. Había sido una mañana muy ocupada, lo que me venía genial porque cualquier dinero extra en propinas era bien recibido.

Me hubiera gustado dejar de pagar la televisión por cable que había contratado, pero mi madre se pasaba la mayor parte del día sentada frente a la pantalla viendo el canal en español, y me sentía culpable al pensar que la dejaría sin ningún entretenimiento. Trataba de animarla para que saliera e hiciera la compra, que incluso diera un paseo corto, pero no mostraba ningún interés por ello.

Estaba preocupada por ella. Aunque mi madre nunca había sido una persona demasiado feliz, la había visto hundirse en una depresión cada vez más profunda desde que había dejado de trabajar. Pero, al mismo tiempo, no podía permitirle que viviera en un constante estado de dolor físico si podía evitarlo. Ahora rara vez se quejaba de sus desgracias, y eso me hacía sentir orgullosa. Todavía no manteníamos una relación fluida, pero cuando nos habíamos mudado, no había colocado a la vista su Virgen de Guadalupe. Le había preguntado por qué con cierta vacilación, pero ella se había limitado a encogerse de hombros. Aunque sabía que eso podía significar que había renunciado a cualquier esperanza de que sus oraciones fueran escuchadas, había suspirado de alivio. Después de todo, sus «oraciones» solo me habían hecho daño, y no había manera de hacer retroceder el tiempo y cambiar los hechos. Posiblemente la Virgen de Guadalupe podía realizar muchos milagros, pero volver atrás el reloj no era uno de ellos. Y si la Virgen tenía alguna influencia con Dios, no la había utilizado para ayudar a mi madre.

Al recordar los días en que mi madre trabajaba en las granjas, pensaba que ella había sido entonces mucho más feliz, a pesar del trabajo duro. También a mí me gustaba estar entre gente que hablaba mi lengua materna, que contaba chistes en español y se dirigían a mí con las palabras de cariño que habían utilizado sus

madres con ellos: *pequeña, florecita, muñequita...*<sup>4</sup> Y a pesar de que toda esa gente era pobre, estaba tan desesperada como nosotras y vivía en un mundo limitado, me sentía querida por ellos. Me había percibido como parte de una comunidad, con un grado de parentesco que nunca había vuelto a tener desde entonces. Sabía que mi madre había notado lo mismo. Me encantaba verla sonreír mientras charlaba con las demás mujeres que trabajaban a su lado.

Estaba tan perdida en mis propios pensamientos, con la mente puesta en los campos de fresas, lechugas y tomates, que no vi entrar a Preston y a Cole hasta que se detuvieron delante de mí, justo donde yo estaba detrás del mostrador, con una botella de caramelo en una mano y un paño húmedo en la otra.

—Nos han dicho que aquí sirven un montón de tortitas —oí que decía una voz familiar. Alcé la cabeza rápidamente con los ojos muy abiertos y esboqué una sonrisa al ver a Cole apoyado en el mostrador, frente a mí. Preston estaba de pie detrás de él, con las manos en los bolsillos. Solté un jadeo y, poniendo la botella y el trapo sobre el mostrador, corrí hacia él.

—Esta es mi chica —afirmó Cole mientras me apretaba entre sus brazos y, riéndose, me plantaba los labios sobre los míos. Reí contra su boca sorprendida antes de retroceder. Por encima de su hombro, vi que Preston apartaba la mirada. Llegué a ver el destello de dolor que atravesaba su rostro, y me sentí incómoda. Había recibido a Preston con gran afecto físico también, pero él no se había expresado con tanta exuberancia. Por supuesto, la situación había sido muy diferente en aquel momento; su afligida madre me había hecho sentirme como si fuera basura. «Sucia. Inferior». Y no solo se trataba de eso: además mis sentimientos por Preston siempre habían sido muy intensos; más profundos, más fuertes, casi desesperados. Mi cariño por Cole era más fácil y menos complicado. Siempre habíamos sido capaces de retomar nuestra relación donde la habíamos dejado. Con Preston, en cambio, me resultaba más difícil porque cada célula de mi cuerpo respondía a su cercanía.

Cole me dejó en el suelo y dio un paso atrás para deslizar la vista por mi uniforme.

—¡Dios, qué guapa estás!

Me reí.

—¿Sí? ¿Te gusta? —bromeé, pasando la mano por el delantal azul y enderezando la tarjeta de identificación que llevaba prendida en el pecho.

—Claro. Es la prueba fehaciente de que puedes conseguir que hasta un saco parezca bonito.

Puse los ojos en blanco, y mi sonrisa se desvaneció mientras le cogía la mano y

se la apretaba.

—Oye, lamento lo de tu padre.

Asintió.

—Gracias. Ya me ha dicho Pres que fuiste por la granja.

Esperaba que la vergüenza que sentía ante aquel recuerdo no pudiera leerse en mi cara.

—Oh, sí... Pero no pude quedarme mucho tiempo. Solo quería presentar mis respetos.

Volví detrás del mostrador y les entregué sendos menús al tiempo que señalaba dos taburetes con la cabeza.

—Hola, Preston. Vais a tomar algo, ¿verdad? —pregunté en voz baja mientras daba un paso hacia delante.

Los dos se sentaron, y Preston me hizo una mueca con los labios al tiempo que movía la cabeza.

—Hola, Lia.

—Sorpréndeme —sugirió Cole con una sonrisa, apartando el menú.

—Dos huevos poco hechos con tostadas y beicon —dijo Preston, tendiéndome también su carta. Me di la vuelta sonriente para pasar su pedido, pensando en la forma en que sus palabras eran fiel reflejo de cada uno de ellos. ¿Cómo podían ser físicamente iguales cuando eran tan opuestos el uno del otro?

Todavía tenía que acercarme a unas cuantas mesas que estaban esperando ser atendidas, así que charlé con Preston y Cole a ratos sueltos, mientras anotaba pedidos y servía bebidas para el resto de los clientes.

—Oye, Lia, este fin de semana vamos a hacer una pequeña fiesta en el granero, ¿te apetece venir? —me preguntó Cole cuando me acerqué a rellenar la taza de café de Preston.

Este miró a su hermano como si fuera la primera noticia que tenía al respecto. Cole le guiñó un ojo.

—Mamá se va mañana a visitar a su hermana, que no pudo asistir al funeral porque está enferma. Hemos pensado que debíamos disfrutar un poco antes de que tengamos que centrarnos en sacar adelante la granja.

—¿No somos demasiado mayores para hacer una fiesta en el granero? —preguntó Preston en voz baja.

—Jamás se es demasiado mayor para una fiesta en el granero —repuso Cole—. Vamos a comprar unos barriles y a hacer un buen homenaje a Warren Sawyer; pondremos música *country* como hacen los buenos granjeros de Central Valley que nuestro padre educó. Será un funeral en su memoria mucho mejor que esa

incómoda y lacrimógena reunión en casa. Vamos a hacerlo a lo grande. Papá lo hubiera querido así.

Preston suspiró y movió la cabeza antes de tomar un sorbo de café. Estaba bastante claro que aunque Cole usaba el plural, todo esto era cosa suya. Usar el nombre de su padre para que Preston se mostrara de acuerdo era una manipulación en toda regla, pero me abstuve de señalarlo.

—Vamos, Lia —me animó Cole—. Te iré a buscar a casa y todo.

—Es que yo... mmm... —Me mordí el labio, incómoda al pensar en ir a una fiesta en el granero de los Sawyer. Había oído hablar de algunas fiestas en ese granero. Al parecer, eran muy típicas de la zona, pero aunque me habían invitado a algunas, siempre había declinado asistir. No me sentía cómoda alternando de esa manera con otros chicos del instituto. Había madurado y me sentía un poco más segura de mí misma para salir con otras personas de mi edad, o compañeros del ИНОР, pero me preocupaba no conocer a nadie en su fiesta y quedarme sentada en un rincón, sola. Mirándolo todo.

Viendo cómo Preston hablaba con otras chicas.

Este se había concentrado de nuevo en su comida, y Cole me observaba con una mirada expectante.

—¿Por favor? —me pidió otra vez, con esa sonrisa suya irresistible.

Solté un suspiro.

—Nunca soy capaz de negarte nada, Cole Sawyer. —Me reí al tiempo que ponía los ojos en blanco—. De acuerdo, te daré mi dirección.

—¡Genial! —exclamó con una sonrisa.

Miré a Preston, pero estaba concentrado en su comida, con la mandíbula rígida.

—Genial —repetí con un murmullo, preguntándome si no acababa de cometer un gran error.

Arquee una ceja cuando bajé las escaleras de mi casa y vi a Cole de pie, junto a una moto destartalada.

—Pero ¿qué narices...?

Él sonrió y me tendió el brazo.

—Princesa, su carroza...

Me reí, pero no me moví.

—¿Lo dices en serio? ¿Quieres que me monte a esa cosa?

—Eh... Que soy un buen conductor. Y mira... —Soltó un segundo casco de la parte posterior de la moto—. Seguridad ante todo. —Pasó una pierna por encima

del vehículo y me dejó un poco de espacio a su espalda.

Cogí el casco, pero permanecí quieta.

—¿Desde cuándo vas en moto?

—Hace tiempo fue de mi padre. En realidad, se la compró mi madre, creo que se le ocurrió que podría darle un toque de estilo. —Se rio por lo bajo—. Mi padre tenía muchas cualidades, pero la elegancia no era una de ellas. Esta moto lleva años oxidándose en un cobertizo, pero la he puesto a punto en el garaje. — Me dirigió una sonrisa persuasiva—. Conduciré con cuidado, te lo juro. No es como si fuéramos a ir por la autopista. —Era cierto. Iríamos por carreteras secundarias y por caminos de tierra hasta la granja.

Di un paso adelante al tiempo que me ponía el casco, luego pasé una pierna por encima de la moto y le rodeé la cintura con los brazos.

—Ve despacio, Cole Sawyer, o te juro que le haré la cirugía estética a esta cosa con un rodillo. Y será a propósito.

—Iré despacio, nena. Te lo prometo. —Se puso su propio casco y arrancó. La moto se tambaleó un poco, haciendo que se me subiera el corazón a la garganta. Pero luego Cole la estabilizó y, cuando cogimos un poco de velocidad, me relajé. El viento caliente hacía ondular mi ropa mientras conducía a través del centro de Linmoor.

Me reí cuando recorrimos la carretera de tierra, llena de baches, recordando otro paseo con uno de los chicos Sawyer, en esa ocasión en bicicleta, y la forma en que mi largo pelo naranja ondeaba a mi espalda.

«¡Oh, Preston! Menudo espectáculo debimos de dar ese día».

Cole detuvo la moto bruscamente sobre la hierba, junto a su casa, haciéndome soltar un sonido a medias entre un gemido y una risa mientras me sujetaba con fuerza a su cintura para no caerme al suelo. Él puso la pata de cabra y se bajó, luego me tendió la mano. La agarré y me bajé también. Me saqué el casco antes de entregárselo de nuevo.

Unos acordes de música flotaban en el aire.

Me estaba pasando los dedos por el pelo cuando vi a Preston, de pie en el borde del porche. Había tal expresión de furia en su cara que me quedé paralizada mientras lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo se te ha ocurrido traer a Lia en ese montón de chatarra oxidada?

Clavé los ojos en Cole con incertidumbre, pero él no parecía perturbado por la ira de Preston. Lo vi pasarse una mano por su espeso pelo dorado, aplanado por el casco, y sonreír con inocencia a su hermano.

—Pues mira, estamos los dos en una pieza.

—Ese cacharro no es seguro.

Cole le dio a Preston una palmada en el hombro.

—No te preocupes tanto, hermanito. —Se volvió hacia mí—. Me lleva solo siete minutos, pero se toma sus responsabilidades muy en serio. Annalia, ¿vienes a la fiesta?

—Claro —murmuré, pasando con rapidez delante de Preston. Sentí el calor de su cuerpo al pasar junto a él, noté el tenso control que mantenía sobre sí mismo, y quise ponerle una mano en el hombro y asegurarle que no volvería a montar en esa moto. Tuve el impulso de pasarle el pulgar por el entrecejo para alisar la arruga que había aparecido allí, tranquilizarlo, pero me sentía atrapada entre él y su hermano, por lo que acabé siguiendo a Cole en dirección a la fiesta.

Habían colgado las luces de las vigas e iluminaban el gran espacio de una manera íntima a pesar del tamaño. No pude evitar la sonrisa de placer que curvó mis labios mientras miraba a mi alrededor; el efecto era mágico.

Habían retirado los diferentes artículos del granero y formado unos asientos improvisados con las cajas de almacenamiento, las mismas en las que nos habíamos sentado Preston y yo una semana antes; también habían añadido unos troncos de aspecto antiguo y unos palés de madera. Además habían traído bancos de alguna parte, así como algunas sillas de jardín y tres mesas de picnic. Había otra mesa cerca de la puerta donde habían colocado tres barriles, vasos de plástico, aperitivos y un par de botellas de dos litros de refresco.

Cole me agarró de la mano y me llevó junto al de cerveza. Cogió un par de vasos de plástico, llenó uno de refresco para mí cuando le dije que era lo que quería y el otro con cerveza para él.

Nos sentamos ante una de las mesas de picnic y Cole me presentó a las demás personas presentes. Los oí mientras hablaban y charlaban, sonriendo cuando debía con la esperanza de no parecer muy incómoda. No estaba acostumbrada a desenvolverse en sociedad ni a mantener conversaciones intrascendentes, y me sentía algo intimidada por aquella gente a la que había visto antes pero con la que no había hablado nunca. Me acerqué más a Cole, buscando la seguridad que me ofrecía la cercanía de un amigo, y me atrajo hacia su cuerpo mientras bebía mi refresco.

Según avanzó la noche, me relajé un poco, arrullada por la música y la charla desenfadada. Siempre me había gustado observar a la gente, y no había mejor lugar para hacerlo que una fiesta. Todo el mundo estaba un poco borracho y se había despojado de muchas inhibiciones.

Parpadeé cuando vi que Preston entraba en el granero, y el corazón se me

aceleró. Recorrió el enorme espacio con los ojos hasta que me miró a mí. Me vi capturada al instante por su mirada y contuve la respiración, incapaz de moverme. Algo parecido a una chispa estalló entre nosotros, como si las luces centellearan con una sobrecarga de intensidad durante un breve lapso de tiempo; la música se apagó y luego continuó con un fuerte estallido cuando Preston apartó la vista y rompió aquel extraño contacto.

Anduvo junto a una de las paredes saludando a algunas personas, y luego fue de nuevo hacia la puerta. Me fijé en la forma en la que se movía, en aquellos gestos que yo conocía, que había visto durante toda mi vida, y me di cuenta de que tenía los músculos tensos. Me vino a la mente la extraña idea de que parecía una pantera enjaulada.

Por fin, se dirigió a un banco y lo miré mientras se sentaba para tomar un largo trago del vaso de plástico rojo que llevaba en la mano. Me miró de nuevo, y apartó rápidamente la vista, e incluso desde donde yo estaba sentada, a bastante distancia, noté que parecía un poco enfadado. ¿Seguía molestándole lo de la moto? Al pensar en ello, me di cuenta de que había estado enfadado, o al menos tenso, dos de las tres veces que le había visto desde que había vuelto. ¿Era por lo de su padre? Tendría sentido, aunque me daba la impresión de que su cólera estaba dirigida a mí, que estaba furioso conmigo. Aunque me gustaría saber por qué.

Recordé aquel momento la semana pasada, cuando habíamos ido allí y habíamos estado sentados en el granero. Quería volver a disfrutar de esa intimidad. Quería que estuviéramos solos de nuevo y no con todas estas personas, con todo este ruido; quería no sentirme así, fuera de lugar en la multitud, incluso con el cálido cuerpo de Cole junto al mío mientras hablaba y se reía.

Pensé también que ahora todo era igual que antes, pero a la vez diferente. Los tres volvíamos a estar en el pueblo; sin embargo, habíamos madurado durante los últimos cuatro años. Entonces era una niña confundida, abrumada, llena de añoranza, que solo había sumergido apenas los dedos de los pies en el agua de las relaciones románticas cuando ellos se marcharon a la universidad. No tenía mucha más experiencia ahora, pero sí que me conocía mejor a mí misma. Comprendía también las respuestas de mi cuerpo. Cole jamás sería para mí otra cosa que un amigo. Era a Preston a quien amaba, y sintiera él lo mismo que yo o no, no podría sustituirlo nunca por su hermano.

Tenía la esperanza de que Cole hubiera llegado a la misma conclusión y que no tratara de besarme esta noche, porque tendría que rechazarlo. Era mejor que

fuéramos amigos. No llegaría tan lejos como para explicarle la razón. Que aquella sensación que me hacía arder por dentro la provocaba solo Preston y no él. No era bueno para nadie fingir que era así, ni mentir al respecto. Siempre tendría su lugar en mi vida, pero ahora sabía que perseguir algo más que amistad con Cole sería mentirme a mí misma, y no podía hacerlo. No solo por mí, sino por Cole. Se merecía a una mujer que se muriera por él cada vez que entraba en una habitación. Una que no estuviera mirando por encima del hombro para saber qué estaba haciendo el chico al que quería de verdad.

Sí, les tenía cariño a los gemelos, pero de los dos hermanos idénticos, solo el alma de uno hablaba con la mía. Un alma que le pertenecía desde siempre.

Miré de nuevo a Preston, sin permitir a mis ojos que se relajaran. Quería pensar, y cada vez que lo miraba, mis pensamientos se truncaban y me quedaba trastornada.

El ruido subía y bajaba a mi alrededor, envolviéndome en una especie de trance del que no podía escapar ni dentro de mi propia cabeza.

Si le dejara claro a Cole que solo quería ser su amiga, ¿existiría alguna posibilidad para Preston y para mí? Se me aceleró el corazón al pensar en esa opción. Hubo un momento, en este mismo cobertizo, en el que nuestras manos se habían encontrado, y se me había ocurrido que la atracción que existía entre nosotros, aquella chispa, podía ser mutua. Y mirando hacia atrás ahora, con los ojos de una mujer, me pregunté si quizá había estado allí todo el tiempo, en especial aquella noche en la lavandería, cuando habíamos bailado y se había acercado tanto a mí. En ese momento era solo una niña insegura, una que estaba tan profundamente enamorada que no tenía nada claro, salvo el constante golpeteo anhelante de su corazón.

Quizá le había dado una vez a su hermano permiso para perseguirme, pero las cosas eran diferentes, la gente cambiaba, los corazones se abrían. Incluso ahora, cuando yo estaba sentada en el otro lado de la habitación con Cole. ¿Y si me levantaba e iba con Preston? ¿Y si encontraba valor para que me viera bajo una luz diferente a la que me veía en el pasado...? ¿Y si le dejaba claro lo que yo deseaba que hiciera? El corazón se me aceleró en el pecho una vez más.

La gente que me rodeaba estalló de repente en risas y me hizo salir de mi trance, volviendo a la realidad y dándome cuenta de que Cole acababa de decir algo al parecer hilarante. Me obligué a fingir que lo había oído, a reírme junto a todos los demás.

Cuando volví a mirar a Preston, estaba hablando con una pelirroja que acababa de detenerse justo al lado del banco. Esta esbozaba una sonrisa de oreja a oreja

cuando se inclinó para hablarle al oído, imaginé que para que la escuchara por encima del ruido. Una oleada de celos hizo que se me tensara el estómago, y aparté la mirada. No quería estar ahora aquí. Tenía razón al pensar que esto era un error. Podía sufrir por Preston, puesto que siempre lo había hecho, me resultaba familiar, pero, por desgracia, no podía quedarme aquí sentada y verlo interactuar con otras mujeres, incluso aunque solo fuera hablando. Lo odiaba. Me concentré de nuevo en la conversación que había a mi alrededor y fui capaz de seguirla durante unos minutos antes de descentrarme de nuevo.

Cuando volví a mirar hacia Preston, fue justo en el momento en el que la pelirroja se acercaba a él un poco más, le ponía la mano en el muslo e inclinaba la cabeza para besarlo. Deseé con todas mis fuerzas que se apartara de ella, aunque no lo hizo; inclinó la boca sobre la de ella para profundizar el beso.

Durante unos terribles segundos, me quedé paralizada, mirando lo que estaba pasando al otro lado de la habitación antes de ponerme en pie y empujar a Cole, que me miró completamente confuso.

—Lo siento —murmuré—. Tengo que ir al cuarto de baño.

—La casa no está cerrada con llave —dijo Cole—. Es la primera puerta a la derecha. ¿Quieres que te acompañe?

Negué con la cabeza.

—No, no, gracias.

Cole me estudió otra vez antes de asentir, y fui tan rápido como pude hacia la salida, intentando no mirar a Preston, que quedaba a mi izquierda.

Una vez fuera, aspiré una enorme bocanada del aire fresco de la noche, reprimiendo el sollozo que pugnaba por salir de mi garganta. No quería ir a aquella casa. El granero era una cosa, pero en la casa vivía su madre, y ella había dejado claro que no era bienvenida allí. Así que no quería pisar siquiera el cuarto de baño mientras la señora Sawyer estaba fuera del pueblo, aunque solo fuera por principios.

Pensar en su madre y lo mucho que yo le disgustaba, unido a los celos que me corroían desesperadamente después de ver a Preston besándose con alguien, hizo que el sollozo se hiciera más grande en mi interior y que no pudiera ahogarlo de nuevo. Salió como un gemido y empecé a correr hacia la carretera. Solo quería salir de aquí. Tenía el estómago retorcido en un nudo de dolor. «Oh, Dios, soy idiota». Mientras yo estaba sentada al otro lado del granero, preguntándome si Preston podía sentir algo por mí, tratando de reunir el valor para decirle cuáles eran mis sentimientos, él se besaba con otra.

«Quiero morirme».

—¡Lia!

Tropecé al mirar atrás y ver que Preston salía del granero. «¡Oh, no!». Las lágrimas caían por mis mejillas; tenía que alejarme de él, de la agonía que acababa de experimentar. Cogí velocidad, corriendo ahora sin rumbo; solo necesitaba marcharme lejos, muy lejos...

—¡Lia, Dios, detente!

Ahora estaba asfixiada, me ahogaba horrorizada por mi propia reacción. Preston no podía verme así.

—Preston, vete —le rogué. Pero el golpeteo de los pies a mi espalda no se detuvo, y solo unos segundos más tarde se estrelló contra mi espalda, haciéndome gritar de alarma, sorprendida por el impacto. Me rodeó con sus brazos desde atrás, deteniendo mi avance, y, aunque peleé contra él, llorando entre sus brazos, no era rival para su fuerza. Habíamos estado así antes, en la misma posición que ahora, aquella noche en la lavandería, cuando me abrazó desde atrás mientras lloraba. ¿Estaba condenada a repetir cada dolorosa y embarazosa experiencia de mi vida? ¿Especialmente cada momento con él?

Murmuró mi nombre una y otra vez. Sentí su cálido aliento en la oreja y, por fin, me relajé y mis suaves sollozos desaparecieron en la noche que nos rodeaba.

—Shhh... Lia, ¿qué te pasa? ¿Alguien te ha hecho daño? ¿Ha sido Cole?

Volví la cabeza, llena de odio por mí misma, porque era yo quien me había hecho daño al venir esta noche, al ver cómo Preston unía sus labios a los de otra chica, por no haber encontrado la forma de olvidarlo. De olvidar mi amor por él.

La tristeza me abrumaba al saber que, incluso aunque me estuviera abrazando ahora, él regresaría a la fiesta y volvería a coger a esa chica entre sus brazos, no como una hermana, no como un viejo amigo, sino como una mujer deseable. ¡Dios, si él olía a ella!

—Tienes que volver allí. —Me atraganté—. La pelirroja estará esperándote. —Sabía que parecía amargada y dolorida, y cerré los ojos con fuerza, sintiéndome muy avergonzada.

—¿Qué pelirroja...? —murmuró, como si no tuviera ni idea de qué estaba hablando.

—La que estabas besando —espeté en un desagradable tono acusador que no tenía derecho a usar.

Él se quedó paralizado a mi espalda durante un segundo y luego me hizo dar la vuelta tan rápido que jadeé, tropecé y caí contra su cuerpo, poniéndole las manos en el pecho. Entonces me agarró las muñecas y me apartó ligeramente de forma que me quedé mirando a su cara, donde encontré una expresión intensa y...

desconcertada.

—¿Estás celosa?

Contuve la respiración, temblorosa, tratando de controlarme, pero la sensación de tristeza me inundó de nuevo, muy avergonzada por haber provocado esta escena tan horrible.

Preston me miraba con intensidad a la cara como si estuviera tratando de leerme la mente. Volví la cabeza, dispuesta a responderle, dispuesta a que viera lo que debía de reflejarse claramente en mi expresión. Pero me soltó una de las muñecas y me puso los dedos en la barbilla, haciendo que volviera la cara hacia él y lo mirara otra vez. Emití otro suave sollozo.

—Sí —confesé con la voz áspera y triste—. Sí, estoy celosa. —La dolorosa y angustiada emoción era claramente evidente en mi voz.

Él se me quedó mirando durante otro tenso segundo mientras el aire se espesaba entre nosotros. Tuve la tentación de tenderle la mano y agarrarlo para acercarlo a mí y poder examinar su expresión y averiguar a qué respondía. Pero luego él soltó lo que parecía un gruñido. Eso me sorprendió y me cogió por sorpresa, y antes de poder entender lo que estaba pasando, me cogió en brazos y me llevó hacia la casa con pasos largos y decididos, mientras respiraba tan fuerte que el silencio se veía roto por aquellos agudos jadeos.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué ocurría?

**PRESTON**

Apenas fui consciente de cruzar el patio, subir las escaleras y entrar en la casa, pero de repente estábamos allí y dejé a Lia en el suelo. El sonido de mi respiración y el latido de mi corazón me resonaban en los oídos, y además me llegaba el vago sonido de la música, por lo que me di la vuelta y cerré la puerta para que nadie nos molestara.

Lia estaba retrocediendo por el vestíbulo, alejándose de mí en dirección a la cocina, con los ojos muy abiertos y una expresión confundida. La seguí como si fuera un depredador; mi hambre física por ella era tan intensa que estaba a punto de perder el control. Sudaba, y el corazón se me había acelerado hasta resonar como un tambor. Ella me miraba con el aturdido miedo de una presa, pero no fui capaz de encontrar palabras para tranquilizarla.

«Sí —había dicho ella—. Sí, estoy celosa».

Me había sentido tenso e irritado durante todo el día al saber que Annalia vendría por la noche y estaría con Cole. Y luego él la había traído de paquete en esa puta moto que casi no sabía conducir, y yo había tenido que contenerme para no darle una patada en el culo allí mismo, en el jardín. Después me había visto asaltado por el tormento que suponía verla sentada con él, con el brazo de Cole sobre los hombros, y su delgada figura pegada a la de él. Sabía lo que se sentía al tenerla cerca, recordaba muy bien cómo olía, y el recuerdo me torturaba y me hacía sentir como un animal enjaulado.

El trasero de Lia chocó contra la mesa de la cocina, deteniéndola, y ella soltó un chillido.

—¿Por qué estás celosa? Dime por qué.

Noté la nota de desesperación de mi voz, pero no me importaba. De repente, era como si hasta mi propia existencia dependiera de su respuesta. Mi voz sonaba lejana, como si este momento no pudiera ser real, como si solo estuviera soñando con ella.

La vi mover los ojos alrededor, como si también ella se estuviera cuestionando que esto estaba ocurriendo de verdad. Luego, buscó mi mirada con la suya otra

vez, y me contempló llena de determinación. Me fijé en su boca cuando separó los labios para respirar hondo.

—Porque no quiero que beses a nadie. Quiero que me beses a mí. Siempre... Siempre he querido que me beses.

«¡Oh, Dios!». Aquellas palabras de Lia hicieron que me diera un vuelco el corazón. El deseo que había contenido durante tanto tiempo surgió dentro de mí como una violenta tormenta, haciendo que me balanceara sobre los pies, poseído por mis emociones. Mi cuerpo se tensó y el tsunami que siguió a la tormenta hizo que mi sangre fluyera toda hacia abajo. Me hinché y me endurecí por ella, y solo por ella, pues no existía nada más en esa habitación y quizá en el mundo entero. Solo nosotros dos, la energía que vibraba entre nuestros cuerpos y las palabras que seguían resonando en mi cabeza: «Quiero que me beses a mí».

Di un paso adelante con los ojos clavados en los suyos. Me siguió con la mirada, inclinando la cabeza mientras me apretaba contra ella al tiempo que emitía un sonido gutural. Había pasado demasiado tiempo. Llevaba toda mi puñetera vida reprimiendo mi necesidad por ella, y en ese momento y de forma inesperada, me estaba dando permiso para soltarme. Luché para contenerme, para encontrar aunque solo fuera un poco de control. Noté que temblaba, y pensé que quizá yo también estaba estremeciéndome, por lo que enredé los dedos en su pelo y apoyé la frente contra la de ella durante un instante mientras intentaba tranquilizarme un poco. No quería asustarla, pero ¡Dios!, estaba asustándome hasta a mí mismo.

Lia levantó la cara y dejó escapar un pequeño jadeo como si hubiera estado conteniendo la respiración durante demasiado tiempo. Me rozó la mejilla con su cálido aliento y volví la cabeza, buscando sus labios. Se los rocé con suavidad al principio, una vez, y otra, aspirando el olor de su boca y sintiendo la exquisita suavidad de sus labios contra los míos.

La oí gemir por lo bajo, y me estremecí, incapaz de contenerme para no introducir la lengua en su boca y saborearla. «¡Santo Dios!». Era deliciosa. Me hundí en esos labios más profundamente, y buscó mi lengua con la suya, primero tentativamente, y luego me la succionó con suavidad. Mi erección vibró dentro de mis pantalones mientras gemía, y la senté en el borde de la mesa para poder situarme en la cálida cuna que formaban sus muslos. Deseaba acercarme a ese lugar dulce y suave entre sus piernas con desesperación.

«¡Oh, Dios mío! ¿Está pasando de verdad? Lia..., Lia..., Lia...».

«Eres mía».

Aparté la boca para poder ver la expresión de su rostro, y cuando noté que me

miraba con los ojos entrecerrados por la lujuria, con los labios húmedos e hinchados por mi beso, gemí y volví a inclinarme hacia ella, buscándola de nuevo.

Me presionó los hombros con los dedos mientras los dos gemíamos y nos retorcíamos el uno contra el otro en una danza primitiva que nuestros cuerpos sabían realizar sin que mediara ningún pensamiento racional, o quizá debido a la ausencia de ellos. Mi frágil contención desapareció, y sentí que su cálida lengua hacía crecer mi excitación, que mi cerebro se nublaba de lujuria.

Necesitaba sentir su piel contra la mía, el urgente deseo de explorar aquel suave terciopelo me hacía temblar de pies a cabeza. Me retiré hacia atrás para intentar desabrochar los botones de su blusa, pero sentía los dedos torpes. No podía conseguir que funcionaran correctamente, así que tiré de la tela y los botones saltaron, rebotando por el suelo. Su pecho subía y bajaba con rapidez, y me detuve durante un momento para contemplar la piel sedosa de sus pechos, que rebosaban el sujetador.

—Annalia... —gemí.

—Preston... Por favor... —Tiró de mi camiseta, y me la pasó bruscamente por la cabeza antes de desabrocharle el sujetador para dejar sus senos al descubierto. ¡Oh, Dios mío! Eran preciosos. Firmes y altos, con los pezones tensos y de un color entre rosado y marrón, y que se elevaban enhiestos hacia mi boca ansiosa. Deslicé los labios por su garganta, por la clavícula y su pecho hasta chupar uno de esos picos. Lia gritó y llevó las manos a mi cabeza para enredar los dedos en mi pelo, instándome a succionar la punta con más firmeza. ¡Oh, Dios! Me iba a correr antes de hundirme en su interior.

Ella me arañó la espalda al tiempo que soltaba tiernos jadeos sin dejar de impulsar la pelvis contra la mía, acunando mi erección en la V que formaban sus piernas, y haciéndola latir al ritmo de sus movimientos.

Los dos teníamos la piel resbaladiza por el sudor, y quería volverme loco de placer. Quizá lo hiciera, porque lo siguiente que supe era que le rodeaba la cintura con un brazo y le levantaba la falda para quitarle las bragas, que lancé al suelo. Mi mente se perdió en la urgente necesidad que sentíamos el uno por el otro, en la naturaleza casi violenta con la que nos buscábamos en ese momento. Parecíamos animales desesperados. Como una olla a presión que finalmente hubieran destapado.

—Llevo tanto tiempo esperándote, Lia... Tan... tanto... —tartamudeé.

—Te quiero, te quiero, te quiero... —murmuraba ella, y las palabras me iban directas a la ingle.

Le chupé y lamí los pechos durante varios minutos, mientras sus gritos de placer me atravesaban como cálidas ráfagas de fuego. Temblaba cuando levanté la cabeza de sus pechos a su rostro y la besé de nuevo, hundiendo la lengua en su boca. Ella me recibió con un fervor idéntico, succionándome la lengua de esa manera que me hacía sentir todavía más salvaje.

Solté con un frenético tirón el botón de los vaqueros, liberando mi polla, que estaba caliente y tan dura que casi me dolía por aquella feroz necesidad. Era doloroso, sí, pero, ¡oh, Dios!, era el mejor tipo de sufrimiento del mundo. Una parte de mí quería buscar el alivio casi con desesperación, y la otra quería que esto continuara eternamente. De repente, Lia separó los muslos para aceptarme entre ellos, y gruñí con intensidad cuando mi hinchado glande se deslizó por la resbaladiza abertura. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y se volvió a sujetar a mis hombros, clavándome los dedos en los músculos mientras se preparaba para recibirme.

No podía esperar más. Busqué su cálida entrada y empujé. Al instante solté un torrente de maldiciones y palabras a medio formar, jadeando por la estrechez de su cuerpo. Ella se quedó quieta y lanzó un grito de alarma al tiempo que trataba de deslizar el trasero por la mesa. Sin embargo, la retuve contra mí, aunque reuní cada pizca de control que tenía para no hundirme por completo en su interior.

—Vale, vale... Iré despacio, ¿de acuerdo? Todo irá bien.

—No vas a conseguirlo —aseguró ella con la voz ronca por el pánico.

A pesar de la intensidad de la situación, a pesar del fuego que corría por mis venas y de la creciente sensación de estar a punto de explotar, no pude reprimir una risita. Fue un sonido bajo y dolorido que terminó como un gemido.

—Voy a entrar en ti, Lia. Solo tienes que dejar de tensar los músculos, ¿de acuerdo? Estamos hechos para esto.

Se relajó un poco entre mis brazos, mirándome con los ojos tan abiertos y llenos de confianza que se me retorcieron las entrañas. Me moví contra ella tan lentamente como pude. El sudor me caía por la cara por el esfuerzo que hacía para contenerme. Seguí hundiéndome poco a poco, centímetro a centímetro, hasta que llegué a la barrera de su virginidad. Me detuve mientras una oleada de satisfacción primaria me atravesaba, con el instinto de reclamar a la mujer que amaba quemándome en las venas.

Ella no había estado con nadie.

«Solo conmigo. Solo conmigo».

Me impulsé hacia delante, poseído por la necesidad de romper, de reclamarla de una forma que no podía hacerlo nadie más. «Es mía». Con un rápido

movimiento de caderas, sentí cómo la desgarraba y me hundía en su interior. Me estremecí cuando sus músculos internos me atraparon con su calor.

—Oh, Dios, Lia. Oh, Lia...

Ella gritó de dolor mientras yo soltaba aquellas palabras de placer, y me detuve un momento, apretando los dientes para darle al menos un segundo para acostumbrarse a mi invasión. Sentía un pesado latido en mi erección y en mis testículos, preparados para alcanzar el clímax. Sabía que no iba a durar mucho tiempo, y eso me avergonzaba un poco, pero sobre todo me excitaba. Todavía estaba poseído por las garras de aquella extraña locura que había iniciado todo esto.

Me impulsé dentro de ella con movimientos cortos, tratando de ser suave a pesar de sentirme embriagado por aquella apretada y húmeda dicha que me succionaba cualquier gota de control.

«Mía... mía... mía...».

Annalia se agarró a mi bíceps, presionó la frente contra mi hombro y sentí su aliento cálido y pesado en la piel cuando me mordió una y otra vez. Me pregunté débilmente si lo haría para soportar el dolor, pero no podía formar las palabras para preguntarle si estaba bien. Su aroma dulce y almizclado, combinado con el olor del sexo, de nosotros juntos, hizo que una ráfaga de algo cálido y salvaje me atravesara, y empecé a embestir en busca del placer. En el aire resonaba el sonido de nuestros envites, de mis propios gruñidos y los suaves gritos de Annalia mientras me impulsaba dentro y fuera de su cuerpo. Los primeros cosquilleos del orgasmo me recorrieron la columna y unos segundos después solté un grito al tiempo que estallaba en su interior en una intensa oleada de éxtasis.

«Mía».

Mientras regresaba a la tierra, miré a Annalia, que me observaba parpadeando. Parecía tan aturdida y hermosa que solo podía contemplarla con asombro. Había lágrimas en los bordes de sus ojos, y una mirada a mi hombro me indicó que me había mordido varias veces. Me retiré de su interior, y ella hizo una mueca de dolor con el movimiento. Me sentía medio dominado por mi cuerpo, medio dominado por la cabeza, pero fui consciente de que ella no se había corrido, y sentía la necesidad de darle también placer. La tumbé con suavidad sobre la mesa.

—¿Preston? —preguntó ella con una voz entrecortada y confusa.

—Shhh... —Me subí los vaqueros con rapidez, aunque no me los abroché, y le levanté la falda más arriba de la cintura para empezar a besar su vientre plano.

Le separé las piernas con cuidado mientras me ponía de rodillas en el suelo, entre ellas. Lia gimió con suavidad, tratando de cerrarlas, pero cuando le besé la cara interior del muslo y pasé la lengua con ternura, dejó que se las separara de nuevo.

—¡Oh, Preston...! —gimió, y sentí que me excitaba de nuevo, que aquella oleada salvaje se apoderaba de mí una vez más. Dios... Nunca había sido así, nunca me había vuelto loco de deseo por ninguna mujer, no había sentido nada remotamente parecido a esto.

Era una experiencia particularmente nueva, maravillosa y aterradora. Le lamí el muslo hasta que la nariz me quedó justo encima de su núcleo y usé la lengua para rodear el pequeño brote hinchado. Ella gimió, sorprendida, y arqueó las caderas hacia mi cara. Probé el intenso sabor metálico de su sangre, la sal de mi propio orgasmo, y se apoderó de mí una cruda excitación que me puso totalmente erecto una vez más.

Lamí y chupé la tierna carne de Lia, calmándola y excitándola de forma alternada, guiándome por sus sonidos para saber lo que le gustaba. Me agarró el pelo con las manos y sus gemidos subieron de volumen hasta que se corrió contra mi cara, gritando mi nombre.

La satisfacción que sentí fue tan intensa, la excitación por complacerla tan abrumadora, que dejé caer de nuevo los pantalones y me hundí en ella, tendiéndome encima de su cuerpo, todavía acostado sobre la mesa.

Nuestros ojos se encontraron, los de ella muy abiertos y un poco nublados, y la belleza de su rostro me sorprendió como siempre, haciéndome recuperar la cordura.

«Dios, ¿qué estoy haciendo? Me he vuelto loco».

—¡Oh, Dios, Lia! Debes de estar dolorida. Lo siento mucho —farfullé, tratando de liberarme de las garras de la pasión. Empecé a retirarme de su interior, pero ella soltó un chillido y me rodeó las caderas con las piernas, inmovilizándome dentro de su cuerpo con los pies apretados contra los músculos de mi espalda.

Curvé los labios y apoyé la frente en la de ella mientras me movía rítmicamente. La tormenta pasó y solo quedó un suave y acompasado vaivén. Era jodidamente bueno. Podría haberme quedado así durante el resto de mi vida.

Me rodeó la cara con las manos y unió sus labios a los míos, dándome un beso largo, profundo y lento mientras yo seguía penetrándola y retirándome, penetrándola y retirándome.

Sentí que me clavaba los dedos en la piel desnuda de las nalgas y gemí contra

su boca. Incluso a pesar de la bruma de felicidad que me envolvía, sentía la mente más lúcida que la primera vez que había estado dentro de ella.

«Te amo, siempre te he amado», pensé aturdido.

El placer fue en aumento y la penetré con mayor rapidez mientras ella me apretaba las caderas entre los muslos, retorciendo su dulce y húmeda lengua contra la mía.

Gemí con voz ronca y profunda mientras me hundía una última vez, atravesado por el segundo clímax.

—Oh, Dios, Lia... —jadeé cuando retiré la boca de la de ella, girando las caderas para exprimir hasta la última gota de aquel hormigueante placer.

Nos quedamos inmóviles durante un momento, mientras la respiración se calmaba y la realidad regresaba poco a poco. Lia se movió un poco debajo de mí, y me di cuenta de que seguramente estaba aplastándola allí donde estábamos tumbados... En la mesa de la cocina.

«¡Oh, Santo Dios!».

Me aparté, retirándome de su interior, y ella volvió a soltar el mismo gemido ahogado que había emitido la primera vez que salí de su cuerpo. «La primera vez...». Me pasé la mano por el pelo, empapado en sudor, y la miré parpadeando, abriendo mucho los ojos. Había tomado la virginidad de Lia sobre la mesa de la cocina, como un animal salvaje fuera de control. Igual que los vikingos en los saqueos.

Me subí los pantalones con rapidez y miré a mi alrededor, viendo que había arrojado la ropa por todas partes, así como los pequeños destellos de los botones de la blusa que habían rodado por todas partes. Las sillas estaban volcadas; no recordaba haberlas empujado con aquella evidente violencia, pero era obvio que se habían caído. Dios, ni siquiera las había oído al impactar contra el suelo, y no habría sido un sonido suave. Subí los ojos a la ventana, y vi con alivio que las cortinas estaban cerradas.

Por lo que yo sabía, podrían haber aporreado la puerta principal y no me habría enterado.

«¿Cómo iba a hacerlo? Acababa de acostarme con la chica a la que amaba desde hacía años. Mi hermosa Lia. Mi Lia».

Volví a mirarla y noté la expresión de su cara. Parecía sorprendida, pero sus ojos seguían mostrando una expresión perezosa y satisfecha. La forma en la que me miraba era tímida e insegura, y se le encendieron las mejillas mientras se bajaba la falda y se deslizaba hasta el borde de la mesa.

Le agarré los brazos mientras ponía los pies en el suelo. Se tambaleó un poco

antes de mirarme.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Ella asintió, cubriéndose los pechos desnudos con las manos al tiempo que se mordía el labio y miraba a su alrededor, a la ropa dispersa.

—Nosotros... mmm... Nosotros también... —No parecía saber cómo terminar esa declaración y tampoco yo, aunque varias cosas venían a mi mente: «he perdido el control...», «me he vuelto loco...», pero no sabía si quería usar esas frases, porque implicaban que podría haber hecho una elección diferente si hubiera pensado racionalmente, lo que no era cierto. No me arrepentía de lo que habíamos hecho. Solo lamentaba la forma en la que había ocurrido, o, más bien, que siempre recordara que su primera experiencia sexual había sido un asalto de una bestia salvaje sobre una mesa de cocina. «Jesús...».

Me sentía avergonzado. Su primera vez debería haber sido en la cama, envuelta en dulces palabras y tiernas caricias. Debería haberla preparado de una forma lenta y cuidadosa para facilitar el acto, no desgarrarla con un empuje salvaje.

«Joder... ¿En qué había pensado?». La respuesta era evidente: no había pensado.

—Tu primera vez no debería haber sido así. Lamento que...

Me puso los dedos en los labios.

—No lo sientas. Por favor, no te arrepientas. Yo no lo hago.

Una sensación de alivio me recorrió, pero no hizo desaparecer la vergüenza que sentía. Debería haberme controlado. Esa era mi responsabilidad, no la de ella. Solté un suspiro tembloroso, asentí con la cabeza y la besé de nuevo con ligereza.

«Porque puedo. Porque es mía... Porque... siempre había querido que la besara...».

Recogimos nuestra ropa y nos vestimos en silencio. Recogí las sillas y las coloqué junto a la mesa. Luego usé una servilleta para limpiar la superficie, aunque tenía pensado hacer una limpieza más profunda después, así no avergonzaría a Lia más de lo necesario.

Cuando me giré hacia ella, vi que trataba de cerrarse la blusa con los dos botones que quedaban... Hice una mueca. Había un perchero junto a la puerta del vestíbulo, y fui hacia allí para coger una sudadera mía. Regresé con rapidez junto a ella y se la entregué.

—Espérame aquí. Voy a decirle a Cole que no te encuentras bien y que voy a llevarte a casa.

—¿Y si viene aquí? —Parecía mortificada ante la idea.

—Le diré que has vomitado y que tu ropa está sucia. Aunque no creo que venga. Ha estado bebiendo. Habría tenido que llevarte yo a casa de todas formas.

Asintió con decisión antes de ponerse la sudadera. Le quedaba enorme y abrigaba demasiado para la temperatura a la que estábamos, pero serviría por ahora.

—¿El cuarto de baño es ese? —preguntó señalando una puerta en el vestíbulo.

—Sí.

Asintió con la cabeza, de nuevo tímida.

—Vuelvo ahora. —Le lancé una última mirada con el corazón rebosante de amor, a pesar de la incomodidad ante las consecuencias de haber hecho el amor por primera vez, y fui en busca de mi hermano. ¡Joder! Acababa de traicionar el juramento que le había hecho a mi hermano.

«Un hombre bueno siempre cumple su palabra».

Y yo había roto la mía. ¿Por qué, entonces, me sentía tan jodidamente feliz? ¿Por qué sentía que, en lugar de haber roto mi palabra, había cumplido una promesa? Una promesa que había mantenido enterrada profundamente en mi corazón y que, por fin, había visto la luz del día.

## ANNALIA

El camino de tierra estaba lleno de baches, y sentí un intenso dolor entre las piernas con cada sacudida. No era una sensación agradable, pero, sin embargo, cada punzada de malestar me recordaba que allí era donde había estado Preston, y entonces notaba un suave aleteo de alegría en el corazón.

Había hecho el amor con Preston. Preston me quería. Todavía me sentía como si estuviera inmersa en un dulce y turbulento sueño. O en una de esas fantasías que acostumbraba a evocar mientras paseaba por algún lugar, perdida en mi propia mente.

Le eché a él un rápido vistazo y, a pesar de que miraba al frente, noté que su expresión era pensativa, lo que me hizo sentir insegura.

—¿Qué le has dicho a Cole?

—Que te encontrabas mal y necesitabas que te llevara a casa de inmediato.

Asentí.

—Bueno... Gracias. —No sabía muy bien por qué le estaba dando las gracias, pero me pareció que debía hacerlo.

Él me miró y sonrió al tiempo que me cogía la mano. La mantuvo durante el resto del viaje hasta el pueblo entre las suyas.

—Tienes que decirme dónde vives —dijo en voz baja.

Lo guie hasta el edificio de apartamentos, y hacerlo me hizo recordar lo distantes que eran ahora nuestras vidas, lo poco que sabía realmente de mí. ¿Estaba pensando él lo mismo?

Aparcó en una plaza libre y miró un momento a su alrededor antes de volverse hacia mí.

—Tenemos que hablar.

Asentí. Sabía que era necesario, pero me producía ansiedad.

—Lo sé —repuse jugueteando con el dobladillo de la falda al tiempo que me mordisqueaba el labio.

Cuando levanté la vista, Preston me estaban mirando con una expresión tierna.

—Ven aquí —pidió, y me acerqué con rapidez. Se rio por lo bajo cuando volé a

sus brazos. Necesitaba que me tranquilizara, que me estrechara, lo necesitaba a él. Me apretó con firmeza, haciéndome sentir feliz, consiguiendo que me sintiera maravillosa; era justo lo que precisaba para recuperarme un poco.

Susurró mi nombre mientras me abrazaba, me besó en la frente, en las mejillas, en los párpados y la nariz. Me recorrió de arriba abajo con las manos, pero no de la misma forma que antes. Ahora era algo sosegado y tierno, y lo absorbí como una esponja, como siempre cuando se trataba de afecto físico. Pero esto era aún más agradable, ya que venía de Preston. El intenso anhelo que había sentido por él durante toda mi vida estaba siendo apagado esta noche de muchas maneras. Me sentía mareada y segura, alegre y vacilante.

Por fin, se apartó de mí un poco.

—Tenemos que contarle a Cole lo que ha pasado —dijo él.

Asentí.

—Preston, Cole y yo no estamos juntos..., nosotros solo... —Miré hacia otro lado, sopesando mis palabras—. No sé, hemos estado jugando a ser algo más que amigos con cierto derecho a roce, pero nunca ha sido nada serio. —Me sonrojé. No me gustaba la forma en la que sonaba. ¿Nada serio? ¿Me hacía parecer el tipo de chica fácil que permitía que un hombre la besara cuando le apetecía, pero que no le exigía nada más? ¿Demasiado superficial? Sin embargo, lo que sentía por Cole no era superficial, sencillamente solo era cariño. Esta noche había quedado claro que era a Preston a quien deseaba con cada fibra de mi ser. Lo amaba. Era mi media naranja.

Lo vi parpadear un instante, un poco confuso. Soltó un suspiro mientras se pasaba la mano por el pelo, ya alborotado.

—Sin embargo, lo has esperado.

—Er... no... Me pidió que no me entregara a otra persona. Y no me he entregado a nadie, pero no porque estuviera esperándolo a él. Quiero a Cole, sí, pero es a ti a quien siempre he deseado.

Soltó un suspiro entrecortado.

—¡Oh, Dios! —dijo aquellas palabras tan bajo que apenas las oí, a pesar de que no podía estar mucho más cerca de él. Lo observé; parecía atormentado, como si lo que yo había dicho le hubiera provocado dolor. Pero encerró mi cara entre sus manos y me besó con suave dulzura, hasta el fondo, y me fundí con él. Su beso me decía sin lugar a dudas que él también me amaba. «Por fin... Oh, por fin...». Cuando se apartó, terminando el beso, me limpió la humedad de los labios con el pulgar—. Creo que tenemos algún tiempo que compensar. Mucho tiempo... —Inclinó la cabeza a un lado, como si estuviera considerando algo—.

O, en realidad, este es exactamente el inicio de nuestro destino. Esta noche. Este es nuestro principio, Annalia.

«Sí. Nuestro principio». Eso sonaba bien. Como si el tiempo y las circunstancias necesarios se unieran para llegar a la perfección, de forma que los dos estábamos en el momento correcto de nuestras vidas para iniciar algo especial, algo duradero, donde ya no habría separaciones, ni tendríamos que madurar nada de nuestro carácter. Nada en absoluto.

—Es... —sonreí un poco, burlándome de él— un buen comienzo.

Preston soltó un suspiro y me brindó una tímida media sonrisa. «¡Oh, Dios mío! Qué guapo es...». Sí, era guapísimo.

—Puedo hacerlo mejor. —Se encogió un poco—. De hecho, debería haberlo hecho mejor.

Sonreí antes de besarlo con rapidez, dejando mis labios un rato sobre los suyos.

—No puedo imaginarme nada mejor.

—Yo tampoco. Pero... puedo ser más lento. —Hizo una pausa—. O eso creo...

Me reí y él me imitó antes de cubrirme los labios con los suyos para que pudiera sentir la curva de su sonrisa contra la boca. «Te amo, Preston Sawyer. Siempre lo he hecho y siempre lo haré». Las palabras burbujearon en mi interior, pero no era el momento de decirle todo lo que siempre había querido decirle. Este era nuestro comienzo, así que ya tendría tiempo. Quería asegurarme de que se lo decía en el instante adecuado. Quizá la próxima vez que estuviera acurrucada entre sus brazos. O tal vez un día que estuviéramos paseando de la mano por el campo. Nos detendríamos debajo del enorme roble que había detrás de su casa, me lanzaría a sus brazos y pronunciaría esas palabras.

Sonrió con suavidad antes de besarme la nariz y la frente.

—Estás soñando despierta otra vez... —susurró.

—Sí.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti.

—Yo también estoy soñando contigo, Annalia. —Me besó la comisura de los labios, lamiendo con la punta de la lengua el lugar donde tenía aquel lunar mientras gemía con suavidad.

Sonreí al tiempo que giraba la cabeza para que me besara de nuevo. Quería un beso largo y profundo otra vez, solo deseaba quedarme con él envuelta en el capullo íntimo que era la cabina de la *pickup*. Le retiré un mechón de pelo que le había caído sobre la frente.

—¿Tienes que volver?

—Debería. Se supone que soy uno de los anfitriones de la fiesta.

Al recordar la fiesta que estaban ofreciendo en el granero, se me revolvió el estómago. La oleada de celos que había sentido antes me atravesó de nuevo cuando recordé a Preston besándose con la pelirroja.

—Sí, supongo que la pelirroja estará preguntándose dónde te has metido.

Él parpadeó. Por un momento, pareció un poco confundido, y luego sonrió tan de repente que casi me asusté. ¿El mundo entero estaba contenido para mí en esta sonrisa?

Me atrajo hacia él y me besó en el cuello, riéndose con ternura contra mi piel.

—Fue ella la que me besó. Y solo se lo permití porque... pensaba que iba a tener que ver cómo besabas a Cole y trataba de distraerme. Sin embargo, no habría llegado más lejos. No la deseaba a ella, sino a ti.

—Ah... —jadeé.

—Y, obviamente, eso no ayudó a olvidarte.

Recordé el frenesí de lujuria que se había desatado en la mesa de la cocina.

—No, creo que no. —Me mordí el labio—. ¿Eso significa que no vas a besar a nadie cuando vuelvas a la fiesta?

Se puso serio y me recorrió la cara con los ojos durante un rato.

—No, no voy a besar a nadie cuando regrese a la fiesta.

Asentí moviendo la cabeza, luego apreté los labios contra los suyos y lo besé con rapidez.

—Vale. —Me alejé de él y me peiné con las manos. Todavía estaba en un estado de salvaje desorden, aunque había intentado solucionarlo lo máximo posible.

—¿Mañana trabajas?

—Sí. De siete a tres.

Asintió.

—Para entonces yo ya habré terminado de trabajar. Te recojo cuando termines. ¿Tienes móvil?

Me sonrojé. No podía permitírmelo.

—No, pero tenemos teléfono en casa. —Aunque no quería hablar por teléfono con Preston mientras mi madre estaba en la habitación.

Me estudió durante un momento y apretó los labios como si estuviera irritado. Quise disculparme, pero no lo hice.

Sacó un móvil del bolsillo.

—¿Qué número es?

Se lo dicté y él lo guardó en la memoria del aparato antes de volver a metérselo en el bolsillo.

—Nos vemos a las tres.

Sonreí y me incliné hacia delante para darle un último beso.

—Vale.

Una vez que subí las escaleras hacia el apartamento, me quedé quieta en el descansillo, viendo cómo la *pickup* salía del aparcamiento y se alejaba de mi vista. Me rodeé el cuerpo con los brazos al tiempo que miraba hacia arriba, sonriendo al cielo nocturno, alegre y feliz y profunda, muy profundamente enamorada.

Tuve la tentación de permanecer allí durante toda la noche, mirando las estrellas mientras me perdía en mis pensamientos felices, pero no lo hice. Entré haciendo el menor ruido posible. Mi madre estaba profundamente dormida en un sillón, delante de la televisión, que todavía estaba encendida. La apagué y cogí una manta de la cama para tapanla. En ese momento se movió y un trozo de papel que sostenía en la mano cayó al suelo.

Lo recogí y lo miré con interés. Era una carta con matasellos de Texas que había sido enviada desde nuestra antigua dirección a la actual. Confusa y muerta de curiosidad, vacilé un momento antes de abrirlo en silencio. Leí la corta nota escrita en español firmada por una tal Florencia.

—Florencia —murmuré por lo bajo, haciendo que mi madre se agitara y abriera los ojos.

Parpadeó adormilada y movió la vista desde la carta que yo sostenía en la mano al cajón abierto de la mesita auxiliar que había a su lado. Vi que allí tenía guardadas más cartas dirigidas a ella misma con la misma letra manuscrita.

Miré a mi madre un poco confusa.

—Mamá, ¿por qué no me has dicho nunca que tenías una hermana en Texas? ¿Tengo una tía? —Siempre habíamos sido solo mi madre y yo. Siempre había deseado tener familia, saber algo de mis orígenes, de la gente de la que procedía, pero una vez que supe que era producto de una violación, no volví a sacar el tema, ni siquiera le había preguntado por su familia. Sencillamente no quería profundizar en eso sin saber a dónde podía conducir. Quizá me sentía avergonzada de mi propia existencia, como mi madre.

Suspiró.

—Sí. Le escribí una vez, cuando eras un bebé. Entonces ella todavía vivía en México, y solo lo hice para que supiera que estaba viva. Eso es todo.

—Siento... Me alegra saber que tenemos familia y que también está aquí, en

Estados Unidos. ¿Por qué no me lo has dicho nunca?

Movió una mano como si eso no tuviera nada que ver conmigo, y se me rompió el corazón.

—Me ha escrito varias veces, pero nunca le he respondido. —Eso lo había deducido en gran parte de la carta de mi tía. Mi tía... Florencia, también le decía en la misiva que mi abuela había fallecido hacía unos meses. Quería hacerle muchas preguntas a mi madre, pero ella volvió la cabeza y cerró de nuevo los ojos. Como tantas veces a lo largo de los años, tuve que guardarme las preguntas en mi interior y me limité a cubrirla con la manta.

Una vez en el cuarto de baño, me metí en la ducha, y el dolor que sentí mientras me lavaba me hizo pensar en Preston y la alegría que había llevado a mi corazón. Todo lo demás se alejó, flotando. Por primera vez en mi vida, no permití que la lejanía de mi madre me afectara. Con el amor de Preston podía enfrentarme a cualquier cosa. A todo.

## PRESTON

Me pasé el día siguiente dividido entre la vergüenza que me provocaban mis actos y la dichosa alegría de haber hecho el amor con Lia, a pesar de lo que había ocurrido y el peso de saber que tenía que contárselo a mi hermano. Cole le había pedido a Annalia que se reservara para él, pero él había estado lejos de mantenerse célibe en la universidad. No había salido con nadie en serio, aunque su cama rara vez había estado vacía. Y no parecía sentirse culpable por ello. Esperaba con todas mis fuerzas que le pareciera bien lo que le iba a decir, sin embargo no era una conversación que esperara con ilusión.

A pesar del duro trabajo físico de la granja, mi mente no podía dejar a un lado esa situación. Por un lado, me sabía culpable y traidor, y, por otra, sentía que mis acciones estaban plenamente justificadas. Lia y yo nos queríamos. Y por fin nos habíamos confesado el uno al otro el deseo de nuestros corazones, tras años manteniéndolo en secreto. Hablaríamos de eso esta tarde, cuando nada nos impidiera estar juntos, especialmente nosotros mismos.

Suspiré, recordando aquella carrera que habíamos corrido por ella, y me pregunté si había sido a partir de ese momento cuando todo había salido mal. Sospechaba que seguramente así era. Pero casi no podía pensar después de todo lo que había ocurrido durante las últimas veinticuatro horas. Necesitaba sentarme con Lia y hablar de eso con calma. Durante estos años, cuando pensaba en ella, la palabra que venía a mi mente era «mía», y me la había negado, había tratado de alejarla. De repente, aquello parecía un esfuerzo estúpido e inútil. Habíamos perdido demasiado tiempo.

—¿Por qué estás frunciendo el ceño?

Giré la cabeza hacia la voz de Cole. Se acercaba a mí desde la salida lateral de la casa al grifo exterior donde me estaba lavando las manos. Cerré el agua y me sequé con el dobladillo de la camiseta.

—No me había dado cuenta de que estaba haciéndolo.

—¿No te he dicho siempre que parece que lo tienes pegado a la cara? —Se sentó en la escalera de atrás, junto al grifo que yo estaba utilizando—. Pues creo

que al final acabará ocurriendo. Vas a tener siempre esa expresión. —Frunció el ceño exageradamente para burlarse de mí, haciendo que no pudiera evitar reírme por lo bajo.

Me señaló con el dedo.

—¡Oh, mira! Te he curado.

Utilicé también el borde todavía húmedo de la camiseta para limpiarme el sudor de la cara. Necesitaba darme una ducha. Di unos pasos y me apoyé en la barandilla de la escalera. Cole estaba mirando los campos a mi espalda. Parecía cansado, seguramente todavía tenía resaca.

—No tienes buen aspecto —dijo.

Suspiré.

—No. —Teníamos que hablar sobre los detalles de los cultivos, de las tierras, de las perspectivas financieras para este año y el próximo, cuando hubiera reunido toda la información posible; posiblemente me habría hecho ya una idea a finales de semana, pero en este momento había un tema mucho más apremiante: Lia.

—¿Recuerdas el pequeño arroyo al que íbamos con Lia? —dijo, como si también estuviera pensando en ella.

—Sí. Está seco —repuse, pensando que estaba preguntándose si podíamos usar esa agua de alguna manera

Me miró y luego volvió la vista hacia los cultivos.

—Ya sé que te dije que me lo pensaría un tiempo, pero... no voy a quedarme, Preston. Me siento mal por ello, porque sé que necesitas mi ayuda.

Lo estudié un rato antes de soltar un suspiro.

—Sabía que había esa posibilidad. Está bien. Lo entiendo. —Y, francamente, aunque eso haría que fuera más difícil sacar la granja adelante, facilitaría mucho todo el asunto con Lia.

Asintió, moviendo la cabeza.

—Le voy a pedir a Lia que se venga conmigo.

Me quedé paralizado.

—¿Cómo? —«¿Qué coño...? Eso no se me había ocurrido. ¿Por qué no había considerado esa posibilidad? ¿Negación? ¿Ilusión?».

Cole se volvió hacia mí un poco, apoyando la espalda contra la barandilla para poder mirarme directamente.

—Lia siempre ha querido salir de aquí. ¿Crees que lo va a conseguir? ¡Joder!, si trabaja en el IHOP. ¿Crees que llegará a ahorrar lo suficiente para ir a la universidad? ¿Que hará algo más que esperar durante el resto de su vida? No sé,

pero... salir con ella anoche fue tan fácil... Tan simple. Todo ha sido fácil siempre con Lia.

«¿Fácil?». Esa descripción me hizo sentir confuso. Amar a Annalia podía ser muchas cosas para mí, pero fácil no era una de ellas. Era algo salvaje, que me dejaba sin respiración, me alegraba..., incluso me desgarraba, pero ¿fácil? Eso no.

—Ni siquiera es tu novia de verdad, Cole. ¡Dios, te has acostado con tantas chicas o más que yo en la universidad! ¿Por qué coño iba a marcharse contigo?

Me estudió durante un momento.

—Nunca nos hemos dado una oportunidad en realidad. La situación no parecía propicia para ello hasta ahora. Sin embargo, siempre nos hemos sentido atraídos el uno por el otro. Es tan buen momento para empezar como cualquier otro. Y quiero sacarla de aquí, darle la oportunidad de que vea la vida real, de que cumpla algunos de sus sueños. —Hizo una pausa mientras miraba detrás de mí—. Con mi título, puedo conseguir un buen trabajo, podré alquilar un apartamento para los dos y ella tendrá la oportunidad de ir a clase durante el día. Te apuesto lo que quieras a que todo nos irá bien, e incluso si no es así, estará cien veces mejor de lo que está ahora.

Por un momento, casi estuve de acuerdo con él. Por un momento se me ocurrió que si alguien merecía que todo le fuera bien, era Lia. Por un momento, vi la lógica y la racionalidad de lo que Cole estaba pensando, pero luego me vino a la mente lo que había pasado entre nosotros la noche pasada, recordándome la cantidad de tiempo que habíamos perdido. Ahora que sabía que Lia sentía algo por mí, no pensaba dejarla marchar. Si Cole me hubiera comunicado sus planes antes de la noche pasada, era posible que todo hubiera sido diferente, pero había ocurrido lo que había ocurrido y no podía fingir que no era así. «No pensaba hacerlo».

—No puedes. No puedes llevártela.

Cole me miró con una expresión confusa.

—Bueno, no pensaba hacerlo contra su voluntad. ¡Dios! Pensaba preguntarle. Pero no va a decirme que no.

—Sin embargo, lo hará. Te dirá que no.

Cole frunció el ceño y movió la cabeza.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Porque estuvimos... —Me pasé la mano por el pelo al tiempo que lanzaba un suspiro—. Anoche estuvimos juntos. Siente algo por mí.

Durante un instante eterno, Cole se me quedó mirando como si no

comprendiera lo que acababa de decirle.

—¿Juntos? ¿A qué te refieres...? —Se puso muy rojo y se levantó—. ¿Qué-cojones-quieres-decir? —dijo entre dientes. Negó con la cabeza con una expresión de confusa sorpresa—. ¿Anoche? ¿No estaba enferma? —Se tiró del pelo mientras soltaba una amarga risa carente de diversión—. Me has mentado. ¡Dios! ¿Qué le has hecho? ¿Te la has tirado en algún camino perdido?

Me vi envuelto por la rabia y la vergüenza, rabia por haber hablado de ella en unos términos tan crudos y vergüenza, porque sí la había tratado con crudeza. En realidad había sido incluso peor de lo que Cole pensaba: no le había arrebatado la virginidad en la *pickup*, no: había sido sobre una mesa fría y dura, con los pantalones por los tobillos y habiéndole subido la falda hasta la cintura. Hice una mueca. A Lia no parecía haberle importado la forma en la que habíamos follado, pero ¿por qué iba a molestarle? No tenía nada con qué compararlo.

—No —dije, poco dispuesto a darle los detalles. No porque me diera vergüenza, que me la daba, sino porque lo que Lia y yo habíamos hecho era privado. Era algo entre ella y yo.

—Cabrón —me insultó con rabia—. ¿Al menos te has puesto un condón?

Me dio un vuelco el corazón. Atrapado por mis contradictorias emociones, ni siquiera había pensado en eso. No, no había usado un condón. Debió de leer la respuesta en mi expresión, porque maldijo sonoramente. Me miró un instante con dagas en los ojos.

—Pues deberías preocuparte por si le pasa algo.

—Joder, Cole. Siempre he usado protección. —Salvo la noche pasada. Había sido la única vez que ni siquiera me había acordado de ponerme un condón. Por supuesto, no me había acordado de nada. Había estado cegado por la lujuria, el amor y el ardiente deseo que llevaba años acumulando. Y hoy había estado demasiado inmerso en mis pensamientos como para considerar que habíamos mantenido relaciones sexuales sin protección. «¡Dios!». Era un puto egoísta. Era el idiota del que Cole había tratado de salvarla desde hacía años, cuando le había pedido que no se entregara a nadie durante su ausencia.

—Así que tu plan desde el principio era dejarla embarazada a los diecinueve años para que se viera atrapada para siempre en este pueblo de tres al cuarto trabajando en el IHOP durante el día y cuidando de un crío llorón por las noches, ¿verdad?

Saltó los escalones para plantarse justo delante de mí. Lo miré con sorpresa. Nunca había visto a Cole tan furioso... Por nada.

—Oh, espera, espera... O quizá tu plan es casarte con ella para que viva en

esta jodida y polvorienta granja perdida de la mano de Dios, satisfaciendo tus necesidades durante el resto de su vida. No les fue muy bien a nuestros padres. En realidad, no soy capaz de decidir qué elección suena mejor. Seguro que Lia está encantada ante todas opciones que se abren ante ella.

Me sentía enfermo y confuso por todo lo que estaba gritándome.

—No es así —repuse apretando los dientes. Pero tal vez tenía razón. Quizá ceder a mi deseo por Lia había sido lo más egoísta que podría haberle hecho. Cole estaba en lo cierto: ella siempre había querido abandonar el pueblo. Que la hubiera dejado embarazada sería un lastre seguro para ese sueño. Se me revolvió el estómago por los remordimientos ante la repentina imagen de Lia, con los ojos llenos de sueños, que me inundó la cabeza.

«¡Oh, Dios, por favor, que no esté embarazada! Por favor, por favor..., que no lo esté».

Cole me estampó el puño en la cara. Solté un sonoro gruñido ante el golpe, y sentí una oleada de rabia. Retrocedí unos pasos masajeándome la mandíbula para asegurarme de que no me había roto ningún hueso.

—Te voy a pasar una, Cole, porque no he sido sincero contigo. He roto nuestro juramento, he faltado a mi palabra —dije. En mi voz era palpable la rabia que sentía—, pero como te atrevas a pegarme de nuevo, te devolveré el puñetazo.

—Que te jodan, hermano —escupió antes de machacarme otra vez la mandíbula con el puño. Me tambaleé hacia atrás y luego le golpeé de nuevo, impactando en su pómulo. Gruñó y fue a por mí. Rodamos por el suelo durante unos minutos, sudando y gritando, luchando por obtener la victoria de la misma manera que habíamos hecho cuando éramos niños.

Sentí que me cogían por los brazos y que alguien tiraba de mí hacia atrás. Cuando fui capaz de enfocar lo que ocurría a mi alrededor, vi que alguien retenía también a Cole. Los trabajadores nos rodeaban, formando un círculo sin salida. Habían sido los hombres quienes nos habían separado como si fuéramos dos peones que no habían sido capaces de mantener el control, y nos decían que nos calmáramos, que esa no era manera de resolver los problemas. Bloqueé sus palabras, sin saber si Cole iba a venir a por mí de nuevo, y para estar preparado si lo hacía. Noté que mi hermano tenía el ojo derecho a la funerala, cerrado por la hinchazón, y que le goteaba sangre del labio. Me sentí enfermo por la vergüenza, como si esta fuera un segundo atacante. Quería volver atrás en el tiempo y volver a empezar la conversación para hacerlo mejor, para que comprendiera lo que sentía en mi corazón, pero lo había jodido todo y ahora ya era demasiado tarde. Nos estábamos mirando como si fuéramos los adversarios

que nunca habíamos querido ser.

Solté una áspera bocanada de aire y di un paso atrás mientras hacía una señal de asentimiento a los hombres.

—Estamos bien. —Nos miraron a los dos antes de hacer un gesto con la cabeza. Entonces se dieron la vuelta para regresar a los campos en los que estaban trabajando aquella tierra devastada y completamente seca.

Me pasé la mano por el pelo húmedo y me di un segundo para calmar mi desigual respiración.

—Joder, Cole. Amo a Lia. Lo has entendido todo mal. Ya la amaba ese día, cuando corrimos por ella. No era solo porque pensara que era guapa o porque tuviera cierto interés. Nunca se trató de algo tan superficial como eso. Siempre la he amado, no recuerdo un solo día en el que no la amara. Lamento no habértelo dicho nunca.

Cole se me quedó mirando con el ojo que tenía sano.

—¿El día que corrimos por ella?

—Sí. No debería haber aceptado esa carrera. Para mí no se trataba de una apuesta. La amaba y renuncié a ella por el juramento que hicimos. El honor hizo que lo cumpliera a pesar de mis sentimientos. Es algo que me ha torturado durante años, Cole. Por favor, trata de entenderlo.

Él negó con la cabeza, como si no estuviera asimilando lo que yo le estaba diciendo. Me miró de nuevo durante un momento, en silencio, mientras una miríada de emociones atravesaban su expresión demasiado rápido para que pudiera comprenderlas o leerlas. Luego se cogió la cabeza entre las manos, como si le doliera, y se dio la vuelta, alejándose en la distancia.

De repente, me sentí tan devastado como la tierra, solo bajo el sol abrasador, mientras el sonido de aquella puta moto oxidada rompía el silencio que flotaba en el aire.

Vi a Cole atravesar en ella el patio, con la cabeza en una posición extraña, y me di cuenta de que era porque solo podía ver por un ojo.

—Idiota de mierda —murmuré, sintiendo una punzada de ansiedad en el pecho. El motor retumbó por el camino de tierra que llevaba hasta la casa, con las ruedas levantando polvo a su paso, hasta que ya no pude oírlo más.

Fue la última vez que vi a mi hermano con vida.

## ANNALIA

EN LA ACTUALIDAD

Todavía me parecía surrealista haber vuelto a Linmoor y haberme atrevido a ir al *diner* de Benny la noche pasada para ver a Preston por primera vez en seis meses. Aunque lo que más irreal me parecía era haberme marchado. Parecía como si los últimos veintiún meses no hubieran ocurrido. Como si me hubiera despertado la mañana después de que Preston me hubiera hecho el amor, hubiera ido a trabajar y Preston me hubiera estado esperando allí al salir, como habíamos planeado, como si entonces nos hubiéramos dado la mano para empezar nuestro «felices para siempre».

«¡Oh, Dios... Ojalá... ! Ojalá hubiera...».

Pero no había sido así. Había esperado sentada en el banco que había delante del IHOP mientras el tiempo pasaba lentamente. Había mirado el crepúsculo hasta que un puñado de estrellas aparecieron en el cielo, con el corazón en un puño por la preocupación, la inseguridad y el miedo.

Y luego... Oh, luego me hundí en el horror. Llegó la noticia de que había muerto un hombre en la carretera, no muy lejos de donde estaba. Y las ambulancias sonaron en la distancia antes de que todo tuviera sentido.

Cuando me dijeron que había sido un accidente de moto, que el conductor montaba un cacharro oxidado y que no había tenido ninguna oportunidad contra el camión que circulaba a demasiada velocidad por el lado derecho, se me congeló la sangre en las venas. Lo había sabido.

«Cole».

Moví la cabeza para dejar de pensar en el pasado, en aquel día terrible y desgarrador, y salí del coche, que había aparcado en el camino de acceso a la granja de los Sawyer para subir lentamente a las escaleras del porche.

«Puedes venir el domingo por la mañana —me había dicho Preston—. A las nueve».

Así que allí estaba.

Levanté la mano para llamar a la puerta de la casa por segunda vez en el espacio de dos días. Tenía el corazón acelerado por los nervios y la anticipación de la misma forma que la última vez. Entonces había respondido la señora Sawyer. Su expresión había sido dura al verme y se había llevado la mano al pecho como si al abrir la puerta hubiera encontrado un demonio que regresara de entre los muertos para volverse contra ella, algo que probablemente era lo que estaba pensando con bastante precisión. Esta vez, cuando se abrió la puerta, me encontré allí a Preston, y solté el aire que contenía al tiempo que me ponía lo más recta posible.

—Buenos días.

Él asintió con expresión neutra, y abrió la puerta un poco mientras daba un paso atrás para que pudiera entrar.

Atravesé el ancho umbral mirando a mi alrededor mientras Preston cerraba la puerta a mi espalda. Todo parecía igual que el día que me marché. Y eso me produjo un intenso dolor, porque me encantaba esa casa. Me gustaban los techos altos y los suelos de madera maciza. Me encantaba la escalera de caracol y la preciosa vista que se disfrutaba desde cada ventana. Adoraba los sonidos de aquella vieja casa, construida poco a poco por sus habitantes, que me envolvían durante la noche con pequeños crujidos y suaves gemidos, como si me estuviera contando la historia de todos los que habían vivido y amado en ella, antes de mí.

Una vez me había acercado lentamente a cada habitación de esta casa, recorriendo con la vista cada hermoso detalle y bebiendo todo lo que contenía: los pomos de las puertas de cristal, la grácil curva de las sillas, los preciosos muebles empotrados. La tranquila elegancia de esta vieja edificación había hablado con mi alma, y casi no había podido creerme que fuera mi hogar.

Entonces mi vientre estaba levemente redondeado por los primeros meses de embarazo y todavía tenía el corazón lleno de sueños. Todavía tenía la esperanza de que todo podría salir bien.

Me había quedado frente a la galería de retratos familiares que colgaban en el pasillo del segundo piso y había señalado cada uno, intrigada por el estado del pueblo, de lo que vestían, de las historias que contaban sus expresiones, por la forma en que la granja había pasado de generación en generación.

Los Sawyer eran gente sólida de aspecto estoico que vestía ropa prácticas y mostraba expresiones todavía más prácticas. Camille Sawyer, cuya imagen aparecía en un lugar cercano a la barandilla, era la excepción. Ella dotaba a la pared de *glamour* con su peinado, con su pelo dorado, con sus labios carnosos y sus ojos seductores. Y aunque sus hijos eran altos y fuertes, y al menos uno de

ellos parecía haber heredado la mirada desapasionada que los Sawyer habían perfeccionado durante generaciones, la madre les había transmitido un nivel de belleza física del que carecían los miembros anteriores de la familia.

En cuanto a las fotos, me decían que los hombres Sawyer, de aspecto tenaz y resistente, habían trabajado la tierra en el pasado, pero la casa me hablaba de las mujeres que los habían acompañado. Hembras robustas pero también elegantes, con espalda rígida y corazones tiernos. Quería ser una de esas mujeres. Por Preston. Porque la vida que crecía en mí me parecía una pequeña promesa aleteando en mi vientre como una mariposa.

La tristeza amenazó con apoderarse de mí y moví la cabeza para relegar ese tiempo en el fondo de mi mente. Eso era antes, y esto ahora:, la realidad, no esperanzas y sueños, no deseos y fantasías de felicidad que jamás se habían llegado a materializar. Allí solo había encontrado menosprecio.

Me di la vuelta para enfrentarme a Preston y vi que abría mucho los ojos, como si lo hubiera pillado por sorpresa. Por un instante, me pareció ver dolor en su mirada, pero luego bajó los párpados, haciendo que me preguntara si lo habría imaginado. O quizá había sido solo mi propio dolor reflejado en sus pupilas.

Entrelacé los dedos delante de mi cuerpo, esperando a que él me indicara qué debía hacer.

Se quedó quieto, con el ceño fruncido, antes de mover la mano para indicarme con un gesto que fuera hacia el salón que había a la derecha.

—¿Puedes esperarme ahí un momento? Voy a buscarlo.

Asentí, moviendo la cabeza con el corazón encogido ante su comportamiento, tan formal y poco natural. Era como si yo fuera una vendedora a domicilio y él saliera un momento para buscar el talonario de cheques en lugar de a nuestro hijo. «Nuestro hijo». Incluso así, sabía que era mejor que dejara que Preston marcara los tiempos.

—Claro, por supuesto.

Entré en el salón y oí sus pisadas en los escalones de madera cuando subió a la habitación de Hudson. Me senté en el sofá con las manos entre las rodillas. Aunque la temperatura de la casa era agradable, yo me moría de frío por culpa de los nervios.

Oí a Preston moviéndose en el piso de arriba, sus tranquilizadores murmullos, como si estuviera despertando a Hudson. Me pregunté si su cuarto seguiría teniendo el mismo aspecto, si habrían mantenido la decoración gris y blanca que yo había dispuesto en aquella habitación mientras esperaba la llegada del bebé, sin saber si poner detalles en rosa o azul. Vislumbrar ráfagas de aquellos

momentos me hizo sentir una pesada angustia, al recordar no solo mi profunda soledad, sino también la impotencia al ver aquel profundo dolor en los ojos de Preston día tras día sin saber cómo aliviarlo. Sabiendo que, en cualquier caso, solo verme agravaba su angustia.

Me estremecí. No podía pensar en eso. No ahora. El sonido de los pasos que bajaban las escaleras me arrancó por completo de aquellos dolorosos pensamientos y contuve la respiración al ver a Preston con nuestro hijo. Solté el aire con un fuerte silbido y me levanté, incapaz de reprimir mi deseo de acercarme a él.

Preston había dado solo un par de pasos en la estancia, y se detuvo cuando me aproximé con los ojos clavados en el pequeño que tenía en brazos. Me quedé sin respiración y tragué el nudo que se me formó en la garganta. Tenía el corazón en un puño, tanto por el dolor que me producía ver lo mucho que había crecido como por la alegría de volver a estar con él. «¡Cuánto lo había echado de menos!». Sonreí sintiéndome débil, y, aunque no quería llorar delante del bebé y asustarlo, no pude evitar que me temblaran los labios.

Hudson me observó con somnoliento interés antes de apoyar la cabeza en el hombro de su padre y sonreír con dulzura. No pude reprimir una risita.

—Hola, pequeño. —Eran las primeras palabras que le decía al bebé que tanto había anhelado cada día durante seis meses—. Ya tiene cuatro dientes —solté asombrada.

—El primero le salió justo después de que te marcharas. Me lo hizo pasar fatal.

Miré a Preston, fijándome un instante en su rostro, pero no pude leer los pensamientos que se ocultaban detrás de sus ojos y no supe si sus palabras estaban motivadas por la ira o la culpa, por lo que volví a clavar la vista en Hudson.

—Son perfectos. Él es perfecto.

Memoricé con avidez aquellos cuatro pequeños dientes, su espesa mata de pelo oscuro, sus ojos, que, como los míos, eran rasgados y de aquel extraño color verde que siempre me devolvía el espejo. Unos ojos que casi me hacían sentir culpable por habérselos dado, como si le hubiera transmitido sin querer la peor parte de mí misma. Pero no había nada que no mereciera ser amado en el bebé que Preston tenía entre sus brazos, y, a diferencia de mi madre, que se había fijado en mis ojos para sentir antipatía, verlos en la cara de mi bebé me hacía sentirme muy protectora.

Dejando a un lado sus ojos y su cabello oscuro, Hudson era la viva imagen de su padre y de su tío. Ya había tenido ese pensamiento sentada en la mecedora de

la habitación infantil una vez, pero no lo había compartido con Preston. No había sabido si le gustaría saberlo o si solo incrementaría su dolor, así que me lo guardé para mí. ¿Y si él había pensado lo mismo y no me lo había dicho nunca? Los dos habíamos estado de duelo y, sin embargo, ambos nos habíamos sentido solos. Habíamos sufrido en soledad.

Quería preguntarle si podía coger a Hudson en brazos, pero me sentía insegura y extraña para él. Era su madre, pero no creía tener ese derecho. Lo había abandonado, y viendo la mueca que había en el rostro de Preston, no creía que él estuviera por la labor. Pensaba que me había protegido para el dolor que sentiría al estar delante de él, pero no era así. No lo era. Así que me conformaría con lo que tenía. Pasé el dedo por la sedosa mejilla infantil, y Hudson se rio, arrugando los ojos con una sonrisa cada vez más grande. Oh..., me recordaba tanto a Cole cuando lo hacía... Hudson siempre había sido un bebé sonriente, que se reía con facilidad, tierno y confiado. Le devolví la sonrisa mientras una oleada de alegría llenaba mi corazón al saber que no había cambiado. Al saber que no habían robado su inocente dulzura, su descarada personalidad.

¿Durante cuánto tiempo se había acordado de mí? Las noches que había mantenido a Preston en vela por el dolor de dientes ¿había echado de menos a su mamá? Eso era algo que me hacía sentir un permanente vacío en el pecho.

—¿Dónde has estado, Lia? —me preguntó Preston con suavidad, haciendo que lo mirara a los ojos. Tenía los dientes apretados, pero, salvo eso, no noté ninguna otra evidencia de emoción.

Aparté la vista para mirar de nuevo a Hudson mientras fruncía los labios.

—Tenemos que hablar. Lo sabes, ¿verdad? Quiero saber por qué has vuelto.

Lo que quería decir, por supuesto, era que quería conocer cuáles eran mis intenciones con respecto a nuestro hijo.

—Es que... Claro, por supuesto. —Hice una pausa para reunir todas las fuerzas que podía—. He... He estado en casa de mi tía, en Texas.

Miré con rapidez a la cara de Preston; él me estudiaba con una especie de tormentosa confusión, como si mi respuesta le hubiera sorprendido, y no en el buen sentido.

—¿En Texas? Eso está a mucha distancia. ¿Has conducido ese cacharro hasta allí?

Pasé la mano por el pelo de Hudson, alisándoselo. Él me miraba fijamente, entre los dos, con los ojos muy abiertos. Era evidente que había sentido el cambio en el estado de ánimo de su padre. Al notar mi caricia, me cogió la mano y volvió a sonreírme, mostrándome sus cuatro dientes diminutos. Respiré hondo.

Vi que el pecho de Preston subía y bajaba, como si también él hubiera cogido aire.

—Sí, lo he hecho.

—Lia, tienes un hijo. ¿Cómo te has atrevido a recorrer esa distancia tú sola en un coche que prácticamente se cae a pedazos? ¿Y si te hubiera pasado algo? ¿Te das cuenta de que te podría haber pasado cualquier cosa? ¡Joder! —gruñó—. No era seguro para ti.

—Tampoco estar en esta casa. —«De una forma diferente, pero igualmente peligroso. Peligroso para mi corazón, para mi alma». Lo había intentado. Había tratado de aportar algo de luz a un hogar que se ahogaba en un dolor abrumador, en tristeza e ira. Mi madre me había mirado siempre con desdén y desprecio, y la madre de Preston había hecho lo mismo. «Me trasladé de una tumba fría a otra». Este lugar había sido tóxico para mí, y aquella animosidad me había ahogado. Sofocado. Recordé cómo me había preguntado si alguna vez me amaría alguien. Si sería bien aceptada en algún lugar.

Preston pareció tranquilizarse ante mi declaración. Aunque seguía teniendo la mandíbula tensa, la ira había desaparecido de sus ojos, dejando solo una cansada hostilidad en su expresión.

—¿No podías haberme dicho a dónde ibas? ¿Cuándo pensabas regresar?

Hice una pausa momentánea.

—No, porque ni yo misma lo sabía. —Era cierto en parte. No había sabido cuándo estaría de vuelta, pero la razón de que no le hubiera dicho dónde pensaba estar era porque tarde o temprano habría ido a buscarme para pedirme que volviera. Y yo no habría sido lo suficientemente fuerte para decirle que me dejara en paz, en especial si insistía. Si hubiera regresado entonces y todo hubiera continuado como estaba, no habría sobrevivido. Había sido muy egoísta, y me odiaba a mí misma por ello, pero si tuviera que tomar de nuevo esa decisión, habría hecho lo mismo. Realmente estaba segura de que la decisión que había tomado era necesaria para recuperar una pequeña parte de mí misma, para sanar, para ser una madre mejor.

Preston se me quedó mirando durante un buen rato, y me dio la impresión de que hundía los hombros con tristeza cuando cualquier espíritu de lucha desapareció de sus ojos.

—Podemos hablar de eso más adelante —musitó con suavidad mirando a Hudson—. Cuando estemos solos.

Asentí moviendo la cabeza.

Hudson vio algo en el suelo y levantó la cabeza al tiempo que estiraba los

brazos hacia ello, indicando que quería que lo bajara. Preston le acercó a una caja con juguetes que yo no había visto hasta ese momento y lo sentó en el suelo. Entonces, se arrodilló y sacó un juguete fuera de la caja y se puso a jugar con él.

Podría quedarme todo el día mirándolo, observando simplemente todo lo que había logrado aprender desde que lo había visto por última vez, todo lo que había cambiado.

—¿Quieres sentarte? —Me di la vuelta y vi que Preston señalaba el sofá.

—Claro. —Me senté antes de volver a concentrarme en Hudson, que seguía arrodillado junto a la caja de juguetes, de donde iba sacándolos todos uno a uno.

—Primero los coloca todos fuera —me explicó Preston, que todavía parecía un poco tenso, aunque era obvio que trataba de permitir que me acercara al bebé en esta visita, y se lo agradecía—. Luego decide con cuál quiere jugar.

—Supongo que es bueno ver todas las opciones que tienes delante antes de elegir una. —Me volví hacia Preston con una sonrisa, pero él parpadeó y apartó la mirada.

—Sí. —Se llevó la mano a la nuca y se la frotó. De repente, el momento se volvió extrañamente incómodo. Supuse que era demasiado pronto para sentirnos relajados.

—Puedo quedarme con él... Es decir, si tienes otras cosas que hacer.

—No, está bien así.

Nos quedamos en silencio durante diez minutos, simplemente viendo jugar a nuestro hijo; luego Preston se levantó.

—Es casi la hora de que tome un tentempié de media mañana. Así que vamos a tener que poner fin a la visita.

—Ah... —Me vi atravesada a por una corriente de sorpresa y decepción ante lo que era, obviamente, una despedida. Y una muy repentina. Yo esperaba tener algo más de esto. Pero seguía sintiéndome agradecida por este momento, así que no pensaba presionarlo. No me había ganado ese derecho.

—Podría venir a cuidarlo mañana si tienes que trabajar. Quizá podríamos hablar después, en la cena. —Contuve el aliento.

—He contratado a una chica para que se ocupe de Hudson mientras yo estoy trabajando.

—Ah... No lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo? —Las palabras fueron duras, y adiviné un reproche en ellas.

«Preston me odia».

Solté un suspiro, decidiendo dejar todo eso a un lado de momento. «No quiero

saberlo». No tenía ni idea de lo que había ocurrido en esta casa desde que me fui. Sin embargo, quería enterarme de todo. Quería saber si Preston estaba mejor, si ya se permitía mencionar a Cole, si por la noche todavía se oían los sonidos amortiguados de las lágrimas. Me había sorprendido que estuviera en el *diner* cenando la otra noche, y me pregunté si ahora saldría, después de haberse pasado un año casi encerrado en casa.

—¿Me avisarás cuando estés preparado para hablar conmigo?

Noté que tensaba la mandíbula, pero asintió.

—¿Cómo puedo ponerte en contacto contigo?

—Oh, tendré que llamarte yo. O puedes dejarme aviso en el teléfono fijo de mi madre.

Se me quedó mirando durante un momento, y vi que alguna emoción se deslizaba por debajo de aquella fachada neutra que mantenía en su cara, aunque fue por tan poco tiempo que no pude adivinar qué era. Soltó un suspiro.

—Tu móvil está en el dormitorio. Te lo traeré.

—¿Has seguido pagando la cuenta de mi teléfono?

Se pasó una mano por el pelo.

—Sí. Aunque no sé por qué —murmuró casi para sí mismo.

Hudson se arrastró hacia Preston, mirándome a mí al pasar con aquella sonrisa de cuatro dientes.

—*Dada...* —dijo, y contuve el aliento al oír aquello, al escuchar su dulce voz. Para mí era su primera palabra, porque era la única que le había oído, y tuve que reprimirme para mantener las lágrimas a raya.

Si Preston notó mi emoción, no hizo ningún comentario al respecto. Se inclinó y cogió a su hijo en brazos con facilidad, apoyádoselo en la cintura.

—¿Qué pasa, colega? ¿Tienes hambre?

Hudson balbuceó algo que no pude entender.

—Vale, te daré un poco de zumo de manzana —murmuró Preston, haciendo que volviera a emocionarme. No sabía si el sonido que había emitido Hudson indicaba que quería zumo o si Preston lo había adivinado por la hora que era. Lo que entendía era que mi hijo hacía al menos algunos gestos y balbuceos de bebé que Preston entendía, y que me gustaría poder compartir ese conocimiento.

Pero ahora sabía que bebía zumo de manzana. Me pregunté qué más le gustaría. Me pregunté qué le daría Preston como tentempié, y también para comer y cenar, y casi me sentí desesperada por saber lo que le gustaba más, cuáles eran sus alimentos favoritos. ¿Le gustaban las frutas y verduras? Por supuesto. Preston se habría asegurado de ello.

Fuimos hasta el vestíbulo y Preston se volvió hacia las escaleras mientras me decía que regresaría enseguida. Esperé ante la puerta, con los dedos entrelazados delante de mí, sintiéndome triste y torpe, deseando poder estar más tiempo con Hudson, pero sabiendo que no tenía poder para negociar. Estaba a merced de Preston porque mis propias acciones me habían puesto en esa posición.

Volvió a bajar las escaleras con Hudson todavía en brazos y me tendió el móvil que me había comprado cuando fui a vivir con él. Cuando lo cogí, nuestros dedos se rozaron. Él apartó la mano y yo parpadeé. Parecía tenso, enfadado, y me pregunté si era por el teléfono o porque todavía existía una chispa entre nosotros. Después de lo que había hecho, los dos sabíamos que no podía ser nada más. Me sentía demasiado abrumada emocionalmente por la visita a Hudson para pensar en eso.

—Gracias —murmuré—. Pagaré la factura en cuanto consiga un trabajo. —Le pagaría también los meses que lo había abonado mientras yo no estaba, pero ya hablaríamos de eso cuando estuviéramos los dos solos, sin el bebé. Tendría que arreglármelas también para pagarle la renta de mi madre. Suspiré para mis adentros; había esperado que pudiéramos hablar hoy de todas esas cosas, pero, al parecer, Preston no estaba listo para eso.

Supuse que podía dedicar el resto del día a buscar trabajo. El primer sitio en el que pararía sería el IHOP; siempre andaban escasos de camareras. Era de esperar que también ahora necesitaran una y me ofrecieran mi antiguo empleo.

—Estaremos en contacto. Podemos quedar después de que averigüe... lo que es mejor para Hudson.

«Lo que es mejor para Hudson». No estaba segura de lo que eso significaba para Preston, pero sabía que teníamos que hablar. Quería hacerlo tanto como él. «Necesito volver a estar cerca de mi hijo».

—Sí. Por favor. —Miré a Hudson—. Por favor, llámame pronto. —Parecía que estaba suplicándoselo, y eso me hizo sentir vergüenza, por lo que me aclaré la garganta y agarré con fuerza la pequeña mano de Hudson—. Adiós, ni niño. Pronto nos volveremos a ver. Mamá...

—Adiós, Lia —me interrumpió Preston.

Levanté la mirada hacia la suya y noté que me observaba con recelo. Me había cortado antes de que pudiera referirme a mí misma como «mamá». Noté una opresión en el pecho, pero conseguí esbozar una sonrisa temblorosa.

—Adiós.

Me di media vuelta y abrí la puerta de la casa para salir. Oí cómo se cerraba a mi espalda antes de acercarme lo más rápido posible al coche; necesitaba

alejarme de allí a toda velocidad para haber recorrido al menos la mitad del camino antes de que se me empezaran a caer las lágrimas.

**PRESTON**

Hudson cogió un ravioli y se lo metió en la boca para empezar a masticarlo con expresión de felicidad. Luego llamó mi atención, sonriente. Le devolví la sonrisa, pero el corazón me seguía latiendo acelerado dentro del pecho, y me sentía como si no pudiera aspirar suficiente aire desde que Lia había atravesado la puerta.

No estaba preparado para las emociones que asomaron a su cara mientras miraba a nuestro hijo: amor en bruto. Su flagrante e impotente dolor me revolvió las entrañas. El anhelo con el que había mirado a Hudson me había irritado y confundido. Me había dejado una cosa muy clara: que no se había marchado porque no amara a Hudson; me había dejado porque no me quería a mí.

Solté un suspiro tembloroso al tiempo que me pasaba la mano por el pelo. «¡Dios!». Sabía que no le había facilitado las cosas, pero largarse de esa forma, sin una nota, sin una palabra, sin nada... ¿No se había dado cuenta de lo que eso me provocaría después de perder a mi padre y a mi hermano? ¿Que apenas lo podría soportar? ¿Por qué no había sabido que perderla desgarraría la última parte de mi roto corazón?

Había querido coger a Hudson en brazos. Sus manos se habían movido hacia él, pero las había apretado contra sus caderas como si necesitara aferrarse a algo para no ir hacia su hijo. Yo tampoco le había facilitado la situación ofreciéndoselo; evidentemente, no me había sentido lo bastante seguro para pedirle que sostuviera a su propio bebé. ¿Quién lo habría estado en mi lugar? Por lo que nos habíamos quedado mirando con torpeza a la criatura que habíamos concebido en un momento de lujuria y amor, cuando habíamos atravesado el vestíbulo frenéticos, para perder el control por completo encima de la mesa de la cocina.

Mi cuerpo todavía respondía con deseo cuando pensaba en esa noche. Mi corazón seguía roto por la tragedia, el dolor, las lágrimas y el silencio que siguió. Y, sin embargo, a pesar de la incesante tristeza, había llegado ese momento lleno de alegría cuando el dulce y agudo gemido de mi hijo recién nacido había

atravesado mi desesperación, aunque solo fuera por un momento.

Miré a Hudson, que había vertido la comida en la bandeja y la removía con una sonrisa, tan feliz. Se había puesto perdido, y tenía que sacarlo de la trona para lavarlo, pero él estaba entretenido jugando con la comida y yo necesitaba ese tiempo para reflexionar y recuperarme.

Aparté la vista de él y miré por la ventana. Lo más irónico —y no había nada remotamente divertido ello— era que Lia había sido el catalizador que me trajo de vuelta desde el infierno en el que me había tambaleado.

Y esa noche había llegado finalmente la lluvia... La forma en la que Lia me había abrazado..., sus tiernos gemidos...

Solté una áspera queja cuando aquel recuerdo me atravesó como un zumbido, haciéndome vibrar y trayendo consigo una aguda punzada de anhelo que había intentado negar con todas mis fuerzas. Dios, todavía me dolía. No solo físicamente, sino en aquellos lugares sagrados de mi corazón que siempre habían estado reservados para ella y nadie más. Nunca había habido nadie más para mí.

Juré en voz baja, y Hudson se detuvo un momento en la realización de su comestible obra de arte en la bandeja de la trona para sonreírme y repetir con orgullo «¡joer!» antes de volver a revolver el tomate. Me habría reído para mis adentros y me habría recriminado por haber soltado eso delante del bebé si no me sintiera tan desgarrado por la visita de Lia.

«¡Joer!», sin duda.

Pensé inmediatamente en Lia, y en las noches lluviosas y llenas de pasión, y en que luego desperté por la mañana y ella no estaba por ningún lado. Y por primera vez en poco más de un año, había sentido fuego dentro de mí y había recuperado mis fuerzas, había conocido una repentina y salvaje necesidad de luchar por recuperar mi vida. De luchar para comenzar una vida con Lia, porque las circunstancias nos habían negado hasta entonces cualquier otro inicio. Quería casarme con ella, si Lia quería, ser por fin una familia ahora que podía respirar. Incluso más.

Por eso la había buscado sin descanso, incluso había llegado a contratar a un detective privado. Pero según fueron pasando los meses, mi amargura se hizo más intensa, y me vi envuelto otra vez en un profundo dolor.

Recordé aquellas palabras que me había dicho hacía tanto tiempo.

«Algún día me voy a marchar de aquí, pero una parte de mi corazón se quedará... contigo».

Había tocado el cristal que me había entregado muchas veces, preguntándome qué era lo que había querido decir. Ella se había marchado, sí, sin dejarme

siquiera una forma de ponerme en contacto con ella. Sin embargo, había dejado mucho más que una parte de su corazón. Y me había dejado destrozado. Solo sentía un dolor profundo. Y en ese estado seguía a la hora de la cena, sentado solo ante la mesa de la cocina.

No era de extrañar que no hubiera encontrado ni rastro de ella. Se había ido a Texas. ¡Maldita fuera! ¿Es que no era consciente de todos los horrores que podía haber sufrido si aquel coche se le hubiera estropeado en un rincón oscuro de algún camino sin llevar encima ni siquiera un móvil? Me sorprendía que aquel destartado cacharro suyo hubiera llegado a la frontera del estado de California, ya no hablar de recorrer medio país y volver. Por no pensar en que no tenía ni idea de en qué tipo de situación se encontraría cuando llegara a casa de su tía. Una tía que yo no sabía que existía. Pero no era sorprendente que no hubiera oído hablar de ella, ¿verdad? Lia siempre había sido condenadamente reservada con respecto a ella misma.

Sin embargo, saber que había estado con su familia me proporcionaba cierto alivio. Durante un tiempo me había preguntado si habría conocido a otro hombre y había huido con él, pero ¿cuándo hubiera podido conocer a alguien? Entonces me había empezado a preocupar que le hubiera ocurrido algo horrible. Al recordar el tormento que había experimentado preguntándome dónde estaba, una ira impotente me atravesó y volví a respirar hondo, tratando de recuperar el control. ¡Dios!, había querido interrogarla más, insistirle y obligarla a explicarme cuáles eran sus intenciones. Sin embargo, cuando la vi mirando a nuestro hijo con aquel amor desgarrador en sus hermosos ojos mientras me contaba el peligro al que se había expuesto al alejarse de mí, la necesidad de conocer aquellas respuestas se había volatilizado como una voluta de humo.

Noté que se me agitaban las entrañas.

En ese momento oí que se abría la puerta. Al instante me llegó el saludo de mi madre antes de que ella entrara en la cocina.

—Hola, mamá.

—¿Se ha marchado?

—Sí, se ha marchado.

La vi apretar los labios con desdén. Su repentina ira no me gustó, y me hizo sentir vulnerable. Incluso después de todo lo que había ocurrido, todavía tenía aquella reacción instintiva, que salía del fondo de mi corazón, de defender a Lia.

—Bueno, gracias a Dios. Y, ¿cómo está mi pequeño angelito? ¿Como está el niño favorito de la abuela? —canturreó para Hudson, acercándose a él. Nunca había aceptado a Lia, pero estaba encantada con Hudson. Y aunque nunca lo

habíamos dicho, la personalidad de Hudson era tan parecida a la de Cole que nos había sanado a los dos.

A veces me recordaba tanto a mi hermano que era a la vez una alegría y un pinchazo en la dolorosa herida que siempre me acompañaría. Pero luego veía en sus ojos que era como Lia, no solo por el color y la forma de aquellos, sino por la tierna indefensión siempre presente en su atenta mirada, y una oleada de amor me atravesaba con tanta fuerza que casi tenía que sentarme para no caer. Porque a pesar de todo, a pesar de cómo empezó y de cómo terminó, el bebé que tenía delante era el fruto del incesante amor que albergaba mi corazón desde que tenía nueve años.

—¡Maldita sea! —murmuré, empujando hacia atrás la silla en la que estaba sentado para ponerme de pie. Mi madre, que estaba inclinada sobre Hudson, se enderezó también.

—Dios mío, ¿qué ocurre?

—Tengo que ir a trabajar. ¿Crees que podrías quedarte con él un rato?

—Vale, de acuerdo. Aunque también podrías llamar a Tracie.

—No, es su día libre. No quiero molestarla.

Mi madre se movió.

—Preston...

—¿Qué pasa?

—Bueno, no quiero meterme a casamentera, pero ¿no se te ha ocurrido pedirle a Tracie que salga contigo?

Fruncí el ceño.

—¿Que salga conmigo?

—Sé que me vas a decir que no necesitas más complicaciones en este momento, pero he estado pensando en ello, y una chica guapa como Tracie, que se porta tan bien con Hudson y, bueno..., es evidente que se siente atraída por ti. ¿No te parece que tiene sentido? Podría ser una buena manera de olvidarte de Lia. Sé que todavía sientes algo por ella, y eso no le va a hacer bien a nadie. Así que una chica dulce como Tracie podría ser justo lo que necesitas. Justo lo que necesita Hudson.

Miré a mi madre mientras consideraba sus palabras. Había contratado a Tracie unos semanas después de que Lia desapareciera. Mi madre estaba dispuesta a cuidar a Hudson a ratos, pero no a tiempo completo mientras yo trabajaba, por lo que necesitaba a alguien que se ocupara de él. Tracie había llegado recomendada por unos amigos que tenía mi madre en el pueblo, ya que había trabajado para ellos hasta que sus hijos fueron al colegio. Tracie era dulce y guapa, pero jamás

había pensado en ella de esa manera. Y nunca había notado ninguna señal de que ella hubiera tenido esa clase de ideas románticas conmigo.

—Tracie es una adolescente, mamá.

—Tiene diecinueve años. Solo le llevas cinco.

Tenía la misma edad que Lia cuando la dejé embarazada. Miré de forma inconsciente la mesa de la cocina e hice una mueca de dolor al tiempo que me frotaba la nuca.

—No tengo tiempo para salir con nadie, y necesito a Tracie para que cuide de Hudson. —No podía arriesgarme a que todo saliera mal y la perdiera como niñera. Hudson la quería, era tierna pero firme con él, y me gustaba su actitud tolerante. Además, ni siquiera quería salir con ella. Así que ¿por qué estábamos teniendo esta conversación?—. Mamá, gracias por pensar en mí, pero no. —Besé a Hudson en la coronilla y me di la vuelta para dirigirme a la puerta trasera.

—¿Se te ha ocurrido que Lia podría haber vuelto para llevarse a Hudson?

Me detuve, pero no me volví hacia ella. ¿Se refería a secuestrarlo? ¿A desaparecer con él? Me bajó un escalofrío por la espalda, un pánico repentino me atravesó y recordé lo que había sentido al descubrir que Lia se había marchado sin decir una palabra. ¿Cómo me habría sentido si no se hubiera marchado sola, si se hubiera llevado a mi hijo con ella?

—Ella no haría eso. —Mi voz era tranquila y firme como el acero, aunque ni siquiera yo mismo me creía mis palabras. La confianza que tenía en Lia había sido irremisiblemente dañada.

Sin esperar ninguna respuesta de mi madre, abrí la puerta trasera y salí bajo la suave calidez del sol de primavera. Vi agitarse las cabezas de los trabajadores en los campos distantes, moviéndose entre las hileras para recoger la fruta madura. Fresas. Había oído que la llamaban «*la fruta del diablo*», y entendía por qué. Era un trabajo duro y agotador que debía hacerse a mano, y la fruta debía ser envasada en recipientes de plástico cuando se recogía. Embalarla podía casi considerarse hacer un rompecabezas contrarreloj. Eran necesarias habilidad y práctica para conseguir que encajaran a la perfección, con la parte más carnosa de las fresas en la parte superior, ya que era preferible eso y no que se vieran demasiados tallos en la sección de frutería del supermercado.

Me acerqué al borde de las tierras de cultivo y las contemplé durante un minuto antes de agacharme para coger un puñado de tierra. Me gustaba sentir el contacto con ella, dejar que se deslizara entre mis dedos mientras veía la abundante cosecha que se extendía ante mí.

El orgullo que sentía era tan profundo como las raíces de todo lo que allí

crecía. Muchas generaciones de Sawyer habían alimentado esta tierra con su sangre, su sudor y sus lágrimas, volviendo al final del día a la misma casa que yo, sucios y quemados por el sol, pero satisfechos después de luchar contra la tierra y obtener la recompensa.

Entonces se habían lavado la suciedad de debajo de las uñas, las manos ásperas y callosas por el intenso trabajo físico, con la piel reseca, pero resistente. Había sido hombres acostumbrados a la dureza, a desbrozar la tierra, a sentir el implacable calor del sol sobre el cuello; por eso, cuando se habían deslizado entre las sábanas para reunirse con sus esposas, se habían recreado en la limpia suavidad del cuerpo de una mujer y en la ternura de su amor.

Ese conocimiento fluía por mi sangre como un antiguo recuerdo que me hablaba de sensaciones en lugar de palabras.

Eso era lo que había querido que fuera Lia para mí, un refugio apacible. Lo había deseado desesperadamente y, sin embargo, la había rechazado una y otra vez. La había alejado en lugar de abrazarla, creyendo en parte que mi castigo debía incluir negarme a mí mismo el consuelo que ella podía proporcionarme. Pero así..., al castigarme a mí mismo, ¿no nos había castigado a los dos? Lia había querido a Cole, pero también me había amado a mí. Suspiré, abrumado por la tristeza, por las oportunidades perdidas y por las consecuencias de mis malas decisiones.

Una amargura que se negaba a disminuir.

Me centré de nuevo en los trabajadores que veía en el campo. Por lo menos había sido un buen año y la granja obtendría beneficios esta temporada, aunque no muchos, después de dos años de sequía y dificultades. Y éramos de los pocos afortunados, ya que muchas granjas de la región no habían sido capaces de sobrevivir y ahora no eran más que casas abandonadas, terrenos vacíos y estériles propiedad del banco.

Entorné los ojos para mirar más allá de los cultivos, donde acababa de finalizar el desarrollo de un lago artificial en el extremo sur de la propiedad, asegurando de esa manera que si llegara una nueva sequía, tendríamos acumulada suficiente agua de lluvia y de escorrentía que utilizar en los campos. Mi padre había hablado durante años de ello, y yo, por fin, lo había hecho realidad. En este momento no era mucho más que un hoyo grande revestido de arcilla, pero con el tiempo, si Dios quería, estaría lleno hasta arriba con lo que un agricultor consideraba más valioso que el oro: agua.

El año siguiente a la muerte de mi padre y mi hermano, había trabajado hasta la extenuación solo para mantener la granja en funcionamiento y para construir

el depósito de agua. La mayoría de los días caía en la cama y me quedaba prácticamente inconsciente antes de tocar la almohada.

Y, sin embargo, me había sentido aliviado de tener un trabajo capaz de adormecerme la mente para mantener la angustia a raya. Me había venido bien estar en los campos, había encontrado consuelo en ellos, como si allí pudiera encontrar a Cole. Mi corazón había insistido en que allí estaba su espíritu, entre las hileras de fresas, con su risa flotando en el viento y el eco de sus pies golpeando la tierra. Ojalá hubiera podido capturar su alegría por un fugaz momento, solo uno, era lo único que pedía.

Para ser totalmente sincero, no estaba seguro de qué habría hecho todo ese tiempo si no hubiera tenido la granja para mantener la cordura.

¿Como había superado Lia esa horrible época? También había perdido un amigo, uno de sus únicos amigos. Y luego se había convertido en madre. Su vida se había visto alterada de forma dramática y para siempre.

Me quedé inmóvil cuando aquel pensamiento me provocó una punzada de culpa y dolor en el corazón. Ni siquiera se me había ocurrido preguntarle cómo se las había arreglado ella. Había estado tan concentrado en mi propio tormento, en la agri dulce realidad de cómo lograría sobrevivir a la profunda carga de dolor que me ahogaba, de cómo asumir la horrible pérdida de una parte de mí mismo, que no había tenido la presencia de ánimo suficiente para centrarme en nadie que no fuera yo.

Ver la forma en que el cuerpo de Lia se redondeaba con mi hijo me había provocado un zumbido de alegría en las venas, pero, sobre todo, era un cruel recordatorio de que lo que yo había hecho era la causa de la muerte de Cole.

«Mis decisiones y acciones han cambiado muchas vidas».

Desde que Lia se había marchado, me había movido entre el terror y el dolor y, finalmente, la ira y la amargura, pero nunca se me había ocurrido la idea de que ella también podría haberme necesitado. Quizá eso también le había hecho daño.

¿Habría tenido algo que entregarle si me hubiera dado cuenta antes? ¿O simplemente me habría hecho sentir más culpable, más responsable del sufrimiento de otra persona?

¿Importaría siquiera? ¿Sería necesario simplemente que todo hubiera ocurrido como sucedió, empujándonos a un punto donde no había vuelta atrás? Entonces, ¿a dónde debía llegar ahora para que ocurriera lo que debiera?

Y quizá mi madre tenía razón. Si no me fijara en la situación que tenía con Lia, si era agua pasada, tal vez entonces pudiera centrarme en algo sencillo, puro y simple que me ayudara a tener un poco de control sobre el dolor interminable

que asolaba mi corazón siempre que pensaba en Lia

Juré por lo bajo, allí quieto. No tenía respuestas a todas esas preguntas en este momento, por lo que me dedicaría a hacer lo que mejor se me daba: perderme en el trabajo físico hasta que estuviera demasiado exhausto para pensar. Me di cuenta de que era un vicio, pero todo el mundo necesitaba tener al menos uno.

**ANNALIA**

El olor a tortitas y beicon me trasladó con rapidez a un tiempo más sencillo, y sonreí levemente mientras cerraba la puerta del IHOP a mi espalda. Era curioso que pensara que los años que había vivido en el pequeño apartamento con mi madre, escatimando y ahorrando cada centavo, eran la época fácil de mi vida. Sin embargo, comparándolos con lo que había ocurrido después, lo habían sido. Al final había resultado que desesperarse por mantener el equilibrio económico era mucho más fácil y agradable que la desesperación emocional.

Le sonreí a la camarera que me recibió —una chica nueva que no conocía—, y le pregunté si Ron estaba disponible. Ron había sido el gerente del turno de mañana cuando trabajaba allí hacía poco más de un año, y esperaba que siguiera siéndolo. Nunca habíamos sido amigos, pero era un hombre eficiente y justo, y siempre había tratado bien a sus subordinados. Había renunciado a mi puesto antes de tener a Hudson, pero cuando me fui teníamos buena relación.

—Está en la trastienda, voy a avisarlo. ¿Quién le digo que quiere verlo?

—Sí, gracias. Soy Annalia, antes trabajaba aquí.

La chica asintió moviendo la cabeza y se dirigió a la parte posterior del restaurante. Había ido a la hora de menos trabajo para asegurarme de que el gerente tenía tiempo para recibirme.

Mientras esperaba, eché un vistazo a mi alrededor. Todo estaba exactamente igual, y sentí una especie de consuelo al estar aquí. Me había preocupado que me doliera volver, pero no era así, y lo agradecía. Algo que hubiera tenido que soportar con independencia de lo que sintiera. Necesitaba trabajar porque necesitaba el dinero. Era así de simple.

Había vuelto a lo que ahora consideraba el apartamento de mi madre la noche pasada y le había preguntado si podía quedarme con ella. Casi había parecido feliz de verme, lo que había sido una pequeña bendición, teniendo en cuenta la forma en la que nos habíamos separado. La había dejado de lado durante seis meses y, sinceramente, esperaba un recibimiento amargo y brusco. Ella no me había hecho ninguna pregunta; aunque sentí que quería interrogarme, se había

contenido. Se había mostrado civilizada, y eso me había hecho sentir aliviada. Esperaba que me preguntara en algún momento sobre su hermana. Esperaba que lo hiciera.

Preston había continuado pagando el alquiler de mi madre, como yo había supuesto que haría. Preston podía ser muchas cosas, pero entre ellas no se encontraba ser cruel o vengativo, y por eso había dejado en sus manos el acuerdo financiero al que habíamos llegado sobre mi madre cuando me mudé a la casa en la granja con él y su madre. Entonces estaba de casi cinco meses.

Pero lo que no esperaba era que siguiera pagando las facturas de mi madre ahora que yo había vuelto, y también me sentía obligada a reembolsarle el apoyo que le había prestado mientras yo estaba fuera.

—¿Annalia?

La voz me arrancó de mis pensamientos y me di la vuelta justo a tiempo para ver que Ron se acercaba hacia mí. Sonreí mientras daba un paso hacia él.

—Hola, Ron. ¿Qué tal te va?

Lo noté vacilante cuando le tendí la mano y me la estrechó.

—Bien. No sabía que habías vuelto al pueblo.

Vacilé y mi sonrisa desapareció momentáneamente al oír sus palabras, ya que dejaba claro que sí sabía que me había marchado del pueblo.

—Bueno, es que he regresado ayer mismo.

—Mmm... Mmm... —Me miró expectante, con evidente incomodidad. Clavé los ojos con nerviosismo en el mostrador donde dos mujeres cuchicheaban entre sí mientras me miraban por encima del hombro. Tragué saliva. ¿Cómo podía haberme olvidado de lo pequeño que era este pueblo? Todo el mundo se enteraba de todo lo que ocurría tarde o temprano. Había visto la evidencia en el *diner* dos días antes, y los rumores se estarían extendiendo por todas partes. Solo esperaba que hubiera alguna persona en Linmoor dispuesta a ofrecerme el beneficio de la duda.

Solo que, en este momento, no era solo una chica que había ido al instituto con chinches en la ropa. Ahora era la chica que había humillado públicamente a un Sawyer, y eso era un crimen por el que me colgarían en la plaza pública para tener la oportunidad de lanzar piedras contra mí, con la esperanza de hacerme sangrar.

Enderecé la espalda y miré a Ron a los ojos.

—Esperaba que tuvieras una vacante de camarera y que pudiera recuperar mi antiguo trabajo. —Puse en mi sonrisa y mis palabras todas mis esperanzas mientras aguardaba su respuesta.

Se movió sobre los pies, mirando fijamente a las dos señoras sentadas en la barra. Me pareció reconocer a una de ellas, una amiga de la señora Sawyer que había aparecido con un regalo el día que volví a casa desde el hospital con Hudson, aunque no podía estar segura. Sentía una inmensa tristeza en mi interior al pensar en aquel momento que recordaba como algo muy borroso.

—Lo siento, Annalia, pero no hay vacantes en este momento.

Me dio un vuelco el corazón.

—Oh... He pensado que sí porque he visto un anuncio en el periódico. Por eso he venido aquí antes que a cualquier otro sitio. Tenía la esperanza de que recordaras lo bien que trabajaba. Una vez me llegaste a decir que era la mejor camarera que tenías. —Sonreí de nuevo, tratando de aprovechar el mutuo respeto empleado-gerente que nos habíamos tenido. En realidad no había visto ningún anuncio, no me había tomado la molestia de mirarlo, pero el IHOP tenía mucha clientela y siempre había puesto anuncios en el periódico durante los últimos años, así que basé mis planes en esa pequeña mentira.

Noté más color en sus pómulos y supe que había acertado con respecto al anuncio. También sabía que estaba avergonzándolo a él y a mí misma, pero necesitaba ese trabajo. Había estado segura de que si podía conseguir un empleo con rapidez en algún sitio, sería aquí.

—Ya hemos contratado a alguien. —Suspiró—. Lo lamento. —Vi que apretaba los dientes y fui consciente, por mi experiencia trabajando con él, que no iba a cambiar de opinión.

Suspiré también, al tiempo que asentía con la cabeza.

—Bueno. Gracias de todas formas. —Estuve a punto de darle el número de mi móvil por si quedaba una vacante, pero tenía la sospecha de que estaba mintiéndome, y eso solo nos avergonzaría más a ambos.

Me di la vuelta y me fui hacia la puerta.

—¿Es cierto que abandonó a su propio hijo? —oí que susurraba a mi paso una de las clientas de la barra a otra.

—Sí —respondió la otra—. ¿Quién entiende a otras culturas?

Las palabras cayeron sobre mí, y el sonido de la puerta cuando se cerró fue como el colofón adicional de su rechazo. «¿Quién entiende a otras culturas?». ¿Habían pensado que había abandonado a Hudson porque mi origen mexicano había producido algunos vacíos morales en mi interior? Traté de sentirme indignada, pero solo fueron unos segundos antes de que mi furia desapareciera como un fuego apagado por la lluvia.

Me acerqué al coche y entré, aunque permanecí sentada detrás del volante, en

el aparcamiento, con la ventanilla bajada. Un movimiento fuera del coche me sorprendió y volví la cabeza alarmada.

—Lo siento, señora, no quería asustarla. —Era un hombre de origen mexicano con el rostro arrugado, aunque guapo y sonriente. Se quitó el sombrero que llevaba en la cabeza y se retiró el pelo negro de la cara.

—Ah, vale... Vale... —Me sentí en desventaja sentada en el coche mientras él estaba al otro lado de la ventanilla, pero dio un paso atrás y puso un poco de distancia entre él y el vehículo como si me hubiera leído la mente. Al instante me sentí más segura.

—No he podido evitar oírla por casualidad y sé que está buscando empleo. Mi familia es la propietaria de un restaurante en esta misma calle y estoy seguro de que necesitan una camarera más.

—Oh... Es que... ¿En serio?

Su sonrisa se hizo más grande.

—De hecho, me ha parecido cosa del destino que yo pasara por aquí y oyera la conversación.

—Sí... Gracias. —Incliné la cabeza para ver los restaurantes que había en las cercanías y que ya conocía—. ¿El Abuelo's<sup>5</sup>? —El Abuelo's. Había visto ese restaurante desde la calle, pero nunca había entrado. La esperanza creció en mi interior ante el repentino cambio de circunstancias.

—Sí. Ve por allí hoy y pregunta por Rosa. Dile que te envía Alejandro para ocupar el puesto de camarera. —Lo vi sonreír antes de quitarse el sombrero para volver a colocárselo en la cabeza y alejarse.

—¡Gracias! —grité, asomando la cabeza por la ventanilla.

Me lanzó una amplia sonrisa por encima del hombro y luego subió a una vieja camioneta aparcada a unos metros de mi coche. Lo miré hasta que salió del aparcamiento.

Vacilé durante un momento, intentando recuperar la calma. Había pasado de la esperanza a la decepción, de la decepción al enfado y la humillación y, por fin, de nuevo a la esperanza en un lapso de solo quince minutos, lo que era un tiiovivo de emociones incluso para mí.

Conduje el coche la corta distancia que me separaba del Abuelo's y aparqué delante, diciéndome a mí misma que no me ilusionara demasiado por la palabra de un extraño al que acababa de conocer.

Al abrir la puerta me recibieron el delicioso olor de carne a la parrilla y los suaves sonidos de música de mariachi que salía por los altavoces.

El espacio era amplio y estaba bien ventilado, de techo alto con vigas a la vista

y muchas ventanas, pero la decoración era pintoresca y de estilo mexicano, inspirada en colores vibrantes con grandes lámparas de araña y acabados de madera que daban una nota rústica y artesanal. También había un mural que ocupaba toda la pared. Traté de fijarme en los detalles de la pintura, pero estaba demasiado distraída.

—Hola. ¿Quiere uno? —dijo una joven sonriente que se acercó a mí sosteniendo un menú. A pesar de que hablaba inglés perfectamente, poseía un profundo acento español.

—Oh, no, gracias. He venido a ver a Rosa. ¿Puedes avisarla?

—Ah, sí... Un minuto. —Se alejó en dirección a unas puertas dobles y desapareció detrás de ellas. Me quedé esperando, atacada de los nervios. Después de un par de minutos, las puertas se abrieron de nuevo y apareció una mujer, que se acercó a mí con rapidez.

—Hola, soy Rosa. —Era una mujer guapa de origen mexicano, a la que calculé unos cuarenta años, que llevaba el pelo negro recogido en un moño a la altura de la nuca. Me miraba con los ojos muy abiertos por la curiosidad y poseía un cadencioso acento español.

Sonreí al tiempo que le tendía la mano. Tenía la esperanza de que no se hubiera dado cuenta de que temblaba un poco. Nunca se me había dado bien hacerme valer, y esta mañana lo había hecho ya una vez, pero con resultados horribles. La mano de Rosa era cálida y suave, igual que su sonrisa.

—Alejandro me ha dicho que le dijera que me envía para cubrir el puesto de camarera.

Por un segundo pareció confundida, pero luego volvió a sonreír.

—Ah..., Alejandro. —Su mirada se hizo más calculadora mientras me examinaba, y me obligué a no estremecerme bajo su evaluación—. Sí, tenemos una vacante de camarera. ¿Tienes alguna experiencia?

—Sí. He trabajado en el ИОП durante tres años. Podrían darle referencias sobre mí. —«Aunque no se las pediré a Ron».

Rosa volvió a sonreír.

—Las referencias que da Alejandro son más que suficientes para mí. Es mi marido y confío en él.

No me importaba decir una mentirijilla de vez en cuando, sobre todo cuando se trataba de conseguir un empleo que necesitaba de verdad, pero había algo en los amables ojos de la mujer y en la forma cariñosa en la que me trataba que me hacía ser reacia a todo lo que no fuera ser realmente sincera con ella.

—Bueno, ya veo... Pero Alejandro tampoco es que me conozca mucho. Solo

desde hace diez minutos.

Rosa se rio, un sonido dulce que me hizo sonreír, aunque estaba bastante confusa. Me puso la mano en el hombro.

—Eso también es suficiente. ¿Qué talla de camiseta usas?

—¿Qué talla? —pregunté, parpadeando.

—Para el uniforme.

Se me aceleró el corazón.

—Oh... Humm... La pequeña.

—Creo que tenemos algunas en la trastienda, así que no habrá necesidad de pedirla. Solo necesitas una tarjeta de identificación. ¿Cómo te llamas, querida?

—Annalia. Muchas gracias.

—De nada. ¿Cuándo puedes empezar?

—Ahora mismo. En cuanto usted quiera.

—¡Oh, todavía mejor! Bueno, ven conmigo. Te presentaré a María y ella te enseñará todo.

Me sentía como si me hubieran quitado cien kilos de encima. Tenía trabajo, y podía empezar a organizar de nuevo mi vida. Estaba cerca de Hudson y esperaba —y rezaba por ello— que Preston estuviera de acuerdo en elaborar un calendario para que pudiera ver regularmente a mi hijo.

No sabía qué dirección podía tomar nuestra relación, y ni siquiera sabía qué esperar en ese sentido. Habíamos llegado mucho más allá de lo que suponía que era el punto en el que habríamos sido capaces de salvar nuestra amistad y conseguir un equilibrio.

No pude reprimir el dolor y la amargura que seguían envolviéndome como una segunda piel, y sabía que Preston sentía lo mismo. Era consciente de que se había perdido en el dolor, lo que me parecía comprensible, pero lo que jamás había llegado a entender era por qué se había comportado como si me odiara. Una vez habíamos sido amigos. Y luego, aunque hubiera sido brevemente, amantes.

«Y una vez había soñado con mucho más».

Pero... Esto era un paso en la dirección correcta para conseguir lo que quería en mi vida, y en eso tenía que concentrarme en este momento si quería ser una buena madre para mi hijo.

## PRESTON

La puerta mosquitera crujió de manera familiar cuando la abrí al tiempo que me secaba el sudor de la frente con el antebrazo. El día era suave, pero la atmósfera en la cocina mal ventilada resultaba agobiante. Me dije por enésima vez que tenía que ampliar el sistema eléctrico para instalar aire acondicionado central. Sin embargo, todavía iba justo de dinero. Seguramente tardaría unos años en poder darme el lujo de hacer algo así.

—Pensaba que hoy iba a llover —comentó Tracie, lanzándome una sonrisa cuando entré en la cocina. Tenía en brazos a Hudson, que acababa de despertarse de la siesta. Él se aferraba a su manta favorita con el pulgar en la boca.

Respondí la sonrisa de Tracie antes de ir al cuarto de baño a lavarme las manos.

—Eso han dicho, pero no hay trazas de ello —repuse. Aunque, por otra parte, tampoco había visto ninguna señal la noche pasada y, aun así, había llovido.

Me incliné hacia delante y me eché un poco de agua fría en la nuca sudorosa, disfrutando de la sensación que provocaban las gotas de agua que se deslizaban hacia el cuello de la camisa. No me importaba, la tela absorbería el exceso.

Tendí los brazos hacia Hudson y Tracie me lo entregó con los ojos clavados en mi cuello. Notaba allí una gota, bajando por la piel, y vi que Tracie tragaba saliva antes de apartar la vista y darse la vuelta bruscamente.

Me quedé inmóvil, con Hudson en brazos. ¿Tendría razón mi madre? ¿Tracie se sentía atraída por mí? No lo había notado antes..., pero ¿era posible? Seguramente no. Había estado ensimismado en mi propio mundo durante mucho tiempo.

De repente me sentí incómodo, como si la atmósfera en la habitación hubiera cambiado y los dos lo supiéramos.

—Hola, colega —le dije a Hudson con suavidad, besándole el pelo, que olía a bebé, y centrándome en él con la esperanza de que eso hiciera desaparecer la extraña tensión que sentía de repente—. ¿Has dormido bien? ¿Tienes sed? Aquí hace mucho calor, ¿verdad? —Lo puse en la trona y coloqué la bandeja antes de

atarle el cinturón de seguridad. Luego le llené la taza con zumo de manzana y agua. Se la acerqué y él la cogió con su sonrisa de cuatro dientes antes de llevársela a la boca e inclinar la cabeza hacia atrás—. Buen chico —murmuré.

Tracie se había acercado a la encimera para calentar un plato de pasta. Me aparté de su camino cuando se aproximó a la trona de Hudson; ella se sentó a su lado y puso el plato en la bandeja. Él dejó el vaso de bebé encima de la superficie y ella le dio una cucharada de fideos.

—¿Está bueno? —canturreó ella, sonriendo con cariño.

Tracie era buena con Hudson y, sin duda, lo cuidaba bien. Había tenido suerte al dar con ella después de que Lia se marchara. Al pensar en Lia, noté una presión en el estómago, como siempre. ¡Dios Todopoderoso!, ¿alguna vez encontraría paz cuando su imagen apareciera en mi mente?

Suspiré mientras tomaba asiento al otro lado de la mesa. Me apoyé en los antebrazos para mirar cómo Tracie alimentaba a mi hijo.

Sin embargo, aún no había llamado a Lia, como le había dicho que haría. Todavía tenía que acostumbrarme a la idea de que ella había vuelto al pueblo. Era como si necesitara un par de días para orientarme, para recuperar la calma y tratar de dejar a un lado el resentimiento que había acumulado durante seis largos meses. A Hudson no le haría ningún bien que estuviéramos a la greña. Ella era su madre. Tendríamos que llegar a algún acuerdo. Pero era pensar en la idea de que ella volvería a formar parte de mi vida regularmente y sentir como si no pudiera respirar. Por mucho que hubiera intentado encontrarla, por mucho que agradeciera que estuviera bien por el bien de Hudson, no sabía cómo ordenar mis propios sentimientos al respecto. Habíamos llegado demasiado lejos para intentar arreglar las cosas entre nosotros, así que ¿cómo iba a soportar verla para llegar a regular una especie de acuerdo...? ¿Como amigos? ¿Como padres que se toleraban el uno al otro?

—He pedido la tarta para mañana —me dijo Tracie, mirándome de repente y arrancándome de la agitación que daba vueltas en mi cabeza. Cuando la estudié fijamente, ella inclinó la cabeza hacia un lado y me sonrió con ironía—. Te has olvidado de la fiesta de Hudson, ¿verdad?

¡Oh, Dios! Mañana era la primera fiesta de cumpleaños de Hudson y me había olvidado. ¡Joder!

—No, no lo he olvidado. Gracias por ocuparte de todo. No forma parte de tu trabajo. Te lo agradezco mucho.

Ella sonrió.

—Me alegro de hacer lo que sea necesario para celebrar el cumpleaños de este

niño. Además, me ha mantenido ocupada mientras él dormía la siesta. —Se volvió hacia Hudson y le dio una cucharada más mientras él balbuceaba feliz. Me tomé un segundo para mirarla con otros ojos. Era dulce y bonita, con el pelo rubio y ondulado y unos claros ojos azules. Una típica chica de granja. Había algo sencillo y simple en ella. Sus ojos no se nublaban con sueños privados ni curvaba los labios con pensamientos secretos, con expresiones que atormentan a un hombre por la necesidad de saber qué había detrás de ellos. No, Tracie era franca y sincera, dulce y cercana. No como Lia, que te decía que no le pasaba nada mientras se alejaba con una expresión herida y los ojos llenos de lágrimas. No como Lia, que huía en vez de apoyarte. Había corrido detrás de ella cada vez que se había alejado porque no había sabido cómo evitarlo, y no había más que mirar dónde había acabado yo. Dónde había acabado ella.

O quizá había sido yo el cobarde. Tal vez era yo quien tenía que haberla apoyado. «¡Maldita sea!». Me pasé los dedos por el pelo, tratando de sacar de mi mente aquel tormento. Ojalá bebiera... Si lo hiciera, podría haber pasado todo el año borracho como una cuba.

—¿Te encuentras bien, Preston?

—Sí, sí, lo siento. Estaba pensando en otra cosa.

Asintió moviendo la cabeza, sin mirarme.

—Camille me ha dicho que la madre de Hudson ha vuelto al pueblo — comentó, lanzándome una rápida mirada. Parecía un poco incómoda, como si se le hubiera ocurrido de pronto que quizá no debería sacar ese tema. Sin embargo, era la niñera de Hudson. Tenía derecho a conocer cualquier cosa que le afectara a él.

—Sí. Ha vuelto.

—Mmm... ¿Y eso es bueno o malo?

Suspiré.

—Todavía no estoy seguro. En realidad no hemos hablado.

—¿Vas a invitarla a la fiesta de cumpleaños de Hudson?

Dios, no lo había pensado, pero imaginé que debería hacerlo. Si no, sería una crueldad. No cabía la posibilidad de que ella no se acordara del cumpleaños de su propio hijo, así que sería horrible no avisarla. Y puede que me sintiera envuelto en un montón de emociones negativas con respecto a Lia, pero no iba a portarme tan mal con ella. Desde luego, podría no haberle dicho nada, pero no hubiera sido a propósito. Si Tracie no me lo hubiera recordado, me habría olvidado por completo. Bueno, le enviaría un mensaje de texto por la noche.

Tracie asintió antes de centrarse de nuevo en Hudson.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —me dijo mordiéndose el labio.

—Por supuesto.

Me miró de nuevo con rapidez, y noté que sus mejillas estaban algo sonrojadas. Aquel suave tono rosado hacía que sus ojos parecieran todavía más azules.

—¿Estáis tratando de arreglar las cosas entre vosotros?

¿Cómo podríamos hacer tal cosa? No era posible volver al punto donde habíamos dejado. El exceso de amargura, demasiada animosidad y mucha desconfianza eran un equipaje demasiado pesado.

—No.

Ella apartó la vista, aunque volvió a mirarme al instante con timidez mientras asentía moviendo la cabeza.

—Eso es... Es decir... —Se puso todavía más roja. Parecía... satisfecha. Odiaba que mis propias palabras me hubieran hecho sentir angustia y desesperanza, pero no sabía qué hacer con respecto a Lia. Nunca sabía qué hacer con ella.

—Tracie, ¿quieres ir a cenar conmigo esta noche?

Abrió un poco más los ojos, pero sonrió.

—¿A cenar?

—Sí... Es que yo... —Me pasé la mano por el pelo todavía empapado de sudor—. Solo ir a cenar. —Simple, sencillo... Quizá era justo lo que necesitaba. Quizá eso me ayudaría a encontrar algunas respuestas.

—Me encantaría. —«Ahí estaba su sonrisa». No era una sonrisa que conociera desde niño. No era la sonrisa que había amado de una forma desesperada con cada latido de mi corazón. No era la sonrisa que hiciera añicos mis defensas por completo. Pero era una dulce sonrisa. La sonrisa de Tracie.

El restaurante mexicano estaba lleno al ser viernes por la noche, y me pregunté si no debería haber hecho una reserva. Pero cuando entramos y le pregunté a la gerente si había una mesa para dos, ella sonrió y me dijo que la siguiera junto a la ventana.

Separé la silla para que Tracie se sentara y miré a mi alrededor. No había venido nunca antes, pero había pasado por delante con frecuencia, y me alegraba de que Tracie me lo hubiera sugerido. Poseía un encantador ambiente a Viejo Mundo que me hacía sentir cómodo, y la iluminación era lo suficientemente brillante para apreciar lo limpio que estaba todo sin resultar demasiado

estridente, por lo que te transmitía una agradable sensación de paz.

En la pared que había frente a la mesa había un mural de vívidos colores que representaba una imagen al aire libre en México. La ropa de las personas y la presencia de caballos indicaba que se trataba de una escena que se desarrollaba a principios del siglo xx. Me llamó la atención una pareja; la mujer estaba sentada en un muro con las piernas cruzadas recatadamente a la altura de los tobillos y se acercaba una flor a la nariz, mientras que el hombre apoyaba una rodilla en el suelo, delante de ella, mirándola con tanta adoración que me hizo contener la respiración durante un segundo. El artista que lo había pintado era bueno, lo sabía porque al mirarlo reconocí las emociones de aquel hombre: un feroz anhelo y necesidad por una mujer que estaba hecha para él. Yo había sentido eso también, y, por un segundo, sentí verdadera lástima por el joven del mural.

Tracie cogió el menú y me lanzó una tímida sonrisa que le devolví en el acto, sintiéndome un poco fuera de lugar en aquel momento. No se trataba de eso, pero lo cierto era que, a pesar de que había disfrutado de compañía femenina en la universidad, nunca me había interesado salir con nadie. Así que esta experiencia era nueva para mí.

—¿Estás tan nervioso como yo? —preguntó Tracie.

Levanté la vista del menú y vi que ella me miraba con timidez con las pestañas bajas.

—Lo cierto es que no he salido mucho —confesé, expresando con palabras lo que había pensado un momento antes.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Y la madre de Hudson?

Sentí que tenía la cara caliente y esperé que Tracie no se diera cuenta por lo bronceada que estaba mi piel después de trabajar bajo el sol todo el día. ¿Qué podía decirle? ¿Que Lia y yo no habíamos llegado a salir? ¿Que nuestro romance se limitaba a veinte minutos de pasión sobre la mesa de la cocina? Pero eso tampoco era cierto. Amaba a Lia desde que éramos niños.

—Ese es un tema complicado —murmuré.

Me estudió un rato antes de volver a clavar los ojos en su menú.

—¿Y tú? —pregunté, desesperado por cambiar de tema—. ¿Sales mucho?

Se encogió de hombros.

—A veces, con los amigos. Pero, bueno, es posible que te hayas dado cuenta de que Linmoor no posee exactamente una activa vida social.

Me reí, sintiendo que empezaba a animarme.

—Eso seguro.

Ella sonrió y revisó de nuevo su menú.

—Dios mío... Todo tiene muy buena pinta. ¿Qué vas a pedir?

Miré mi carta durante un segundo y, cuando levanté la vista, vi a la camarera que servía a los clientes de la mesa que había frente a nosotros. Contuve la respiración con el ceño fruncido. Conocía esa figura delgada, esa espalda, esas curvas...

«¡Oh, Dios Todopoderoso!».

Era Lia.

Se dio la vuelta en ese momento y sus ojos se enredaron con los míos mientras palidecía. Por un momento, el mundo se detuvo, y solo existimos nosotros dos. Era lo mismo que había sentido unos días antes, cuando entró en el *diner* y me vio en el fondo. Solo que entonces nos separaba la distancia suficiente para prepararme hasta que ella llegara hasta mí, para controlar mis emociones y tratar de calmar mi acelerado ritmo cardíaco. Ahora la tenía a tres pasos.

Apartó la vista con rapidez, como si estuviera buscando una vía de escape o comprobando si había alguien cerca que pudiera hacerse cargo de nuestra mesa.

Luego se movió, enderezando la espalda, y se detuvo apenas un segundo antes de recorrer los pocos pasos que la llevaron hasta nuestra mesa. Nos brindó una tensa sonrisa.

—Hola, soy Annalia, y seré su camarera esta noche. ¿Habían estado antes en Abuelo's?

La miré fijamente durante un instante. ¿Iba a fingir que no nos conocíamos? Me pregunté la razón. ¿A quién estaba tratando de hacerle las cosas más fáciles?

—Lia... —suspiré. Me sentía como si alguien me hubiera agarrado, me hubiera dado una buena sacudida y cada parte de mi interior todavía no se hubiera asentado de nuevo en el lugar apropiado.

Tracie me miró y luego volvió los ojos hacia Lia, antes de observarme de nuevo. Apareció una mirada de comprensión en su rostro y palideció un poco, igual que Lia un segundo antes. Miró su menú como si allí pudiera encontrar algún tipo de protocolo sobre cómo actuar en una situación tan incómoda.

«Dios, ¿cuántas probabilidades había de que pasara esto?».

Lia soltó el aire con suavidad.

—Preston... —Entonces clavó los ojos en Tracie unos segundos, hasta que ella le devolvió la mirada.

—No sabía que trabajabas aquí.

—No, ya lo veo. —No lo dijo con malicia. Sin embargo, parecía resignada.

Miré la etiqueta con su nombre y me di cuenta de que estaba mal escrito, con

una sola ene. Me recorrió una corriente de ira, no por la falta de ortografía, sino por el hecho de que Annalia no hubiera dicho nada al respecto. No había protestado porque no quería ser una molestia. ¿Por qué eso me hacía sentir enfadado? No lo sabía, y estaba demasiado conmocionado para pensar más ello.

—Tenía la esperanza de que me llamaras esta semana —dijo Lia en voz baja, con los ojos clavados en Tracie, que volvía a estar concentrada en su menú.

Me aclaré la garganta.

—Era mi intención... mmm..., pero no he llegado a hacerlo. —Se esforzó en ocultar el dolor que asomó a sus ojos, pero no lo consiguió. Noté un nudo en la garganta y un hormigueo en la piel—. Por cierto, Annalia, te presento a Tracie. Es la chica que... er... cuida de Hudson mientras estoy trabajando.

—Oh... —El sonido que emitió Lia fue más un extraño gemido que una palabra con significado.

Tracie sonrió, transmitiendo lo que supuse que estaba sintiendo: cierta molestia pero seguramente también empatía ante la situación en la que nos encontrábamos todos.

—Encantada de conocerte, Tracie. Soy... Soy la madre de Hudson. Gracias por cuidarlo tan bien.

—Sí, lo he sabido por tu nombre —repuso Tracie en voz baja—. Y me encanta Hudson. Estoy contenta de cuidarlo.

—Sí —susurró Lia, y parecía tan destrozada que quise golpear a alguien. No estaba seguro de a quién, quizá a mí mismo. Quizá quería dejarme sin sentido.

—Lia —dije, haciendo que volviera a mirarme lentamente—. Me refería a que iba a llamarte para decirte que mañana habrá una pequeña fiesta de cumpleaños para Hudson, por si deseas asistir.

Parpadeó y luego abrió mucho esos magníficos ojos suyos con un profundo dolor. ¡Que Dios me ayudara! Quise cogerla entre mis brazos y consolarla, y eso me hacía hundirme en una angustia impotente. No quería sentirme de esa manera. Por eso exactamente le había pedido a Tracie que cenara conmigo, pero el destino me había llevado al ojo de la tormenta, cuando lo único que necesitaba era un poco de calma, un poco de paz. Necesitaba silencio en vez de aquellas turbulentas sensaciones, de aquellos remolinos que Lia siempre provocaba en mi interior.

—Ah..., por supuesto que iré. Sí. Gracias. ¿A qué hora?

«¿A qué hora?». No tenía ni idea. Miré a Tracie, y fue ella la que respondió a Lia con una sonrisa.

—De once a una.

Annalia asintió.

—De acuerdo. —Las notas de la música mariachi que sonaba en el local se aceleraron de nuevo y parecieron arrancar a Lia del círculo de incomodidad que se había creado entre nosotros tres en el restaurante—. Voy a por unos vasos de agua. ¿Queréis beber algo más? ¿Una margarita?

Miré a Tracie y ella negó con la cabeza. De todas formas, ni siquiera había cumplido los veintiuno, que era la edad mínima para que pudiera beber alcohol.

—Con el agua es suficiente —repuse.

Lia se dio la vuelta y se alejó, deteniéndose de camino en una de las mesas para preguntar si todo estaba bien.

Me volví hacia Tracie. Esperaba que la expresión de mi cara transmitiera el pesar que sentía en mi interior. No tenía intención de hacerle esto. Nunca le haría esto a sabiendas a nadie.

—Es muy guapa —comentó Tracie en voz baja—. Hudson tiene sus ojos.

Moví la cabeza, asintiendo.

—Sí. Es cierto. Tracie, lo siento mucho. Si hubiera sabido que trabaja aquí...

—Bueno, bueno... ¡Preston Sawyer! ¿Eres tú?

Sorprendido, levanté la mirada y vi a Alicia Bardua a unos metros de mí. Había una camarera detrás de ella, en el reservado donde Alicia y otra rubia estaban a punto de sentarse. La camarera le entregó los menús a la amiga de Alicia y les sonrió educadamente antes de marcharse.

—Alicia —la saludé con evidente tono de sorpresa. Me las arreglé para ocultar mi desagrado—. No sabía que habías vuelto a la ciudad.

—Oh, es solo temporalmente. Estoy aquí para la boda de mi hermana. —Se acercó a nuestra mesa y le brindó a Tracie una sonrisa petulante al tiempo que le tendía una mano de uñas largas y pintadas de rosa—. Hola, soy Alicia.

Tracie sonrió con cortesía y se la estrechó.

—Tracie.

Alicia me puso la mano en el hombro.

—Ya me he enterado de lo de Cole. Me sentí destrozada. Estaba tan angustiada que tuve que salir antes del trabajo. Me han contratado en Vera Wang, en Nueva York, por si no lo sabías —añadió.

No estaba seguro de a qué parte de sus palabras responder, pero prefería no hablar con ella sobre Cole.

—He oído que te va muy bien, Alicia. Mi madre se encuentra con tu padre frecuentemente en diferentes eventos sociales.

Alicia se pasó el pelo rubio pálido por encima del hombro, pavoneándose

durante un momento.

—Mi padre está muy orgulloso de mí. —Su padre la había echado a perder, pero Alicia era una persona que no me importaba lo más mínimo, y podía permitirme ser cordial con ella, así que asentí, ofreciéndole lo que esperaba que fuera una sonrisa sincera.

Me había dicho que me perdonaba por haber roto nuestra cita para el baile de graduación. Por supuesto, yo sabía que eso tenía más que ver con el hecho de que ella hubiera conseguido otra cita inmediatamente con el capitán del equipo de fútbol americano —al que consideraba mejor partido que yo— que con su repugnante comportamiento.

—También he oído por ahí que has tenido un hijo con esa chica que acostumbraba a perseguiros a Cole y a ti —continuó, con una sonrisa de simpatía fingida—. Y que luego ella se largó. Cuando lo supe no me sorprendió en absoluto, pero me alegra ver que no has dejado que eso te hunda. —Miró a Tracie con una sonrisa más grande.

Sentí un ramalazo de ira. Lia nunca nos había perseguido. Por el contrario, se había esforzado para evitarnos en público. Algo que en realidad me cabreaba.

—Gracias por saludar —dije lacónicamente con la esperanza de que comprendiera que estaba poniendo fin a la conversación.

Ella pareció quedarse un poco sorprendida, pero asintió y me devolvió la sonrisa.

—Que disfrutes de la cena. Espero que volvamos a vernos mientras esté aquí.

De repente, me pusieron un vaso de agua delante, y Alicia se echó a un lado. Miró a Lia y abrió tanto los ojos que me recordó a una lechuza conmocionada. Por un segundo, tuve que reprimir la risa.

—Esto tiene que ser una broma —dijo Alicia—. ¿Trabajas aquí?

Lia también abrió mucho los ojos al ver a Alicia, pero se recompuso con rapidez y asintió.

—Hola, Alicia.

Recordé en ese momento aquel día lejano en el que Alicia se había mostrado tan cruel con Lia en el instituto, y me envolvió una capa de tristeza. Por supuesto, Alicia había soltado peores insultos hacia Lia después de que esta huyera a la enfermería, pero yo jamás se los había repetido a ella. Ya había sufrido suficiente lidiando con lo que le había ocurrido.

Alicia miró por encima del hombro al lugar donde estaba sentada su amiga, esperándola, y sonrió.

—Mejor me voy. Ya nos veremos. —Se despidió de Tracie y luego de mí y

salvó la corta distancia que la separaba de su mesa.

—¿Ya sabéis qué queréis cenar? —preguntó Lia. Noté que le temblaba la voz. Solo Dios sabía cuántas veces la había hecho temblar. Una vez más, deseé poder abrazarla y consolarla.

—Yo sí —anunció Tracie—. ¿Y tú?

Ni siquiera me había fijado en lo que ofrecía el menú, pero en este momento solo quería cenar y salir corriendo de allí.

—Sí.

Tracie pidió su cena y yo señalé algo en el menú, esperando que fuera algo interesante. Lia dejó de tomar nota en la pequeña libreta de papel que sostenía.

—¿Quieres tomar *tripitas*<sup>6</sup>?

—Ah..., claro. ¿Qué es?

—Son intestinos de cerdo. Se consideran un manjar, pero... no te tenía por un *gourmet* aventurero.

«Intestinos de cerdo». Se me revolvió el estómago ante la idea de tomar aquello.

—Vale. Tráeme lo que creas que puede gustarme. —Cerré el menú y se lo entregué. Ella los cogió antes de alejarse.

Tracie y yo estuvimos hablando un rato. No quería que se sintiera incómoda. No creía que ninguno de los dos pensáramos que esta cita —si se podía definir así— pudiera considerarse buena. Solo esperaba que pudiéramos salir lo mejor parados posible, marcharnos de allí y... ¿qué? ¿Quería intentarlo en otro lugar? ¿Otra vez? Me sentía demasiado confuso en este momento para pensar. Debería haberle dicho que me trajera las *tripitas*. Si alguien se merecía comer vísceras de cerdo, era yo.

Empecé a decirle algo a Tracie, pero me distrajo un sonido: la petulante voz de Alicia a mi espalda. Cuando miré por encima del hombro, estaba hablando con un camarero y exigiendo la presencia del gerente. Menos de treinta segundos después, salió de la cocina una atractiva mujer con el pelo negro recogido en un moño, secándose las manos en el delantal, y se acercó a la mesa de Alicia.

—Me gustaría pedir una camarera diferente a la que me ha tocado.

—¿Ha habido algún problema, señora? —La voz de la mujer era educada pero firme. La gente de alrededor detuvo sus conversaciones, como si también estuvieran escuchando el intercambio entre Alicia y la dueña del local.

Alicia bajó la voz una octava, como si estuviera tratando de mantener una conversación privada, pero su tono era generalmente muy alto, y esta nueva voz, «más suave», se podía oír a cuatro mesas de distancia. En todas las direcciones,

como imaginaba.

—Esa chica acostumbraba a ir al instituto con la ropa llena de bichos —dijo, haciendo que me diera un vuelco el corazón—. No quiero que me sirva la comida.

Se me quedaron paralizados todos los músculos del cuerpo.

«Alicia, eres una maldita zorra».

Miré hacia atrás, notando que la mujer del pelo negro había cruzado los brazos sobre el pecho y parecía unos centímetros más alta que antes. No podía verle la cara, pero, por la mirada de Alicia, no se había acobardado ante ella, al menos por su postura o expresión.

Hubo una larga pausa, como si la mujer estuviera decidiendo qué responder.

—Le diré a Raúl que se ocupe de su mesa —repuso finalmente, con la voz entrecortada. No la conocía de nada, pero hubiera jurado que su tono encerraba una ira ardiente, reprimida a duras penas—. Espero que eso sea de su agrado.

—Me parece bien —dijo Alicia, que obviamente no había captado el tono de sarcástico desdén en la voz de la mujer. O quizá no le importaba.

«¡Hostia puta!».

Al alejarse la gerente, pasó junto a nuestra mesa, y sus ojos se clavaron en mí durante un instante.

Fruncí el ceño y miré a Tracie, que mostraba una expresión de dolor.

—Guau... Esa tal Alicia es una auténtica zorra, ¿verdad?

Solté un jadeo entrecortado.

—Siempre lo ha sido.

—¿Fuiste con ella al instituto?

—Sí, éramos amigos o algo así. —En realidad había llegado a salir con ella durante un tiempo, pero me daba vergüenza admitirlo.

—¿Qué...? ¿A qué se ha referido con lo de los bichos?

Solté el aire con rapidez.

—Eso... no fue culpa de Lia. —No pensaba contarle a Tracie esa historia. Estaba en el pasado, donde debía estar.

Asintió con la cabeza y luego me estudió con los labios apretados.

—Todavía estás enamorado de Annalia, ¿verdad? —Se inclinó sobre la mesa y me cubrió la mano con la suya—. Está bien, Preston. —Bajó la vista un momento—. Esperaba... Bueno, tenía la esperanza de que pudiera haber algo entre nosotros; no voy a negarlo. Pero después de veros juntos, sé que no puede ser. No lo tomes como algo personal. No creo que estés disponible para nadie. Solo para ella.

La miré durante un momento, preguntándome qué habría percibido exactamente, porque Annalia y yo apenas habíamos hablado. Desde mi punto de vista, había sido una escena rebuscada, dolorosa e incómoda.

Miré detrás de ella, al mural donde aparecía aquella pareja mexicana, y mis ojos se quedaron clavados en sus manos entrelazadas un instante antes de volver a Tracie. No, no sabía exactamente cómo sabía ella lo que yo sentía, pero no podía negarlo. No podía. Ni siquiera ante mí mismo.

—No —reconocí con un sonido que quería ser una risa pero que se quedó a medias, mientras cerraba brevemente los ojos—. No estoy disponible para nadie. —«Nunca lo he estado, en realidad; al menos desde que vi por primera vez los ojos de Lia, cuando era solo un niño». ¿Y para ella? No, tampoco lo estaba para ella, ni mucho menos. De hecho... No creía que ella me correspondiera, y no tenía ni la más remota idea de qué hacer con mis sentimientos—. Lo siento, Tracie. No era mi intención jugar contigo. Te respeto más de lo que puedo expresar, y no podría haber sobrevivido estos seis meses sin ti. —Solté el aire bruscamente—. Me gustaría que pudiéramos llegar a ser algo más.

Sonrió con ternura mientras me acariciaba la mano.

—Adoro a Hudson. Él es...

—Perdón —nos interrumpió Lia, y Tracie retiró la mano de encima de la mía, sobre la mesa. Yo también la quité para que Lia pudiera dejar los platos frente a nosotros—. ¿Queréis algo más?

Tracie me miró con tristeza, pero luego sonrió a Lia.

—No. Gracias, Annalia.

Miré a Lia al ver que Tracie movía la cabeza, y vi su expresión forzada. Luego se dio la vuelta para acercarse a una mesa próxima.

Esperaba sinceramente que la mujer a la que se había quejado Alicia no le hubiera dicho a Annalia la verdad sobre por qué atendería a aquella zorra otra persona. Vi por el rabillo del ojo que ella se ponía a retirar los platos de otros clientes, y me centré en mi comida.

Lia me había traído una especie de burrito, y me puse a cortarlo para probar un bocado de aquella mezcla de carne y vegetales. Estaba delicioso, y me sentí mal por comer con tanta rapidez, pero lo cierto era que solo quería terminar y poner fin a esta tortura.

—Si quieres, pedimos que nos pongan la comida para llevar —sugirió Tracie, mirándome mientras me metía un bocado demasiado grande en la boca.

La miré con ironía y arqueé las cejas.

—¿No te importa?

Soltó una risita.

—No. En realidad lo preferiría —dijo, lanzándome una sonrisa comprensiva—. Y creo que Annalia se merece trabajar sin sufrir la distracción que supone...

—Sus palabras se interrumpieron de repente, frunció el ceño y luego contuvo la respiración moviéndose como si estuviera a punto de levantarse de la silla. A mi espalda, oí un grito ahogado y el ruido de platos al romperse.

—Ha tropezado ella —oí que decía Alicia en tono de falsa sorpresa, sin mantener siquiera la discreción anterior.

Asomé la cabeza para encontrarme a Lia tirada en el suelo, sobre un montón de platos rotos y sobras de comida.

La adrenalina hizo rugir la sangre en mis venas, y salté del asiento. Un hombre corrió hacia mí y me puso la mano en el pecho.

—Por favor, señor, gracias, pero no es necesaria su ayuda. Yo me ocupo.

Se volvió tan rápido que casi me pareció un borrón. Me sorprendió ver que lanzaba un plato al suelo con afinada puntería.

—¡Óooooorale! —gritó por encima del alboroto del estropicio, y, recogiendo a Lia con un movimiento elegante, la inclinó hacia atrás. Ella soltó un chillido con los ojos muy abiertos, presa de lo que me pareció un conmocionado horror.

Mientras la incorporaba y le ofrecía apoyo con el brazo hasta que ella se mantuvo en equilibrio, se volvió hacia los clientes con una sonrisa.

—Nos encontrarán aquí todas las noches, amigos. No se olviden de que estamos encantados de atenderles.

Todos los clientes que había a nuestro alrededor se rieron y aplaudieron ante aquel numerito improvisado, que había transformado un momento humillante en otro ligero y divertido. Luego todo el mundo se concentró en su comida.

Un par de personas se precipitaron a limpiar aquel desastre, y el camarero que me había detenido —supuse que el tal Raúl— le dijo algo a Lia, que se encaminó con rapidez a la trastienda. Miré a Alicia; mostraba una sonrisa petulante en la cara mientras bebía con aire inocente una margarita.

Una furia roja me nubló la visión y me acerqué a su mesa. Puse las manos con un gesto pesado en el borde, lo que la sorprendió y la hizo inclinarse hacia delante.

—Quiero que te largues. Ahora mismo.

Alicia me miró boquiabierta antes de reírse.

—Y si no lo hago, ¿qué, Preston?

—Que recuperaré todas las fotos guarras que enviaste a los chicos con los que saliste en el instituto y se las enviaré a Vera Wang. O quizá las publique en el

*Linmoor Times*. Pagaré para que salgan a toda página. Y sin duda las colgaré en internet. Ya sabes que cuando algo aparece en la red, se queda allí para siempre. Tengo mucho material para elegir, ¿verdad, Alicia?

Palideció y su sonrisa desapareció. Miró a su amiga, que la observaba estupefacta, y luego al resto de los comensales.

—Eres un farolero —dijo entre dientes.

Entrecerré los ojos y sonreí. Era un farol. No había conservado ninguna de sus fotos, y no sabía si algún otro chico las tenía. Pero el horror que leí en los ojos de Alicia me demostró que mi farol estaba funcionando. Así que curvé más los labios.

—¿De verdad piensas que los chicos no guardan ese tipo de cosas? ¿Que no las comparten con sus amigos? No solo tengo las que me enviaste a mí: podría hacer seis llamadas y tener un centenar de imágenes entre las que elegir en menos de diez minutos. Es una pena que salieras con tantos tíos y luego quedaras tan mal con ellos, ¿no crees? Me imagino que muchos estarán esperando la oportunidad de devolvértela. Ahora solo te lo repetiré una vez más: ¡Lárgate de aquí! Ahora mismo.

Alicia me lanzó una última mirada de odio, cogió el bolso y lanzó unos billetes sobre la mesa.

—De todas formas, he perdido el apetito —masculló entre dientes—. Vamos —le dijo a su amiga poniéndose en pie y empujándome para salir. Su amiga mantuvo la cabeza gacha mientras la seguía. Me quedé quieto en el sitio, mirándolas hasta que la puerta se cerró detrás de ellas.

Volví junto a Tracie con un suspiro. Me senté de nuevo e hice una mueca cuando por fin me miró a los ojos.

—Me imagino que este se ha convertido en el peor día de tu vida.

Curvó los labios en una sonrisa de diversión.

—Ha sido una noche... interesante. Debo reconocerlo. —Se puso seria—. Creo que ha llegado la hora de que me lleves a casa y decidas lo que vas a hacer con respecto a Annalia.

Me estremecí, pero al final se me escapó un suspiro. Sí, eso era exactamente lo que debía hacer. No importaba qué hubiera pasado: Lia siempre sería la madre de mi hijo. Aunque me hubiera gustado que no fuera también la dueña de mi corazón.

**ANNALIA**

Me quedé mirando mi imagen en el espejo. Mis ojos reflejaban con claridad toda la tristeza que sentía mi corazón. ¿Podría salir mal algo más esta noche? Sí, podrían despedirme... Y solo me faltaba eso.

Me resbaló una lágrima por la mejilla y me la sequé a toda prisa mientras daba la espalda al espejo. Había limpiado las salpicaduras de comida que me habían caído en el pelo y en la camisa lo mejor que había podido. Era el momento de enfrentarme a las consecuencias... Pero no podía. Me senté en el banco tapizado que había enfrente de las taquillas en el vestuario femenino y dejé que las lágrimas salieran libremente.

Hundí los hombros, sintiendo lo mortificante que era el peso de lo ocurrido. Menuda catástrofe. Durante unos breves momentos, me dejé llevar por el dolor. No me quedaba energía para retenerlo por más tiempo.

Oí que la puerta se abría y me enderecé bruscamente, intentando hacer desaparecer la humedad que tenía en las mejillas. Estaba más que dispuesta a dejarme llevar por la autocompasión un poco más, pero no quería que nadie fuera testigo de ello. Cuando levanté la mirada, Rosa estaba delante de mí. La expresión de su rostro era de simpatía, pero yo me sentía avergonzada por estar derrumbándome ante ella. Era mi jefa, la mujer que había sido tan amable y paciente conmigo durante toda la semana, que me había hecho sentir al instante como parte del equipo.

Me había esforzado mucho para aprenderme los menús y los números de las mesas, para saber manejar el sistema informático en un tiempo récord, no solo con el objetivo de facilitarme a mí misma las cosas, sino porque quería mostrarle mi agradecimiento y ser la mejor camarera posible con estas personas que se habían portado tan bien conmigo.

No solo le agradecía que me hubieran contratado, además me caían bien. El lugar era estupendo, la comida increíble, el personal amable, y me encantaba que saber hablar español me permitiera entenderme con otros empleados y clientes que no se desenvolvían bien en inglés. Sí, me encantaba trabajar en el Abuelo's.

Y ahora...

Rosa suspiró antes de ayudarme a levantarme, entonces enlazó su brazo con el mío y me hizo atravesar la puerta para recorrer la corta distancia que llevaba hasta su despacho.

—Siéntate, *cariño*<sup>7</sup>.

«Cariño». Sentí que las lágrimas volvían a llenarme los ojos ante aquella dulce expresión. Tuve la esperanza de que pudiera ser amable conmigo con respecto a la desagradable escena que había ocurrido en el restaurante.

Me senté en una silla, y ella se acomodó a mi lado. Me volví hacia ella, que me cogió la mano entre las suyas, apretándomelas mientras me sonreía.

—Oh, Lia... Dime qué está pasando.

Aspiré una gran bocanada de aire, intentando reprimir el llanto. No pude evitar la oleada de emociones que provocaba en mí su ternura después de haberme sentido tan aterrada por que estuviera enfadada y me despidiera.

Ya me sentía insegura después de ver a Preston en el local con una mujer. Había salido a cenar con la joven que cuidaba a mi hijo, lo que hacía que, de alguna forma, todo fuera peor. No solo le gustaba a Preston, además estaba todo el día con mi bebé, y los celos y el dolor que sentía me rompían el corazón, por lo que me costaba llenar los pulmones por completo.

Y luego había aparecido Alicia, que había pedido que la atendiera otra persona. Había oído en la cocina que uno de los ayudantes le decía a otro la razón y quise morirme de humillación. Como si eso no fuera suficiente, Alicia me había puesto la zancadilla. Durante un minuto, volví a ser la misma chica insegura y llena de complejos que iba al instituto; quise ponerme en posición fetal sobre el suelo y dejarme llevar por el llanto.

Antes de que pudiera responder, Rosa clavó los ojos en mi camisa con el ceño fruncido. Bajé la vista, y sentí una nueva oleada de vergüenza al ver las manchas.

—¿Tu nombre no se escribe con dos enes?

—¿Qué?

—¿No está mal escrito tu nombre en la tarjeta de identificación?

—Ah..., sí. Pero no pasa nada. No quería molestar —murmuré.

—Oh, Annalia... —Rosa se me quedó mirando durante un momento con una intensidad cada vez mayor en los ojos, y no estuve segura de entender a qué se debía. Me soltó las manos y me agarró los brazos para sacudirme con suavidad

—. Eso no es molestar, *mi amor*<sup>8</sup> —dijo con convicción—. Solo es protestar,

¿vale? —Se levantó de repente, sorprendiéndome de nuevo—. Venga. Me voy a casa, a cenar con mis hijos, y me vas a acompañar.

—Es que... ¿A cenar? Oh, no...

—Nos vemos en la puerta trasera. Iremos en mi coche y luego te traeré a buscar el tuyo.

No parecía dispuesta a aceptar un no por respuesta, y lo cierto era que no quería estar sola esta noche. Me angustiaba ver que Preston había pasado página, y estaba claro como el agua. Incluso ahora, era como una herida abierta. Habían pasado seis meses desde que había dejado a Preston. No debería dolerme tanto. «Preston ha pasado página. Preston. Ha. Pasado. Página». Lo había hecho. Oh, sí. Así que me quedé callada y solo asentí, agradeciendo que su atención, que su oído comprensivo hubiera logrado suavizar un poco el desolado dolor de mi corazón. Y agradecía no tener que enfrentarme de nuevo esta noche a Preston y a Tracie.

Salí del despacho para ir en busca de mi jersey y mi bolso, que tenía guardados en la taquilla, y nos reunimos en la puerta de atrás poco después.

—Gracias, Raúl —le dije a mi compañero al pasar a su lado—. Por todo lo que has hecho. Gracias.

Él me guiñó un ojo.

—Aquí tenemos que cubrirnos las espaldas los unos a los otros, Annalia. La próxima vez que yo resbale y me caiga, serás tú la que me eche una mano.

Solté un suspiro de alivio.

—Sí. Espero no tener que llegar a hacerlo. —Sonreí—. Pero así será.

Él me devolvió la sonrisa antes de alejarse para entregar el pedido que llevaba en la bandeja.

Quince minutos después, aparcábamos en el camino de entrada a una casita de aspecto pulcro en un barrio residencial de Linmoor. La casa era pequeña y bastante modesta, pero estaba recién pintada y en el patio delantero habían diseñado un jardín magnífico, con una trepadora y flores rosadas envolviendo el arco que había sobre la puerta. Era evidente que esta casa era un hogar. «Algo que yo nunca he tenido».

El sol era solo un destello en el horizonte, pero me alegré de que hubiéramos llegado en este momento y fuera capaz de apreciar en el patio los últimos vestigios de luz diurna. Me encantaba la imagen, y me hacía sentir un poco más ligera.

—El jardín es precioso —comenté mientras recorríamos el sendero de losetas. Admiré los vibrantes colores, inclinándome hacia las lilas cargadas de flores

color púrpura para inhalar su dulce aroma.

—Oh, gracias. Se me rompió el corazón el año pasado, cuando no podía regarlo. Pero..., dado que muchos perdieron las granjas y los negocios, no puedo quejarme. Y, por suerte, muchas de mis plantas resucitaron. —Sonrió—. Todavía recogemos el agua de la ducha y la usamos para regar. Supongo que nos hemos habituado, incluso ahora que la sequía ha terminado.

—Sí —convine mientras abría la puerta. Todos cogíamos hábitos que nos resultaba difícil dejar, y quizá no debería ser así.

Recordé lo devastada que había estado la granja de los Sawyer, el cansado rostro de Preston cuando atravesaba la puerta de la cocina día tras día, con aspecto agotado y medio muerto. Casi todas las noches cenaba y se iba directamente a la cama. Al principio, me había alegrado por él: me hacía feliz que pudiera dormir, que olvidara el dolor por un rato. E incluso después de que llegara el bebé, había intentado entenderlo..., había tratado de ser paciente..., había tratado de dejar a un lado mis necesidades con la esperanza de que, a pesar de todo, algún día llegaría a amarme...

Una vez me había querido, y yo me había aferrado a esa pequeña esperanza.

—¡Joaquín, Alonso, Diego...! —gritó Rosa mientras la seguía al interior y cerraba la puerta. Apareció primero un perro negro, y su dueña chasqueó la lengua—. Has estado tumbado en el sofá, ¿verdad, *cielito*? —Si era posible que los perros sonrieran, este lo hizo. Sí, decir que había esbozado una sonrisa era la mejor descripción posible.

Un niño al que le calculé unos doce años bajó las escaleras y saludó a Rosa. Pisándole los talones aparecieron dos guapos adolescentes mayores que él, que me dirigieron tímidas sonrisas y besaron a Rosa en la mejilla. Cuando me los presentó, vi que Diego era el más joven y Joaquín, que aparentaba dieciocho años, el mayor.

Rosa señaló un montón de ropa de lo que parecía ser equipamiento deportivo, y les dijo con rapidez en español que lo llevaran al cuartito de la entrada o se enfrentarían a las consecuencias. No sabía cuáles serían esas «consecuencias», pero debían de ser graves, dada la alarma que apareció en la cara de los chicos. Recogieron la ropa a toda velocidad y corrieron hacia una puerta a la izquierda; imaginé que era el cuartito de la entrada.

—Ven conmigo, Annalia —me dijo—. Los chicos van a hacernos la cena mientras nosotras nos tomamos una copa admirando la puesta de sol.

Sus hijos se quejaron y esgrimieron algunas leves protestas, pero Rosa les señaló la cocina.

—En la nevera hay ingredientes para hacer enchiladas de queso. Creo que seréis capaces de hacerlas. Además, las acompañaréis con una ensalada. También quiero que me traigáis un vaso de vino, y Annalia quiere... —Me miró.

—Cualquier refresco que tengáis...

—Una Coca-Cola —dijo ella—. En un vaso, con hielo.

Hubo algunos gruñidos y unos pocos «esto no es un restaurante» antes de que se marcharan. Rosa enlazó su brazo con el mío mientras sonreía.

—Adolescentes... —se quejó, pero había tanto cariño en su voz que supe que no era una crítica—. Algún día sus mujeres me agradecerán que les haya enseñado a cocinar.

Me guio mientras atravesábamos la casa, que era a la vez bonita y cómoda, hasta llegar a una puerta corredera de cristal que daba acceso a un patio con una terraza de ladrillo y un jardín enorme con vistas al bosque que se veía desde la parte delantera. Las luces del patio emitían un suave brillo que iluminaba también el borde del césped y había una cómoda zona para sentarse con muchos cojines de brillantes colores, y un pozo de fuego un poco más allá.

—Oh... —jadeé—. Es un patio precioso.

Rosa señaló el diván y se sentó. Puso los pies en la mesita de centro y suspiró. Joaquín nos trajo las bebidas, y me brindó una tímida sonrisa mientras me entregaba el vaso.

—Gracias —dije en voz baja.

Rosa le dio un golpe en el trasero mientras él caminaba hacia atrás.

—¡Ay! —exclamó con sorpresa dando un salto.

Me reí, haciendo que él sonriera también.

—Le gusta flirtear —comentó Rosa, bebiéndose el vino. Me miró con la cabeza inclinada hacia un lado—. ¿Te sientes mejor?

Asentí.

—Sí, gracias.

Me estudió durante tanto rato que me sentí tentada a retorcerme en el asiento.

—¿Quién es el hombre que estaba en restaurante? —me preguntó finalmente.

Tragué un sorbo de refresco.

—¿Qué hombre?

—El hombre. El que parecía estar con una cita pero no podía apartar los ojos de ti. El que parecía tan atormentado que casi le invité a un chupito de tequila. O dos... O tres...

Me reí, aunque no me estaba divirtiendo.

—Preston —repuse, y pude notar el dolor que destilaba mi voz a pesar de que

había tratado de decirlo como si no me importara—. Es el padre de mi hijo.

Rosa tomó un sorbo de vino mientras me miraba otra vez, y finalmente asintió una vez más.

—¿Así que ya no estáis juntos?

—No, no lo estamos.

—Entonces, ¿por qué tuvo unas palabras con esa *perra*<sup>9</sup> rubia que te hizo caer, y ella se largó del restaurante como si lo que le dijo la hubiera aterrorizado (o eso parecía)?

«Perra». ¿Alicia? Parpadeé.

—¿Preston ha hecho eso?

—¡Oh, sí! Pero incluso después de que ella se marchara, no parecía satisfecho.

Preston me había defendido. Me atravesó un cálido temblor. Preston siempre me había protegido, siempre había sido mi protector, y me sorprendía saber que todavía lo seguía siendo, al menos en ciertos casos. Quizá por eso me había dolido tanto que me hubiera visto sufrir todos aquellos meses y no hiciera algo al respecto. Y aun así... yo le había visto herido también y no había hecho nada, no porque no quisiera, sino porque no sabía qué hacer.

Me sentí muy confusa y respiré hondo de forma inestable el fresco aire nocturno antes de soltarlo lentamente. Todavía era como si tuviera una banda de hierro alrededor del pecho.

Pensé en lo amable que había sido Rosa al darme trabajo en el Abuelo's con la única recomendación de Alejandro, un hombre que no sabía nada de mí. Pensé en cómo se había comportado conmigo esta noche, cuando yo había provocado una escena en el restaurante, dejándolos con una camarera menos durante la hora punta de la cena. Eso no había sido culpa mía, era cierto, pero sí que venía causado por mi vida personal, algo que había llevado conmigo, fuera voluntariamente o no. Era posible que yo tuviera que lidiar con ello, pero eso no significaba que Rosa también tuviera que hacerlo.

Y pensé además en lo que estaba pasando ahora y en el apoyo que estaba mostrándome: me había invitado a cenar en su casa, y eran sus hijos los que estaban cocinando.

—Rosa —farfullé—, lo cierto es que abandoné a Preston y a mi hijo. Creo que es necesario que lo sepas porque le ha parecido mal a mucha gente del pueblo, y odiaría que eso afectara a tu negocio de alguna...

—Oh, Lia... Ya lo sé, *cariño*. Linmoor es un pueblo muy pequeño. —Tomó un sorbo de vino.

La miré fijamente, parpadeando.

—¿Lo... lo sabías?

—Claro. Pero no me gusta juzgar a la gente basándome en rumores de personas superficiales. Me gusta hacer mis propios juicios. ¿Sabes lo que he descubierto sobre ti esta semana?

—No. —Contuve la respiración. De repente, me sentía desnuda y sensible. Quería rodearme con los brazos, pero no pude porque tenía en la mano un vaso con refresco, así que me quedé inmóvil y esperé a que hablara, presa de los nervios, mientras trataba de contener con desesperación las lágrimas que amenazaban con brotar.

—Sé que eres la empleada más entregada que haya tenido nunca. Que haces más que tus compañeros y más de lo que se te pide. Eres amable pero tímida, y ocultas un mundo en tus ojos. Haces que me pregunte si has permitido alguna vez que alguien forme parte de él. E imagino que, si no lo has hecho, has debido de sentirte muy, muy sola.

Sendas lágrimas me cayeron de los ojos y no me molesté en secármelas. Rosa se levantó y se acercó a mí, me quitó el vaso, que puso sobre la mesita, y luego me cogió las manos para tirar de mí hasta que me puse en pie. Se oyó un explosivo ruido en el interior, proveniente de la cocina, y luego unas voces, como si los chicos estuvieran discutiendo sobre algo. Me estremecí.

Rosa enlazó su brazo con el mío.

—Vamos a pasear un poco. El patio es tan grande que a veces me gusta recorrerlo como si tuviera mi propio jardín privado.

Anduvimos durante unos minutos, y mis emociones se sosegaron mientras caminábamos. Absorbí el calor de la cercanía de Rosa, que me estrechaba de manera maternal contra ella.

—¿Quieres hablar de ello? —me preguntó finalmente con ternura—. ¿Quieres contarme por qué te marchaste?

Su pregunta me confundió un poco, porque nadie me había pedido que compartiera mis sentimientos con ellos. No estaba muy segura de lo que pasaría si lo contaba, ni siquiera conocía la forma de hacerlo. Además, no sabía siquiera con qué palabras transmitir mis emociones.

«¿Quieres contarme por qué te marchaste?».

Me sonrió como si estuviera leyéndome la mente.

—A veces, lo mejor es, simplemente, escupir lo que tienes dentro. ¿Por qué te fuiste, *cariño*?

—Porque allí no me quería nadie y estaba muriéndome lentamente por dentro. —Solté otro largo y tembloroso aliento al tiempo que la vergüenza se disipaba

un poco al admitir aquello, lo que aflojó la presión que me atenazaba los pulmones y me permitió respirar más profundamente.

Rosa me apretó más el brazo, y me incliné hacia ella cuando nos acercamos a los árboles y empezamos a caminar por el límite del bosque. Olía a tierra húmeda, y mis pulmones se llenaron con el rico aroma a primavera, a vida renovada. Y no era solo que el olor a tierra me inundara los sentidos: había una repentina sensación de novedad en mi interior, un curioso despliegue, como si una semilla germinara y sacara su cabeza de las sombras, hacia el aire libre, con ganas de prosperar y florecer.

Le hablé un poco de Cole y de cómo Preston y él habían sido mis únicos amigos en la infancia. Durante mucho tiempo, había tenido miedo de mencionar el nombre de Cole, había pensado que hablar de él sería como abrir una herida. Sin embargo, fue todo lo contrario. Hablarle de él a Rosa era como tirar con suavidad de una cicatriz reciente, que todavía era fina y delicada, pero que ya no estaba abierta y en carne viva.

Le conté de forma vacilante y bastante timidez que no había sabido que estaba embarazada hasta unos meses después de la muerte de Cole. Que entonces había acudido a Preston llena de miedo y dolor, y no solo por la muerte de Cole, sino porque Preston no se había acercado a mí desde la noche que me dejó en el apartamento de mi madre. Luego le confié cómo cada día se había estirado lentamente hasta el siguiente.

—Oh, Annalia, pobrecita.

Recordé cómo me había sentado con Preston en el balancín del porche delantero y le había dicho que estaba embarazada. Ya estaba de casi cuatro meses, el tiempo que había tardado en reunir el valor para decírselo.

«Estoy... embarazada. Sé que no te va a hacer muy feliz».

Un embarazo no deseado nunca era motivo de celebración, suponía, pero yo había sido muy consciente desde el principio de que el momento en el que se había producido el mío había sido particularmente horrible. Preston me había mirado en estado de shock, haciendo que mi corazón se rompiera en miles de pedazos, por lo que aparté la mirada estremeciéndome. Había sido entonces cuando mis ojos cayeron en mis manos, que tenía colocadas sobre el vientre como si quisiera consolar al bebé que crecía en mi interior, para que supiera que al menos yo lo quería.

Pero luego Preston me cogió las manos y, aunque las suyas temblaban, me dijo que quería que viviera con él, que quería cuidarme. Y eso me había dado una especie de triste esperanza porque había considerado que podía ser la

oportunidad de ayudarlo no solo a superar su dolor, sino a que nos acercáramos el uno al otro, que formáramos una familia, que reclamáramos lo que habíamos tenido durante un corto y dulce lapso de tiempo. Quería que aviváramos la pura y verdadera amistad que habíamos compartido durante años. Y, Dios, necesitaba sentirme atendida. Lo anhelaba, me desesperaba por ello. Seguramente su madre me daría cariño. Me había convencido a mí misma de que todo iba a ir bien. La realidad había demostrado ser mucho más complicada que mis inocentes y melancólicos sueños.

—Oh, cielo, tiene que haber sido muy duro para ti. ¿No tienes a nadie con quien hablar? ¿Nadie que te ayudara a navegar por el arduo camino de la maternidad? Eres muy joven, *mi amor*. Debes de haberte sentido muy sola. Sola, asustada y triste.

La emoción inundó mi pecho tan rápido, tan de repente, que apenas logré ahogar el llanto que acompañó al diluvio. Lo único que pude hacer fue asentir mientras se me caían más lágrimas, que resbalaron por mis mejillas. Rosa sonrió con ternura y me estrechó entre sus brazos.

—¿Y tu madre, Annalia? ¿Dónde está? ¿No te ayudó?

Solté un gemido que pareció una mezcla de risa y suspiro.

—¡Dios mío, no! Pero... Ella también ha tenido una vida muy dura.

Rosa suspiró con suavidad.

—Lo siento.

Uno de sus hijos asomó la cabeza por las puertas correderas de cristal y llamó a su madre para decirle que la cena estaba lista, haciéndome volver a la realidad. Me sentí avergonzada y expuesta. Había compartido algo muy íntimo con alguien que realmente era una extraña para mí..., y mi jefa. Había estado fuera de lugar. Ella me había pedido con sinceridad que le hablara de mí, pero estaba segura de que no se esperaba tantos detalles. No le había dicho tanto, aunque sin duda jamás me había sincerado tanto con otra persona en mi vida.

Me sequé las lágrimas y sentí que tenía las mejillas calientes.

—Voy a...

—Gracias por confiar en mí, Annalia. Por contarme tu historia. Las mujeres tenemos que apoyarnos mutuamente. Por alguna razón, Dios ha considerado conveniente para mí cargarme con una banda de chicos salvajes a los que la mitad del tiempo no entiendo. Es muy agradable disfrutar de la ternura de una hija y hablar de cosas que controlo.

Me sentía tan abrumada por la gratitud que sentía al reconocer aquella increíble bondad y el cariño que me estaba mostrando, aunque no en realidad no

me conocía de nada, que apenas podía hablar.

—Gracias —logré decir, y por la mirada que vi en sus ojos, parecía ser suficiente.

—Vamos —me animó—. No quiero imaginar lo que han inventado esos chicos para la cena. No te asustes si encuentras arena en las enchiladas.

Me reí mientras la seguía al interior. Alejandro acababa de llegar, y cuando me vio me lanzó una mirada de complicidad y una cálida sonrisa antes de observar a su esposa. Luego la estrechó entre sus brazos y la besó en la boca. Sonreí para mis adentros ante aquella muestra de afecto mientras los chicos la desaprobaban sonoramente.

Nos cogimos de las manos mientras Alejandro recitaba una bendición y luego sirvieron la comida. Siempre recordaré con sabor a enchiladas de queso algo quemadas la primera vez que disfruté de verdadero amor de familia. La oscuridad cayó sobre el patio exterior mientras la risa llenaba la habitación; a pesar de que había comenzado como una de las peores noches de mi vida, al finalizar, sentía una agradable calidez en el pecho y ligereza por haber compartido un pedazo de mi corazón. Me habían abrazado, ¡abrazado!

«No me han rechazado. Ni ignorado. Ni han hecho caso de chismes. No se han reído de mí. No me han insultado ni me han pasado por encima. Me han abrazado, me han dado la bienvenidas».

«Eso no es molestar, *mi amor* —me había dicho Rosa—. Es protestar». No estaba segura de cómo lo haría, pero me gustaría intentar sacar lo que tenía dentro. Me gustaría conseguirlo.

Después de despedirme de todo el mundo y dar las gracias a Rosa otra vez, Alejandro me llevó hasta el coche y fui hacia casa. Cuando llegué y apagué el motor, oí que sonaba el móvil que había guardado en la guantera, y la abrí para cogerlo. Encontré varios mensajes de Preston al encenderlo y algunas llamadas perdidas. Se me aceleró el corazón por la sorpresa y la aprensión mientras leía los mensajes. Solo me pedía que le devolviera la llamada. Había también un mensaje de voz, y lo escuché, conteniendo la respiración cuando comenzó a sonar su profunda voz masculina.

—Lia... —suspiró—, lamento lo que ha ocurrido esta noche. —Un crujido y una pausa—. Tenemos que hablar... sobre el bebé y también sobre... nosotros. Espero que me llames esta noche. Si no..., er... nos vemos mañana en la fiesta de Hudson, y espero que entonces podamos. —Una larga pausa—. Espero que estés bien.

Me senté de nuevo y apoyé la cabeza en el reposacabezas. Cerré los ojos

cuando el dolor me atravesó de pies a cabeza. «Tenemos que hablar... sobre el bebé y también sobre... nosotros». Estaba muy claro lo que supondría hablar sobre nosotros. Estaba saliendo con la niñera de Hudson. La agonía que había sentido al verlos juntos me atacó de nuevo, pero respiré hondo. Lo había abandonado, y tenía que aceptar que ahora estaba con otra persona, incluso aunque siguiera teniendo aquel instinto de protegerme a veces.

De todas maneras, ¿realmente habíamos estado saliendo juntos alguna vez? Nunca habíamos sido una pareja de verdad, solo habíamos vivido en la misma casa, había tenido a su hijo y luego... Eso era todo lo que había entre nosotros.

«Salvo aquella noche bajo la lluvia... Sí, salvo eso..., pero fue algo demasiado breve». Porque al final, solo había sido sexo. Él lo había reconocido después, y yo también lo sabía.

Solté un suspiro tembloroso. Tenía que reconstruir mi vida... una vez más. Sería doloroso ver a Preston con otra chica, pero lo superaría. Tracie parecía una buena persona, y era evidente que se preocupaba por nuestro hijo. Hudson era lo más importante, era por quien había que luchar. Podía dejar a un lado mis sentimientos y necesidades. Tenía que hacerlo; era mi única opción.

Ahora ya era demasiado tarde para llamarlo. Cuando comenzamos a cenar en casa de Rosa y Alejandro, eran ya las ocho, y ahora pasaban de las diez. Hudson estaría dormido y Preston también, ya que se despertaba antes del amanecer cada mañana para comenzar la jornada. O, al menos, eso era lo que había hecho antes.

Tendría que hablar con él en la fiesta de Hudson. Casi agradecía que fuera demasiado tarde para llamarlo. Había gastado cada pizca de mi energía emocional, y sabía que no podía aspirar a nada más que a caer en mi cama.

**PRESTON**

Era el día perfecto para una fiesta al aire libre. Corría una brisa fresca y agradable. La granja estaba exuberante con nuevos brotes verdes en los árboles, flores floreciendo por todas partes, olores flotando en el aire, y las hileras de plantas en la distancia, mostrando un vívido tono verde y saludable.

La tierra que nos rodeaba, que una vez había estado seca y marchita, se había recuperado y volvía a estar rebosante de vida. Me pregunté vagamente si las personas que una vez se habían visto expuestas y agredidas podrían llegar a recuperarse también, y pensé que por lo menos valía la pena esperarlo, ¿verdad?

«¿Cuál sería la alternativa si no?».

La alternativa era vivir como habían vivido mis padres, una existencia sobre todo silenciosa, con cortas explosiones de ira que convergían en un mayor distanciamiento. Dios, así había sido exactamente el año que había vivido con Annalia, salvo los ataques de rabia al ver que Annalia se mordía la lengua en vez de atacar a nadie. Quizá hubiera sido mejor que se hubiera enfadado. Yo había necesitado que algo me arrancara de la neblina en la que vivía. Esa noche, cuando llegó la lluvia, lo había hecho..., pero luego ella había huido. Suspiré profundamente, pasándome una mano por la cara. Había reaccionado demasiado tarde. Cuando se trataba de Annalia, siempre había hecho todo tarde. Había sido demasiado lento, me había movido muchos pasos por atrás.

En el patio trasero, los globos azules se movían suavemente con la brisa de primavera, y en el césped se habían colocado algunas mesas para los que deseaban disfrutar del aire fresco y del agradable calor.

Coloqué uno de los regalos que había comprado para Hudson esta mañana en la mesa, al lado de la tarta que todavía estaba dentro de la caja blanca de la pastelería.

—¿Qué le has comprado? —Me di la vuelta hacia Tracie y sonreí.

—Un equipo para montar unas vías de tren, pero la caja es demasiado grande, así que la he dejado dentro. Ahí está solo la locomotora.

—¡Oh, Dios! Se va a volver loco con el regalo.

—Lo sé —convine, dejándome llevar por el placer que me provocaba la imagen de mi hijo viendo el tren. Estaba obsesionado por ellos. Habíamos leído tantas veces los cuentos de Thomas, el tren mágico, que casi se los sabía de memoria. Y sin «casi», porque cuando trataba de saltarme las páginas, me llamaba la atención con un sonido de indignación y me hacía retroceder hasta lo que se había perdido—. ¿Se ha despertado ya?

—Debería hacerlo dentro de nada. Iré a cambiarlo y lo bajaré.

—Bien, gracias.

Volví a entrar en la casa. Lia no me había llamado la noche anterior, y me había despertado con su imagen en la mente.

«No creo que estés disponible para nadie. Solo para Annalia».

Lo había admitido ante mí mismo y ante Tracie. La pregunta era: ¿qué demonios iba a hacer al respecto? La ira no había funcionado. La negación, definitivamente, tampoco. ¿Y ahora qué?

«Sincérate con ella —me susurró mi mente—. Hazlo. Sé valiente». ¿Podría hacerlo? Después de haberme encerrado en mí mismo, de hacerle daño cuando más vulnerable había estado, ¿llegaría a escuchar lo que yo quería decirle? ¿Podía correr el riesgo de que no lo hiciera?

Había estado a punto de coger el móvil y llamarla a primera hora de la mañana, pero sabía que iba a verla un par de horas después, así que me contuve. De todas formas, era mejor hablar en persona. Además, me había pasado parte de la mañana corriendo de un lado para otro para adquirir el regalo de Hudson.

—Preston, querido, ¿estás ahí? ¿Has visto a Tracie?

—Sí, está arriba.

—Genial. ¿No crees que ha hecho un trabajo maravilloso con la organización de la fiesta? Realmente es una joya.

—Sí, Tracie es genial, mamá.

—¿Qué tal fue vuestra cita?

—En realidad no era una cita. Solo fuimos a cenar.

Se puso las manos en las caderas.

—A mí me parece que eso es una cita. Y estoy muy contenta de que hayas seguido mi consejo. Creo que...

En ese momento sonó el timbre de la puerta, y lo utilicé como excusa para escapar de mi madre. Salí de la cocina hacia el vestíbulo. Me dio un vuelco el corazón cuando me encontré a Lia al otro lado de la puerta, mordiéndose el labio. Por un momento me sentí como un chico de diecisiete años, al que se le trababa la lengua y se le secaba la boca al verla. Annalia me ofreció una sonrisa

nerviosa.

—Buenos días.

—Hola —la saludé, abriendo más la puerta—. Mándame... —Saludé a su madre, que estaba junto a ella, y la mujer me devolvió el gesto con una leve sonrisa. Nunca me había parado demasiado con ella, a pesar de que había pagado el alquiler de su apartamento y los gastos que tenía cuando Lia dejó de trabajar y se vino a vivir conmigo. y había seguido apoyándola financieramente cuando su hija se marchó. Era la abuela de Hudson, y lo que había ocurrido entre Lia y yo no era culpa de ella. Además, yo era quien había dejado embarazada a su hija, y me tocaba a mí ser el sostén de la familia durante su ausencia.

En cualquier caso, sin embargo, estaba bastante seguro de que su madre era una persona retraída y conseguir que hablara conmigo era una tarea hercúlea que no tenía habilidad o encanto para abordar. Cole sí lo había tenido, por supuesto, pero yo no.

Las escasas ocasiones en las que la había visitado durante el año pasado, apenas me había mirado y me había parecido impaciente por perderme de vista. Por supuesto, dado que su inglés era limitado, si hubiera querido decirnos algo a mí madre o a mí, Annalia habría tenido que hacer de intérprete. Lo que probablemente era algo que incrementaba su incomodidad.

Cuando Lia se había marchado, no tuve manera de comunicarme con ella que no resultara engorrosa y poco práctica. El día que había ido allí para interrogarla sobre el paradero de Lia, había tenido que usar el traductor de Google para hacerle las preguntas más sencillas. Lo que había resultado muy incómodo y extraño, y yo había estado tan poseído por el pánico y el dolor que solo me había quedado el tiempo necesario para averiguar que Lia se había despedido de ella, pero no le había dicho dónde iba.

Lia dio un paso adelante, y el mero recuerdo de ese momento me dio ganas de acercarme a ella y zarandearla, luego la envolvería entre mis brazos y le pediría que no me dejara nunca más, que nunca me hiciera experimentar de nuevo aquel sufrimiento y el temor de perderla.

Me obligué a relajarme, y la recorrí con los ojos desde el cabello a las sandalias que dejaban sus pies al descubierto. Su belleza natural fue para mí como un bálsamo. Llevaba puesto un vestido de flores en diferentes tonos púrpura, y aquellos brillantes colores hacían resaltar su piel bronceada, suave y sin defectos. Se había hecho una trenza floja y le caía sobre un hombro.

Una repentina visión inundó mi mente: Lia, acurrucada en la mecedora tapizada que había en la habitación de Hudson, con el pelo trenzado de la misma

forma y el bebé contra el pecho. Yo había permanecido de pie, mirándolos, mientras una desesperada oleada de orgullo inundaba mi corazón herido. Cuando ella abrió los ojos, su mirada me había transmitido... soledad. Recordarlo me hizo sentir un sordo latido en el pecho, la evocación de un dolor que me hacía mantener bloqueado aquel recuerdo, pues me hacía sentir desnudo, culpable y herido.

Me había dado la vuelta para salir de la habitación y había vuelto a mi dormitorio. Cuando había cerrado la puerta, me había apoyado en ella como si hubiera necesitado hacerlo para no caerme. Solo que... aquello seguía dentro de mí, un profundo y doloroso tormento del que no podía escapar. No me habían ayudado las horas de trabajo agotador ni el silencio que había construido a mi alrededor, como tampoco había valido de nada ignorar la cantidad de dolor que estaba causándole a Lia.

«¿Por eso te marchaste, Lia? Dios..., seguramente fue por eso. ¿Cómo lograste aguantar tanto tiempo?».

Me dio un vuelco el corazón.

Lia traía un regalo, y a juzgar por la expresión de su cara, parecía insegura, como si no estuviera convencida de que fuera bien recibida... en el primer cumpleaños de su propio hijo. Yo había sido un idiota. «¿Cómo podía pensar eso una madre?». Le sonreí al tiempo que le ponía la mano en el brazo. Ella me miró, comprensiblemente sorprendida por el contacto.

—Me alegro de que estés aquí —aseguré.

Nuestros ojos se encontraron, y el alivio que leí en su rostro fue como una puñalada en el corazón. Dios, ella siempre había sido muy tierna. Nunca se había dejado llevar por todo el dolor que había sufrido, no se había amargado por ello. De repente, me pareció un pequeño milagro que la vida no la hubiera endurecido. De cierta manera, seguía siento la niña con ojos muy abiertos y los labios manchados de fresa.

«La que yo siempre voy a amar».

—¿Estás bien? Espero que no te hicieras daño ayer cuando te caíste.

—No, estoy bien —repuso en voz baja. Asentí, deseando poder tener unos minutos más a solas con ella.

La guie hasta la cocina para salir por la puerta trasera, donde ya había varias personas que habían rodeado la casa directamente hasta el patio trasero. En su mayoría eran amigos de mi madre. Lia estudió la decoración festiva y sonrió.

—La granja tiene un aspecto inmejorable. Ha valido la pena todo el trabajo que has hecho.

No estaba seguro de eso. La granja, sí, estaba mejor, pero de repente la verdad me golpeó con fuerza. Durante todo el tiempo que había tratado desesperadamente de sacarla adelante, ¿no había estado Annalia marchitándose justo delante de mí?

«¡Dios!».

—La verdad es que ahora parece que sí. Aunque hemos plantado la mitad de lo que recogemos normalmente. Sin embargo..., es más de lo que esperaba. ¿Quieres sentarte? —Miró a su alrededor, supuse que buscando a Hudson—. Tracie está vistiéndolo —le expliqué.

Asintió moviendo la cabeza antes de forzar media sonrisa. Se volvió hacia su madre para decirle algo rápidamente en español que yo no entendí, y ella se sentó después de hacer un gesto de asentimiento.

—¿Necesitas que haga algo? No me importa echar una mano...

—No, no es necesario. Voy a ver si el bebé está listo.

—Creo que a partir de mañana ya no es técnicamente un bebé —comentó ella con una nota de tristeza en la voz. Aunque estábamos celebrando hoy la fiesta, su cumpleaños era al día siguiente, que era domingo.

—Estoy seguro de que para nosotros siempre será un bebé.

Nuestros ojos se encontraron.

—Sí —dijo con un suave suspiro.

Vi que mi madre se acercaba a nosotros y tensé los músculos.

—Hola, Annalia —saludó ella con frialdad—. Señora Del Valle...

La madre de Lia la miró y le hizo un gesto de cortesía con las manos en el regazo.

—Preston, Tracie necesita ayuda con Hudson. ¿Por qué no vas a echarle una mano?

Dudaba mucho que Tracie necesitara que la ayudara con Hudson. Mi madre lo había dicho para echar sal en la herida de Lia. Unos días antes podría haber pensado que se lo merecía, pero ahora... Me sentía confuso y conmocionado, no era capaz de alcanzar un equilibrio. Una pequeña parte de mí todavía quería castigar a Lia, hacerle daño, aunque también reconocía que yo estaba muy lejos de haber mantenido un comportamiento irreprochable, e incluso estaba empezando a pensar que todo lo que ella había padecido había sido por mi culpa. De todas formas, con independencia de quién fuera responsable de qué, solo tenía que mirar sus ojos para reconocer su profundo dolor. Ahora que lo veía con tanta claridad, que podía ver la situación en perspectiva, no quería que sufriera. Nunca lo había deseado. Solo me habían cegado mi propio dolor y el odio que

sentía por mí mismo.

—No creo que... —empecé a decir justo cuando Tracie aparecía por la puerta, con Hudson entre los brazos. El «Oh» colectivo que resonó en la estancia cuando lo vieron sorprendió a mi hijo, que empezó a llorar. Lia se puso tensa y se adelantó un paso, aunque creo que nadie lo notó, salvo yo. Su reacción había sido ir a por él, pero se había contenido. Eso hizo que se me encogiera el estómago. Hudson era su bebé.

—Oh, ¿no es una imagen adorable? —preguntó mi madre, alejándose en dirección al niño. Tracie lo había vestido con unos pantalones cortos con chaleco a juego y una pequeña pajarita. A pesar de que parecía un poco ridículo, sí que estaba adorable. Le había peinado el pelo oscuro hacia atrás con raya al lado, aunque se le rizaba al llegar al cuello. Si le hubiéramos puesto unas gafas, habría parecido un profesor en miniatura.

Yo también me acerqué a Hudson; adelantándome a mi madre, lo cogí de los brazos de Tracie con un murmullo de agradecimiento, y regresé de nuevo con Lia. Cuando llegué junto a ella, se lo tendí y, por un segundo, me preocupó que no quisiera ir con su madre. Pero él alargó los bracitos hacia ella y Lia lo cogió con una risita, mientras me lanzaba una mirada llena de alegría que hizo que la fuerza que me oprimía el corazón se aligerara un poco.

Había dejado de llorar cuando lo había cogido, y ahora se acurrucó en los brazos de Lia mientras se ponía a jugar con el final de la trenza. Ella la usó para hacerle cosquillas, consiguiendo que se echara a reír y desaparecieran las lágrimas.

—¡Asss!

—¿Quieres más?—preguntó Lia, riéndose—. ¿Te gusta que te haga cosquillas, tontito? —Lo hizo de nuevo, y él soltó una carcajada.

Sentí el corazón dolorido y repleto de amor al verlos juntos. Mi hijo y la mujer que me lo había dado.

Tuve un repentino recuerdo de la noche en que nació. Había estado muy orgulloso. Tenía un niño. Un hijo. Lo llamamos Hudson Cole, aunque apenas podía soportar la idea de decir ese nombre. Lo había acunado entre mis brazos aquella primera noche, mientras Lia dormía, y le había prometido que iba a redoblar los esfuerzos para sacar adelante la granja que sería su legado, igual que había sido el mío, tuviera o no la agricultura en la sangre, como me pasaba a mí.

¡Dios!, y quizá me había entregado demasiado a ello. En lugar de prometerle que trabajaría con más esfuerzo par salvar su herencia, debería haber hecho un voto para salvar a su familia, debería haber trabajado para reparar la relación con

su madre. Annalia. «Es mía». Siempre había sido mía. Me había pasado toda la vida tratando de negarlo, y al hacerlo, solo había hecho daño a Lia. ¿Y si... simplemente dejaba de hacerlo? ¿Y si ya no lo negaba más? ¿Y si dejaba a un lado todas las razones: mi hermano, ese ridículo honor que en el fondo siempre me había parecido equivocado, la culpa, el dolor, la soberbia...? No podía cambiar el pasado, pero sí pasar de todo eso. ¿Y si lo hacía...?

Con la cabeza dando vueltas con aquellos pensamientos y el corazón lleno de emociones enredadas, dejé a Lia con Hudson y las cuatro mujeres que los habían rodeado. Al principio le habían lanzado miradas apenas disimuladas de desdén, pero era difícil mostrarse negativo en presencia de Hudson. Y Lia estaba allí, obviamente, porque yo la había invitado, y que fuera yo quien le había entregado el bebé dejaba muy claras mis intenciones. Ahora todas competían por el afecto de Hudson, arrullándolo y diciéndole monerías.

Llegó más gente, y me vi atrapado en el deber de hacer las fotos de la fiesta o cortar la tarta, lo que hice guiando la mano de mi hijo mientras estaba sentado en la trona. Entonces busqué a Lia y la vi otra vez sentada con su madre, aunque esta tenía una expresión de felicidad, y hablaba con la mujer que estaba a su lado.

Para deleite de todos los presentes, Hudson se embadurnó la cara, el pelo y la ropa de tarta. No pude evitar reírme también, pero cuando mi madre cogió a Hudson y lo llevó adentro para limpiarlo, manteniéndolo alejado de su cuerpo para no mancharse con el glaseado azul, me levanté para ir en busca de Lia, que seguía sentada en el mismo sitio.

—¿Me acompañas a dar un paseo?

Ella levantó la vista, aparentemente sorprendida y un poco nerviosa, y miró a su madre, que seguía sentada en silencio en el mismo sitio, tomando un vaso de té helado y un trozo de tarta. Vi que Lia se inclinaba para decirle algo a su madre, que asintió con la cabeza y se concentró en la tarta.

—¿Hudson estará bien? —preguntó, mirando por encima del hombro.

—Sí, puede prescindir de nosotros durante quince minutos. Hay un montón de mujeres loquitas por él que se mueren por atenderlo.

Paseamos a lo largo de la valla que separaba nuestra propiedad de la vecina uno junto al otro, y nos detuvimos al llegar junto al enorme árbol bajo el que ella solía sentarse cuando era niña.

Cuando se apoyó en la valla, con la mirada clavada en los campos cultivados, me quedé mirándola, sintiéndome otra vez como un crío. Un niño cuyo corazón se estremecía con violenta alegría al ver a Annalia sonriéndole. Solo que esta

vez... se había escapado por mí. Primero mentalmente y luego en el coche. Ahora estaba allí de nuevo, pero la sentía distante, como si yo tuviera que correr a por ella para traerla de vuelta. No estaba seguro de qué debía hacer cuando se trataba de una persecución imaginaria.

«Ábrete. Habla con ella».

—Lia. Entre Tracie y yo no existe ningún tipo de relación romántica. Fuimos a cenar juntos ayer, y eso es todo —solté atropelladamente, en un torrente de palabras.

Ella se volvió a mirarme con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Permaneció en silencio durante varios segundos, luego movió la cabeza, inclinándola hacia un lado, y me estudió.

—¿Quieres salir con ella?

Lo pensé un momento, lo medité, sabiendo que le debía la verdad.

—No. —Acababa de descubrir que no quería hacer daño a Lia. Pero quizá era eso lo que necesitaba, herirla para lamentarlo luego, para por fin sentir algo, lo que fuera, después de ser, durante casi dos años, solo el cascarón de una persona.

Siguió mirándome durante un rato, como si estuviera tratando de decidir si yo estaba siendo completamente sincero. Por fin, asintió, como si la satisficiera lo que había visto.

Miró de nuevo los campos de cultivo, y yo aproveché para disfrutar de la clásica belleza de su perfil antes de seguir la dirección de su mirada.

—Solía venir aquí cuando era niña, y deseaba con todas mis fuerzas tener una casa como esa. Pensaba que era la más grande y la más hermosa de la tierra. —Ella sonrió, pero, incluso en el perfil, noté la profunda tristeza que dominaba sus rasgos. Volvió la cabeza para mirarme—. Pero luego llegué a llamar a esa casa mi hogar y me pareció tan pequeña como la cabaña o el apartamento en los que había vivido.

Solté un largo suspiro, comprendiendo que estaba hablando sobre el corazón de la casa, no del tamaño real.

—Lo sé, Lia. Yo también lo sentía así.

Me miró pensativa durante un momento y luego apartó la vista.

—¿Qué hiciste en casa de tu tía? ¿Cómo te fue allí?

Apoyó la cadera en la valla, haciendo que un rayo de sol cayera sobre su cara, haciendo que sus ojos parecieran casi traslúcidos. Movié las pestañas, largas, oscuras, exuberantes, y curvó un poco los labios. ¡Oh, Dios! Era tan guapa... Siempre lo había sido. Yo era un tipo sencillo, un granjero que no se sentía atraído por galas o riquezas. Salvo que se tratara de la abundante belleza de

Annalia, una mujer que me ofrecía todos los tesoros que jamás había buscado en sus rasgos de huesos finos, en sus gruesos labios rosados, en la suave piel aterciopelada y en esos ojos que parecían joyas.

Sin embargo, no solo me llamaba su belleza. Quería conocerla. Quería que me dejara entrar en todos los lugares secretos de su interior.

—Al principio fue extraño —comenzó ella, respondiendo a lo que le había preguntado sobre su tía y devolviéndome al presente—. Había escrito a mi madre el año anterior y encontré esa carta y algunas más que le había enviado en los últimos años. Hasta entonces no había sabido que tenía familia, y menos aquí, en Estados Unidos.

»Cuando me presenté ante su puerta, llevaba las cartas conmigo. Pareció feliz de verme, y me animó a quedarme. Su marido y ella poseen una pequeña tienda en la que venden cerámica, y he trabajado allí para ganarme la vida. Me ha gustado conocer a mi familia..., pero también eran extraños para mí y... he pasado un montón de tiempo sola.

Frunció el ceño levemente. ¿Se había sentido como si no perteneciera allí? Aquella idea me arañó las entrañas, porque, aunque no había sido mi intención, estaba seguro de que tampoco le había hecho sentir que perteneciera aquí.

—Nunca me pidió que le hablara sobre mí misma, aunque quizá sentía que no era apropiado. Le gustaba más recordar el pasado, y contarme cómo era mi madre de pequeña. Mi tía es agradable, pero muy reservada —continuó, volviendo a arrancarme de mis pensamientos—. Entiendo que mi madre se fuera. —Soltó una risa, aunque parecía muy triste.

—¿Qué más? ¿Qué pensaste cuando estabas fuera? —«¿Has pensado en mí? ¿Me odias, Lia?».

Guardó silencio durante un momento, como si estuviera recordando el lugar en el que había estado.

—He pensado mucho en Cole. —Sus ojos se clavaron en los míos, y esbocé una sonrisa para que supiera que no me importaba que lo mencionara—. También he pensado que era muy mala madre.

Fruncí el ceño, desconcertado.

—¿Has pensado que eras mala madre?

Me miró durante un momento antes de clavar los ojos en la lejanía.

—Sí.

Me acerqué a ella. Cuando se volvió hacia mí en un movimiento rápido, se quedó sorprendida por mi cercanía.

—Lia, no eres una mala madre. Nunca lo has sido.

—¿Cómo vas a saberlo?

Sus palabras fueron un puñetazo en el estómago, y me hicieron cerrar los ojos un momento. «¿Cómo vas a saberlo?». No había estado en casa lo suficiente como para saber si había luchado o no. Y las pocas veces que había visto dolor en sus ojos, me había dado la vuelta porque ni siquiera era capaz de lidiar con mi propio sufrimiento, así que menos con el de ella. ¿Había sido egoísmo o solo puro instinto de supervivencia? No lo sabía, pero, fuera como fuera, era responsable de ello. Cualquiera de las dos opciones le había hecho daño.

Solté el aire mientras me pasaba los dedos por el pelo.

—No estaba allí. Tienes razón. Pero lo que vi es suficiente para saber que eres una buena madre.

Se mordió el labio durante un segundo y luego noté que hundía los hombros.

—No te culpo por no estar en casa, Preston. —Movié la cabeza—. Fue por... Fue por lo que pasó, e hiciste lo que debías para superarlo. —Volvió a apartar la vista hacia otro lado. Allí estaba. Típico de Lia, me había ofrecido la rama de olivo, una oferta de simpatía y perdón, y luego se había retirado, encerrándose dentro de sí misma.

Fruncí el ceño. Sí, lo que había dicho tenía algo de verdad, pero ¿por qué me sentía como si ella siguiera ausente a pesar de que estaba de pie a mi lado? A pesar de que podía sentir el calor de su cuerpo y oler la dulzura de su piel, era como si estuviera a kilómetros de distancia, como si fuera intocable. Una parte de mí quería sacudirla.

«Deja de ser tan comprensiva. Grítame algo».

Cole habría sabido cómo reaccionar. Tendría que haberla hecho reír o enfadarla tanto que estallara. No tanto como para que no volviera a hablarme, solo lo suficiente para que saliera a flote su temperamento y me dijera lo que pensaba en realidad. Dios, tal vez estábamos condenados desde el principio, incluso aunque Cole no hubiera muerto. Quizá Lia y yo estábamos abocados al fracaso así, en general, y siempre acabábamos haciéndonos daño el uno al otro. Como dos personas que se buscaban en la oscuridad.

Miré hacia arriba, y vi el viejo árbol que teníamos al lado. Debajo del que ella se sentaba siempre.

—Una vez, bajo este árbol, a Cole y a mí se nos ocurrió inventar un apretón secreto de manos —murmuré—. Acostumbrábamos a hacerlo todo el rato, pero ya no puedo recordarlo. Al principio, justo después de su muerte, solía darle vueltas y vueltas en la cabeza, tratando de acordarme de cómo era cada vez que pasaba junto a este árbol, y no podía entender por qué pensaba en eso y no en

otra cosa, quizá solo para torturarme a mí mismo. Apenas tengo recuerdos de su funeral. Es como si tuviera un capullo dentro de mí y solo me limitara a moverme. Así que no sé. Pensaba que a lo mejor..., si pudiera acordarme de ese apretón de manos, recuperaría una parte de él, por poco que fuera.

Lia clavó los ojos en mí, y la tristeza que vi en ellos me volvió a sorprender. Yo solo había mencionado a Cole una vez desde que falleció. Recordé que esa vez también me había dolido.

—Ese día nos peleamos. Me dio un golpe, y se lo devolví. Nunca te lo había contado, pero fue así.

Lia me miraba en sorprendido silencio, y me obligué a seguir hablando, a decir las palabras que había guardado en mi interior durante todo este tiempo.

—Cuando se marchó, tenía un ojo hinchado... Siempre me he preguntado si fue por eso por lo que no vio...

—Oh, Preston... —jadeó—. No. No te puedes hacer eso. Iba por esa carretera en una moto que apenas cabía por esos caminos secundarios, y no llevaba casco. Le advertiste sobre esa moto. Yo lo oí. No fue culpa tuya.

Solté una enorme bocanada de aire y cerré los ojos con fuerza un instante. Cuando los abrí, ella estaba mirándome fijamente, con una expresión de angustia y aturdimiento.

—Cuando os peleasteis... ¿fue por mí? —Noté que se encogía.

No quería hacerle daño, pero también sabía que habíamos pospuesto esta conversación demasiado tiempo.

—Sí.

Ella cerró los ojos durante un momento, como había hecho yo, y soltó también un largo y lento suspiro.

—Le contaste lo que habíamos hecho, y a él no le gustó.

—No, no le pareció bien. Pero... —Regresé de nuevo a ese día—. Pero fue porque se preocupaba por ti. Y la verdad es que él no sabía cuánto me importabas porque jamás se lo había dicho. Tenía que haberlo hecho.

Se volvió hacia mí mientras asentía lentamente, mordiéndose el labio. Abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró. No podía culparla por no saber qué pensar... Después de todo el tiempo que había pasado, ni yo mismo había decidido qué era lo correcto. Había atravesado sucesivamente estados de dolor, de culpa, de ira y de negación, pero seguía buscando una explicación. Quizá siempre lo haría, no lo sabía. Quizá si seguíamos hablando, pudiéramos ayudarnos el uno al otro a llegar a algunas conclusiones que nos hicieran llegar a alcanzar cierta paz.

Se movió, y el vaivén de sus pechos debajo del vestido veraniego captó mi mirada. Recordé el aspecto que habían tenido en la maternidad, hinchados por la leche, con los pezones oscuros y más grandes. Me puse duro tan rápido que solté un siseo entre dientes ante aquella sensación maravillosamente dolorosa. Lia me miró, y traté de acomodar mi erección de forma sutil. Sentía una pesada calidez entre las piernas que me empujaba a tumbarla y unir nuestros cuerpos de la forma más primaria. Sabía que nos llevaría algún tiempo encontrar el camino para conectar a otros niveles, pero al menos teníamos eso. Luego recordé que me había abandonado la última vez que hicimos el amor, y el miedo y el pesar me atravesaron, enfriándome de golpe.

Pero tenía que tocarla. Necesitaba sentir su piel bajo mis manos, anhelaba de forma desesperada saborear su dulzura en mi lengua. «Todavía la amo». Dios me ayudara, pero así era. La deseaba tanto que apenas podía respirar. Di un paso hacia ella, haciendo que abriera más los ojos por la sorpresa y que echara la cabeza hacia atrás para mirarme.

—Lia —dije con la voz ronca—. Te he echado de menos. No sabes cuánto tiempo llevo extrañándote.

Separó los labios al tiempo que parpadeaba y su cálida respiración inundó mis sentidos.

— Yo también te he echado de menos.

Enredé los dedos en su pelo sedoso, y ella apoyó la cabeza en mi mano.

—¿Crees que podemos tener otra oportunidad, Lia? —pregunté—. Después de todo lo que ha pasado, ¿hay alguna posibilidad para nosotros? —No me reconocía a mí mismo, pero quería que ella lo deseara tanto como yo. Si los dos lo intentábamos... Quizá si empezábamos de nuevo con intención de reparar lo que se había roto entre nosotros, sí teníamos una posibilidad. Y por pequeña que fuera, me agarraría a ella.

Lia me miró fijamente un momento. Eran tantas las emociones que inundaban sus ojos que no podía identificarlas.

—Es que... No lo sé.

—¿Quieres que así sea?

Cerró los ojos un instante, solo un aleteo de pestañas, mientras el dolor atravesaba su rostro.

—Sí. —Soltó el aire—. Es lo que he querido siempre.

Me dio un vuelco el corazón y busqué su boca con un movimiento repentino. Ella soltó un leve chillido mientras me rodeaba el cuello con los brazos, y enredó los dedos en mi pelo. Tenía el mismo sabor que yo recordaba, y cada célula de

mi cuerpo respondió a él. «Mía». Hundí la lengua en aquella dulzura, haciéndola gemir. Enroscó la lengua con la mía al tiempo que apretaba su delgado cuerpo contra mí. La sangre empezó a hervir en mis venas, se aceleró en una carrera caliente y veloz, pero me obligué a ir más despacio. Siempre había sido así entre nosotros. Era lo único que Lia conocía, y me pregunté si sabría que había otra forma de hacer el amor: lentamente, con languidez, sin arrancarse la ropa y marcarse la piel.

«¡Oh, Dios!».

Retiré la boca de la suya, poniendo fin al beso, y apoyé la frente contra la suya un instante para coger aliento. Me incliné hacia ella para colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja mientras observaba sus labios carnosos, rojos e hinchados por mi beso. Ella me devolvió la mirada con una vulnerable ternura.

Nos quedamos de pie junto a la valla donde más de una vez la había esperado con ansiedad, y sentí que se abría algo dentro de mí. Era como una flor que se había inclinado y había cerrado los pétalos al caer la oscuridad, y de repente sentía la tibia, tenue e inesperada luz de un rayo de sol.

Poco a poco, Lia se acercó a mí y me cogió las manos sin apartar los ojos de los míos. Por un momento, me sentí confuso, sin saber qué estaba haciendo ella. Miré nuestros dedos entrelazados y luego a su cara. Entonces, cerró los dedos de una mano y usó la otra para cerrar los míos, chocó nuestros nudillos un par de veces. Después, abrió la mano, indicándome que la imitara, y se agarró los dedos al tiempo que cogía los míos.

«¡Oh...!».

Sentí como si mi corazón se detuviera.

Sus manos eran suaves y gráciles, pero se movían con seguridad. Observé cómo me guiaba paso por paso por el apretón de manos que tenía problemas para recordar. Una vez y otra, y luego me soltó y lo hice por mi cuenta, imaginando que mis manos chocaban con las de Cole, y casi podría jurar que su risa flotó hasta nosotros a través de los campos, enredada en la brisa, acompañando el susurro de las hojas sobre nuestras cabezas.

Solté una risa que parecía más un sonido de asfixia.

—Así era. —Asentí moviendo la cabeza—. Así era. —Ella lo conocía. Lo sabía porque había estado así, y reconocí la tierna simplicidad del gesto como lo que era: un regalo.

Dejamos caer las manos y nos miramos durante un momento. Algo cambió en el aire que nos rodeaba. No sabía exactamente cómo definirlo, pero hizo que otra chispa de añoranza estallara en mi interior.

—Ven a casa mañana, Annalia. Pasa con nosotros el cumpleaños de Hudson, por favor. —Dejé que las palabras brotaran libremente.

No sabía si existía alguna posibilidad de que sorteáramos los años de falta de comunicación y de añoranza que nos separaban. No tenía ni idea de si había alguna forma de recuperar lo que apenas había comenzado una vez. Pero ahora sabía lo que esperábamos los dos, y me parecía un buen comienzo.

Me miró durante un momento antes de mover la cabeza, asintiendo, y sus rasgos se curvaron en una sonrisa que me fue directa al corazón.

—Me encantaría.

—A mí también, Annalia. A mí también.

## ANNALIA

Me desperté con el sonido de la lluvia repiqueteando en los cristales. Durante un minuto no me moví, me limité a escuchar el suave e hipnótico ruido mientras me perdía en mis pensamientos. Recordé la fiesta del día anterior y rodé sobre mí misma, sonriendo con ternura al recordar a Hudson entre mis brazos con su gorrito de fiesta y la sonrisa manchada de tarta.

Volví a pensar en Preston, en cuando nos habíamos detenido junto a la valla y habíamos hablado por primera vez en mucho tiempo. En cómo me había besado...

«¿Crees que podemos tener otra oportunidad, Lia?».

Me atravesó un estremecimiento de esperanza, pero seguía a la defensiva, pues me daba miedo volver a entregar mi corazón a Preston. ¿Acaso había dejado de amarlo en algún momento? Suspiré. Quizá no.

«Sé sincera contigo misma, Lia. Nunca has dejado de amarlo».

Pero ese amor me había hecho mucho daño. ¿Sería capaz de volver a arriesgar así mi corazón? ¿Debería hacerlo? ¿Podría dejar de hacerlo si quisiera? Mi corazón, al parecer, solo sabía ir a él, como las alas de un ave volando por un cielo infinito. Tan azul como sus ojos y tan caliente como había sido el contacto de su piel contra la mía.

Era obvio que entre nosotros había química. Durante un tiempo me había preguntado si incluso habíamos perdido eso. Cuando había aparecido en casa de Preston con mi desvencijada maleta, su madre me hizo entrar y me dijo que podía llevar mis cosas arriba. Había pasado ante lo que parecía el dormitorio de él, pero no había sabido si debía poner mis pertenencias allí o no, así que me incliné por ocupar la habitación que había al otro lado del pasillo, con la puerta abierta. Era un cuarto con escasos muebles y sin objetos personales. Si Preston quería que durmiera con él, ya me lo haría saber. Y no lo había hecho.

«Eso me había dolido. Mucho».

No, Preston no me había pedido que me trasladara a su habitación, y cuando lo pillaba mirándome con el mismo calor en los ojos que la noche que habíamos

concebido a Hudson, apartaba la vista hacia otro lado como si tuviera problemas para asimilar sus propios sentimientos.

Al principio, pensé que era el dolor..., y luego me había dado cuenta de que necesitaba cada segundo de sueño que podía conciliar, dadas las horas que trabajaba y el sufrimiento físico que suponía tratar de mantener a flote la granja. Luego mi embarazo se había hecho tan evidente que casi no podía dormir, y me alegré de no mantenerlo despierto... Y entonces esos primeros meses de soledad, horribles, con el bebé... Había intentado darle el pecho, pero él tuvo problemas para coger el pezón y algunas noches solo lloraba y lloraba... sin que yo pudiera calmarlo. Solo quería llorar con él. Y lo había hecho.

Preston había estado agotado después de llevar a cabo el trabajo de veinte hombres, pues había tenido que despedir a la mayoría de los trabajadores, y la granja estaba seca y estéril al otro lado de la ventana como si eso fuera el reflejo del vacío reseco de los corazones de los que habitábamos la casa.

¿Cómo hubiera podido pedirle que se hiciera cargo de los lloros del bebé cuando tenía que levantarse al amanecer para trabajar?

Y luego habían empezado aquellas visiones en las que Hudson siempre resultaba herido. Cuando una de esas imágenes de él cayendo al suelo o quemándose con el horno destellaban en mi mente, lo apretaba con fuerza contra el pecho. Pero me hacían sentir débil y llena de ansiedad. Había querido preguntarle a la señora Sawyer sobre ello, pero no me había atrevido. Ya me miraba con suficiente desdén e irritación, como si fuera una usurpadora en su casa, lo cual suponía que era.

Cuando me había mudado, me había prometido a mí misma que la imitaría en todo. Cocinaría, limpiaría, haría lo que fuera necesario para gustarle, para conquistarla. Solo que... no había funcionado. Nada había dado frutos. Igual que no lo había conseguido con mi propia madre.

¿Cómo me miraría la señora Sawyer si supiera que tenía visiones en las que su nieto resultaba herido? ¿En qué tipo de madre me convertía eso? Había días en los que todavía me preguntaba si conseguiría ser una buena madre para Hudson. Lo quería con todo mi ser, deseaba estar con él todo el tiempo, pero seguía dudando de mí misma.

No había tenido un buen modelo en el que basarme para el papel de madre, y la mía había insistido mucho en que yo tenía el diablo en mi interior. Algunas noches, me sentaba en la mecedora arrullando a Hudson y me sentía tan triste y desolada que no podía dejar de preguntarme si ella tendría razón, si llevaba el mal dentro de mí. Ni siquiera podía encontrar alegría en mi propio bebé.

La lluvia siguió cayendo mientras mis pensamientos vagaban hasta la noche en la que me había marchado. Entonces también había llovido, después de meses y meses en los que solo habíamos tenido sol abrasador y viento seco y caliente. Por fin había llegado la lluvia.

Hudson apoyaba la cabeza en mi hombro mientras llenaba el biberón de agua y lo agitaba para mezclar la leche de fórmula que, incluso después de cuatro meses, consideraba el símbolo de mi fracaso. Le di el biberón con una sonrisa, acariciando su pelo, todavía húmedo por el baño. Lo cogió con sus manitas regordetas y empezó a chuparlo. Me incliné hacia él y aspiré profundamente su olor a bebé recién bañado, dejando que su aroma llenara mis pulmones y mi corazón.

Me senté en la mecedora y sostuve su cabeza contra el hueco del codo. Solo llevaba puesto un pañal, y sentí su cálida piel pegada la mía mientras se movía, mirándome con ojos brillantes.

Nunca había estado tan sereno cuando lo amamantaba. Ambos habíamos estado demasiado inquietos y afligidos, así que al final había renunciado. No podía evitar cierto resentimiento hacia él por la forma en la que agarraba el biberón, con aspecto somnoliento y un tanto borracho. Mis emociones me hacían sentir culpa y tristeza a la vez. Le había fallado al inocente niño que mecía entre mis brazos.

Mi fracaso en la lactancia era lo único sobre lo que la señora Sawyer se había mostrado comprensiva. Lo único que no le había hecho torcer el gesto con desagrado como cuando metía la pata en otras cosas.

—No sé por qué sigues intentando darle el pecho cuando es obvio que os estresa a los dos —me había dicho—. Yo ni siquiera intenté amamantar a mis hijos, y fueron bebés muy felices y alegres. —Pero luego se le llenaron los ojos de lágrimas y se marchó de la cocina. La había oído llorar en su habitación por aquella sutil mención a Cole, y deseé poder ayudarla a aliviar su dolor. Pero no podía echarle una mano a nadie, y además quería darle el pecho a Hudson. Preston estaba centrado en mantener la granja a flote, y yo no era capaz de alimentar a nuestro hijo con mi propio cuerpo.

La casa estaba silenciosa. Preston seguía trabajando, como de costumbre, a pesar de que pronto oscurecería, y la señora Sawyer había acudido a un club de lectura en casa de una amiga suya en el pueblo, por lo que no regresaría hasta dentro de unas horas. Me alegré de que empezara a salir, me venía bien no estar con ella durante las noches.

Me encontré acariciando la cabecita de Hudson, que tenía los ojos medio

cerrados por la somnolencia que acompaña a esa hora tardía y a un vientre lleno de leche. Él me miró parpadeando, como si luchara para mantenerse despierto y poder embaucarme durante un par de minutos más, y yo le sonreí. Volvió a bajar los párpados, y, de repente, tuve una visión en la que lo dejaba caer y su cabeza chocaba contra el suelo, donde se rompía el hueso del cráneo. El miedo me atravesó y lo apreté con fuerza contra mi pecho con el corazón acelerado. Aunque tenía ganas de llorar, contuve las lágrimas. ¿Qué me pasaba?

Me sentía como si oscilara entre momentos de alarma y largos periodos de intensa desesperanza que no se acababa nunca. ¿Acaso la depresión que reinaba en la casa se había colado hasta el interior de mis huesos tan profundamente que se había convertido en parte de mí? ¿Iba a ser así para siempre? ¿Aquella sensación de apática melancolía llenaría todos los demás días de mi vida? Me estremecí ante aquel pensamiento.

A veces me imaginaba cogiendo al bebé en brazos y alejándome de esta casa, más allá de las vías del ferrocarril, a través de los secos y áridos campos de cultivo donde una vez me había perdido en mis fantasías infantiles mientras recogía flores silvestres de vibrantes colores, con las que tejía coronas fingiendo que era un hada.

Quizá terminaría regresando a la pequeña cabaña en la que me había criado. A pesar de lo mucho que odiaba vivir allí, a pesar de todos los esfuerzos que había hecho para estar más tiempo fuera que dentro, ahora empezaba a considerarla como un refugio... Un lugar tranquilo donde la única razón por la que sentía que las paredes me oprimían era porque el espacio era limitado, pero no tenía capacidad para aplastar mi corazón. Allí todavía tenía sueños. Aquí... aquí habían muerto. Se habían convertido en cenizas, que se habían filtrado en mis venas y me hacían sentir muy, muy desesperada.

¿Qué me ocurría?

En ese momento se abrió la puerta trasera y entró Preston. Me dirigió una débil sonrisa antes de clavar los ojos en el bebé, que ahora dormía en mis brazos. Se acercó y se inclinó para besarlo en la frente, y me dio otro beso a mí en la mejilla. Olía a sudor, a tierra; era el aroma profundamente terrenal y masculino que una vez me había acelerado el corazón y me había hecho arder la sangre en las venas. Pero ahora solo provocaba un leve reconocimiento... Nada más.

¿Qué me ocurría?

Sin embargo, él tampoco parecía desearme, y esa certeza era otra de las cuestiones que me angustiaba. Nunca me había dicho que me amaba, solo que siempre me había deseado. Por lo menos antes... había tenido su pasión. Aunque

solo hubiera sido en un momento concreto en el tiempo, esa noche me había deseado. No lo había dudado, y esperaba que volviera a desearme otra vez.

Me miró por encima del hombro mientras se lavaba las manos.

—¿Quieres que lo acueste?

—Claro. La cena estará lista dentro de diez minutos. Seguro que tienes hambre.

Asintió moviendo la cabeza, y después de secarse las manos, se dirigió de nuevo hacia mí para ponerse en cuclillas delante de la mecedora, donde yo estaba sentada. Me incliné hacia delante, preparándome para que Preston cogiera al bebé, pero no lo hizo. Lo miré y noté que me estudiaba con intensidad, que había algo vacilante en sus ojos que no sabía cómo interpretar. ¿Sería deseo? ¿Quería acostarse conmigo, después de todo? Le devolví la mirada con los músculos tensos, esperando que dijera algo.

—Lia...

—¿Sí?

—¿Estás...? ¿Cómo estás? —Su voz era tierna y algo ronca.

Abrí la boca para responder, pero no sabía qué me estaba pidiendo, qué buscaba...

«No lo sé. Ayúdame. No lo sé».

—Estoy bien.

Sus ojos recorrieron mi rostro durante un momento, y tuve ganas de llorar. Pero era lo último que él necesitaba. Estaba luchando para sacar adelante la granja casi solo, lo sabía, y no podía añadir ninguna preocupación más a las que ya tenía.

Frunció el ceño, vacilando. Luego se incorporó, me pasó un dedo por la mejilla y suspiré cuando dejó caer la mano. Cogió al bebé en sus brazos y se alejó, saliendo con él de la habitación.

Cuando volvió a bajar, unos minutos más tarde, estaba sirviéndole la cena. Se sentó ante la mesa y comimos en silencio. En una ocasión, al levantar la vista, lo vi mirando pensativamente por la ventana. Clavé los ojos en ese punto.

—¿Qué pasa?

—Si lloviera durante los próximos días, podríamos salvar algún cultivo de fresa. Aunque solo fuera uno, la granja saldría adelante.

El corazón me dio un vuelco.

—No hay pronóstico de lluvia.

—Lo sé. —Se concentró de nuevo en la comida. Yo traté de tomar un par de bocados más, pero no tenía apetito. La nube oscura que me seguía a todas partes

parecía haberme robado todos los placeres físicos.

—Creo que me quedaré despierto esta noche, por si acaso —dijo. Lo miré, sorprendida de que estuviera hablando tanto. Por lo general, era su madre la que charlaba siempre y él estaba callado, incluso aunque estuviéramos solos, lo que ocurría pocas veces—. Voy a rezarle a Cole... —Clavó los ojos en los míos—. Creo que si alguien puede traer la lluvia, quizá... quizá sea él.

Me quedé inmóvil, el corazón se me detuvo un instante y luego se aceleró. Era la primera vez que mencionaba el nombre de Cole desde su muerte. Se me escapó el aliento, pero Preston no pareció darse cuenta.

Sus ojos se volvieron a apartar de la ventana, a mi espalda. Parecía triste, pero no era solo eso, y por un momento me sorprendió tanto que me hizo salir del trance en el que vivía desde hacía meses. No podía distinguir las demás emociones que leía en sus ojos, pero estaban allí. Esperé, conteniendo la respiración, aunque deseaba desesperadamente que dijera algo más, que me diera una pista de lo que le pasaba por la mente, por el corazón.

—Que la granja se salve... —murmuró, distante—. Es lo único que quiero.

Mi corazón retumbó, pero con una especie de dolor lejano.

«¡Deséame a mí! —gritaba mi mente—. Déjame ser suficiente..., déjame ser algo. Aunque sea poco. Dame algo de esperanza».

—Preston... —murmuré al tiempo que él deslizaba la silla hacia atrás, sobresaltándome con el ruido. Él se levantó y la silla cayó al suelo, a su espalda—. ¿Qué es eso?

Él corrió hacia la ventana y miró el cielo oscuro con una risa incrédula que llegó acompañada por una especie de sonido ahogado. Me puse también de pie para mirar por la ventana justo al tiempo que una gota de lluvia golpeaba el cristal. Respiré hondo.

—No es posible...

Preston fue entonces hacia la puerta corriendo y la abrió, saltó las escaleras para correr hasta el medio del patio trasero, donde se detuvo y abrió los brazos hacia el cielo, riéndose de forma salvaje. Me acerqué a él lentamente, bajando los escalones y pisando la hierba.

La lluvia, que al comenzar había sido solo un puñado de gotas, estaba ahora cayendo de forma constante. Me empapaba el pelo y la ropa con su cálida humedad. Una lluvia mansa pero intensa, la mejor para la cosecha. Una risa de incredulidad burbujeó en mi garganta y levanté también la vista hacia el cielo, alzando los brazos como había hecho Preston. Luego los dejé caer, pero durante varios minutos permanecí con la cara hacia el cielo, que nos entregaba el

increíble regalo de la lluvia.

Mientras el agua seguía cayendo, bajé la vista y contemplé a Preston, que también me observaba, con el pelo y la ropa pegados a su cuerpo, igual que me pasaba a mí. Percibí el contorno de sus músculos y noté cómo el intenso trabajo en los campos le había endurecido los brazos y el pecho. Ahora parecían tallados en piedra, como si fuera un hermoso dios. Y me estaba mirando con tanta intensidad que casi me olvidé del milagro de la lluvia. Solo lo vi y sentí la primera oleada de deseo en mucho tiempo. Solté un pequeño jadeo mientras me apartaba el pelo de la cara.

En un borrón, estaba frente a mí, y solté otro sonido que fue absorbido por la lluvia. Sentí su calor. Le oí decir mi nombre mientras enredaba los dedos en mi pelo empapado y me inclinaba la cabeza hacia atrás. Reclamó mi boca con una intensidad tan fuerte que grité ante el impacto.

«¡Oh, Dios!».

Me aferré a él con fuerza mientras nos besábamos, superada por una desesperada sensación de necesidad. ¡Oh, Dios! Sí, lo deseaba, necesitaba el contacto físico. Lo necesitaba con todas mis fuerzas. Si él no me hubiera estado sujetando, me habría caído.

Tiré de su camiseta y él me soltó para deslizársela por la cabeza. Grité, sintiéndome fría y vacía, y se me llenaron los ojos de lágrimas. No podía... «¡Oh, por favor! No me alejes». No quería rozarlo para que luego me rechazara. No podría soportarlo... No podría. Pero unos segundos después, me volvió a rodear con los brazos murmurando mi nombre y haciéndome sentir su cálido aliento en el cuello. Al mismo tiempo, metió las manos por debajo de mi camiseta para acariciarme la piel desnuda de la espalda.

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

La lluvia continuó cayendo con aquel ritmo lento, golpeando la tierra a nuestro alrededor. De repente, un rayo cruzó el cielo y, unos segundos después, retumbó el trueno. Preston me cogió entre sus brazos y empezó a andar a toda prisa hacia la casa, sin apartar nunca los labios de los míos.

Atravesó la puerta trasera y, después, volvíamos a estar bajo las brillantes luces de la cocina. Me deslicé por su cuerpo cuando me bajó las piernas para dejar los pies en el suelo. Nuestras respiraciones jadeantes resonaban en la estancia. Los suaves gemidos de Preston me hacían sentir débil.

Me hizo retroceder hacia el vestíbulo, y pensé con lejanía que nuestro segundo encuentro sexual no iba a ser sobre la dura superficie de la mesa de la cocina, si no en una cama, gracias a Dios.

Sin embargo, cuando llegamos al vestíbulo, me apoyó contra la pared y, en un fluido movimiento, me quitó la camiseta por la cabeza. Grité por lo bajo, con ganas de cruzar los brazos para cubrirme los pechos, a pesar de que llevaba sujetador. Pero era una prenda de lactancia y no resultaba sexy, por lo que mi propia inseguridad hizo que la niebla de la pasión se desvaneciera.

Preston solo había visto mi cuerpo desnudo una vez, pero había sido casi de la misma forma que ahora, en una habitación oscura después de que nos hubiéramos arrancado la ropa. Casi le pedí que se detuviera, que bajara la velocidad para poder orientarme, pero tenía miedo de que dejara de tocarme, y necesitaba con desesperación sentir su contacto físico. A una parte de mí no le importaba cómo ni por qué, solo que fuera él.

—Lia, Lia, ¡Oh, Dios mío, Lia! —murmuraba mientras buscaba el botón de mis vaqueros, los empujaba hacia abajo y luego se ocupaba de sus propios pantalones, dejándolos caer al suelo.

Por un momento, me dio miedo que viera las estrías que tenía en el vientre, y no quise que lo hiciera. Estaban allí por su culpa, pero ¿y si las encontraba poco atractivas? ¿Y si las veía y no le gustaban?

Usé las manos para sujetarle la cara y atraje de nuevo sus labios hacia los míos, asegurándome de que no mirara hacia abajo mientras le alzaba con un brazo y usaba la otra mano para guiar su dura longitud en mi interior, empalándome contra la pared con un rápido movimiento, que hizo que apartara la boca y jadeara en voz alta.

Se quedó inmóvil.

—¿Estás bien?

—Sí, sí... —jadeé—. Estoy bien. Por favor...

«Por favor, ámame...».

«Por favor, ayúdame...».

«Por favor, no dejes de tocarme...».

«Te necesito».

«Te necesito».

—Por favor... —repetí.

Comenzó a moverse al tiempo que gemía con tanta desesperación que no estaba segura de si sentía placer o dolor.

Estaba un poco seca y me sorprendió que incluso después de tener un bebé todavía me sintiera estirada y llena cuando él se movía en mi interior. Me aferré a sus hombros, mirando el reflejo de su trasero desnudo en el vidrio de la puerta. Sus músculos se tensaban y relajaban cuando empujaba y se retiraba. La imagen

provocó una oleada de calor húmedo y un latido de placer en mi núcleo. Gemí, ajustando mi pelvis contra la de él, saliendo al encuentro de sus movimientos.

Busqué aquel salvaje placer que sabía que existía desde la primera vez que mantuve relaciones sexuales, pero no iba a poder alcanzarlo en esa posición. Sin embargo, solo estar cerca de él y tenerlo dentro de mí era tan maravilloso que no me importó.

Después de un minuto o algo más, él soltó un profundo gemido y me apretó contra la pared. Le rodeé las caderas con las piernas, estrechándolo mientras jadeaba contra mi cuello. Noté cómo latía en mi interior al tiempo que me apoyaba en él, con los brazos alrededor de su cuello, sintiéndome un poco decepcionada, pero disfrutando de la cercanía, de la calma que seguía a la tormenta.

Movió los labios contra mi cuello, suaves como las alas de una mariposa, y su aliento me hizo cosquillas en la piel. Cerré los ojos mientras una leve sonrisa asomaba a mis labios. Le peiné con los dedos al tiempo que veía a través del cristal que la lluvia se estaba calmando hasta que solo fue un suave golpeteo contra el techo. ¿Habría sido suficiente?

Preston me hizo bajar las piernas y se retiró de mi interior, haciéndome soltar un jadeo de sorpresa. Odiaba esa parte, aquel repentino vacío. Pero no me dejé llevar por él. No quería que esto terminara. Sin embargo, él no insistió y siguió pegado a mí, como si también disfrutara de los instantes posteriores.

—A veces... —me dijo al oído—, pienso que tienes el diablo dentro. Nadie más que tú me hace perder el control. —Sonrió contra mi piel.

Me quedé rígida.

La angustia me atravesó y lo empujé con suavidad. Me subí los pantalones con rapidez mientras él se abrochaba también los suyos.

«Tienes los ojos del diablo».

Recogí la camiseta del suelo mientras lo miraba. Su piel era casi tan bronceada como la mía después de todo el tiempo que pasaba bajo el sol, solo que de un tono más dorado, con músculos fuertes. Era impresionante, y yo lo amaba con todas mis fuerzas. Pero no importaba.

No era suficiente.

«Eres hija del diablo».

Yo no era suficiente.

Y en ese momento, sentí que mi corazón se partía en dos. En mi mente, encajó todo. Yo amaba a Preston, pero él solo me deseaba, y sentía una especie de tristeza culpable cada vez que cedía a eso. ¿Qué me había llevado a pensar que

era diferente? Preston nunca me había tocado con amor, dulzura o adoración. Yo había vuelto a ceder a su atracción, y eso era todo. Incluso había pensado que eso sería suficiente, pero no era así. Me dolía, estaba herida. No podía quedarme. Si continuaba allí, me moriría. De hecho, ya me sentía medio muerta.

—¿Lia? —Lo que estaba pensando se había reflejado en mi cara, haciendo que se sintiera confuso. Lo oí en su voz, lo vi en sus ojos...

Retrocedí, con la camiseta apretada contra los pechos con una mano mientras me cubría las estrías del vientre con la otra. Me sentía expuesta, poseída por el dolor, herida por la decepción. Solo quería escapar.

—Lia... —repitió, dando un paso hacia mí y tendiéndome la mano—. ¿Quieres dormir en mi habitación esta noche?

¡Oh, no! No podía. Eso solo empeoraría las cosas. Solo haría que me resultara más difícil lo que tenía que hacer.

—No... Er... Estoy muy cansada, Preston. Solo quiero dormir.

—Vale. —Se metió las manos en los bolsillos al tiempo que abría la boca como si quisiera decir algo, pero luego la cerró.

Me di la vuelta y subí rápidamente las escaleras hasta mi habitación, donde cerré la puerta. Pensé que iba a llorar, pero las lágrimas no llegaron. Sentía un opaco vacío en mi interior con la espalda apoyada en la dura puerta de madera mientras el semen de Preston resbalaba húmedo entre mis piernas. Por lo menos en esta ocasión estaba tomando medidas para el control de la natalidad. Al menos sabía que no me iba a enterar después, cuando me hiciera una prueba de embarazo con manos temblorosas en el cuarto de baño, de lo que ya sabía. Lo que mi cuerpo llevaba meses diciendo. Me rodeé con los brazos al recordar aquel momento lleno de terror. Sin embargo, por debajo del horror, había sentido una súbita alegría. Pero ahora no era así, como recordaba que había pasado antes. Ahora solo había soledad.

No podía quedarme aquí. Tenía que regresar a casa de mi madre. Necesitaba escapar, tratar de evadir la neblina de tristeza que envolvía esta casa, huir de mi constante sueño poco realista de que podría ser una buena madre para Hudson, que alguna vez conquistaría el afecto de la señora Sawyer, y mi igual de inalcanzable sueño de que Preston podía llegar a amarme.

Me acosté en mi cama —la cama de invitados de una casa donde nunca había sido invitada— y cerré los ojos. Debí de quedarme dormida, porque cuando oí el crujido de la casa, ya estaba oscuro. Abrí los ojos, pero tuve que volver desde las oscuras profundidades de unos sueños que no podía recordar.

Me senté, todavía aturdida, y escuché el silencio. Preston estaría ya dormido.

Sería el mejor momento para marcharme sin tener que enfrentarme a él. Ni siquiera tendría que reunir el valor de pedirme que me fuera cuando tenía que saber tan bien como yo que esto no estaba funcionando.

Llené la maleta poco a poco, y se me puso un nudo en la garganta al pensar en el día en que la había vaciado, el día en el que todavía albergaba secreta y cautelosamente una llama en el corazón.

Pasé por la habitación de Hudson y me sorprendió ver que la puerta estaba entreabierta. Asomé la cabeza y vi a Preston sentado en la mecedora, con Hudson sobre el pecho. Los dos estaban dormidos. Hudson debía de haberse despertado y Preston se había levantado en lugar de avisarme a mí. Me sorprendió porque nunca antes le había despertado el bebé.

Por un momento, solo los observé, con un nudo en el pecho que me hacía difícil respirar. Oh..., había soñado esta escena. Preston con nuestro precioso bebé sobre el pecho. Pero en mis sueños, yo los miraba con amor y alegría, no con dolor y angustia. Me cubrí la boca con la mano, para que Preston no oyera mis gemidos ahogados.

¡Oh, Dios! A Preston le destrozaría que me llevara a nuestro bebé después de todo lo que había perdido. Pero ¿cómo podría vivir sin mi bebé, incluso aunque fuera en el pueblo?

Pero tenía que alejarme de este sufrimiento. Tenía que averiguar lo que me pasaba y tratar de remediarlo. Vivir aquí estaba matándome lentamente.

Amaba a Preston. A pesar de que no era suficiente, seguía amándolo. Dejarlo me dolería, pero, una vez más, quizá se sentiría aliviado. Sin embargo, alejarme de Hudson sería devastador. Y lo cierto era que prefería matarme que provocarle a Preston más angustia.

Y quizá fuera también lo mejor para Hudson. Tal vez que yo me marchara sería lo mejor para todos.

Salí de la casa en silencio, conduciendo el coche por el camino de tierra hasta la carretera sin encender las luces hasta que estuve lo suficientemente lejos para que no me vieran desde la vivienda. La desolación que sentía era tan intensa que pensé que me derrumbaría, pero me aferré al volante y recorrí la corta distancia hasta el apartamento de mi madre en el pueblo.

Cuando abrí la puerta, mi madre seguía levantada, sentada en el sillón, frente al televisor.

—Es tarde, mamá, ¿por qué sigues despierta?

Me miró y sus ojos se clavaron en mi cara durante varios segundos, que era más tiempo del que solía mirarme.

—Me ha despertado la lluvia.

—Ah, la lluvia...

—Es un milagro, ¿verdad? Preston debe de estar feliz por la granja.

—Sí, Preston está feliz por la granja. —Mi voz me sonaba apagada incluso a mí misma, pero no podía evitarlo.

Mi madre volvió a mirarme.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás aquí?

Fui hasta ella y me arrodillé delante de ella, desesperada por un poco de afecto, necesitando tanto una pizca de amor que estaba dispuesta a pedirselo. ¿Le importaría mostrarme un poco?

—Mamá —dije, pero luego empecé a llorar, y las lágrimas me cayeron lentamente por las mejillas—, sé que nunca hemos compartido intimidades, pero... ¿alguna vez me has querido? ¿Hay en mí algo digno de ser amado? ¿Algo más que esos ojos del diablo que durante toda mi vida te han recordado a él? ¿Lo hay? —«Por favor, dime que hay algo bueno en mí. Lo necesito».

Su expresión era cautelosa y algo aturdida mientras me miraba, de rodillas delante de ella. Levantó la mano del regazo y la agitó en el aire durante un segundo como si fuera a acariciarme. Contuve la respiración con la esperanza de que quizá me tocaría con ternura, con el amor que ansiaba desesperadamente de alguien, de cualquiera, pero sobre todo de ella. Sin embargo, la dejó caer de nuevo y apartó la mirada.

—Por la mañana se fue, pero me dejó sus ojos. Los ojos del diablo para que los viera y maldijera durante el resto de mis días —murmuró más para sí misma que como respuesta a mi pregunta. Pero era la contestación que buscaba de todas formas. Un dolor me penetró hasta el fondo, haciéndome sentir como si tuviera un millón de años. Me puse en pie despacio, e hice una mueca como si me hubiera golpeado, como si el dolor pudiera ser en realidad físico. Y tal vez lo era. Si lo fuera, no podría dolerme más.

Había algo malo en mí. Algo muy malo.

Y aquí no conseguiría sanarme tampoco.

Moví lentamente la mirada a la mesita que había junto al sillón de mi madre, y me acerqué a ella como si estuviera en trance. Abrí el cajón, vi el pequeño cuchillo brillante que mi madre siempre mantenía cerca para protegerse, parecía que me llamaba... Pero aparté la vista de él y retomé la idea que me había llevado allí, rebuscando en el fondo del cajón, donde mi madre guardaba las cartas de mi tía. Me quedé mirándolas por un instante, y el corazón se me aceleró cuando las cogí y me las guardé en el bolsillo de la chaqueta.

Mi madre me miró en silencio.

—Me voy durante un tiempo. Si viene Preston por aquí, dile que me he marchado, pero no le digas a dónde. —No esperé su respuesta y cerré la puerta en cuanto salí.

No me atreví a mirar hacia atrás mientras me alejaba de Linmoor. Mi corazón no habría sido capaz de soportarlo.

El recuerdo de esa noche me impulsó a levantarme de la cama. Pero no porque pensar en ello me deprimiera, que lo hacía, sino porque allí había algo más... Algo que no había percibido durante todos esos meses que había estado fuera. Cuando recordaba aquella noche, revivía el dolor, la forma en que aquel sexo precipitado contra la pared del vestíbulo me había hecho sentir usada y no querida, y cómo me ahogaba, y aquella noche bajo la lluvia había supuesto el empujón final.

Pero ahora, después de hablar con Preston el día anterior, veía aquella noche bajo una luz diferente. No sabía nada entonces de la pelea que él había tenido con Cole. No había sabido que Preston cargaba con la responsabilidad de la muerte de su hermano sobre sus hombros durante todo ese tiempo, además de toda la demás angustia que había retenido en su interior. Era un hombre que poseía una naturaleza profundamente protectora. ¿Cuán atormentado se habría sentido cargando la culpa por una situación que había provocado tanto sufrimiento?

Me habría gustado haber estado en un lugar donde pudiéramos haber hablado sobre ello, pero había muchas razones para que no fuera así: pena, culpa, confusión, el bebé, la granja. Nunca había sido extrovertida ni me había gustado compartir lo que tenía en mi interior, y las circunstancias en las que había vivido sin duda no habían ayudado a fomentar lo que entonces consideraba nuevo y aterrador.

Pero también Preston era bueno guardándose sus propios sentimientos. Quizá fuera por ser la mitad de un todo, la mitad que siempre había parecido feliz de permanecer alejada de la luz para que fuera su gemelo quien subiera al escenario. Quizá era su naturaleza. Quizá era así como se comportaban los hombres. No lo sabía exactamente. Lo que sí sabía era que, en conjunto, nos habíamos enredado en una miríada de malentendidos y dolor. Pero también sabía que si identificábamos el problema, quizá —¡oh, quizá!— podríamos solucionarlo. Al menos intentarlo.

«¿Crees que podemos tener otra oportunidad, Lia?».

La esperanza me inundó.

«Eso no es molestar, *mi amor*. Es protestar».

Recordé las palabras de Rosa, la forma en que las había dicho, con intensa seriedad. Y una pequeña chispa se encendió en un lugar en el que nunca había habido antes luz o calor. Sabía lo que quería decir, aunque ella solo se había referido a la tarjeta de identificación. Había querido que me levantara y me hiciera valer. Había tratado de contentar a todos menos a mí misma, y por eso me había rendido.

«¡Oh, Dios!».

Si quería que las cosas funcionaran entre Preston y yo, tenía que encontrar la forma de protestar. Iba a tener que intentarlo, y me asustaba de muerte, porque lo único que sabía era centrarme en las necesidades ajenas, incluso en detrimento de las mías. Pero eso no había funcionado nunca, para nadie. Mi madre se había convertido en una ermitaña, ocultándose en el apartamento a menos que yo la arrastrara fuera, y Preston y yo nos habíamos alejado tanto que no sabía si podríamos volver a estar juntos.

Ese era el resultado de intentar aguantar, de tratar de complacer, de desaparecer en las sombras para que nadie se sintiera molesto por mi presencia, por mi vergüenza. No quería obligar a nadie a estar conmigo. Suspiré. Ese no era el ejemplo que quería darle a mi hijo. Quería ser fuerte, que estuviera orgulloso de mí..., y, si era posible, quería luchar para darle una familia.

La lluvia había cesado, y el sol brillaba por las rendijas de las persianas, suavizando la monótona fealdad del piso. Mi madre estaba despertándose, y me metí en el cuarto de baño con rapidez para ducharme antes que ella. Me sequé el pelo y me hice una trenza floja antes de maquillarme un poco.

Me vestí y fui a la cocina a prepararme una taza de café, y le hice otra a mi madre, que se había sentado en su sillón.

—Mamá, me voy a pasar el día con Preston y Hudson. Luego regresaré a hacer la cena. Quiero contarte un montón de cosas sobre tu hermana, porque creo que debes saberlas a pesar de que no me vas a preguntar. No es necesario que me escuches si no quieres, pero hablaré... Y eso es todo.

Parecía irritada, y movía el pie de la forma que lo hacía cuando estaba nerviosa, pero no dijo nada mientras se llevaba el café a la boca y daba un sorbo. Me miró con escepticismo por encima del borde, pero no se negó.

—Entonces, bien —murmuré.

Cogí el bolso y salí del apartamento para ir a casa de Preston. Era un hermoso día de primavera. El primer cumpleaños de mi hijo.

## PRESTON

Mi madre entró en el despacho, donde yo estaba reparando unos documentos.

—¿Dónde está Hudson?

Miré a las largas cortinas y las señalé con la cabeza, arqueando una ceja.

—No tengo ni idea —dije en voz alta—. Estaba aquí mismo hace un momento.

Mi madre sonrió mientras daba un paso en aquella dirección, donde se oyó un obvio crujido y una risa de bebé.

—Mmmm... Parece que ha desaparecido. Voy a tener que acercarme más... para buscarlo bien. —Otra risita y otro ruido.

Mi madre se tomó varios minutos para fingir que lo buscaba, y yo me concentré en mis papeles. Por fin, apartó la cortina y contuvo el aliento, como si estuviera muy sorprendida. Hudson soltó una carcajada, encantado. Ella lo cogió en brazos y le dio un beso en la mejilla.

—Feliz cumpleaños, cariño.

Sonreí al verlos. Mi madre podía ser una esnob y un poco gilipollas, pero adoraba a su nieto. No se podía negar.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Va a venir Lia, y vamos a pasar el día con ella. —De hecho, le había pedido a Tracie que se acercara un par de horas para quedarse con Hudson mientras dormía la siesta para poder hablar con Lia.

Mi madre me lanzó una mirada de reproche.

—¿Crees que es una buena idea? ¿Y si el bebé vuelve a apegarse a ella, y Lia se vuelve a marchar? Oh, Preston, tienes que pensar en tu hijo.

Solté un suspiro. Si quería que las cosas funcionaran entre Lia y yo, era necesario que pusiera algunos límites con mi madre.

—Precisamente estoy pensando en él. Estoy pensando en nosotros tres. —«Como debería haber hecho hace tiempo».

La miré un rato; tenía los labios apretados y aquella mirada altiva que tanto le gustaba dirigir a los demás.

—Mamá, Hudson es hijo de Lia, y no pienso apartarlo de ella. Creo que tú lo

intentaste hacer incluso cuando estaba aquí, y yo debería haberme dado cuenta. Tenía que haber percibido lo que estaba ocurriendo y no lo hice. Estaba ciego a todo, salvo a mi propio dolor, y Lia sufrió por ello, seguramente más de lo que pienso.

—¿Y no crees que yo también estaba mal también? —Su voz se elevó una octava.

—Sí. Todos nos sentíamos mal, y todos hemos cometido errores. Unos más grandes que otros. Pero mi responsabilidad era proteger a mi familia, y solo me dediqué al trabajo.

—No solo era trabajo, tenías que salvar la granja. ¿Qué había más importante que eso?

«Lia. Hudson. Ellos eran más importantes...».

Suspiré.

—Lo único que te pido es que intentes encontrar razones para perdonar y comprender a Lia por haberse marchado, y tal vez darte cuenta de que también has tenido parte de responsabilidad al no hacer que se sintiera bienvenida aquí.

—¿Qué se supone que debía haber hecho? Como si hubiera podido oponerme a algo... Apareció aquí, embarazada, en el peor momento de toda mi vida.

—¿Quién te crees que la dejó embarazada?

—No seas grosero conmigo. Y por lo que yo sé, se quedó embarazada a propósito para poder salir de ese sucio apartamento en el que vivía con su madre.

«¿Sucio?».

—Dios, mamá. No se quedó embarazada a propósito. Y yo necesitaba que estuviera aquí para poder concentrarme en la granja.

—¿Cómo iba yo a negarme a eso?

Hice una pausa mientras una imagen se hacía evidente en mi mente. Le había dicho a mi madre que necesitaba que Lia estuviera aquí para poder protegerla sin quitarle tiempo a la granja y, al hacerlo así, me beneficié a mí mismo, pero condené a Annalia a vivir como una invitada indeseada.

—Eso es lo que hiciste, ¿verdad? Durante todos esos meses la hiciste sentir que nos veíamos obligados a aceptarla aquí. ¿Te aseguraste de que pensara que no la queríamos? —«Sucia». Así se había sentido ella aquel día en el instituto, cuando Alicia Bardua se había cebado con ella porque tenía chinchas en la ropa.

Mi madre apartó la mirada, pero antes leí la verdad en sus ojos. «¡Oh, Dios mío!».

Y aquí mismo, delante de mis narices. La culpa me hizo esbozar una mueca de dolor.

—Adoro a mi nieto —aseguró ella, besando la cabeza de Hudson. Estaba

jugando con el medallón que mi madre llevaba al cuello, y cuando lo besó, levantó la vista y sonrió.

—Lo sé, mamá. También sé que no se puede cambiar el pasado, y como ya te he dicho, todos cometemos errores. Por mi parte, voy a intentar solucionar los que pueda; así que espero que tú hagas lo mismo. No estaría de más que te disculparas con Lia.

—¿Que yo me disculpara? Es ella la que nos tiene que pedir perdón. —Mi madre parecía muy indignada, pero luego suspiró y dejó a Hudson, que se retorció entre sus brazos, en el suelo. Él gateó hasta mí, y me lo puse en el regazo, donde comenzó a coger todo lo que quedaba a su alcance en el escritorio.

La irritación que sentía hacia mi madre casi hizo que no oyera el suave golpe en la puerta.

—Ahí está tu madre —le dije a Hudson, levantándome con el bebé en brazos para acercarme a la puerta—. Ya hablaremos más tarde, mamá. —Mi madre me siguió y cogió un jersey del perchero del vestíbulo.

Cuando abrí, Lia estaba al otro lado, preciosa con una falda de flores sobre fondo blanco y una camiseta sin mangas negra. Volvía a llevar el pelo trenzado y sonrió al ver a Hudson en mis brazos.

—¡Feliz cumpleaños, *cielito*!

—Hola, Lia —la saludó mi madre al pasar junto a nosotros—. Espero que paséis un buen día.

—Señora Sawyer... —dijo Lia, volviéndose hacia mi madre mientras bajaba las escaleras.

—Pasa —la invité al tiempo que le entregaba a Hudson, lo que hizo que sonriera de oreja a oreja. Entramos en el salón y cuando llegamos, el bebé encerró su cara entre sus manos regordetas para que lo mirara y farfulló algo sin sentido que sonó parecido a «*Nasha mabashka*». Ella intentó descifrar el sonido, pero acabó clavando los ojos en los míos con las cejas arqueadas con una mirada feliz pero impotente.

Yo también me reí.

—Tengo tanta idea como tú de lo que ha querido decir.

Me acerqué.

—¿Qué estás tratando de decir a tu mamá? —Hudson mantuvo las manos en las mejillas de Lia, pero me miró mientras repetía la misma expresión incomprensible.

Lia me miraba con los ojos brillantes por las lágrimas con una expresión llena de gratitud, o eso supuse, porque me había referido a ella como su «mamá».

Levanté la vista y miré de uno a otro, dos impresionantes pares de ojos verde claro clavados en mí que fueron directos a mi corazón. Esos hermosos y expresivos iris que había amado durante toda mi vida me devolvían la mirada desde la cara de mi hijo, haciendo que, de repente, me abrumaran con una mezcla de posesión y sorpresa. Eran míos. Esa mujer y ese niño eran míos.

Hudson volvió a mirar a Lia y repitió los mismos sonidos, volviendo la cara mientras señalaba el nuevo tren.

—*Tai* —dijo muy serio.

Ella se rio y lo llevó hasta el lugar donde estaban las vías. Vi cómo jugaban con los trenes durante un rato, con el corazón encogido al verlos juntos. Me empapé con la imagen, dándome cuenta en ese momento de que en realidad nunca los había visto así. Durante los primeros seis meses de vida de Hudson casi no les había prestado atención porque había estado obsesionado con la granja, y llegaba agotado al final del día.

Pero era consciente también de que cuando la había visto, jamás había lucido en los ojos la luminosidad que mostraba en ese momento. Estaban apagados por el agotamiento que suponía la maternidad. Había sabido entonces que seguramente estaba tan agotada como yo, y me había dicho a mí mismo más de una vez que la ayudaría cuando la granja fuera mejor. Después de todo, trataba de salvarla para ellos: no solo era el legado que me había hecho mi familia, era mi medio de vida, la forma de poner comida en la mesa y un techo sobre nuestras cabezas. Trabajaba tan duro porque dependían de mí. Solo que Lia había necesitado más, tenía que haberle ofrecido también atención a sus emociones, y no me había dado la gana reconocerlo.

Me arrodillé en el suelo a su lado unos minutos después, y me fijé en que Hudson parloteaba tan feliz mientras movía la locomotora por las vías.

—Oye, Lia, le he pedido a Tracie que venga a cuidarlo para que tú y yo podamos salir un rato. ¿Te parece bien?

Me miró, deslizando los ojos por mi cara. Parecía preocupada.

—Podríamos llevar a Hudson con nosotros —sugirió, apartándole el pelo de la frente mientras jugaba.

—Va a tener que echarse la siesta, y me gustaría estar algún tiempo a solas contigo. Creo que es importante.

Su expresión se suavizó, y asintió.

—Vale.

Jugamos con nuestro hijo un poco más, y luego le dimos juntos la comida. Tracie llegó justo cuando Lia estaba fregando los platos, y recibió a la niñera con

cierta cautela, igual que el día anterior, en la fiesta de Hudson. Vi una expresión lejana en sus ojos. Conocía esa mirada; al pensar en las demás ocasiones en las que la había visto a lo largo de nuestras vidas, supe que había aparecido porque era la forma que tenía de ocultar el dolor.

«¡Oh, Lia...! Pensaba que te comprendía claramente, pero todavía me queda mucho que aprender, ¿verdad? Es cierto, y espero que me lo permitas».

Tracie llevó a Hudson arriba y nos deseó, sonriente, que lo pasáramos bien. Me volví hacia Lia.

—¿Qué te parece si recordamos los viejos tiempos y vamos hasta el arroyo donde nos bañábamos siempre?

Había pensado en llevarla a la ciudad para almorzar, pero de repente me había dado cuenta de que quería estar a solas con ella, y algo en mi interior me dijo que debíamos empezar de nuevo, desde el principio. Quería retroceder en el tiempo y hacer bien las cosas, preguntarle lo que quería, hacer que pidiera lo que deseaba, aunque nunca se había sentido cómoda haciéndolo. No podía conseguir tal cosa, pero de alguna forma tenía que empezar de nuevo, a pesar de que teníamos un hijo y habíamos vivido en la misma casa durante casi un año.

—¿Tiene agua?

—Creo que sí. No estoy seguro porque este año no he ido por allí, pero debería haberla.

Esbozó una leve sonrisa mientras se encogía de hombros.

—Vale.

Salimos bajo el cálido sol primaveral y rodeamos la casa para ir al otro lado de la cerca, por el trayecto que llevaba a la quebrada. Pasamos junto a los buzones que había al final del camino de acceso, donde se dividía en dos rutas alternativas, y le cogí la mano para tirar de ella hacia la que habíamos tomado Cole y yo ese día, cuando corrimos por ella hacía tanto tiempo. De alguna forma, parecía lo más correcto.

Pero Lia retiró la mano con suavidad y señaló con la cabeza en dirección al bosque que había en el medio.

—Vamos por el atajo.

Fruncí el ceño, y me detuve.

—¿Atajo? Por ahí solo hay árboles, y tardaremos más en atravesar por el medio.

Ella negó moviendo la cabeza.

—No, hay un camino despejado una vez que pasas los primeros árboles. Creo que en algún momento lo hicieron los leñadores para sacar la madera talada. Va

en línea recta, y llegaremos en la mitad del tiempo.

Sentí que la sangre corría más lenta por mis venas, y que los pies se me quedaban pegados al suelo.

«¡Oh, Dios mío!».

—¿Sabes si Cole conocía ese camino? —pregunté en voz tan baja que supe que a Lia le costó escucharme. Un zumbido resonaba en mi cerebro.

Ella inclinó la cabeza a un lado mientras me lanzaba una mirada confusa.

—Sí. Se lo enseñé una vez, creo que tú habías ido al ortodoncista con tu madre y que habías llegado luego a...

«¡Oh, menudo cabrón!».

Solté una especie de carcajada ahogada, lo que hizo que Lia se sobresaltara y retrocediera. Yo también di un paso atrás y me sujeté el estómago mientras una risa salvaje, teñida de rabia impotente, rugía en mi interior, haciendo que me pusiera tenso.

—Qué cabrón... —repetí en voz baja con incredulidad. Me quedé quieto un momento, intentando recuperar el aliento mientras movía la cabeza—. ¡Cabrón, hiciste trampa! —grité al aire, antes de recoger una piedra y lanzarla al cielo.

—Pero... ¿qué haces? —dijo Lia, dando otro paso atrás como si estuviera perdiendo la cabeza. Me pasé las manos por el pelo, dejando que los últimos estallidos de risa, de ira o de lo que fuera, se desvanecieran—. ¿Te has vuelto loco?

—No —suspiré—. No. Es que me acabo de dar cuenta de que soy estúpido. Estúpido perdido.

—¿De qué estás hablando, Preston? Dios, no entiendo nada...

—Yo tampoco, Lia. Joder, he estado perdido durante tanto puto tiempo... —Y echaba de menos a mi hermano, a pesar de que si hubiera estado a mi lado en este momento, le habría dado una buena patada en el culo. —¡Me había engañado! El muy capullo me había engañado. Y durante mucho tiempo, yo me había castigado intentando cumplir un juramento que estaba basado en una mentira. Y luego me había sentido culpable porque había seguido los dictados de mi corazón de todas formas.

Sin embargo, en parte era culpa mía. Había aceptado la apuesta en lugar de decirle lo que sentía. Había elegido dejar que fuera el azar quien dictara mi destino, en vez de hacer caso a mis deseos y confesar lo que había en mi corazón. Si hubiera sido sincero con él... Si le hubiera dicho lo que sentía por Lia...

Suspiré. La cólera se evaporó.

—Hicimos una carrera por ti.

Arqueó las cejas al tiempo que negaba con la cabeza.

—Vosotros... ¿qué? No entiendo...

Entrelacé los dedos en la nuca e incliné la cabeza hacia atrás para mirar el cielo azul mientras me preguntaba si Cole podría estar viéndonos ahora, y, si era así, si se estaría riendo de esa forma en la que se reía siempre cuando era un niño y lo pillaban con las manos en la masa, haciendo algo malo y egoísta. Esa risa, que tenía parte de encanto y parte de autodesprecio, ya que era capaz de derretir incluso los corazones más duros.

«Me gustaría que lo supieras, puto cabrón. Me gustaría. Dios, cómo me gustaría...».

Solté las manos y bajé la cabeza, mirando a Lia.

—Los dos te queríamos, Lia. Así que para decidir quién te invitaría a salir, hicimos una carrera. Yo no conocía el atajo, pero Cole sí. Corrí con todas mis fuerzas porque quería ser yo quien ganara. Quería que fueras mía. Nunca entendí cómo había conseguido ganar..., pero ahora sí. —Señalé con la cabeza los árboles que ocultaban el atajo. Un camino directo que, por irónico que resultara, había sido la propia Lia quien se lo había enseñado a Cole.

Palideció un poco mientras me miraba.

—¿Hicisteis una apuesta? ¿Para decidir cuál de los dos me invitaba a salir? — Lo dijo muy despacio, como si estuviera tratando de entender algo sumamente complejo. O quizá era que lo encontraba tan ridículo que tenía problemas para creer que lo habíamos hecho de verdad. Al pensar lo último, hice una mueca.

—Sí.

En sus mejillas aparecieron dos brillantes manchas rojas, que sustituyeron la palidez que había visto momentos antes. Abrió mucho los ojos cuando lo comprendió todo.

—Por eso, ese día, Cole me besó junto a la valla. Por eso te alejaste. Porque él había ganado la carrera —masculó las palabras, sin apenas mover los labios.

—Er... sí... —Repetí la mueca. Los había visto desde la ventana de la sala del segundo piso, triste y lleno de celos. Esperaba con todas mis fuerzas que ella lo rechazara, que él se apartara, pero no había sido así. La escena me había hecho tanto daño que apenas había sido capaz de respirar.

«Pero había sido culpa mía. ¡Mía!».

«Había sido yo quien me había hecho eso... Y también a ella...».

Durante un instante detenido en el tiempo, nos limitamos a mirarnos. Luego se dio media vuelta y empezó a alejarse de mí con los puños apretados.

Suspiré, mirando su espalda, preguntándome si había hecho bien al contarle la verdad. Pero había sido una mentira lo que había empezado todo este lío, y quería que ella entendiera lo que había ocurrido hacía tantos años, por qué no la había perseguido yo.

«¿Por qué no lo había hecho de todas formas?».

Di un paso adelante con intención de correr detrás de ella, pero Lia se dio la vuelta y se acercó de nuevo a mí. Me quedé inmóvil, sorprendido y confundido.

Ella no vaciló mientras se acercaba, y abrí mucho los ojos al ver la ira ardiente que brillaba en los suyos. Tenía los labios apretados y lucía una expresión que jamás había visto en su cara.

Por un segundo, quise detener el tiempo y limitarme a estudiarla; parecía un ángel vengador, llena de fuego, y deseé al mismo tiempo alejarme y acercarla más hacia mí. Me sentía fascinado y sorprendido a la vez.

Dio un último paso hacia mí antes de clavarme un puñetazo en el estómago. Solté un «¡uff!» de sorpresa y trastabillé hacia atrás.

—No pienso huir de ti, Preston Sawyer.

—Vale —solté con la voz estrangulada, enderezándome. Volvió a golpearme el abdomen con el puño una vez, con una fuerza que me sorprendió en alguien tan delgado.

—¡Maldita sea, Lia! ¿Cuántas veces más vas a pegarme?

—El primer puñetazo fue para ti, el segundo para Cole. Puesto que él no está aquí para recibirlo, te ha tocado a ti. —Permaneció allí respirando con rapidez. Sus pechos subían y bajaban cada vez que cogía aire y lo soltaba. La vi mover la cabeza—. No me puedo creer que no me preguntaras si quería salir contigo. Te habría elegido a ti, idiota. Ni siquiera habrías tenido que pedírmelo... —Se atragantó con una de las últimas sílabas y soltó una especie de siseo.

El corazón se me encogió por la culpa y los remordimientos. La primera vez que hicimos el amor —cuando concebimos a Hudson— supe que ella me había deseado tanto como yo a ella, pero jamás lo había imaginado antes. «¡Dios!».

—Lo siento. Solo teníamos diecisiete años y fue una mala elección.

—¿Una mala elección? —Hervía de cólera—. ¿Una mala elección? Me apartaste con esa carrera. Y por su culpa..., te eché de menos durante años. ¡Años, Preston! —Las últimas palabras fueron susurradas mientras me miraba con una expresión de completa desesperación.

—Lo siento. A mí me ocurrió lo mismo, Lia. Es que...

Se volvió a girar sobre los talones y dio dos pasos antes de detenerse.

—*¡Decidisteis por mí*<sup>10</sup>! —exclamó con la voz entrecortada. Al parecer, sus

emociones eran tan intensas que lo había dicho en su lengua materna—. Cabrones... —añadió.

[10](#) En español en el original (N. de la t.).

«Lia tiene genio... Ver para creer...».

Parpadeé, y luego, mientras la miraba con las cejas arqueadas, murmuró para sí misma algo sobre «tengo que protestar», antes de darse la vuelta de nuevo. Era como si su primer instinto fuera huir y se estuviera obligando a no hacerlo, quizá incluso estuviera hablando consigo misma al respecto. La estudié intrigado, sin quitarle ojo de encima, para ver qué hacía a continuación.

Se acercó a mí de nuevo con los ojos llenos de lágrimas. Mi interés se desvaneció, sustituido por el remordimiento, cuando detecté un punzante y agonizante dolor en su cara. Me dio un vuelco el corazón.

—Y tú... —respiró hondo mientras sus hombros subían y bajaban al ritmo de su respiración entrecortada— me ignoraste durante un año. Estaba embarazada, iba a tener a tu hijo. Estaba asustada. Sola. Y aunque sé que estabas de duelo, que tratabas de salvar la granja, no te acercaste a mí una sola vez, ¡ni una vez! —recalcó—. Ni siquiera dormías en la misma habitación que yo. Quería que me abrazaras. Si lo hubieras hecho, quizá podría haber aguantado.

Al ver las lágrimas que caían por sus mejillas, sentí una angustia tan intensa que parecía que estuviera sintiéndola por los dos. O quizá había mantenido mis emociones a raya durante tanto tiempo que finalmente se estaban liberando y crecían poderosas en mi interior de la misma forma que mi pasión por Annalia, que siempre se expresaba de repente y sin control.

Me aparté de ella y respiré profundamente varias veces antes de volverme de nuevo.

—Lia, no sabía cómo llegar a ti. Y tú tampoco te acercaste a mí. Te instalaste en la habitación de invitados el día que llegaste, y supuse que así era como querías que fueran las cosas. Pensaba que me odiabas por la situación en la que te había puesto. Te mantenías a distancia, como siempre, y no tenía ni puta idea de lo que eso significaba. —Y tampoco me había molestado en intentar comprenderlo. Dejé que el dolor y la granja me mantuvieran a una gran distancia emocional, algo comprensible, quizá, en un primer momento, pero en el fondo de mi corazón sabía que había usado esas razones para justificar lo que no debería haber permitido.

—¿Qué significaba? Significaba que no quería ser una carga más que añadir a las que ya tenías. No quería ser una obligación para ti. —La vi coger una gran bocanada de aire y quise adelantarme para abrazarla, sabiendo que eso haría que

dejara de hablar. Una parte de mí no quería oír lo que estaba diciendo, pero otra parte sabía que lo necesitaba. Y aún más, ella tenía que decirlo—. Y me mantuve a distancia mientras crecíamos por la misma razón.

—Nunca has sido una carga para mí. Y tampoco para Cole.

—¡Porque me esforcé para no serlo!

Me pasé las manos por el pelo y luego me lo apreté con los puños al tiempo que lanzaba un suspiro de frustración. Dejé caer los brazos y la miré.

—Lo siento, Annalia. Es que... —Miré detrás de ella sin fijar la vista, tratando de ordenar mis pensamientos—. Durante toda mi vida, mi instinto ha sido protegerte, y de la única persona que no lo he hecho ha sido de mí mismo. ¡Joder! Lo he hecho todo mal. Te he hecho daño a ti y a mí, y... —Solté otro gruñido de frustración y la miré fijamente antes de darme la vuelta. Clavé los ojos en el bosque, donde estaba el atajo.

Cole no había sido sincero, ni al ganar ni cuando había hecho el juramento de hermano. Sin embargo, yo tampoco había obrado bien, pues no le había hablado del amor que sentía por Lia. Al mantener mi palabra sin seguir los dictados de mi corazón, al ocultar mis sentimientos y emociones, había creado una distancia a mi alrededor. Si no hubiera actuado así, ¿habría cambiado algo? ¿Se habría echado Cole a un lado si lo hubiera sabido? No lo sabía. Ahora no estaba aquí y yo no podía preguntarle, y eso era algo que me dolería siempre. Pero también quería aprender de él. Quería ser el mejor hombre posible para Lia, para nuestro hijo, y también para mi hermano, que jamás tendría la oportunidad de madurar y aprender de sus propias lecciones.

Me volví hacia Lia de nuevo. Por un momento, nos quedamos mirándonos el uno al otro, separados por más de una docena de años, en silencio, pensando en todos los errores, en las circunstancias que siempre parecían estar en nuestra contra, cuando realmente solo nos perjudicábamos a nosotros mismos una y otra vez. Y aun así, a pesar de todo eso, nuestro amor era tan intenso que el tiempo, la distancia o cien pasos en falso no podían apagarlo. Una profunda quietud en mi interior susurraba su nombre y lo enviaba hacia fuera como si fuera un sonido que saliera del fondo de mi alma.

El mural del restaurante donde ella trabajaba apareció súbitamente en mi mente. Me había identificado con la expresión que había en el rostro de aquel hombre no porque me hubiera sentido así con Annalia, sino porque todavía lo hacía.

Seguía haciéndolo.

Y, ¡que Dios me ayudara!, siempre lo haría.

Un pájaro pio en el aire, los árboles se agitaban con la brisa, y el viento hizo bailar una hoja entre nosotros. Solo existía este momento, y sabía qué tenía hacer.

—Te amo —suspiré, intentando transmitir en aquellas palabras cada pedazo de mi corazón—. Siempre lo he hecho.

Abrió mucho los ojos antes de parpadear un par de veces, y me miró fijamente mientras cerraba los puños, manteniendo los brazos a los costados.

—Te amaba aquel día, cuando acepté correr esa estúpida carrera. Te amaba la noche que concebimos a Hudson, y te he amado también durante este último año y medio, incluso cuando te marchaste y no quería seguir amándote. Te quería igual. Nunca ha sido una elección. Y sé que debe de ser difícil para ti creer en mi amor después de todas las veces que te he herido, pero es la verdad. ¡Dios, es cierto! Y si me das otra oportunidad de demostrártelo, haré lo que sea. ¡Lo que sea...! —Mi voz se rompió en un susurro estrangulado mientras la emoción me ponía un nudo en la garganta.

Lia separó los labios como si aquellas palabras le hubieran sorprendido, y me miró con ternura, con los ojos brillantes por las lágrimas. Di un paso adelante hasta detenerme delante de ella, y le sequé la humedad de las mejillas. Cerró los ojos durante un instante mientras soltaba un pequeño suspiro. Le coloqué un mechón de pelo que se le había soltado de la trenza detrás de la oreja, y luego pasé la yema del dedo por su suave piel, tan aterciopelada como los pétalos de las rosas.

Ante la cercanía de nuestros cuerpos, de la sensación de su piel y el dulce y sutil olor femenino, mi cuerpo reaccionó y toda mi sangre fue hacia abajo. Se me escapó una risa estrangulada mientras intentaba controlarme. Nadie podía afectarme como esta mujer. Nadie...

—¿Tú... me amas? —susurró.

—Te he amado durante toda mi vida. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. —Sabía que era cierto, y me asustaba de una forma incontrolable, pero también me ofrecía cierta paz aceptarlo por fin. Me daba una razón más para luchar por lo nuestro, por nosotros—. ¿No lo sabías?

—¿Cómo iba a saberlo? Jamás me lo has dicho.

Solté un suspiro.

—No se me dan bien las palabras. —Esboqué media sonrisa—. Es posible que lo hayas notado.

También ella curvó levemente los labios.

—Puede que sí. —Lo dijo con ternura, y en voz muy baja.

Le aparté otro mechón de pelo de la cara.

—Te lo demostraré, Annalia —aseguré—. Déjame intentarlo, por favor.

—Oh, Preston... —repuso con aquella voz tierna que todavía sonaba algo acuosa—. Yo también te amo. Es lo que... Es lo único que puedo recordar desde siempre. —Solté el aliento lentamente, con el corazón resonando en el pecho por el amor y el alivio—. Pero... —dijo, tensándose un poco—. ¿Alguna vez te has preguntado si realmente nos conocemos el uno al otro? —La expresión de su rostro era seria, pero no se alejó de mí, así que me relajé, meditando su pregunta.

—Te confieso haber pensado sobre eso últimamente. Pensaba que te conocía muy bien y, sin embargo, sabía muy poco sobre lo que había dentro de tu corazón, de cómo había sido tu vida en realidad. —Incliné la cabeza—. ¿Crees..., ¡oh, joder!, crees que quizá deberíamos empezar de nuevo desde el principio? Quizá sea lo mejor. O quizá, a lo mejor es como debe ser.

—¿Sería posible tal cosa? Ya tenemos un hijo.

—Quizá esa sea exactamente la razón de por qué debemos hacerlo así. Tenemos que intentarlo. No solo por nosotros, sino también por él.

Lia paseó la mirada por mi cara durante un momento y luego suspiró, se cogió la punta de la trenza entre los dedos y la movió hacia delante y atrás mientras bajaba la vista a un lado, mordiéndose el labio.

—Empezar desde el principio... —murmuró. La vi respirar hondo, y me pareció que cuadraba los hombros un poco mientras dejaba caer la trenza. Volvió a mirarme—. Bien. Volvamos... volvamos a empezar.

Sonreí, sintiendo un repentino estallido de amor y gratitud.

—Vale —dije con una sonrisa. Le cogí las manos y ella me devolvió la sonrisa. La miré a sus hermosos ojos, vi en ellos mi pasado y mi futuro. Vi a la niña que había escupido una fresa a medio comer en la mano de mi hermano y también a una mujer increíble y fuerte, que había tenido el valor necesario para volver a mí. Vi mi amor, mi corazón, mi hogar...

## ANNALIA

La gente fue acabando de cenar mientras regresaba a la cocina del Abuelo's y dejaba un montón de platos encima del lavavajillas.

—Gracias, Manuel —dije cuando él recogió los platos con una gran sonrisa antes de volver a canturrear la canción que le sonaba en los auriculares, algo sobre el dolor del amor.

«El amor duele».

En efecto.

Pero...

Oh, pero...

«Te amo. Siempre te he amado».

Mientras cobraba la cuenta de dos mesas en la caja, recordé el día anterior con ira y sorpresa. «¿Crees que quizá deberíamos empezar de nuevo desde el principio?», me había preguntado. No estaba segura de qué quería decir exactamente con eso, pero había considerado que se refería a que íbamos a tratar de dejar atrás todo el resentimiento y la hostilidad. Que empezaríamos con una pizarra en blanco e intentaríamos hacerlo todo de forma correcta, sin secretos, sin tropiezos. Y eso era lo que yo quería. Le había dicho la verdad. Pero nunca se me había dado bien examinar mis sentimientos, y estaba segura de que no iba a ser fácil. Por lo demás, él era el típico chico fuerte y silencioso. Sus pensamientos siempre habían sido muy suyos. Me pregunté si tendríamos éxito.

Y aun así...

«Te amo. Siempre te he amado».

Sonreí. Recordar sus palabras me hacía sentir esperanza y una profunda y palpitante felicidad. Y miedo. Si volvíamos a equivocarnos, no sabía si mi corazón lo resistiría.

Y a pesar de que me había comprometido a intentarlo de nuevo, hervía de ira cuando pensaba en que Preston y Cole habían corrido por mí hacía años. ¡Idiotas! ¡Estúpidos! ¡Tontos! Especialmente Cole, que había hecho trampa. No, en especial Preston, que se había mantenido al margen porque no había ganado.

¿Y cómo iba a hacerlo? ¿Cómo podía decir que me amaba cuando había dado un paso atrás por culpa de los resultados de una estúpida apuesta? Me volvía loca solo al pensar en ello, al recordar lo dolida que me había sentido cuando me enteré de que Preston no me amaba. O eso era lo que había pensado.

Cuando me lo contó, casi me había alejado de él, llena de dolor, rabia y una creciente oleada de resentimiento, pero me había obligado a reprimirme, a enfrentarme a él y a decirle exactamente lo que sentía. Y aunque me había resultado difícil, lo había hecho, me había quedado, y me sentía mejor. Así que, aunque no fuera fácil, iba a tratar de seguir ese camino.

«Eso no es molestar, *mi amor*. Es protestar».

Mientras cobraba la nota de los dos últimos clientes, María se acercó a la caja.

—¿Son los últimos?

Me moví a un lado para que pudiera ponerse delante de la pantalla de la caja.

—Sí.

—¿Quieres venir con nosotros a repartir alimentos? Los lunes vamos al campamento de los trabajadores agrícolas. La semana pasada no pudimos ir porque nos retuvo la inspección anual del departamento de alimentación, por lo que estamos deseando ir.

Fruncí el ceño, confusa.

—¿Al campamento de los inmigrantes?

—Sí. Hay uno a unos kilómetros del pueblo. Está compuesto sobre todo por hombres, pero también hay algunas familias. Guardamos la comida que nos sobra durante toda la semana para ellos, en especial frutas y verduras, porque son demasiado pobres para comprar comida. —Se encogió de hombros—. Si tienen otras necesidades, vemos lo que podemos hacer al respecto.

Conocía aquel campamento porque algunas de las personas que habían trabajado con mi madre en la granja de los Sawyer hacía tantos años habían vivido allí, aunque yo nunca había ido allí en persona. Mi madre había vivido en uno similar cuando llegó a California, pero aquel campamento en concreto ahora estaba cerrado.

En realidad, mi madre y yo habíamos alquilado aquella pequeña cabaña en la propiedad vecina a la granja de los Sawyer por una cuestión de orgullo, para no vivir en el campamento de inmigrantes que había junto a la carretera, a pesar de que había sido una casucha sin apenas servicios, a pesar de que la había odiado, era nuestra, y no tenía que compartirla con otros cinco extranjeros. Incliné la cabeza.

—¿Tú vas?

—Sí. Y también van Alejandro y Raúl, así que si quieres acompañarnos, tienes sitio tanto en la *pickup* de Alejandro como en el coche de Raúl. Ir allí te abre los ojos. Te hace sentir una gran satisfacción ayudar a alguien implicándote de una forma tan personal.

No estaba segura de que nada pudiera abrirme los ojos a una pobreza mayor de la que yo misma había experimentado, pero, una vez más, quizá sí. Y sabía que podía suponer cierta satisfacción personal.

—Por supuesto... Me gustaría ir.

—¡Genial! —dijo mientras se alejaba de la caja hacia el comedor del restaurante—. Nos vemos delante de la entrada dentro de media hora.

Hice el trabajo lo más rápidamente posible y recibí el sueldo del día. Luego me puse la chaqueta y fui hacia la puerta. Rosa salía en ese momento de su despacho.

—¡Oh, Lia! María me ha dicho que vas a acompañarnos.

—Hola, Rosa. Sí, si te parece bien.

—Es estupendo. Cuantas más manos, mejor.

Los ayudé a cargar las cajas de comida en la *pickup* que Alejandro había aparcado junto a la puerta trasera. Luego me subí al coche de Raúl, junto con María, y nos fuimos.

En una de las curvas de la carretera, nos desviamos por un camino de tierra lleno de baches que llevaba a lo que un letrero anunciaba como: «Algodoncillo, campo de trabajo». El campamento estaba junto a la carretera, y aparcamos junto a un camión tan viejo y destartado que parecía como si hubiera salido del depósito municipal antes de que yo naciera. Sabía que era uno de los camiones que transportaba a la gente que vivía aquí a las granjas, porque había visto muchos iguales a este con personas amontonadas en la parte posterior, con las cabezas cubiertas por pañuelos o gorras de béisbol camino de los campos donde se pasarían el día recogiendo fruta y verdura bajo el implacable sol de California. Hombres y mujeres que trabajaban mucho tiempo, con ganas y mucho orgullo, agradecidos de tener trabajo.

Mi tía me había descrito las condiciones de vida en muchas partes de México, la pobreza, la desesperación, el estado en el que se encontraban los niños discapacitados y la gente que pedía en las calles. Me había dicho que en muchas partes del país no había trabajo, que no se encontraban comida o medicinas, y que la gente había perdido la esperanza.

La tía Florencia me había descrito casas construidas con neumáticos usados y cartón, sin agua corriente o calefacción. ¿Quién no lo arriesgaría todo para dar a

sus hijos una vida mejor?

Salí del vehículo con Raúl y María, mientras Alejandro y Rosa aparcaban junto a nosotros. Cada uno cogió una caja de la parte posterior de la *pickup* de Alejandro y fuimos a uno de los desvencijados edificios, donde depositamos las cajas de comida en las mesas que había en el centro de la estancia.

Alejandro se puso a hablar con la mujer que parecía estar a cargo del lugar, y ella nos acompañó a la camioneta para coger las últimas cajas.

—Es la directora del campamento —comentó Rosa mientras colocábamos la última carga junto a las anteriores—. Se llama Becca Jones. Es una maravillosa defensora de la gente que vive aquí. Muchas de estas personas están en paro en este momento debido a la sequía, y a que los agricultores no pudieron plantar el año pasado. E incluso algunos que tienen trabajo se encuentran con problemas para alimentar a sus familias con lo que ganan.

Asentí moviendo la cabeza y miré por encima del hombro para ver cómo se formaba una cola junto a la puerta cuando Becca comenzó a vaciar las cajas. Ella les hizo un gesto a los que estaban más cerca para que se aproximaran, y les empezó a ofrecer alimentos cuando lo hicieron.

Sí, sabía de primera mano a qué problemas se enfrentaban estas personas. Y era evidente que algunos tenían más que un par de bocas a las que dar de comer.

Había un hombre cerca del final que tenía el brazo sobre los hombros de una mujer. Ella llevaba contra el pecho lo que parecía un bebé recién nacido. El pequeño bulto soltó un gemido y la mujer se inclinó para ajustarse la ropa de tal manera que supe que estaba dándole el pecho entre las telas que ocultaban al pequeño. La vi sonreír y canturrear al bebé, que se calmó de inmediato.

Me atravesó una enorme tristeza y una profunda sensación de pérdida, y desvié la vista. Me había sentido muy abrumada y sola durante el tiempo que estuve amamantando a Hudson aquellos primeros meses. Me había dejado llevar por la niebla de la depresión y la autocondena, por la desesperanza de que no iba a conseguirlo. Luego me marché y me perdí los siguientes seis meses de la vida de mi hijo.

Noté un nudo en la garganta, así que me puse a vaciar las cajas y a organizar los alimentos con los demás, que la separaban por montones: a un lado las verduras, a otro la fruta, más allá los productos envasados... No me dejé llevar por la autocompasión cuando tanta gente se enfrentaba delante de mí a su realidad.

Miré a Rosa, que estaba observándome con atención. Me sonrojé, avergonzada, como si ella hubiera podido leer mis pensamientos, como si supiera que estaba

sintiendo lástima por mí misma en lugar de concentrarme en el trabajo que me había comprometido a realizar.

La cola se hizo más larga y el ajeteo del trabajo consiguió que me olvidara de mi propia melancolía. Se acercó un hombre con una niña de unos tres o cuatro años. Ella se subió a la mesa y cogió la bolsa con un gesto de cabeza y un tímido «gracias». Cuando le entregué además una manzana brillante y roja, la niña abrió mucho los ojos y se llevó la fruta a la boca para darle un mordisco. Me reí.

—¿Te gusta? —Ella asintió antes de que se alejaran.

Una hora después, habíamos repartido toda la comida, y la gente había regresado a sus casitas, hechas de madera y dispuestas en tres hileras de más o menos una docena de viviendas. El campamento casi parecía una ciudad diminuta, y en realidad lo era.

En el exterior, los pocos niños a los que había visto en la cola daban patadas a una pelota. Las mujeres se habían sentado en algunos bancos cercanos, y entre ellas se encontraba la joven a la que había visto amamantando a su bebé, con la criatura aún cogida de su pecho. La observé, notando que las demás mujeres lanzaban piropos al bebé mientras se inclinaban para mirarlo. La madre se rio y dio una palmadita en el trasero del niño.

Rosa se reunió conmigo mientras veía jugar a los niños e interactuar a las madres.

—Alejandro, Raúl y María van a echar una mano en algunas reparaciones. Yo soy inútil cuando las herramientas no son culinarias. —Se rio por lo bajo—. No creo que tarden más de media hora. ¿Te parece bien o necesitas estar de vuelta antes? ¿Te espera alguien?

Al oír su pregunta, se me encogió el corazón.

—No, está bien. No me espera nadie. —Si todavía viviera con Preston, él me estaría esperando, pero ahora que me alojaba con mi madre, y por lo que sabía de los hábitos de él, o bien seguía trabajando o bien estaba yendo para casa. Era posible que me llamara, pero llevaba encima el móvil, por lo que podría responderle. En cuanto a mi madre, jamás se había preocupado por mí. Incluso cuando era niña, había ido y venido a mi antojo.

Rosa sonrió.

—¿Te sientas a charlar conmigo?

—Claro.

Nos acercamos a un banco de madera cercano a la puerta del edificio social de la comunidad y nos sentamos. Permanecemos en silencio un rato, mirando a la gente y la puesta de sol en las montañas.

—La familia de Becca llegó de Oklahoma en los años 30. Eran emigrantes de la *Dust Bowl*, la gran sequía que se extendió desde Canadá a México hacia años.

Miré a Rosa con la cabeza inclinada hacia un lado, mientras las palabras de una cita acudían a mis labios.

—«Tenían hambre, y eran feroces. Y aunque los empujaba la esperanza de encontrar un hogar, solo hallaron odio».

Rosa se rio sorprendida volviendo a mirarme.

—Te gusta leer. Steinbeck. Esas palabras también se aplican a estos emigrantes, ¿verdad?

Asentí moviendo la cabeza mientras volvía a mirar al lugar donde estaban sentadas las mujeres, a los hombres de aspecto cansado que iban desde el centro de la comunidad a las cabañas que ocupaban.

«Y aunque los empujaba la esperanza de encontrar un hogar, solo hallaron odio».

«¿Quién entiende a otras culturas?».

«Uno de esos mexicanos».

«Entenderás que no te invite a entrar, ¿verdad?».

—Sí.

—Sin embargo, es más fácil cuando existe una comunidad. Las condiciones no son las ideales, pero al menos se pueden apoyar.

Asentí.

—A veces me pregunto si mi madre no habría sido más feliz si hubiéramos vivido en un lugar como este... o al menos en algún sitio donde ella pudiera haber hablado con otras personas además de mí. Al saber tan poco inglés, debe de haberse sentido muy sola al no poder conversar con mujeres de su edad.

Rosa me estudió durante un momento.

—Ah, sí. Pero eso ha debido de ser muy difícil. Imagino que para las dos. Mis padres no dominan el inglés, pero llegaron acompañados de su familia. Y nos tenían a nosotros para hacer de intérpretes. Después de un tiempo, aprendieron lo suficiente como para moverse en sociedad, para iniciar un negocio y encarrilar su vida. —Hizo una pausa antes de seguir—. ¿Tu madre tiene... papeles?

Me sonrojé ante aquella pregunta directa, y me sentí atravesada por la familiar sensación de vergüenza. Mi madre nunca me había querido, así que ¿por qué me dolía tanto saber que tampoco ella era deseada? Si la gente lo sabía, ¿se meterían con ella o la denunciarían? Sabía que Rosa no lo haría, pero me resultaba difícil sincerarme incluso con ella.

—Sí —repuse en voz muy baja.

Asintió.

—Es muy difícil ser feliz cuando sientes como si no pertenecieras a ninguna parte.

Suspiré. Supuse que eso podía pasarle. Sin embargo, eso no justificaba toda la infeliz existencia de mi madre.

—Creo que mi madre nunca encontrará la felicidad —murmuré. A veces incluso me preguntaba si querría. Y sospechaba que no lo hacía.

Rosa movió la cabeza a un lado.

—Felicidad... Mmm... —Se quedó un rato pensativa—. Quizá la palabra que deberías haber utilizado es «propósito». La felicidad es agradable, sí, pero también es... fugaz. Y se basa en lo que se tiene o no en un momento dado. La felicidad... tiene que ser alimentada continuamente. No llena de propósito la vida. No da sentido a la existencia. —Enlazó su brazo con el mío y lo movió con suavidad, haciéndome reír—. La alegría real, de esa que llena la vida y lleva alegría al alma, proviene del propósito. Así que no, la palabra no es «felicidad». Es «propósito», satisfacción, alegría. Hay que encontrar esas cosas, no la felicidad. Buscar un lugar donde te necesiten, entregarse. Quizá a tu madre le gustaría acompañarnos la próxima semana. Quizá deberías animarla a venir... sin forzarla.

Me apretó el brazo de nuevo, y me reí por lo bajo, pensando que Rosa era una persona sabia, maravillosa y amable, y que me sentía muy agradecida por haberla conocido. Hacía poco tiempo de ello y, sin embargo, mi vida se había enriquecido con su presencia.

—Quizá lo intente...

—Eso es lo único que podemos hacer, hija.

Y por segunda vez en una semana me sentí alegre y reconfortada.

Mientras estábamos entrando de nuevo en el aparcamiento del Abuelo's, me vibró el móvil con un mensaje de texto, y lo saqué del bolsillo.

**Preston:** *¿Has salido ya del trabajo?*

**Yo:** *No, estoy a punto de salir.*

**Preston:** *Dame diez minutos. Estoy de camino.*

Sonreí mientras le enviaba la respuesta.

**Yo:** *Vale.*

Me despedí de todos y corrí hacia el coche, donde esperé a que llegara Preston escuchando la radio.

Unos minutos después, la *pickup* de Preston entraba en el aparcamiento, haciéndome sentir una oleada de alegría. Solo una semana antes, me aterrorizaba estar cerca de él, temía que me odiara y desconfiara de mí. Ahora...

Lo vi salir del vehículo y mi corazón se aceleró, latiendo con más rapidez cuanto más cerca estaba de mí. Llevaba las manos en los bolsillos, y una expresión seria, tan propia de él.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con una sonrisa. Después de lo que habíamos hablado el día anterior, nos habíamos separado llenos de esperanzas y promesas para nuestra relación, pero no habíamos hecho planes precisos, solo un vago «te llamaré».

Habíamos hablado de empezar desde el principio, y, la verdad, me sentía como si lo estuviéramos haciendo. Sentía mariposas aleteando en el estómago, como siempre me ocurría antes cuando veía a Preston. Sin embargo, era algo que no me sorprendía.

—Se me ha ocurrido algo, y esperaba que te apeteciera. —Debía de haberse duchado recientemente, porque tenía el pelo húmedo y me llegaba el sutil olor a gel. Como de costumbre, Preston no se había arreglado demasiado. Se había puesto ropa cómoda, vaqueros y camiseta, y estaba despeinado, igual que siempre, como si se hubiera pasado las manos por el pelo varias veces para domarlo. En realidad, me encantaba su aspecto.

«Mi chico de granja».

Incliné la cabeza.

—¿Todo va bien? ¿Con quién está Hudson?

—Lo he acostado ya. Mi madre está en casa.

Asentí, moviendo la cabeza. Luego bajé la mirada hacia mi uniforme y el jersey que llevaba, tirando del borde.

—No estoy vestida para ir a ninguna parte.

Sonrió y me cogió de la mano para llevarme hasta la *pickup*.

—Vamos a estar solos.

Después de abrirme la puerta y ayudarme a subir, rodeó el vehículo para sentarse detrás del volante.

—¿En serio? —pregunté.

Me miró, con los labios curvados en una sonrisa de medio lado que me aceleró el corazón. Dios, en realidad era ridículamente guapo. Salió hacia la carretera y nos alejamos mientras me permitía el sencillo placer de admirar su buena planta,

sonriendo para mis adentros.

Unos minutos después, tras atravesar el pueblo, Preston se detuvo delante de la lavandería. Lo miré con confusión, pero él se limitó a sonreír y se bajó de la *pickup*.

Una vez que me abrió la puerta y me ayudó a salir, me condujo directamente al cálido y fragante interior del local, donde tanto había disfrutado unos años antes.

—Estamos en la lavandería —comenté.

Me soltó la mano y se metió las suyas de nuevo en los bolsillos al tiempo que bajaba la cabeza. Tenía completamente seco el cabello. Le caía un mechón sobre la frente y, a pesar de que quise apartárselo, no lo hice. Miré a mi alrededor. Hacía más de cinco años que no había venido aquí; ahora disponíamos de lavadora y secadora en el sótano del edificio donde estaba el apartamento, pero no había cambiado nada. Se apoderó de mí una sensación de nostalgia, que llegó acompañada de una extraña sensación de soledad.

—¿Alguna vez te acuerdas de esa noche, Lia? ¿Del día que bailamos?

Miré de nuevo a Preston, que se había quedado en el mismo lugar con la cabeza gacha.

«Esa noche...». Sabía perfectamente a qué noche se refería. Había pensado en ella muchas veces a lo largo de los años, reviviendo la forma en la que me había sentido al bailar con él.

—Er... sí. Solía recordarla... Pensé en ella muchas veces.

Asintió lentamente mientras se cogía el labio inferior con los dientes, mordisqueándolo ligeramente antes de soltarlo. Me atravesó un estremecimiento ante aquel gesto que, sin que él fuera consciente, me seducía. Se acercó a la puerta, dio la vuelta al letrero de «Cerrado» y luego cerró con llave.

Me reí por lo bajo.

—No creo que esté permitido hacer eso.

—He alquilado este sitio durante un par de horas. —Me cogió de la mano y me llevó al centro del local, al lugar exacto donde una vez yo había estado doblando la ropa y lo había visto en la puerta al darme la vuelta. ¡Oh, cómo lo había amado esa noche! Cuánto lo deseaba, y qué confusa e insegura me sentía.

—¿Has alquilado la lavandería?

—No quería que nadie nos molestara. —Sonrió de medio lado—. Es posible que no lo sepas, pero es necesario hacer un sorprendente número de trámites para alquilarlo para una cita.

Me reí.

—No lo sabía. No he tenido demasiadas citas.

Palideció y cerró los ojos durante un segundo.

—Oh, Lia... No sabes cómo lo siento.

Negué con la cabeza.

—No quería decir eso.

Me estudió durante un segundo, moviendo los ojos por mis rasgos mientras volvía a mordisquearse el labio inferior.

Luego se inclinó y me besó con rapidez antes de darse la vuelta para acercarse al dispensador de jabón y buscar algo en la parte superior. ¿Era un mando a distancia?

Al volverse hacia mí de nuevo, apretó un botón, haciendo que la música inundara de repente la estancia.

Solté una risita, y Preston curvó los labios. Se acercó a mí, haciéndome retroceder hasta que noté el mostrador a mi espalda, y tuve que levantar la cabeza para mirarlo. Su sonrisa hizo que me derritiera mientras él me estudiaba la boca y luego de nuevo los ojos. Tragué saliva.

—Esa noche, me moría de ganas de besarte. Vibraba de deseo.

—¿De verdad? —Lo dije tan bajo que me pregunté si me había oído. Pero asintió y se acercó todavía más.

—Sí. Quería besarte... y quería hacer mucho más.

—¿Qué más? —Quería que siguiera hablando. Estaba desesperada por conocer no solo lo que estaba pensando ahora, sino también que me consumían las ganas de saber qué pensamientos habían pasado por su cabeza tantos años atrás.

«En especial esa noche. Cuando se suponía que debía estar en su baile de graduación y había preferido estar conmigo». Llevaba mucho tiempo muriéndome por él.

Su sonrisa, repentina y un poco tímida, hizo que el corazón me diera un vuelco una vez más.

—Creo que lo expresé claramente un tiempo después sobre la mesa de la cocina.

Solté una risita que se convirtió en un suspiro.

—Oh..., eso...

Se volvió a poner serio.

—Sí, pero eso puede y debe esperar un poco más. Quiero tomarme las cosas con calma esta vez y hacer contigo todas las cosas que deberíamos haber hecho antes.

—¿Qué tipo de cosas? —Me faltaba un poco el aliento. No estaba sorprendida

o avergonzada, pero quería oírlo con palabras.

Se inclinó más cerca, y se me detuvo la respiración cuando me rozó la comisura de los labios con los suyos.

—... cosas lentas... —Me besó el cuello ligeramente, haciendo que me estremeciera de pies a cabeza sin poder ocultarlo—. Cosas suaves...

—V-vale... ¿Y vamos a empezar aquí?

—Sí. Vamos a empezar aquí. Debería haber seguido unos pasos diferentes la primera vez, y si vamos a empezar de nuevo, es aquí donde me gustaría empezar. Me gustaría mostrarte lo que debería haber hecho entonces, lo que desearía haber pensado la primera vez que estuvimos aquí.

Preston levantó la mirada al altavoz donde sonaba la música al tiempo que sonreía. Me di cuenta de qué canción estaba empezando y le devolví la sonrisa.

—Es tu canción favorita.

Se rio por lo bajo. El sonido me resultó muy raro, hacía mucho tiempo que no lo oía, y me pareció tan tierno que casi lloré.

—Sí. ¿Bailas conmigo?

Di un paso hacia sus brazos y sentí que los latidos de mi corazón se aceleraban mientras me envolvían con su calor. De repente, me sentí tímida y de mal humor. ¿No era extraño que conociera a Preston de toda la vida, que estuviera íntimamente familiarizada con su cuerpo, que hubiera dado a luz a su hijo y, sin embargo, todavía temblara entre sus brazos por la novedad que suponía su amor?

De cierto modo, era como si hubiéramos vivido una relación con inicio, nudo y desenlace y de alguna forma nunca hubiéramos tenido una. En ese momento, entendí por completo por qué me había sugerido comenzar de nuevo. Lo necesitábamos. Yo lo necesitaba. Y, al mismo tiempo, también tenía que lidiar con la realidad porque las emociones iban a llegar basándose en cosas que ya había experimentado.

Y esta vez no podía fingir que no existía riesgo de volver a caer en el silencio que casi había sido el final para nosotros. Casi, pero no del todo. Todavía había esperanza para nosotros, una pequeña chispa que nunca había desaparecido a pesar del frío que nos había envuelto. La esperanza estaba en esa chispa que me llenaba el pecho de repente y me hacía contener el aliento cuando miraba a Preston.

Sonrió con picardía antes de obligarme a darme la vuelta con rapidez, lo que me hizo sonreír como la primera vez que lo había hecho.

—Prométeme que nunca dejarás de bailar conmigo, Preston. No importa lo que pase. Si tenemos esto, creo... creo que podremos superar cualquier cosa. Está en

nuestras manos...

—Debería haberlo sabido. Lo siento. ¿Sabes qué más debería haber hecho?

—No, ¿qué?

—Debería haberte sacado de la habitación de invitados para pedirte que compartieras mi cama. Incluso si cayera dormido a las ocho y me levantara a las cuatro durante todo el puto año. Podríamos haber compartido el calor durante esas horas, y nos habría ayudado.

—Yo te habría dicho que sí enseguida.

Preston dejó de moverse, y subió las manos a ambos lados de mi cabeza para hundir los dedos en mi pelo.

—Ahora lo sé. —Esas palabras consiguieron que mi corazón se derritiera, pero la imagen de nuestros cuerpos enredados sobre su cama, él tan cerca de mí como en ese momento, me llevó a sentir una oleada de calor. Tenía los pechos hinchados y doloridos, y sentí que el deseo despertaba entre mis piernas. Estaba experimentando las mismas cosas que había sentido aquella noche en esta lavandería, aquellas emociones que me habían hecho sentir confusa e insegura. Entonces no había sabido lo suficiente para saber que Preston estaba reaccionando exactamente de la misma manera.

Lo miré a los ojos mientras sentía la dura cordillera de su erección contra mi vientre y sonreí con ternura.

«Ahora sí lo sé».

—Esa noche yo también quería que me besaras —admití.

—¿De verdad? —Su voz era profunda y algo ronca, y contuvo el aire cuando me apreté contra él.

—¡Oh, sí...!

Tensó las manos sobre mi cuero cabelludo antes de echarme la cabeza hacia atrás para tener completo acceso a mi boca.

—¿Así? —Bajó más la cabeza; sus labios se encontraron con los míos, haciendo que los dos gimiéramos. Hundió la lengua en mi boca, y sentí que mi mente se inundaba con su sabor.

Le rodeé el cuello con los brazos y le enredé los dedos en el pelo de la nuca, consiguiendo que gimiera de nuevo, un sonido de placer masculino que me resultaba sumamente sexy e iba directo a mi núcleo. Sentí que mi ropa interior estaba húmeda y apretada.

«Sí, así... Dios, sí, justo así...».

—Me haces sentir débiles las rodillas —susurró entre besos, estrechándome todavía más mientras deslizaba la lengua en mi boca una vez más. El beso se

hizo salvaje mientras movíamos las manos por el cuerpo del otro, soltando pequeños jadeos y gemidos que flotaban en el aire, inundando el local. Ninguno de los dos tratamos de ser silenciosos. El lugar era nuestro y estábamos ocultos de la calle por las filas de lavadoras y el cristal tintado del escaparate.

Preston me siguió cuando di dos pasos atrás hasta que noté el mostrador en la espalda. Solté un gritito de sorpresa que se transformó en un gemido de felicidad cuando movió las manos sobre mis pechos y me rodeó los pezones por encima del uniforme sin dejar de besarme.

—¡Oh, Dios, sí! Preston, quiero...

Sus labios se separaron de los míos con un gemido torturado, y me alejó de él. Me sentía perdida, excitada y con la piel hormigueante de deseo, así que sacudí la cabeza, tratando de orientarme, de alejar mi mente de aquella neblina de lujuria en la que estaba perdida.

Preston me miraba con una expresión dolorida. Noté que su pecho estaba agitado, como si su corazón latiera rápido porque estaba sin aliento.

—Estar tomándonos las cosas con calma me va a matar —murmuró—. Me va a dejar sin fuerzas.

No pude evitar reírme por lo bajo ante su mueca, pero también yo estaba dolorida, así que mi risa no duró mucho.

—Tampoco tenemos que tomarnos las cosas con demasiada lentitud.

Él soltó un suspiro tembloroso.

—Sí. Quiero hacer las cosas como deberíamos haberlas hecho la primera vez. Y cuando hagamos el amor, esta vez estaremos en una cama, y me tomaré mi tiempo.

—Dime más...

Lo vi tragar y observé el movimiento en la nuez que recorrió su bronceado cuello, muy masculino con la barba incipiente, y por un momento me sentí cautivada por esa pequeña parte de él. Nunca había tenido oportunidad de explorarla. Tenía que haber muchos lugares inesperados en su cuerpo, lugares sensibles que me resultarían muy sexis. Quería —necesitaba— conocerlos todos, descubrir esos pequeños puntos que más le afectaban.

—Quiero... —Empezó a hablar y me obligué a apartar los ojos de su cuello—. Quiero tocar cada centímetro de tu cuerpo. Quiero volverte loca con la boca, con la lengua, hasta que no resistas ni un minuto más. Quiero hundirme en ti y sentir cómo te abres y te estremeces a mi alrededor. Quiero hacer el amor de todas las formas posibles, y descubrir también algunas maneras nuevas.

La lujuria se apoderó de mí y contuve el aliento.

—¿Cuántas maneras hay?

Preston se rio entre dientes, pero terminó soltando un gemido.

—Bastantes. O eso he oído.

También me reí, pero me atacó una oleada de celos. Quería saber cuántas había intentado, pero no me atreví a preguntárselo porque realmente no quería saberlo.

Suspiré, pero moví la cabeza, asintiendo. Estaba excitada y frustrada, pero también quería empezar de nuevo, y si tenía intención de mantener un ritmo pausado, imaginé que teníamos que ir poco a poco, porque si no todo saldría exactamente como la última vez.

Nos tranquilizamos y, un minuto después, me rodeó de nuevo con los brazos para ponernos a bailar la siguiente canción de la lista de reproducción, que también nos resultaba familiar. Me reí.

—No me puedo creer que sigan sin cambiar la música de este lugar.

—Cómo la van a cambiar... Los 80 son el alma de la lavandería.

Me incliné hacia atrás para mirarlo a la cara, con las cejas arqueadas por la sorpresa.

—Te acuerdas...

—Ah, Annalia... Cuando se trata de ti, no me olvido de nada.

Me sentí feliz y esperanzada. Sonreí, apoyando la cabeza contra el pecho de Preston, que me estrechó con más fuerza mientras George Michael advertía sobre el daño que podía provocar un susurro.

**PRESTON**

Era época de cosecha para varios cultivos y, por lo tanto, debía trabajar del amanecer al anochecer. Annalia tenía dos días de descanso a mediados de semana, y le pregunté si quería venir a estar con Hudson mientras yo estaba trabajando. Tracie se merecía unos días de descanso. Annalia había contenido el aliento cuando se lo propuse, como si le hubiera sorprendido que se lo dijera, pero también noté cierta reticencia en su voz, y me pregunté a qué se debería. Supuse que era normal que estuviera un poco nerviosa: la última vez que había cuidado a Hudson durante todo el día él era muy pequeño. Necesitaría algún tiempo para acostumbrarse a sus cambios. Ahora tenía más movilidad, y debía estar pendiente de él de otras formas que antes no eran necesarias.

Era un momento especialmente idóneo, porque mi madre estaría también fuera de casa durante los próximos días, trabajando en una de las organizaciones benéficas en las que colaboraba como voluntaria en la ciudad, por lo que Lia tendría un montón de tiempo para establecer nuevos vínculos con Hudson sin ninguna interferencia.

Mientras estaba en los campos, trabajando, pensé en Lia y en lo mucho que me había gustado tenerla entre mis brazos en la lavandería, aunque besarla había hecho arder en mis venas el mismo torrente caliente que siempre, y recordar su sabor todavía me hacía perder un poco el control. Sin embargo, estaba decidido, y pensaba obligarme a mí mismo a reprimirme en esta ocasión, no solo por ella, sino por mí mismo. Creía que eso también facilitaría volver a tener una relación física. Quería explorarla lentamente, conocerla íntimamente, y experimentar la creciente, constante —y posiblemente dolorosa— excitación que nos habíamos negado ambos durante tantos años.

No podíamos retroceder en el tiempo, pero estaba seguro de que podía volver a recrear al menos un par de experiencias. Mi cuerpo latía de excitación al pensarlo, y respiré hondo, concentrándome en el trabajo de mis manos. El trabajo físico en los campos ya era suficientemente exigente sin necesidad de estar también sometido a un desagradable estado de excitación constante.

La mayor parte de los cultivos de la granja, como los de lechuga que hoy estábamos recogiendo, tenían que ser cosechados con suavidad, completamente a mano, y todavía no me podía permitir pagar toda la mano de obra que necesitaba. El año siguiente, si Dios quería, volveríamos a estar a pleno rendimiento. Aun así, pensaba que todos los agricultores debían experimentar la agotadora tarea de trabajar sus propias tierras, y conocer a fondo las expectativas más reales sobre ellas, al menos si quería ser un jefe con trabajadores leales. Mi padre nos había enseñado la ética en el trabajo... Y la experiencia nos había marcado... a fuego.

—La agricultura no es para los débiles de corazón —acostumbraba a decir mi padre mientras mirábamos desde el borde de las tierras de cultivo. Sin embargo, me apretaba el hombro, y cuando lo miraba, tenía una expresión tan orgullosa en su rostro que me daba un vuelco el corazón.

Miré hacia la casa donde sabía que, probablemente, Lia estaba dando a Hudson el desayuno. Estaba allí ahora, pero se iría por la noche, volvería al apartamento que compartía con su madre. Eso no me gustaba, pero me sentía reacio a preguntarle si quería volver con nosotros. La había obligado a estar cerca una vez porque quería saber que estaba a salvo. Al examinar mis motivos, me avergonzaba de mí mismo. ¿Había sido sobre todo por razones egoístas? ¿Había dado por hecho que estaba bien porque contaba con su presencia física? Quizá para mí había sido lo más fácil, ignorar por completo sus necesidades emocionales. Y eso estaba mal. Muy mal.

También estaba la cuestión de mi madre. Ahora era mucho más consciente de la forma en la que había socavado a Lia y la había hecho sentirse incómoda e insegura mientras yo estaba emocional y físicamente ausente. No pensaba permitir que volviera a pasar. Pero también era un problema que la presencia de mi madre interrumpiera el tiempo que Lia y yo necesitábamos pasar a solas... Un tiempo que yo anhelaba. Y eso me hacía sentir un poco culpable porque, la amara ella o no —y creía realmente que la quería también—, la granja era el hogar de mi madre.

Me incorporé y me tomé un momento para estirar la espalda mientras escuchaba a uno de los trabajadores hacer una broma en español sobre el tamaño de las lechugas comparándolas con una parte de la anatomía de su esposa. Negué con la cabeza al tiempo que su compañero se reía. Una de las cosas buenas que tenía haber trabajado en los campos durante casi dos años era que me había hecho casi bilingüe. Por lo menos, sabía entender los chistes en español, algunos muy verdes y otros muy divertidos.

Riéndome, me di la vuelta y miré en dirección al nuevo lago. Había una zona despejada junto al lugar donde comenzaban los cultivos de fresas. Me quedé mirando ese espacio durante un momento, imaginando una versión más pequeña de la antigua casa de la granja: dos dormitorios, tres como mucho, con un porche abierto a las montañas. Aunque debía tener en cuenta que no era prudente que lo hiciera ahora, al menos financieramente. Tendría que pedir un préstamo, pero la granja comenzaba a dar sus frutos, y, ¡qué coño!, la mayoría de la gente tenía una hipoteca. Era viable.

Me atravesó un zumbido de emoción, pero llegó acompañado por una punzada de dudas. No pude evitar pensar en la imagen que tenía de la habitación de Lia el día que me había abandonado, cuando vi el armario vacío. Sentí un ataque de ansiedad solo al recordarlo. ¡Dios, la amaba! La quería en mi vida. Solo tenía que aprender a confiar en ella.

Pero por ahora el miedo seguía presente, el terror a que si la situación se complicaba, huyera de nuevo, y eso me dejaría tan jodido como la primera vez. Solo que esta vez sería cien veces peor porque no me creía capaz de volver a sentir la rabia que antes había usado de escudo contra el dolor y la sensación de pérdida.

Tiempo. Solo necesitaba tiempo. Debía tomarme las cosas con calma. Ella también tenía que superar las dudas que le habían surgido sobre mí. ¿Cómo no iba a sufrirlas?

Unas horas después, justo cuando estaba preparándome para ir a la casa para almorzar, levanté la mirada y vi que Lia salía por la puerta trasera con Hudson en la cadera. Levantó un brazo y agitó la mano, y mi corazón dio un vuelco al verlos allí. «Mi familia». Las dudas que tenía se disolvieron como por ensalmo mientras me acercaba a ellos, andando sobre la tierra de una hilera de lechugas recién recolectadas.

Entorné los ojos al aproximarme, y la sonrisa que me brindó Lia llenó mi alma. Hudson balbuceó algo y me tendió los brazos.

—¡Oh, no! —dijo Lia, echándolo hacia atrás—. Papá está tan sucio como una lombriz de tierra. Tiene que lavarse antes. —Le hizo cosquillas a Hudson en la barriga para distraerlo mientras yo pasaba junto a ellos y entraba en la casa. El sonido de la risa del bebé me siguió al interior.

Allí, vi que Lia me había hecho un sándwich, que me esperaba en la mesa junto a un vaso de té helado. Me senté después de lavarme con rapidez, y prácticamente lo devoré en dos bocados.

Lia puso a Hudson en la trona y me sonrió.

—He hecho más, por si te quedabas con hambre.

Terminé de masticar el último bocado del primero y bebí un sorbo de té.

—¡Oh, gracias a Dios!

Ella se rio y sacó otro sándwich envuelto en papel de aluminio de la nevera y lo puso en el plato, en el que ahora solo quedaban las migas.

—Hay otro más. Recuerdo precisamente lo hambriento que llegabas después de trabajar en el campo todo el día.

Hice una pausa para mirarla, para verla de verdad.

—Gracias. —Mi voz sonaba ronca. No podía evitarlo.

Ella me miró con la cabeza inclinada a un lado.

—¿Por qué?

—Por todo lo que hiciste por mí mientras yo me rompía la espalda tratando de salvar la granja. Jamás te lo agradecí, así que... Gracias. Muchas gracias, Annalia.

Lo cierto era que, aunque no me gustaría volver a vivir la experiencia de que se marchara por nada en el mundo, tener que cuidar a Hudson yo solo durante un tiempo me había dejado muy impresionado; cuidar de un bebé era un trabajo muy duro. Lia lo había hecho prácticamente sola durante los primeros seis meses del niño, y además se había ocupado de mí con un centenar de detalles que nunca había reconocido.

Noté que la mirada de Lia se hacía más tierna mientras me estudiaba, y luego curvó los labios, asintiendo con la cabeza, un movimiento tan leve que, si hubiera parpadeado en ese instante, me lo habría perdido.

—De nada.

Volví a concentrarme en mi almuerzo mientras Lia ponía algunos trocitos de guisantes, zanahorias, queso y macarrones en el plato de Hudson, que empezó a cogerlos y a metérselos en la boca. Lia lo observó divertida durante un rato antes de mirarme a mí.

—¿Cómo te ha ido hoy con él?

Se quedó pensativa un tiempo.

—Bueno. —Observó de nuevo a Hudson con una sonrisa—. Hemos estado entrenando lo de andar. Lo hace bien si le doy la mano, pero en cuanto lo suelto, se deja caer al suelo. Sin embargo, mañana va a empezar a hacerlo solo.

Sonreí.

—No lo estimules demasiado. Me han dicho que cuando empiezan a dar los primeros pasos las complicaciones se multiplican.

Se rio por lo bajo.

—Seguramente tienes razón. —Se inclinó hacia él—. Entonces vamos a tener un montón de problemas, ¿verdad? —Él dejó de comer el tiempo necesario para ofrecerle una sonrisa de cuatro dientes antes de concentrarse de nuevo en su comida.

—Preston... —me dijo.

Dejé de masticar.

—¿Qué?

Cogió una servilleta y se limpió las manos con ella antes de girarse un poco hacia mí.

—Ayer estuve hablando con mi jefa, Rosa, y, bueno, es una tradición anual que el Abuelo's haga trescientos tamales para el evento «Los sabores de Linmoor» que hay el domingo, pero tienen que cerrar la cocina del restaurante durante el fin de semana porque están reponiendo los electrodomésticos. Suelen prepararlos el sábado.

—¿Y bien?

—Bueno, quieren hacer los tamales en la cocina de Rosa, pero es tan pequeña... He estado allí, apenas caben tres personas cómodamente. Y el resto del personal vive en casas y apartamentos pequeños.

—¿Quieres ofrecerles la cocina de la granja?

Soltó un suspiro.

—No quiero que te veas obligado, y sé que tu madre tendría que mostrarse de acuerdo también, pero...

—Me parece bien, Lia. De todas formas, mi madre no estará este fin de semana. Se va con un par de amigas a San Francisco. No sé a qué hora se irá el sábado, pero supongo que será por la mañana. Y no volverá hasta el lunes.

—Oh..., ¿estás seguro de que no te importa? ¿Vas a trabajar?

—A ratos, sí. Pero no, no me importa.

—Gracias —dijo con tanta ternura que se me detuvo el corazón. Aunque tenía los ojos bajos, noté el rubor de sus mejillas; parecía feliz. Esa era una expresión que no había visto antes en ella. Entonces, me di cuenta de algo. Era la primera vez que me pedía algo. En toda nuestra vida en común, en todo el tiempo que la conocía, en todos esos años, ni una sola vez me había pedido una cosa. Esa certeza me sorprendió un poco.

—De nada. Lia... Y... por cierto, no tienes que trabajar en el Abuelo's. Todavía sigo pagándole el apartamento a tu madre, y me parece bien. —Incluso aunque Lia no viviera conmigo en este momento, y aunque nuestra relación avanzara lentamente, no me sentía cómodo sabiendo que la madre de mi hijo

trabajara de camarera. De alguna forma... me parecía incorrecto.

Negó con la cabeza.

—No, me gusta. —Apartó la vista, pero volvió a mirarme—. Y pienso devolverte todo, todo lo que has pagado por mi madre y por mí.

La miré fijamente.

—¿Pagarme? No lo quiero.

La vi respirar hondo y erguir los hombros.

—Eso... eso es muy importante para mí, así que lo haré igual. Tengo... derecho.

Solté un suspiro de impaciencia. No era algo que estuviera dispuesto a discutir. Así que se me ocurrió que podía ingresar el dinero que me diera en la cuenta para pagar la universidad de Hudson, una cuenta en la que no había contribuido demasiado durante el último año, dado que había tenido que reinvertir cada centavo en la granja.

Empecé el segundo sándwich con los ojos clavados en Lia, que observaba a Hudson con una sonrisa.

—¿Quieres tener más? —pregunté.

—¿Más qué?

—Hijos.

Abrió mucho los ojos y palideció un poco.

—Er... no... Creo que con uno es suficiente.

No pude evitar sentirme decepcionado.

—¿De verdad? ¿No te gustaría darle un hermanito algún día?

La vi fruncir el ceño, y odié que pareciera tan preocupada.

—No sé... Es decir, ¿de verdad quieres pasar de nuevo por todo eso?

Tomé un sorbo de té, observándola con el corazón encogido. No quería tomármelo como algo personal, pero no podía evitarlo. No quería tener más hijos conmigo. Recordé que me había dicho una vez que no se consideraba una buena madre, pero, tal y como le había dicho en ese momento, se equivocaba. No me había fijado mucho, pero sabía que estaba entregada a ello por completo: se notaba adoración maternal en sus ojos cuando miraba a Hudson. Lo que le había dificultado tanto las cosas durante los seis primeros meses de Hudson habían sido las circunstancias.

—Sé que fue duro y que no era el mejor momento, pero no volvería a ser igual, Lia —aseguré en voz baja—. Sería completamente diferente. Yo me encargaría de ello. —«Estaría aquí, contigo. Apoyándote tanto en lo sentimental como en lo físico. ¡Joder, cómo te he decepcionado!».

Miró de nuevo a Hudson y permaneció en silencio un rato. Por fin, pareció que relajaba los hombros y me sonrió.

—Lo sé. Será mejor que vayamos poco a poco, ¿vale? Todavía tenemos un bebé. ¿Quién sabe lo que depara el futuro? Estamos empezando de nuevo, ¿verdad? Eso es adelantarnos mucho.

Le devolví la sonrisa, pensando que seguramente tenía razón

—Bien. Cruzaremos ese puente cuando llegemos a él.

Ella asintió, moviendo la cabeza, con un nuevo brillo en los ojos.

Sí, cruzaríamos ese puente cuando llegáramos a él.

Cuando terminó el día, el sol se puso en las montañas, derramando por doquier su fuego en tonos rojos y naranjas, que tiñeron el cielo de color azul índigo. Estaba cansado, pero me sentía satisfecho mientras permanecía de pie ante los campos de cultivo, mirándolos como había hecho tantas veces con mi padre.

A día de hoy, había logrado muchos avances, no solo en la primera parte de la cosecha, sino que habíamos envuelto las lechugas en plástico y las habíamos envasado en las cajas correspondientes. En ese momento estarían enfriándose y, dentro de un par de días, las enviaríamos a todos los supermercados y restaurantes que había entre California y Maine.

La semana próxima, una de las lechugas que yo mismo había recogido estaría vendiéndose en una tienda de comestibles de Bangor. Quien la comprara no pensaría en la persona anónima que la había sembrado y cosechado, sino en la ensalada que iba a hacer más tarde, o quizá en los invitados que tenía a cenar, o quizá fuera alguien al que le gustaba poner lechuga en el sándwich de jamón... Sin embargo, la idea me llenaba de orgullo, me daba igual que en muchas ocasiones la agricultura pudiera ser una tarea ingrata. Muchos trabajos lo eran, me recordé a mí mismo.

Mañana sería otro día, pero me sentía bien al pensarlo, sabiendo que seguíamos adelante.

Entré en la cocina y me lavé las manos, frotándome por debajo de las uñas a conciencia antes de coger la toalla al oír que Lia bajaba las escaleras.

—Hola —la saludé.

Ella esbozó una sonrisa cansada.

—Hola. ¿Qué tal te ha ido el día?

—Bien. Realmente bien. ¿Y a ti?

Asintió con una sonrisa.

—Es un manoslargas. —Pero parecía feliz—. Nunca está quieto, ¿verdad?  
Me reí.

—No, no muy a menudo.

—Lo he bañado y acostado. Quiso que le leyera el libro de Thomas tres veces.  
Es un pequeño dictador.

Solté otra risita.

—Yo también estoy cansado. ¿Qué te parece si alquilamos una película y nos relajamos...?

—Oh, no puedo quedarme. Voy a ir al campamento de inmigrantes que hay en las afueras del pueblo con Rosa y Alejandro.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Van todos los lunes a repartir alimentos. Fui con ellos y empezaron a hacer algunas reparaciones. Sin embargo, no les dio tiempo a terminar, así que volverán esta noche. Voy a acompañarlos.

Noté que la ira se apoderaba de mí y me moví del lugar donde había estado de pie frente a ella.

—¿Has ido a un campamento de inmigrantes?

La vi fruncir el ceño antes de cruzar los brazos.

—Sí. ¿Por qué?

—¿A-un-campamento-de-emigrantes?

—Sí —repitió lentamente, con cautela, alzando la barbilla.

Levanté los brazos.

—¡Joder, Lia! ¿Es que no sabes que esos lugares no son seguros? No puedes ir por el mundo como si tal cosa, como si no tuvieras responsabilidades. Como si no tuvieras un hijo esperándote en casa.

«¡Hostia puta! El dolor que había en sus ojos era casi tangible. ¿Por qué cojones le había dicho eso?».

Pero incluso aunque me dolía hacerle daño, no era capaz de abandonar la imagen que inundaba mi cabeza: ella recorriendo los peligrosos caminos de un campamento de inmigrantes, y un hombre forzándola a entrar en una cabaña mientras le cubría la boca con una mano.

Se dio la vuelta y salió de la cocina, con la chaqueta en una mano y cerrando la puerta de golpe.

Solté un gruñido enfadado antes de correr tras ella. Dios, ¿por qué estaba tan furioso? ¿Por qué me sentía irracional? Quería detener esta pelea, quería retroceder y volver a entrar en la casa. Enfrentarme a esta conversación de otra

forma, llevarla con más mano izquierda, dejar a un lado aquel miedo furibundo que todavía recorría mis venas, pero no era capaz. La seguí a través de la puerta y el porche

Lia estaba en el patio delantero cuando, de repente, se dio la vuelta y corrió hacia mí. Me paré en seco para no chocar con ella.

—No voy por el mundo como si tal cosa, Preston. Sé que tengo responsabilidades. Fui al campamento para llevar comida a las personas que viven allí porque tienen hambre. Éramos un grupo, y jamás he corrido peligro. Además, no son peligrosos. ¡Solo son personas! Gente que es pobre y está hambrienta, que han dejado atrás todo lo que conocen, que no les importa enfrentarse a las dificultades, la soledad o la muerte, por la única razón posible cuando uno se arriesga así: por amor. Por la esperanza de poder ofrecer a sus hijos las necesidades básicas que muchos dan por sentado. No piden mucho, solo un lugar al que pertenecer. Y, sin embargo, no pertenecen aquí ni a su propio país. Quizás no tienen ningún lugar al que llamar suyo, ¡o eso es lo que se siente!

Noté que temblaba y que sus palabras me dejaban sin aliento, haciéndome sentir confuso y repentinamente inseguro. Se dio la vuelta..., pero al instante se giró de nuevo hacia mí. Vi que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—A ellos también les ha afectado la seguía, pero no tienen nada a qué recurrir. ¡Nada! Recolectan los campos durante nueve horas al día y, sin embargo, apenas tienen nada para alimentarse, por lo que sus hijos pasan hambre. ¿Te imaginas el miedo que tienen? ¿Lo has pensado alguna vez?

—Es que...

—Si ellos no trabajaran en los campos, ¿quién lo haría?

Solté un suspiro al tiempo que me pasaba la mano por el pelo.

—Lia, sé que...

—¿Quién? ¿Hay alguien más esperando para hacer ese trabajo?

—No, nadie más quiere hacer ese trabajo. —De vez en cuando, alguien del pueblo pedía trabajo en la granja para recoger fruta o verdura, pero, por lo general, no duraba mucho. Era un trabajo duro y sucio, se pasaba mucho calor y era peligroso. No podía negar que los estadounidenses preferían trabajar en una hamburguesería sirviendo comida basura que recogiendo lechugas—. ¡Maldita sea, Lia! Aprecio a cada persona que trabaja en la granja. —Me sentía confuso. No sabía cómo la conversación se había desviado en esa dirección.

—Los aprecias..., pero ¿los consideras peligrosos?

—No, no me refiero a eso. Solo me refería a que la gente, en general, puede ser peligrosa. Y que un campamento de inmigrantes no es seguro.

—He recorrido muchas veces cada camino y cada pedazo de tierra de esta zona, Preston Sawyer, y nadie me ha atacado nunca. Así que no me vengas con sermones sobre lo que es peligroso. Todos los trabajadores emigrantes que he conocido han sido amables y serviciales.

—¡Por el amor De Dios! Estás tergiversando mis palabras y haciéndome parecer una especie de monstruo. Me conoces bien y sabes que no soy así.

Ella soltó un sonido de ira y se volvió hacia su coche de nuevo.

—Creo que debería marcharme antes de que esto se desmadre. —Entonces se montó en el coche y se alejó, dejándome aturdido y desconcertado.

Todavía seguía allí parado cuando llegó mi madre, que me miró de una forma extraña cuando salió de su coche.

—¿Era Annalia la que acaba de salir? No estará pensando en largarse de nuevo del pueblo, ¿verdad? Ni siquiera me ha mirado al pasar, y su expresión era...

Me bajó un escalofrío de terror por la espalda, y ahogué un sonido de miedo mientras corría hacia la *pickup*.

—Hudson está en la cama. ¿Puedes quedarte con él hasta que vuelva? —No esperé la respuesta de mi madre antes de subirme de un salto y arrancar.

Apenas recordaba el número del apartamento de Lia. Cuando llegué, su coche estaba en el aparcamiento. ¿Estaba haciendo las maletas? ¿Iba a subirse al coche y largarse del pueblo sin decir a dónde iba? Subí las escaleras de dos en dos y golpeé la puerta del apartamento con el puño. Notaba el corazón a punto de salirseme del pecho mientras esperaba. Por fin, la puerta se abrió y Lia se quedó mirándome con una silenciosa expresión de conmoción.

Recorrí con los ojos la habitación que había a su espalda, explorando el lugar en busca de cualquier señal de una maleta abierta, de ropa revuelta, pero no la vi. Nuestras miradas se encontraron de nuevo y traté de recuperar el aliento, con el pecho subiendo y bajando con rapidez mientras nos mirábamos el uno al otro.

—Preston...

¡Dios! ¿Qué coño me pasaba? Ella no iba a marcharse. Me había dicho que me amaba. Habíamos bailado en la lavandería. Había pasado el día con Hudson y parecía feliz y satisfecha. Estábamos empezando de nuevo y...

—Lo siento —solté con la voz entrecortada—. Lo que he dicho. Lo siento. —«No te vayas». Era demasiado. Las emociones me abrumaban, y necesitaba tranquilizarme—. Nos vemos mañana.

—¿Preston? —me llamó en tono confundido.

Sin embargo, regresé a la *pickup*, me subí y me fui a casa.

Durante todo el camino, me temblaron las manos mientras sujetaba el volante.

## ANNALIA

Una vez más recorrí el camino de tierra que llevaba a la granja de los Sawyer, aminorando la velocidad para pasar por encima de los baches con el corazón latiendo aceleradamente en el interior de mi pecho. Cuando Preston apareció en la puerta, su expresión era de... pánico, de terror, y se me había encogido el estómago por la culpa y la tristeza. Lo vi mirar por encima de mi hombro, buscando algo con los ojos; supe que le daba miedo encontrar señales de que me marchaba. «Me creía capaz de desaparecer de nuevo». Mi ira se había disuelto como por ensalmo, haciendo que me sintiera débil por la tristeza y la angustia.

«¡Oh, Preston!».

¿Había sido esa la expresión que tenía cuando apareció en la puerta del apartamento de mi madre al día siguiente de que yo me hubiera marchado? De alguna forma, sabía que sí lo era, y esa certeza era una hoja afilada que se clavaba en mi corazón.

Ese año... Ese terrible año, que solo se salvaba porque había sido cuando puse los ojos por primera vez en nuestro hermoso bebé, había pensado que Preston no se fijaba en mí. Pero yo tampoco me había fijado en él. Ni siquiera lo había intentado. Permití que me envolviera la melancolía, y, al hacerlo, nos había negado a ambos el afecto, la cercanía, el consuelo que podríamos haber encontrado en el otro. Había desperdiciado muchas oportunidades por no haberme atrevido a protestar. Pensaba que era justo que lo perdonara porque estaba agotada por tener que cuidar a un recién nacido, pero si realmente hubiera amado a Preston como debía, tendría que haber intentado mirar detrás de los muros que había alzado para protegerse.

«Yo no había protestado. Nunca se me había ocurrido».

Pero eso no iba a volver a pasar.

Me había marchado y, unos minutos después, él había aparecido en mi puerta, conmocionado, desesperado, con una expresión de angustia que nunca había visto en su rostro. Nos habíamos peleado y, debido a ello, había pensado que yo iba a huir de nuevo. Como su confianza en mí seguía siendo inestable, podía

romperse fácilmente y, sinceramente, no podía culparlo por ello.

Quería acercarme a él y abrazarlo. Lo necesitaba. Pero no mañana, ni otro día, sino justo ahora. Así que esta vez lo había seguido. Estaba corriendo hacia él.

Entré en el camino de acceso y me sentí aliviada al ver su camioneta allí aparcada. Ya había anochecido, pero la luz del porche iluminaba el camino, por lo que salí apresuradamente de mi coche y me acerqué a la puerta para golpearla dos veces con el puño.

Un minuto después, me abrió la señora Sawyer. Tenía una expresión de sorpresa, aunque no había ni rastro del descontento que había mostrado la primera vez que llamé, hacía dos semanas. ¿De verdad hacía solo dos semanas? Parecía como si fuera toda una vida.

—Hola, señora Sawyer. He venido a ver a Preston. —Tenía la respiración un poco jadeante e intenté controlarla para parecer lo menos alterada posible.

Me estudió con una expresión de confusión, pero luego echó un vistazo por encima de mi hombro hacia la calzada, donde estaba aparcada la *pickup* de Preston como si ella ni siquiera supiera que él estaba en casa. Quizá no había entrado en la casa. No podía llevarme una ventaja de más de cinco o diez minutos.

—¿Os habéis peleado?

Parpadeé. No estaba segura de por qué me lo preguntaba, y no sabía si debía ser sincera con ella, si encontraría algún placer al saber que sí, que nos habíamos peleado.

—Sí —repose con cierta cautela.

Asintió moviendo la cabeza como si fuera lo que esperaba oír antes de cruzar los brazos. Se mordió el labio un momento.

—Si es tan parecido a su padre como pienso, seguramente esté en el granero. ¿Por qué no vas a buscarlo allí? Yo jamás fui al encuentro de su padre, y ya ves cómo acabamos.

Sorprendida, abrí la boca y luego la cerré de nuevo.

—Gracias —dije finalmente en voz baja. Ella hizo un gesto con la cabeza y cerró la puerta.

Su amabilidad me envolvió como una brisa inesperada en el verano, y me dirigí al granero con la esperanza de encontrar allí al hombre que amaba. La puerta estaba entreabierta, y resplandecía una luz en el interior. La abrí del todo con un suspiro de alivio y lo vi allí, sentado en una de las cajas de almacenaje con la cabeza inclinada.

Dos recuerdos destellaron en mi mente: el momento en el que me había

sentado en ese mismo granero con él, el día del entierro de su padre, y la noche de la fiesta con sus amigos. La primera vez flotaban entre nosotros muchas cosas que no nos habíamos dicho todavía, y la segunda no le había dicho nada de lo que debía. Ahora iba a ser diferente.

Levantó la vista al oír mis pasos y me miró con sorpresa, pero sobre todo con cansancio. Me detuve delante de él.

—Pensaba que esta noche ibas a ir al campamento a echar una mano —dijo en voz baja.

—He llamado a Rosa y le he dicho que hoy no podía ir.

—No será por mi...

—Sí, es por tu culpa, pero no porque me hayas dicho que no vaya, sino porque tenemos que aclarar algunos asuntos que no pueden esperar. —Respiré hondo—. Así que... Vamos a hablar. Tú vas a preguntarme lo que quieras y yo te responderé. O, si quieres, primero preguntaré yo y tú contestarás.

Curvó levemente los labios, pero su mirada seguía siendo triste.

—Eso suena muy racional y maduro. ¿Crees que podremos hacerlo?

Me mordí el labio mientras meditaba su pregunta.

—No lo sé. Quizá debamos averiguarlo.

Él se rio entre dientes y se frotó la nuca. Me senté a su lado sobre una de las cajas de almacenaje.

—Después de que discutiéramos, ¿has pensado que iba a marcharme?

Se mantuvo en silencio durante tanto tiempo que pensé que tendría que repetir la pregunta.

—Sí —reconoció finalmente en voz baja—. He temido que lo hicieras.

Le puse la mano en la rodilla, buscando el contacto físico.

—Lo siento, Preston. Lamento haberme marchado en lugar de haber tratado de hablar contigo. Después de esa noche bajo la lluvia..., pensé que existía la posibilidad de que no sintieras por mí más que lujuria, y eso me dolió tanto que me marché. Hui de ti. Y estuvo mal. Pero no voy a volver a irme. Estoy aprendiendo a enfrentarme a las cosas que me provocan dolor en vez de huir de ellas. Sin embargo, en ese momento, fue la única salida que encontré. No sabía qué más hacer. Solo sabía que no podía seguir viviendo así. Pensaba... Se me ocurrió que todos seríais más felices sin mí, incluso Hudson. Me sentía como si estuviera muriéndome por dentro.

Puso la mano sobre la mía. Era cálida y áspera, y me hizo experimentar una sensación de seguridad.

—Háblame de esa noche, Lia. ¿Qué te pasó? —Sus ojos eran pozos de

desesperación, y la sensación de culpa fue como un puñetazo en el estómago al ser consciente de lo que le había hecho.

Respiré hondo, permitiéndome recordar aquellos días.

—Creo... Creo que tenía una depresión. Creo que ese año, al tratar de estar apoyándote, pero sintiendo como si no estuviera ayudándote en nada, al permanecer en la casa todo el día con tu madre, que me había dejado claro que no me quería allí, pero mantenía las formas cuando tú estabas cerca, y luego el estrés de ser madre sin tener ni idea... —Fruncí el ceño—. No sé qué me pasó exactamente, pero sí que me ocurría algo. Lo tengo claro porque ahora no me siento así.

En el granero entró una brisa fresca, que hizo crujir la puerta y trajo consigo olores de la granja, a hierba y a tierra.

—Llevábamos mucho tiempo sin tocarnos, y me moría por sentirte cerca... Luego hicimos el amor, pero me sentía insegura por mi cuerpo. Y cuando me dijiste eso...

Él frunció el ceño al tiempo que inclinaba la cabeza a un lado.

—¿Qué dije?

—Que pensabas que tenía el diablo dentro.

Su ojos se clavaron en los míos durante un segundo; su expresión era de confusión absoluta, como si no recordara haberlo dicho.

—Imagino... imagino que debió de ser algo que dije con intención de aligerar el momento. Sabía que follarte contra la pared no era muy romántico que dijéramos, y probablemente trataba de reírme de mí mismo. Quería llevarte a la cama. Te lo pedí y te negaste.

—Lo sé. Pensé que eso solo me haría sufrir más. Pero... —Solté el aliento y cogí aire buscando fuerza—. Creo que debes saber que durante toda mi vida, mi madre me ha dicho que tengo el diablo dentro. Soy... Fui concebida en una violación brutal, y ella jamás lo ha olvidado.

—¡Dios, Lia! Es... Dios, lo siento.

Negué con la cabeza.

—No lo sabía. Es solo que... oír esas palabras, en ese momento, me removió por dentro. Y encima que fueras tú quien lo dijera. Me sentí vacía.

—Dios, yo no tenía ni idea.

Le dirigí una tierna sonrisa.

—No podías, porque nunca te lo conté. Jamás se lo había dicho a nadie. Lo mantuve oculto. —Incluso me lo había ocultado a mí misma, bloqueándolo en mi interior. Bajé la cabeza—. Me he enterado de algunas cosas sobre mí

mientras estuve con la hermana de mi madre. Tenían otra hermana más pequeña que ellas; se llamaba Luciana, y estaba enferma, una enfermedad muy grave. La familia no podía pagar la atención médica que precisaba, no tenían trabajo y no podían conseguir la ayuda necesaria. Mi madre tenía dieciocho años, estaba recién casada, y su marido no encontraba empleo, por lo que se arriesgaron a cruzar la frontera para enviar dinero con el que ayudar a la familia, especialmente a Luciana. Un hombre asesinó al marido de mi madre y luego la violó. Ese es mi padre. —Esa palabra hizo que me envolviera una sensación de desesperación. Esas sílabas no tenían significado alguno para mí, solo explicaban cómo había llegado a existir.

Preston soltó un suspiro entre dientes que no supe si identificar como irritación o impotencia.

—Me gustaría buscarlo y matarlo.

Solté un gruñido, de acuerdo con él.

—¿Qué le pasó a Luciana?

—Murió.

Preston negó con la cabeza.

—Qué terrible...

—Ya, lo sé.

Me mordí el labio durante un momento.

—La forma en la que mi madre me miraba es una de las razones por las que acepté vivir contigo cuando me lo pediste. —Negué con la cabeza al recordar el dolor en sus ojos, como si ella no pudiera soportar verme embarazada y desgraciada...

—Le debía de recordar su propio sufrimiento.

Asentí.

—Seguramente.

Hubo mucha tristeza en su expresión.

—Lamento mucho que tuvieras que elegir entre dos lugares en los que no te sentías querida, y todavía siento más que en parte fuera culpa mía. También entiendo que nunca quisieras compartir más parte de tu vida conmigo, con nosotros... —comentó Preston—. Pero me gustaría que lo hubieras hecho.

—No sabía cómo. Mientras crecía, siempre he tenido la sensación de que era... menos que los demás. La sensación de que no pertenecía a ninguna parte me ha perseguido sin descanso. Posiblemente por eso me mantenía alejada de ti y de Cole, y de todos los que trataron de ser mis amigos. Era como si me resistiera con todas mis fuerzas a lo que más deseaba en el mundo. Por eso he defendido a

la gente del campamento de emigrantes como un ángel vengador. —Me reí por lo bajo, haciéndolo sonreír—. No me arrepiento de lo que dije, pero sé que tú no eres el malo de la historia. No lo eres. Tú eres un hombre amable, justo y honorable, y lamento haber sugerido algo diferente. Se me ha ido un poco la olla.

Su sonrisa se extendió de oreja a oreja antes de reírse entre dientes.

—No te preocupes, incluso habría disfrutado viéndote si tu ira no estuviera dirigida a mí. Te pones muy guapa cuando estás cabreada.

Incliné la cabeza con una sonrisa. Mi estado de ánimo era más ligero y noté que se me quitaba un peso de encima.

—Sinceramente, Preston, quiero echar una mano en el campamento. No voy a correr peligro, y me hace sentir una cierta... satisfacción. Quizá te apetezca acompañarme en algún momento.

—Quizá... —convino con una sonrisita.

Le apreté la mano.

—Te amo. Te prometo que no voy a irme de nuevo, no importa lo que pase. Por favor, por favor, créeme...

—Yo también te amo.

Le apreté la mano y luego miré a mi alrededor, el antiguo granero, recordando lo que me había dicho su madre.

—Tu madre me ha comentado que tu padre solía venir aquí para tranquilizarse.

No supe si le habían sorprendido mis palabras o que me las hubiera dicho su madre.

—Sí. Así era. Después de que se peleaban, venía ahí y fumaba. Solo lo hacía en esas ocasiones, y he aprendido a asociar el olor del tabaco con la impotencia y el resentimiento. Incluso ahora, si paso junto a alguien que esté fumando... —Negó con la cabeza al tiempo que lanzaba una mirada perdida a lo lejos—. Lo odiaba. Odiaba estar con ellos cuando estaban juntos. No tenían un matrimonio feliz.

Eso me sorprendió. Siempre había pensado que la familia de Preston era perfecta. Por supuesto, cuando conocí a su madre, me di cuenta de que, al menos, era difícil convivir con ella. Pero lo había tomado como algo personal. Pero, al parecer, a los tres hombres de su vida no les había resultado fácil la vida con ella.

Recordé lo que Cole me había dicho aquel día, la razón por la que su madre le había regalado una moto a su padre. En su momento me había dado la impresión de que lo que ella pretendía era convertir a su marido en algo que no era. Qué

trágico que su hijo hubiera muerto en un vehículo comprado con intenciones equivocadas. No tenía la suficiente confianza con ella para hablar de esa clase de cosas, pero me pregunté si ella lo pensaba y sufría por ello.

—¿Y Cole? ¿Se llevaba bien con ella?

Preston se encogió de hombros.

—Cole se llevaba bien con todo el mundo. Quizá su manera de ser no permitía que fuera de otra manera. —Se interrumpió un momento como si estuviera eligiendo las palabras. Esperé casi conteniendo la respiración que expresara sus sentimientos sobre su hermano—. Cuando éramos pequeños y se metía en problemas, Cole siempre se las arreglaba para que nos escaqueáramos los dos. Si no podía, yo me echaba la culpa y me disculpaba a la vez. Era... era como si esos fueran nuestros papeles. En el instituto, e incluso un par de veces en la universidad, cuando Cole no se había preparado un examen, me cambiaba con él, por lo que siempre aprobó. —Se rio por lo bajo, pero sin humor—. Creo que habría sido mejor que hubiera permitido que suspendiera un par de veces. Pero no podía. Y creo que a mí me habría ido mejor si no hubiera dejado que él fuera mi voz. Pero éramos gemelos, y me parecía natural continuar lo que el otro no podía, como si fuéramos las dos mitades de un todo. —Una expresión de dolor alteró sus rasgos antes de que suspirara—. Cole hizo cosas que me duelen, algunas que estuvieron mal y no fueron sinceras, pero lo echo de menos. No solo era mi hermano, era mi gemelo. Mi otra mitad. Y siempre lo echaré de menos.

—Lo sé. Yo también lo extraño. —Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero no llegaron a caer—. No creo que Cole tuviera la intención de hacer daño. Jamás se tomó nada muy en serio. Siempre he pensado que erais opuestos. Para Cole todo era una broma y para ti, justo lo contrario. Él no tenía suficiente honor y tú te morirías para mantener tu palabra. —Le dirigí una sonrisa que se volvió triste cuando nuestros ojos se encontraron.

—Sin embargo, Lia, te quería. Es posible que fueras la única chica que le importaba de verdad.

Incliné la cabeza, pensativa.

—Sí, me quería, pero como a una hermana. Creo que él también habría acabado por darse cuenta. La mayor parte del tiempo que estábamos juntos, terminábamos hablando. Se mostraba muy protector conmigo, pero no había pasión entre nosotros. No era como contigo. Quería proteger mi virtud, pero nunca la reclamaba para él. —Cole me besaba como un caballero, y Preston como un ladrón. No había nada malo en portarse como un caballero, pero no creía que fuera la verdadera naturaleza de Cole lo que lo hacía reaccionar así,

sino más bien la falta de pasión por mí. Francamente, a pesar de que me había hecho daño en alguna ocasión, prefería el ardiente deseo que Preston mostraba cada vez que me tocaba.

—Se sentía atraído por ti —aseguró Preston por lo bajo, mientras cerraba los puños sobre los muslos, y luego frunció el ceño como si estuviera diciendo algo que le molestaba y se sintiera culpable por ello.

Le cogí la mano y entrelacé nuestros dedos.

—Se puede considerar a alguien atractivo y no sentir ni pizca de pasión por él.

Sus ojos buscaron los míos y se quedó mirándome durante un instante antes de soltar un suspiro.

—Sí, eso es cierto.

Su expresión me hizo pensar que su mente había vuelto al pasado durante unos instantes antes de soltar un gruñido y volver a mirarme con la misma sonrisa triste, apretándome la mano.

Permanecimos sentados en silencio durante un rato. Mis ojos se toparon con los bancos que habíamos usado para aquella fiesta, la que había dado lugar a un embarazo no deseado y a un montón de desesperación.

—Me parece irreal que haga ya dos años que hicimos el amor por primera vez —reflexioné en voz alta—. De alguna forma, parece toda una vida.

—Hudson siempre nos recordará cuánto tiempo hace de ello realmente.

Resoplé antes de reírme.

—Sí.

—Te amaba con todas mis fuerzas esa noche, Annalia. Quiero que lo sepas. Sé que todo lo que ocurrió después fue casi todo horrible. Pero ese niño lo concebimos con amor. Y cuando lo miro, cuando veo sus ojos y su cara, es lo que pienso. Es la belleza que surgió de las cenizas.

—Pienso exactamente lo mismo —convine por lo bajo.

Permanecimos sentados en el granero durante un tiempo más, meditando sobre la vida, sobre nosotros y nuestro pequeño. Cuando me fui, aunque el cielo estaba oscuro, supe que así era más fácil que viera las estrellas.

**PRESTON**

El día siguiente amaneció claro y brillante, un cielo de primavera de un azul sorprendente. Después de haberme pasado un año levantándome antes de la salida del sol, ahora trabajaba con un horario más regular, y despertarme con los primeros rayos era un placer que había echado de menos y que ahora no daba nunca por sentado.

Sentía el corazón más ligero, y las horas pasaban con rapidez. Debía haber hablado con Lia hacía mucho tiempo, pero en mi interior sabía que por fin habíamos abierto una puerta en nuestra relación. Estábamos aprendiendo a confiar en el otro, a comunicarnos con sinceridad y a darnos cuenta de lo bien que nos sentíamos al tener otra persona con la que abrirnos. O, al menos, eso era lo que yo sentía. Y por la pacífica expresión que había en el rostro de Lia cuando me besó para despedirse anoche, estaba seguro de que a ella le pasaba lo mismo.

Sabía que había tomado una buena decisión cuando elegí que esta vez comenzaríamos lentamente, manteniendo a raya el deseo sexual. Eran muchas las partes de nuestra relación que no se habían desarrollado de forma natural y que ahora podían hacerlo. ¿Cuánto más profundo y satisfactorio sería el sexo una vez que nos conociéramos y nos amáramos con más intensidad? Me bajó un escalofrío por la espalda y me puse duro solo de pensarlo.

Aun así, no era capaz de mantener las manos alejadas por completo, estuviéramos tomándonos las cosas con calma o no. ¡Oh, Dios, ella me hacía sentir las rodillas débiles!

Mi padre me había advertido que nunca amara a una mujer solo porque me aflojaba las piernas. Pero es que no era la única razón por la que deseaba a Annalia. Era preciosa para mí porque se mostraba tierna, amable y profundamente sensible, y eso hacía que me diera un vuelco el corazón. Además era inteligente, divertida y tenía secretos, no porque quisiera resultar misteriosa, sino porque no creía que debiera contar las reflexiones privadas de su corazón.

El sufrimiento había llegado, no por el hecho de que Annalia me debilitara las rodillas, sino porque había creído que ella no me quería de la misma forma que

yo a ella.

Pero me amaba. ¡Me amaba! Y me había prometido a mí mismo que esta vez haría las cosas de forma correcta. Me había jurado que le demostraría que sus secretos, sus emociones más sensibles, estaban a salvo conmigo. Y me había hecho el propósito de que también yo le mostraría a ella mis emociones más profundas.

Según trabajaba, seguía pensando en nuestra conversación y en que también me había hecho entender algunas cuestiones que nunca había comprendido con respecto a Cole. En mi interior había una herida profunda, todavía sin cerrar, porque jamás habíamos tenido la oportunidad de hablar de Annalia. Nunca habíamos tenido una conversación sincera al respecto. Sin embargo, hablar con ella me había permitido ver la situación con más claridad.

«Sin embargo, Lia, te quería».

«Sí, me quería, pero como a una hermana».

Me acordé de cómo se había enfadado Cole conmigo, posiblemente por no respetar a Lia, cómo había tratado de proteger su virtud, pero sin mostrar ningún interés por mostrarse fiel a ella. Había tenido la oportunidad de pasar más tiempo con Lia, pero nunca la había aprovechado. Si hubiera sido yo quien hubiera ganado la carrera y descubierto que ella me amaba, la habría reclamado al día siguiente. Pero él no lo había hecho. Quizá había pensado que aquel afán que sentía por protegerla se debía a que sentía algo muy profundo por ella, que significaba que la amaba. Y lo hacía, sí, pero si Lia tenía razón y no había química entre ellos, había muchas posibilidades de que solo la quisiera como a una hermana.

Eso no curaba la sensación de pérdida que siempre me ahogaba, pero arrojaba algo de luz, una leve sanación, donde no había alivio, y aunque solo fuera por eso, estaba agradecido.

Pasé una hora tranquilo, hablando mentalmente con mi hermano mientras trabajaba, y de alguna forma estuve seguro de que me había oído. Me sentía como si nos hubiéramos perdonado. Como si fuera una reconciliación en toda regla.

Me fui a casa al mediodía, donde estaba Lia con Hudson, y estuvimos riéndonos una hora mientras nuestro hijo andaba de uno a otro, aplaudiendo y gritando por aquel nuevo logro. En el momento en el que fuimos a la cocina a comer, el niño era casi un profesional. Cuando se proponía algo, lo llevaba hasta el final.

—¿Estás libre esta noche? —le pregunté durante el almuerzo, mientras daba la

comida a Hudson.

—¿Qué tienes pensado? —Lia se pasó el pelo por encima del hombro y se puso a trenzárselo con rapidez. No podía apartar la vista de aquellos movimientos femeninos, de cómo movía sus largos y delicados dedos con destreza entre los cabellos, de la forma en la que arqueaba el cuello para realizar la tarea. ¿Por qué las mujeres parecía saber, de forma natural, cómo hacer estas cosas? ¿Se daban cuenta de lo mucho que verlas afectaba a los hombres? De repente, sentí la boca seca. Tomé un sorbo de té helado mientras trataba de recordar qué me había preguntado.

«¿Qué tienes pensado?».

—Cenar —repose distraídamente—. En el Dairy Queen. Y luego quizá podríamos aparcar en el mirador del parque de la Garza.

Arqueó una ceja, observándome.

—¿No es allí a donde van los adolescentes a meterse mano?

—Sí —confirmé, y mi voz sonaba un poco lenta incluso a mis propios oídos.

Ella se rio.

—¿Esto forma parte de esa idea tuya de empezar de cero?

—Mmm...

—Vale. —Miró a Hudson—. Tus papás van a fingir esta noche que vuelven a la adolescencia. ¿Qué te parece eso, pequeño caminante? —Hudson se rio al tiempo que se aplastaba un puñado de arándanos contra la mejilla—. Eso es lo que pienso yo también —aseguró Lia.

Pero su sonrisa era brillante y feliz.

El parque estaba oscuro y había un poco de niebla cuando conduje lentamente la *pickup* por la suave pendiente del camino que serpenteaba entre los árboles hasta la parte superior del acantilado con vistas a Linmoor.

Nunca había venido aquí a pegarme el lote cuando era joven, pero Cole sí, y por lo que sabía, los chicos del pueblo todavía utilizaban el lugar para aparcar y hacer manitas. Sin embargo, cuando coronamos la cresta de la colina, no había más coches aparcados. Teníamos el lugar para nosotros, ya fuera porque no era tan popular como lo había sido antes o porque era jueves por la noche. No sabía la razón, pero tampoco me importaba.

Aparqué cerca de la barandilla y apagué el motor, mirando las luces de Linmoor. Desde arriba parecía un pueblo muy pequeño, empequeñecido por los acres y acres de campos cultivados que lo rodeaban, terrenos agrícolas que

ahora, en la oscuridad, parecían solo una masa negra desde nuestra posición.

—No hemos subido mucho, pero el pueblo parece muy pequeño desde aquí — comentó Lia, expresando la misma idea que yo había tenido.

La miré, apenas capaz de distinguir su perfil en la oscuridad, donde la única iluminación era la luz de la luna que entraba por las ventanillas de la *pickup*.

—¿Todavía quieres marcharte de aquí? —le pregunté en voz baja. Era uno de mis miedos. Aunque ya no pensaba que podría volver a marcharse sin decírmelo y estaba decidido a dejar ese terror a un lado después de la conversación que habíamos mantenido la noche anterior, lamentaría saber que algún día podría arrepentirse de haberse quedado en el pueblo, porque siempre había soñado con el día en el que dejaría atrás Linmoor.

Me miró durante un rato como si estuviera estudiándome, a pesar de que no podía ver mucho con la escasa luz.

—En realidad, yo no me quería marchar. Eso era solo un juego que teníamos Cole y yo. Me servía para dejar volar la imaginación. —Volvió a mirar por la ventana—. Supongo que yo solo quería alejarme de... la pequeñez de mi vida. Quería liberarme de unos parámetros en los que me sentía encajonada a la fuerza. Aunque también sentía esa pequeñez en mi interior. Y fui yo misma la que creó muchos de esos parámetros tan dolorosos, ahora soy consciente de ello. Muchas veces, las fronteras más dañinas están dentro de nosotros. Siempre he intentado, no sé..., hacerme más pequeña, desaparecer en el fondo, callarme y no protestar.

Entendía perfectamente a qué se refería; yo también había construido mis propios muros.

De pronto, la vi sonreír, y me sorprendió por un momento lo hermosa que era, aunque la oscuridad no me permitía distinguir los detalles de sus rasgos. Lo había percibido en sus palabras, en mi propia comprensión profunda sobre lo que nos había mantenido alejados durante tanto tiempo, y también en la sensación que vibraba en mi interior en ese momento, como si hubiéramos regresado al punto de partida. Era por ese repentino silencio que notaba en su interior. Era su sinceridad.

—Te amo —dije en voz baja, porque era así. Y era una sensación tan fuerte en ese momento que casi no me dejaba respirar. Me acerqué más a ella en el asiento al tiempo que se aproximaba a mí y la rodeé con los brazos, estrechándola contra mi cuerpo.

—Yo también te amo.

—Cuando Cole y yo nos marchamos a la universidad, fue la primera vez que

cualquiera de los dos iba en avión. Habíamos estado de vacaciones con la familia, pero siempre en coche, así que todavía no habíamos volado. Y no me gusta.

Ella se rio tan bajito que solo sentí el siseo de su respiración y el movimiento de sus labios.

—¿Así que no te gusta volar, chico de granja?

Me reí.

—No. A Cole le encantó, pero yo lo odié. Figúrate... Era como si estar flotando por el cielo estuviera mal de alguna forma. Lo que menos me gustó fue atravesar por el medio de las nubes sin poder ver nada. Se pierde la perspectiva de dónde estás en realidad. —Hice una pausa, recordando de nuevo ese momento, la forma en la que apreté los puños contra los muslos porque necesitaba aferrarme a algo sólido, las ganas de arrodillarme en busca de algo robusto, de sentir la tierra debajo de mí y respirar su olor limpio. Necesitaba un ancla—. Pero entonces, de repente, salimos de las nubes y vi el cielo azul. Me sentí seguro. No estaba donde quería estar, pero podía ver y sabía que volvería. —Le rocé los labios un instante antes de separarme—. Ahora, al verte sonreír, he sentido lo mismo. Como si hubiera dejado atrás las nubes.

—Preston —susurró con la voz ronca y llena de ternura. Incliné la cabeza para besarla y, cuando me separé, me sonrió al tiempo que movía la cabeza con expresión burlona—. Imagino que esa clase de frases te fueron de mucha ayuda cuando venías con las chicas aquí, ¿verdad?

Me reí.

—Eres la primera chica con la que vengo, y me gustaría recordarte que nos estamos tomando esto con calma, así que no intentaré pasarme contigo.

Soltó una carcajada.

—Bésame, Preston Sawyer.

Le cubrí la boca con la mía y nuestras lenguas se encontraron y enredaron en un baile ya familiar. Gemí ante su dulzura, excitándome con su sabor, con la forma en la que respiraba contra mis labios, con los sonidos entrecortados que emitía y la suavidad de su cuerpo en mis brazos. Era una deliciosa sobrecarga sensorial y me sentía casi borracho por ello. «Annalia». Me impulsé hacia delante y ella se reclinó en el asiento. Nos reímos los dos cuando su cabeza chocó contra la ventanilla del copiloto.

—¿Estás bien? —pregunté, tirando de ella hacia mí de forma que su cabeza reposó en el asiento.

—Sí.

Me incliné sobre ella, tomándome un momento para encontrar dónde poner las rodillas de forma que aguantaran mi peso, pero sin dejar de tocarla. En esta posición, me sentía mucho más grande y fuerte que ella, y se me ocurrió una vaga idea sobre el grado de confianza que debía sentir una mujer hacia un hombre para permitirle acceder a su cuerpo, mucho más delicado.

—Así se hacen los niños, lo sabes, ¿no? —susurró.

Me reí.

—Eso he oído. —Me incliné y la besé de nuevo, moviendo la cabeza a un lado para tener mejor acceso a su boca. Ella gimió y me clavó las uñas en la espalda, lo que hizo que mi sangre se acelerara como siempre me pasaba con ella.

Deslicé la mano por debajo de su ropa y le acaricié la piel. La tenía suave, lisa y aterciopelada, y su feminidad, todo aquello en lo que era tan diferente a mí, me hizo sentirme loco de deseo.

Le desabroché la parte frontal del sujetador, y se arqueó hacia arriba, ofreciéndome sus pechos mientras pasaba el pulgar lentamente por un pezón y luego por el otro.

—Dime lo que te gusta —le pedí, cuando apartó la boca de la mía con un ronco gemido. Necesitaba asegurarme de qué era lo que le gustaba y si quería que siguiera haciéndole esto. No quería volver a dejarla insatisfecha de nuevo. «Siempre la he tomado sin más...». No quería volver a ver en su cara una expresión distante ni decepción en sus ojos después de mantener relaciones íntimas. Y para eso necesitaba que expresara lo que le gustaba. No íbamos a hacerlo ahora, todavía no era mi intención, pero sí íbamos a ir más allá de los ardientes besos que habíamos compartido. Necesitaba desesperadamente saber que lo deseaba tanto como yo.

—Quiero... Quiero que sigas acariciándome los pechos, pero ahora con la boca.

Solté un suspiro. Aquellas palabras entrecortadas, susurradas por su dulce voz, eran otra vuelta de tuerca a mi deseo.

—Desabróchate la blusa. —Temblaba de excitación, pero no quería terminar rompiéndole la ropa como la primera vez.

Se estiró y se soltó cada botón lentamente antes de que pudiera bajar la boca hasta sus pezones. Los lamí con suavidad hasta que se arqueó y gimió, hundiendo los dedos en mi pelo para sujetarme la cabeza.

—Sí —jadeó.

«¡Oh, Dios!». Apreté la erección contra el lugar tierno entre sus piernas y me estremecí de placer. Era jodidamente maravilloso, completamente tortuoso.

Empecé a sudar, y los latidos del corazón me resonaban en los oídos. El sonido silbante de nuestras respiraciones incrementaba la intimidad en el pequeño espacio en el que estábamos. Éramos solo ella y yo, y nadie más en el mundo. Tenía la cara presionada contra su piel, su olor inundaba mis fosas nasales, tenía su dulce sabor en la lengua y mi palpitante erección estaba acunada entre sus piernas abiertas, provocándome un placer abrumador.

Tres golpes secos me arrancaron de aquella neblina sexual.

«¡Joder!».

Los dos nos quedamos paralizados. La miré con los ojos muy abiertos en la tenue luz de la cabina de la *pickup*. Cuando eché un vistazo por encima del hombro, se encendió de repente una luz brillante, lo que me hizo entrecerrar los ojos y girarme, cubriéndome los ojos con el brazo.

A mi espalda, Annalia se movió, y oí el roce de la ropa y su respiración agitada.

¡Oh, mierda! Era la policía. ¡Santo Dios!

Volví a mirar a Lia y vi que ya estaba presentable. Le ofrecí una mirada de disculpa mientras se sentaba y luego abrí la puerta. La luz impactó en mi cara, pero la apartaron con rapidez.

—Señor, ¿puede bajar del vehículo? —pidió una voz femenina.

Por el amor de Dios, si todavía estaba duro.

Respiré hondo, intentando que mi cuerpo se relajara un poco, y luego salí de la *pickup*. Reconocí a la policía, la había visto por Linmoor. La policía local era una unidad pequeña y casi todo el mundo sabía quién trabajaba allí.

—Oficial Leif...

Me miró de soslayo.

—¿Preston Sawyer? ¿Es usted?

—Sí, señora.

Ella apuntaba con la linterna hacia arriba, por lo que no me impactaba en los ojos, sino que arrojaba luz sobre nosotros. Ella se inclinó a un lado y observó el interior de la cabina, luego se echó hacia atrás.

—Si no recuerdo mal, usted tiene una casa enorme en su granja...

Me aclaré la garganta.

—No es tan grande.

—¿Hay dormitorios?

—Sí, señora, varios.

—Mmm... Pues le sugiero que use alguno de ellos: la indecencia pública es un delito, castigado con la cárcel y una multa. No creo que quiera que lo arresten

por eso, ¿verdad?

—No, señora. —Traté de parecer arrepentido, pero hubiera jurado que ella trataba de no reírse. Mantenía los labios apretados y movía la cabeza ligeramente, como si se estuviera obligando a mirar hacia abajo por el esfuerzo.

Miró de nuevo detrás de mí.

—¿Es su novia?

—Sí. Y la madre de mi hijo. Y... er..., espero que llegue a ser mi esposa, un día... no muy lejano.

Ella asintió.

—Mmm... me da la impresión de que ha hecho las cosas un poco al revés.

—Er... es posible, señora.

—Bueno, pues váyanse a casa ahora. Y no quiero volver a encontrármelos aquí de nuevo, a menos que tengan toda la ropa puesta. —Hice otra mueca, y ella curvó levemente los labios antes de poner una expresión impávida.

—Sí, señora.

Se dio la vuelta y regresó al coche patrulla, que estaba aparcado un poco más allá, y al que yo no había oído llegar, para meterse dentro. Subí a la camioneta y encendí el motor, mirando al frente un momento antes de observar a Lia. También tenía los ojos clavados delante, y se mordía el labio para tratar, obviamente, de no reírse.

Se me escapó una risita, haciendo que ella me mirara. Entonces soltamos una carcajada. Apoyé la cabeza en el asiento, dejándome llevar por aquel ataque de hilaridad antes de ponerme el cinturón.

Lia hizo lo mismo, pero se volvió hacia mí con una sonrisa en los labios mientras bajábamos la colina para salir del parque.

—¿Tu novia?

Le cogí la mano.

—Sí. Eso es... Es decir, ¿quieres?

—¿Que seamos novios? —Sonrió.

—Sí.

Ella apoyó también la cabeza en el asiento. Estaba tan guapa que solo quería mirarla, pero estaba conduciendo, así que me obligué a clavar los ojos en la carretera.

—Sí, Preston. Quiero ser tu novia. —Sonrió—. Pensaba que nunca me lo preguntarías.

Me reí. Me encantaba volver a empezar, pero quizá fuera necesario acelerar un poco las cosas.

## ANNALIA

—Aquí huele genial.

—Oh, gracias, *mi amor*. ¿Me puedes pasar otro cucharón? —preguntó Rosa, lanzándome una dulce sonrisa.

La cocina de los Sawyer rezumaba actividad, el olor salado a pollo asado y a carne de cerdo combinado con el picante de la roja salsa de chile flotaba en el aire, a pesar de que se habían abierto las ventanas para mantener la habitación ventilada.

En el fregadero se escurrían algunas hojas de maíz y en los fogones se asaban otras en las cestas de vapor para tamales mientras se preparaba el relleno.

Rosa estaba al timón, velando por la cocción de la carne y removiendo la salsa, mientras que sus padres, Juan (el abuelo que daba nombre al restaurante) y Lupe, estaban sentados en unas sillas junto a la ventana. Todos habían llegado una hora antes para planificar cómo hacer las cosas.

Mi madre también había venido conmigo, a pesar de que había tenido prácticamente que arrastrarla. Había reflexionado sobre el consejo que me había dado Rosa y pensaba que sí, que necesitaba verse arropada por la comunidad. No iba a poder forzarla siempre, pero podía mostrarle qué podía tener y esperar que eso fuera suficiente para que lo buscara por sí misma en algún momento.

«Ni siquiera tiene cuarenta años».

Nunca había tenido una relación demasiado íntima con ella, pero no quería ver cómo se consumía en la depresión. Ambas habíamos experimentado algunas circunstancias muy parecidas, por lo que yo conocía de primera mano la tristeza y la desesperación que sentía. Se había sentado sola, en un extremo de la mesa, pero noté que miraba de una persona a otra según iban hablando español, y creí notar incluso una leve sonrisa en sus labios un par de veces.

¡Qué sola debía de haberse sentido durante años, sin comprender la lengua que hablaban a su alrededor! Era como estar dentro de una burbuja. Yo siempre había tratado de cerrar esa brecha, pero no lo había conseguido, y me avergonzaba por ello. Ahora sabía que había sido una tarea demasiado ardua para una sola

persona, una simple muchacha que no se sentía amada.

En cierto sentido, mi madre tenía razón. Había sido un diablo quien me puso en su vientre. Era un horrible trauma experimentar la muerte de un marido y a continuación ser forzada brutalmente. Lo primero era una violación del alma, y lo segundo, del cuerpo. Luego había estado sola, apartada, aislada. Para ella, mis ojos y mis manos eran producto del diablo. Quizá había necesitado aferrarse a algo, a cualquier cosa, incluso al odio, para mantener la cordura. Por último, eso le servía para definirla a ella. Pero no me definía a mí. Allí, de pie en aquella bulliciosa cocina donde tan fragantes olores a comida flotaban en el aire, me di cuenta de que yo también había experimentado un poco de aquella vulnerabilidad, de aquella dolorosa soledad, de aquella desesperación y, a pesar de que me había hecho daño, la podía perdonar. Puede que nunca llegáramos a reconciliarnos, pero mi corazón sí podía conocer la paz.

Cuando Preston bajó, lo presenté a todo el mundo, que lo recibió con calidez, diciéndole lo guapo que era y lo mucho que Hudson se parecía a él, en español, que yo sabía que él entendía un poco a pesar de lo rápido que lo hablaban. Sin embargo, cambiaron al inglés cuando se lo dije, aunque hablaban con la misma rapidez y entusiasmo en cualquier idioma, y Preston siguió pareciéndome algo confuso.

Rosa le preguntó si quería probar un trozo de carne de cerdo para ver si el condimento picante que le habían puesto estaba en su punto, y cuando lo hizo se le pusieron los ojos vidriosos. Me tuve que reír ante la expresión de puro placer que apareció en su rostro.

La abuela Lupe sonrió divertida y le dijo que si tuviera veinte años menos, lo cambiaría por Juan. El abuelo chasqueó la lengua, y repuso que ya le cambiaría él algo a ella más tarde, cuando estuvieran solos, haciéndola reír como una colegiala que se cubría la boca con una mano llena de arrugas para ocultar su diversión. Él sonrió al tiempo que asentía con la cabeza, como un pavo real orgulloso.

Preston se sonrojó, mirando con cierto asombro, teñido de un leve pánico, a aquella multitud ruidosa, bulliciosa y cariñosa, antes de escapar por la puerta trasera para trabajar en los campos.

Los chicos de Rosa y Alejandro habían llegado con ellos para ayudar a descargar toda la comida, y luego llenarían los vehículos con los alimentos cuando fuera necesario. Ahora que el proceso estaba en marcha en la cocina, estaban en el patio trasero jugando con pistolas de agua a algún tipo de guerra.

Sostuve a Hudson en la cadera mientras agitaba las hojas de maíz, y le señalé

la ventana para ver cómo gritaba con delicia cuando uno de los chicos roció a otro con un chorro de agua en la cara.

—Ay..., niños —suspiró Rosa—. ¿No podías haberme dado al menos una niña? —le preguntó a Alejandro, que leía el periódico sentado en un taburete frente a la barra, al otro lado de la isla.

—Podremos intentarlo después —repuso él, guiñándole un ojo—. Estoy seguro de que la próxima vez lo haré mejor.

Ella le lanzó un paño de cocina a la cara.

—Eres tan malo como ellos —le reprochó, señalando a sus padres. Pero sus palabras estaban llenas de afecto.

La señora Sawyer entró en la habitación en ese momento y miró a su alrededor con los ojos entrecerrados, observando al grupo de personas que se habían apoderado de su cocina hasta llegar a mí. Mi corazón latía acelerado, y recé para que no hiciera que nadie se sintiera incómodo.

El otro día me había mostrado un instante de bondad, cuando me indicó que fuera al granero para hablar con Preston, pero estaba segura de que no era algo que fuera a ofrecer de forma regular; tampoco quería llevarme una decepción.

Se la presenté a todo el mundo, y ella se sentó cerca de mi madre, a la que saludó también.

—Pensaba que hoy pasaría el día en San Francisco, señora Sawyer —le dije.

Suspiró.

—Y es así. Mi amiga se ha retrasado, por lo que vamos a salir un poco más tarde de lo previsto.

Asentí, moviendo la cabeza.

—Gracias por permitirnos usar la cocina. —No se había sorprendido al vernos, así que era evidente que Preston se lo había mencionado.

Hizo un sonido evasivo, y me centré de nuevo en la tarea de escurrir las hojas de maíz al considerar que ya estaban lo suficientemente blandas. Hudson se rio y aplaudió desde mi cadera, llevando el ritmo de la música latina que se oía de fondo.

Preston regresó quince minutos después.

—¿Ya has acabado? —pregunté.

—Sí, había menos que hacer de lo que pensaba. —No sabía qué era lo que tenía que hacer, pero me alegré de que estuviera de vuelta y le serví un vaso de té helado mientras se sentaba.

Me acerqué a él llevando conmigo las hojas de maíz para poder limpiarlas y apilarlas para que las usara Rosa.

Miré a la señora Sawyer, que estudiaba los alimentos mexicanos que había en la mesa, no solo los ingredientes para rellenar los tamales, sino la comida para alimentar a los cocineros y ayudantes mientras trabajaban; tacos crujientes, pinchos de tortilla, salsa guacamole y otra picante.

Hudson cogió un taco y se lo quité para romper la parte crujiente y así darle el pollo que había en el interior. La señora Sawyer nos observaba con una expresión de horror.

—Va a ser demasiado picante para él.

—No es picante —aseguré—. Pruebe uno.

—No, no, gracias. —Giró la cabeza a un lado y miró por la ventana con nostalgia, como si prefiriera estar en cualquier lugar que no fuera este.

—Se parece a una de esas plantas carnívoras que devoran hombres —observó el abuelo Juan en español. Abrí mucho los ojos mientras la miraba, pero ella no reaccionó; no había entendido ni una palabra de lo que acababa de decir.

—Mmmm... —convino la abuela Lupe en tono agradable—. Bonita a la vista, pero si alguien se acerca demasiado... —cerró la mano con un chasquido—, lo digiere y lo escupe.

—Mamá —la reprendió Rosa con suavidad al tiempo que le lanzaba una mirada de advertencia conteniendo la risa.

Yo también apreté los labios, tratando de no reírme. Miré a Preston con rapidez y él estaba estudiando el té helado. Hubiera jurado que le temblaba la barbilla, como si también se estuviera esforzando para reprimir la risa.

Bromear sobre la señora Sawyer alivió una herida en mi interior. El resto de la gente también notaba su frialdad y hacía comentarios al respecto, pero durante mucho tiempo había pensado que era solo por mí. No tenía interés en hacerle daño, pero hacer bromas sobre el estirado desdén que mostraba la señora Sawyer... no era desagradable.

Suspiró y pasó la mano sobre la mesa.

—¿Saben?, esta mesa lleva cuatro generaciones en la familia Sawyer.

La miré mientras contemplaba la mesa, como si tuviera buenos recuerdos de ella. En realidad, yo también tenía buenos recuerdos de ella. Me tragué la risa, avergonzada por mis propios pensamientos, por el recuerdo que apareció en mi mente, de cuerpos retorcidos y gemidos de placer. La señora Sawyer estaba, obviamente, tratando de insinuar que las generaciones de las que hablaba se revolverían en sus tumbas al ver sobre la herencia familiar taquitos y hojas de maíz para hacer tamales, mientras sonaba de fondo la voz de Alejandro Fernández.

—La familia del padre de Preston procedía de Oklahoma, pero eran originarios de Alemania, gente estoica y fuerte, ya saben. ¡Oh, si esta mesa pudiera hablar...! La de historias que contaría. Casi no alcanzo a imaginar la historia que tiene, la alegría que sintieron los que reunieron a su alrededor, todo lo que habrá empapado su madera...

—Mamá —la interrumpió Preston; tenía la voz ahogada por la risa apenas reprimida. Se aclaró la garganta—. Creo que ya nos hemos hecho una imagen...

Preston suspiró de nuevo y me miró, todavía con ojos risueños, lo que provocó que resoplara al tiempo que subía la mano para taparme la boca.

El también se rio, y el resto de la gente alrededor de la mesa nos miró con curiosidad, lo que me hizo reír con más fuerza.

—Es una buena imagen —dije, por lo que Preston se agarró el estómago mientras se inclinaba hacia delante con un nuevo ataque de risa. Hudson, que seguía sentado en mi regazo, nos imitó.

—No entiendo qué es tan divertido —soltó su madre—. Posees un rico patrimonio. Mis antepasados eran vikingos del norte, gente del mar.

—Y eso está muy bien, mamá. —Si su madre notó el sarcasmo, no realizó ningún comentario al respecto.

—Oh... —intervino Rosa, girándose y levantando la cuchara. Se acercó a Hudson y le frotó la nariz con la suya, haciéndolo reír y que le apretara las mejillas con sus manitas regordetas. Cuando se apartó, Rosa también se reía—. No es de extrañar que seas tan movido, pequeño. Llevas sangre de campeones: por un lado los vikingos y por otro los grandes guerreros mayas. —Me guiñó el ojo y utilizó el dedo para hacerle cosquillas a Hudson debajo de la barbilla, lo que consiguió que soltara una carcajada más.

—Gloria —dijo Rosa regresando junto a los fogones—, ¿podría ayudarme con los tamales? —Lo dijo en español y mi madre se quedó momentáneamente paralizada, pero luego se levantó y se acercó a Rosa para comenzar a rellenar los tamales y ponerlos al vapor. Las miré durante un buen rato, mientras Rosa le hablaba por lo bajo, lo que provocó que mi madre se riera, aunque brevemente, y esbozara una tímida sonrisa.

Me puse de pie para coger las hojas que había preparado para Rosa, y la señora Sawyer me tendió los brazos.

—Dame a Hudson —me pidió. Se lo entregué, lo que me resultó muy útil porque así tenía las manos libres para trabajar. No quería ponerlo en el suelo porque desde que había aprendido a andar era un peligro, y solo estaría enredando. Por suerte, había parecido contento de estar en mis brazos,

posiblemente por todas las caras nuevas que había en la habitación. Cuando estuve preparando las hojas de maíz, lo había llevado fuera para que pudiera jugar. Evidentemente, se había sentido fascinado por las pistolas de agua.

Mientras estaba de pie junto al fregadero mirando por la ventana de atrás, vi que Tracie doblaba la esquina de la casa. Sabía que iba a venir a recoger el cheque por las dos últimas semanas que se había dejado en la mesa, junto a la puerta, el lunes.

Abrí la boca para decirle a Preston que Tracie había llegado cuando el hijo mayor de Rosa, Joaquín, salió disparado de entre los arbustos con un cubo de agua en las manos y se lo tiró a Tracie encima, empapándola de pies a cabeza. Ahogué un grito al tiempo que ella soltaba un aullido corto. Todos nos quedamos paralizados, a pesar de que no sabían que los estábamos viendo.

—¡Oh, mierda! —soltó Joaquín—. Es decir... Joder... Maldita sea... ¡Oh, mierda!

Tracie parpadeó, boquiabierta, con la camiseta blanca pegada a la piel, revelando con claridad el sujetador blanco que llevaba debajo. Joaquín bajó la mirada y luego la subió, estudiando la mojada figura de la chica. Abrió la boca antes de volver a recorrerla con la vista una vez más. Me llevé la mano a la boca para no reírme, y Preston y Rosa, que me habían oído jadear, se acercaron a la ventana, donde se dieron cuenta también de la situación.

—He pensado que eras mi hermano —se disculpó Joaquín.

Tracie respiró larga y profundamente y soltó el aire muy despacio.

—No soy tu hermano.

—No. —Joaquín esbozó una sonrisa de medio lado con timidez—. Sin duda no lo eres.

Tracie abrió mucho los ojos y se quedó quieta durante un segundo, mirándolo de arriba abajo como si acabara de darse cuenta de que era un chico muy guapo y muy arrepentido que la miraba de una manera que le indicaba que había notado que era también una chica muy guapa. Estaba segura de que estábamos presenciando el comienzo de una historia de amor.

—Rosa —murmuré—, ¿cuántos años tiene Joaquín?

—Cumplirá diecinueve en junio —repuso—. Se ha cogido un año sabático, pero comenzará los estudios en una escuela de arte de San Francisco en otoño.

—¿En la escuela de arte? —preguntó Preston—. ¿Por casualidad no será el autor del mural que hay en el Abuelo's?

—Sí —dijo Rosa, que parecía sorprendida.

—Es muy, muy bueno... —El tono muy serio de la voz de Preston hizo que lo

mirara.

—Sí, lo es. El abuelo Juan dice que tiene alma anciana, aunque cuando lo veo jugar con sus hermanos con las pistolas de agua, me pregunto si es cierto.

Todos nos dimos la vuelta cuando Joaquín acompañó a una empapada Tracie a la cocina, y corrí en busca de algunas toallas. Cuando regresé, ella empezó a secarse mientras los muchachos más jóvenes irrumpían, riéndose y tomándole el pelo a su hermano sobre su metedura de pata. Parecían disfrutar con la vergüenza que estaba pasando su hermano.

—Tracie, si quieres, puedes subir y usar el secador —la invitó la señora Sawyer. La miré con el ceño fruncido.

—¿Dónde está Hudson?

—Oh... —empezó a decir ella, bajando la vista y girándose—. Estaba aquí mismo.

Todos miramos a nuestro alrededor, buscándolo, mientras Preston lo llamaba por su nombre.

—Voy a mirar en la escalera —informó con los dientes apretados—. Está obsesionado con intentar subirla y bajarla solo.

Preston salió con rapidez de la cocina y fue entonces cuando me di cuenta de que la puerta de atrás estaba entreabierta. Me dio un vuelco el corazón.

Me moví con rapidez y, un instante después, estaba junto a la puerta, mirando hacia el patio trasero, donde mi hijo andaba por el borde del jardín, hacia las filas de cultivos. A la derecha, en línea directa hacia su trayectoria, se aproximaba una máquina gigante que parecía estar segando. Fuera lo que fuera, Hudson se dirigía directo hacia ella, y la máquina no bajaba la velocidad.

No recuerdo haber bajado los dos escalones del porche trasero ni empezar a correr, pero de repente el viento me azotaba la cara y me ardía el pecho. El tiempo se ralentizó mientras agitaba los brazos y gritaba con toda la fuerza de mis pulmones al conductor, que parecía estar buscando algo en el suelo, delante del asiento, y los ruidos del motor eran demasiado fuertes para que escuchara nada más.

Y Hudson estaba demasiado cerca de la máquina para oírme.

«¡Dios mío, Dios mío, mi hijo! Va a pasar por encima de mi bebé. Va a matarlo. ¡Oh, Dios mío, no, por favor! ¡No, por favor! ¡No, por favor, por favor! ¡Dios mío, no!».

No iba a conseguirlo. No llegaría a él a tiempo..., y mi única oportunidad era alcanzarlo y apartarlo del camino. Era la única opción, pero todavía estaba demasiado lejos. Sintiendo una fuerte ráfaga de adrenalina, me abalancé hacia la

tierra blanda de los cultivos.

Todo sucedió en un instante. Hudson se detuvo de repente y extendió la mano, girando hacia la izquierda, todavía en la trayectoria de la máquina, pero ahora en dirección contraria. Aunque era poca distancia, eso hizo que mi esperanza renaciera. Mi cuerpo se estrelló contra el suyo antes de que lo cogiera entre mis brazos para empujarlo con todas mis fuerzas, justo antes de caer sobre el suelo, haciéndome un ovillo y rodando a un lado, con el poco aliento que me quedaba en los pulmones.

Esperé la aplastante presión de las ruedas, pero pasaron por mi lado, a la derecha. Sentí el calor de la enorme máquina cuando los frenos chirriaron, y me estremecí cuando se detuvo a poca distancia.

Empecé a llorar, estremeciéndome, mientras cogía grandes bocanadas de aire. El conductor nos había visto por fin.

Unos pasos golpearon la tierra y alguien me cogió entre sus brazos.

—Mi bebé —gemí—. Mi bebé...

—Lo ha cogido Joaquín —me explicó Preston con la voz ronca por el pánico—. Está bien. Está llorando con fuerza y, por una vez, me resulta agradable. Qué locura, ¿verdad? ¿Lo oyes? —Sí, lo oía. Un llanto que me decía que había pasado miedo, pero que no estaba herido. Y yo conocía cada uno de sus tonos. Era su madre. «Era su madre»—. Suena tan fuerte como la noche que salió, ¿verdad, Lia? Ese aullido fuerte y feroz. Está bien. Lo has salvado, Annalia. Le has salvado la vida.

—¡Joder! —Oí que el conductor de la maquinaria se precipitaba hacia donde yo estaba—. Dios, solo he mirado abajo un segundo. El pedal del acelerador se atascaba y... ¡joder!, no los he visto. —Parecía casi tan asustado como Preston.

—Estamos bien, Tom. Lleva la máquina al granero por ahora, ¿de acuerdo? Ya terminarás mañana. Vale, no ha sido culpa tuya.

El hombre se detuvo un segundo.

—Lo siento mucho, señora. ¡Dios, y si...! ¿Seguro que está bien?

Todavía estaba llorando, pero me las arreglé para asentir con la cabeza y ofrecerle una leve sonrisa antes de mirar a Preston.

—Hubiera muerto por él —aseguré, buscando sus ojos—. Hubiera muerto con gusto por mi bebé, Preston. Estaba dispuesta a ello. No lo dudé ni un segundo.

Preston usó el pulgar para limpiarme algo de la mejilla, con el ceño fruncido y los ojos todavía brillantes de pánico. Notaba que su enorme cuerpo temblaba contra el mío.

—Lo sé, Annalia. ¿Es que lo dudabas? —Movié las manos por mi cuerpo

como si quisiera comprobar si tenía alguna lesión—. ¿Te duele algo?

Miré por encima del hombro al lugar donde Joaquín sostenía a Hudson, haciéndolo rebotar entre sus brazos. Tracie estaba con ellos, así como Rosa y Alejandro. Mi jefa murmuraba a mi hijo palabras suaves, y su marido tenía puesta una mano sobre su hombro.

Me concentré de nuevo en mi propio cuerpo, intentando responder a la pregunta de Preston. Me dolía mucho el tobillo, pero nada más.

—Solo el tobillo —expliqué, estirando la pierna. Preston me sostuvo y me guio hasta Hudson. Oh, sí... Tenía que comprobar por mí misma que estaba bien.

Le pasé la mano por la cabeza al tiempo que me inclinaba para besarle la mejilla, inhalando su aroma y tranquilizándome al saber que estaba bien.

—Mami... —dijo, echándose a llorar.

—Sí, cariño. Soy mami. Soy mamá, *cielito*.

—¡Col! —añadió, exuberante. Sonreí y miré a Preston confusa. Él se encogió de hombros, con los labios curvados.

Hudson señaló un lugar a la izquierda con su dedo regordete, en la dirección que había seguido en el último segundo, los dos o tres pasos que le habían salvado la vida.

—¡Col! —insistió.

Incliné la cabeza presa de una profunda sensación de asombro.

—¿Estás llamando a Cole, cariño?

Noté que Preston tensaba los brazos con los que me rodeaba, pero Hudson sonrió.

—¡Col! —afirmó. Y, con aparente satisfacción, señaló hacia la casa.

—Sí —murmuré con la voz temblorosa—. A mí también me gustaría regresar.

—Aquí tienes, hija —murmuró Rosa, pasándome la mano por el pelo mientras me entregaba la taza de té.

Sonreí mientras tomaba un sorbo.

—Gracias, Rosa.

—¿Qué tal está el tobillo?

Me miré el pie, que reposaba en una almohada elevada. Estaba rojo y algo hinchado, pero el hielo que me había aplicado había reducido la mayor parte de la inflamación, y las dos pastillas de ibuprofeno habían hecho disminuir la molestia. Estaba casi segura de que no estaba roto, aunque si mañana estaba peor, iría al médico. Por ahora, solo quería —necesitaba— una cosa: estar en la

misma casa que Hudson.

—Bien.

Rosa se sentó en el borde de la cama y las dos levantamos la vista cuando mi madre se detuvo en la puerta. Allí, se retorció las manos, como si no estuviera segura de si debía estar allí o no.

—Mamá, pasa —la invité en voz baja.

La señora Sawyer se había marchado una hora antes a San Francisco. Había sugerido cancelar el viaje después de los traumáticos acontecimientos del día, pero Preston le había asegurado que todo estaba bien, y que aquellas vacaciones serían lo mejor para ella. Me aliviaba saber que tendríamos la casa para nosotros.

Mi madre entró y se sentó en un extremo de la cama, sonriendo a Rosa. Luego esta se volvió hacia mí y me acarició la pierna con suavidad.

—Preston ha llevado a Hudson a la cama. Cuando he pasado por delante de su habitación, Hudson le exigía que le leyera otro cuento. Al parecer está sacando ventaja de tanta atención.

Sonreí.

—Preston es un buen padre.

—Sí que lo es. Y tú eres una buena madre. —Rosa lanzó un vistazo a mi madre y luego volvió a mirarme—. He escuchado lo que le has dicho después del accidente. ¿Has dudado de ti misma, cielo? —Sus ojos sabios me observaban con tanta ternura que noté que las lágrimas me quemaban los párpados.

Solté un suspiro.

—En parte me fui porque pensaba que... pensaba que no era una buena madre.

Rosa me cogió la mano entre las suyas.

—¡Oh, Annalia! ¿Por qué pensabas eso?

Bajé la vista, mordiéndome el labio.

—Traté de darle el pecho, pero no pude. No conseguí que se prendiera, y él solo lloraba y lloraba. —Cogí aire de forma temblorosa—. Al final me di por vencida y le di biberón..., y luego...—La miré parpadeando. Dios, seguía resultándome difícil hablar sobre esto, pero necesitaba decirlo. Miré a mi madre, y cuando empecé a hablar de nuevo, lo hice en español para que ella también entendiera lo que estaba diciendo—. Cuando Hudson tenía cuatro meses, empecé a tener... visiones en las que resultaba dañado. —Me estremecí de pies a cabeza—. Me veía a mí misma dejándolo caer, o lo metía en la bañera y se hundía en el agua. —Negué con la cabeza, queriendo borrar esos recuerdos, el miedo, el horror que provocaba la intensidad de lo que había visto en mi mente, imágenes que me llenaban de terror y pánico.

—¡Oh, Annalia! Eso no es inusual —aseguró Rosa, hablándome también ella en español—. ¿Era como si te acercaras a una escalera y te imaginaras que lo hacías caer, por lo que lo sostenías con más fuerza y luego bajabas los escalones tan lenta como una tortuga?

La miré parpadeando antes de contener la respiración con un siseo.

—Sí —susurre—. Sí, así...

—Eso es normal, cariño. Creo que es a causa de las hormonas que segregas, pero es la forma natural de garantizar que protegemos a nuestros hijos. Esas señales de peligro son más fuertes cuando son bebés, y pueden llegar a dar miedo porque las imágenes que se forman en nuestra mente son muy reales. Pero quieren decir que eres una buena madre. ¡Oh, *mi amor!* Qué sola te has sentido, ¿verdad?

Asentí con la cabeza; sus palabras me hicieron sentir triste, pero sobre todo... —¡oh, sobre todo!— me llenaron de un alivio tan intenso que me salió la voz entrecortada.

—Sí —dije—, sí, pero...

—Todos necesitamos a la comunidad. Es muy importante para las madres primerizas. Hay tantas preguntas, tantas dudas...

—Sí —confirmé, mirando a mi madre.

Rosa también la miró.

—Usted sabe a qué me refiero, ¿verdad, Gloria? ¿A la comunidad?

Mi madre pareció sorprendida, pero reconoció lo que Rosa había dicho afirmando con la cabeza mientras me miraba fijamente.

Rosa extendió la otra mano y cogió la de mi madre.

—Me parece como si usted también hubiera pasado momentos muy difíciles, Gloria. Pero tenía a Annalia. Le han dado un ángel que ha trabajado muy duro y se ha asegurado de que tuviera todo lo necesario. Un ángel en forma de niña. ¡Bendita sea!

Mi madre miró a Rosa con intensidad durante un buen rato, y cuando clavó los ojos en mí, solté un suave jadeo. Le tendí la mano y ella la cogió, formando las tres un círculo.

—Sí —convino con suavidad, con una nota de asombro confuso en su voz. Tenía una expresión algo aturdida y me estuvo estudiando durante varios segundos como si me viera por primera vez. Y quizá lo hiciera.

—Sí, un ángel.

## ANNALIA

Sonreí con ternura cuando Preston entró en la habitación y se sentó a mi lado, en el mismo sitio que Rosa había ocupado un rato antes. Entre todos habían cargado los alimentos en los coches hacía solo unos minutos. Únicamente se habían rellenado un centenar de tamales antes del incidente con Hudson. Eran más o menos los que se solían utilizar en el evento, por lo que resultaban suficientes, y Rosa me había asegurado que estar aquí, en lugar de en un hospital, ya era suficiente motivo de alegría y celebración.

—¿Está dormido? —pregunté en voz baja.

—Profundamente. Sin ninguna preocupación en el mundo.

Respiré hondo y solté el aire.

—Ha estado muy cerca, Preston. Ha sido un aviso.

Me pasó la mano por la mejilla y luego ahuecó la gran palma para que me apoyara en ella con afecto.

—Lo sé. Ya les he dicho a los chicos que mañana empezaremos a levantar una valla.

Sonreí para mis adentros, pero sonreí.

—Al parecer, el pequeño vikingo con sangre de guerrero maya va a necesitar más límites de los que pensábamos.

Se rio por lo bajo antes de inclinarse y rozar mis labios con los suyos, recreándose en ellos durante un momento

Cuando se retiró, busqué sus ojos.

—Preston, la forma en la que Hudson ha dicho el nombre de Cole... ¿Crees que... la forma en la que alargó la mano y se dio la vuelta en el último momento... ? Fue casi como si alguien hubiera... conseguido llamar su atención. Como si lo hubiera llamado él.

Él negó con la cabeza muy despacio.

—No lo sé. Ha escuchado antes ese nombre. Podría estar repitiéndolo por alguna razón que tiene sentido para su mente de bebé, y nunca lograremos entenderlo.

—Sí, quizá. —Sin embargo, de alguna forma... no me parecía que fuera así. Y por la indecisión que detecté en el tono de Preston, supe que él tampoco lo pensaba. Había estado allí, y había sentido... algo que no podía explicar, al menos con palabras.

Preston me apartó un mechón de pelo de la mejilla.

—Mi madre me llevó a un lado antes de irse y me dijo que te lo agradeciera. Lo repitió una y otra vez. —Movi6 la cabeza a un lado con expresi6n reflexiva—. Parecía... desencajada, pero aliviada. Perdi6 a un hijo, y observarte salvar la vida de su nieto poniendo en peligro la tuya creo que hizo que cambiara algo en su interior. Espero que fuera así. —Sonri6 con ironía antes de continuar—. Me ha dicho que debes llamarla Camille.

Solté el aire con una risa silenciosa. Quizá lo había hecho de buena fe. Eso esperaba. Jamás había querido que mi relaci6n con la madre de Preston fuera artificial y forzada.

Preston apoy6 la frente en la mía, y nos limitamos a respirar al mismo ritmo durante unos segundos.

—Te amo —susurr6.

—Yo tambi6n te amo. —Me eché hacia atrás para poder mirarla a los ojos—. Hazme el amor, Preston. Necesito sentirte.

Abri6 mucho los ojos.

—¿Estás segura? ¿Hemos tenido suficientes citas para...?

Me reí.

—No vamos a dejar de ser novios despu6s de hacer el amor, ¿verdad?

—No. Dios, no. Nunca.

—Entonces, sí, estoy muy segura.

Me encerr6 la cara entre las manos y me acarici6 la piel con ternura mientras movía los labios sobre los míos, besándome lenta y cuidadosamente. Me apreté contra las almohadas al tiempo que le rodeaba el cuello con los brazos, estrechándolo contra mí cuando abandon6 mis labios, echando la cabeza a un lado para que pudiera mover la boca hacia mi cuello.

Susurr6 contra mi piel, haciendo que gimiera y hundiera los dedos en su pelo.

—Ardo por ti, Annalia —me dijo bajito al oído, con la voz ronca.

—Preston... —jadeé sin aliento cuando noté que me humedecía entre las piernas al sentir su cálido aliento en la oreja mientras decía esas palabras, «Ardo por ti, Annalia».

Él se levant6 y baj6 la intensidad de la lámpara antes de cerrar las persianas, aunque solo había campos frente a la ventana. Lo miré mientras hacía todas esas

cosas de forma lenta y deliberada, preparando la habitación para lo que estaba a punto de ocurrir. La emoción se encendió en mi interior y me hizo sentir caliente y algo jadeante.

«¡Oh, yo también ardo por ti!».

Se quitó la camiseta y me reservé un momento para admirarlo: el brillo dorado de su piel, los músculos acerados de un hombre que realizaba trabajo físico a diario. Un hombre que usaba su cuerpo para mantener a su familia, que se secaba el sudor y la suciedad de la frente al final del día.

La parte más primitiva de mí encontraba una profunda satisfacción en eso. No estaba segura de que quisiera compartir esa idea con nadie, supuse que podría considerarse algo anticuada para los tiempos en los que vivíamos y la edad que teníamos. Pero no era solo un pensamiento, una idea, era una profunda sensación que residía en mis huesos, una oleada de innegable orgullo femenino ante tal despliegue de masculinidad. Otras mujeres que estaban con hombres que utilizaban sus cuerpos y sus mentes para poner la comida en la mesa me entenderían. Esto era mi sueño, algo idílico que nunca había imaginado que fuera posible. Esto tenía importancia. Este era el lugar donde mi corazón siempre había anhelado estar.

—Ven aquí, chico de granja —le pedí en voz baja. Mi tono era ronco, lo que demostraba claramente mi excitación, el profundo y duradero amor que brotaba de mi corazón hacia este hombre.

Me miró el pie mientras se acercaba a la cama.

—¿Qué tal está tu tobillo?

Bajé la mirada hacia la pierna. Me había olvidado del dolor.

—Bien.

Me respondió subiéndose a la cama, donde nos desnudamos el uno al otro lentamente.

—Tienes que dejar de usar blusas con botones —me dijo entre risas mientras intentaba desabrocharlos. Respiró hondo, intentando agilizar los dedos. Al parecer estaba determinado a no dejarse llevar por la pasión.

Cuando completó la tarea, sonreí y suspiré al notar que acercaba su boca a mis pechos y pasaba la barbilla, áspera por la barba incipiente, sobre ellos. Gemí, aferrándome a su pelo perdida en las sensaciones que provocaba su piel rugosa en mi tierna carne.

Nuestros ojos se encontraron cuando Preston me rodeó con los brazos para desabrocharme el sujetador, y las sombras de su mirada me hicieron estremecer. Arrojó la prenda a un lado antes de clavar los ojos durante un momento en mis

pechos desnudos, y luego se echó hacia atrás para bajarme la ropa interior por las piernas hasta que estuve completamente desnuda. Intenté sosegarme, pero estaba un poco nerviosa al quedarme expuesta ante él. Preston no dijo nada, como si sintiera mi repentina reserva. Se acercó de nuevo poco a poco a mí, y se detuvo junto a mi vientre, donde me dibujó las marcas dejadas por el embarazo con la lengua.

«¡Oh!».

Mientras besaba esa parte de mi cuerpo que no había querido que él viera, sentí que su erección palpitaba y se hacía más grande contra mi muslo, separados solo por el fino algodón de su ropa interior. Soltó un sonido que parecía un gruñido, haciendo que levantara la cabeza para mirarlo.

—¿Te excitan mis estrías? —pregunté asombrada.

—¡Dios, sí! —dijo entre besos, subiendo hasta que me cogió la cara entre las manos y mirándome con el corazón asomando en sus serios ojos azules—. Concebimos un bebé con amor, y lo has llevado dentro de tu cuerpo. Esas marcas son la prueba física de que eres mía..., y nada es más sexy para mí. Nada.

Solté un suspiro de alivio y emoción. Buscó de nuevo mis labios y me besó profundamente durante un buen rato, mientras mi sangre hervía una vez más y el deseo florecía dentro de mí.

Un minuto después, se echó atrás para quitarse los *boxers*. Su erección surgió ante mí antes de que se volviera a acercar, poniendo una rodilla entre mis muslos para obligarme a separarlos un poco.

Me sujeté a sus hombros mientras inclinaba los labios hacia mis pechos. Me succionó un sensible pezón con el húmedo calor de su boca. «¡Oh!».

Arqueé la espalda, dejándome llevar por aquella deliciosa sensación, que me hacía gemir mientras unas chispas irradiaban desde mi pezón hasta aquel punto sensible entre mis piernas.

—Annalia... —gimió cuando me retorcí contra su muslo. Parecía tan dolorido que mi pecho se hinchó de amor y algo de diversión.

—Quiero tocarte... ¿Podrías decirme cómo?

Su respuesta fue un gemido ahogado mientras llevaba mi mano entre sus piernas, luego movió una al tiempo que se tumbaba de espaldas, dejándome libre acceso para que pudiera aprender a conocerlo.

—Oh... —susurré con asombro mientras me inclinaba sobre él para sostener su rígida longitud—. Es suave... pero duro... Parece terciopelo. —Pasé lentamente un dedo por la parte inferior y observé con fascinación cómo brotaba

una gota de humedad en la punta. Usé el pulgar para extender ese líquido sobre el glande color púrpura, y luego sopesé los testículos con la mano, probando su peso al tiempo que disfrutaba de su suavidad.

—Dios mío, si hubiera visto esto la primera vez, habría estado esperando un embarazo. Son... impresionantes... —bromeé, aunque solo en parte.

Preston se rio con un gemido ahogado, cubriéndose los ojos con el brazo mientras torcía los labios en una expresión que era tanto de diversión como de dolor.

Lo exploré durante unos minutos más y, de repente, me encontré de espaldas sobre la cama. Solté un jadeo de sorpresa al ver la expresión de Preston cuando se apoderó de mí: su mirada intensa y la mandíbula rígida.

—Me estás volviendo loco, Lia —confesó con la voz ronca. Aparté la vista para mirar la tensión que mostraba cada músculo de su cuerpo, parecía estar haciendo un esfuerzo brutal. Sabía lo que estaba sintiendo, pues me encontraba en la misma situación. Separé los muslos debajo de él y noté cómo soltaba el aliento de forma temblorosa mientras buscaba la entrada de mi cuerpo y se hundía centímetro a centímetro. Tenía los músculos duros por el esfuerzo de moverse con tanta lentitud.

—Te amo...

Buscó mis labios con la boca al tiempo que penetraba por completo en mi interior, uniendo nuestros cuerpos. Gemí contra sus labios mientras le rodeaba las caderas con las piernas. Luego empezó a moverse lenta, muy lentamente, de forma deliciosa. Podía sentir el latido de su corazón contra mi pecho, y también entre las piernas, donde estábamos unidos, y parecía llenarme hasta que mi propio corazón latió en sincronía con el suyo, como si se hubieran convertido en uno solo.

Preston se meció contra mí, moviéndose con cortos empujes, y yo le salía al encuentro mientras miles de escalofríos de placer me atravesaban cada vez que nuestras pelvis se tocaban. Nos impulsamos de esa manera durante un buen rato, buscando la conexión más profunda al tiempo que nuestros jadeos de placer se mezclaban, que nuestros olores se fusionaban, convirtiéndose en algo más profundo y sexual, algo que éramos nosotros.

La dicha me atravesaba, llevándome más alto, pero no lo suficiente. Separé la boca de la suya.

—Más rápido, Preston, necesito...

Él soltó un jadeo.

—Sí, Annalia, dime qué necesitas. ¡Oh, Dios mío! —Oír aquella emoción en

su voz se añadió a mi propia excitación. Aceleró el ritmo, gimiendo mientras volvía a cubrirme la boca, imitando con la lengua entre mis labios el mismo movimiento que hacía su sexo contra el mío.

Le pasé las manos por la piel húmeda de la espalda mientras mi placer subía sin control. Salí al encuentro de sus embestidas, aferrándome a los tensos músculos de sus bíceps, disfrutando de la sensación de su duro cuerpo encima de mí. El placer me inundó de repente, en un estallido de felicidad, y me arqueé gritando su nombre, apenas consciente de su propio grito de placer y de las palabras inconexas que salieron de sus labios mientras enterraba la cara contra mi cuello, estremeciéndose por el orgasmo.

Sentí los muslos temblorosos como gelatina cuando los bajé de sus caderas. Gimió al retirarse de mi interior, pero buscó mi boca, dándome un beso lento que duró varios minutos. Al final, rodó a un lado, llevándose con él, y me sostuvo entre sus brazos mientras nuestras respiraciones se calmaban. Sentía los músculos lánguidos y flojos, y sonreí, estirándome como una gata satisfecha contra su piel.

Sentí su sonrisa contra el lateral del cuello mientras me estrechaba con más fuerza, pegándose a él. Me susurró palabras de amor y devoción, y yo le respondí con la misma intensidad. Hicimos planes, compartiendo con él todos los sueños que albergaba en mi corazón para mí, para nosotros, para Hudson y para otros hijos que pudiéramos tener, bebés que ya no me daba miedo tener.

Siempre había sido una soñadora, pero ahora, en este momento, estaba compartiendo mis sueños con el hombre al que amaba, y de repente todo era muy grande... Grande e infinitamente glorioso.

## EPÍLOGO

PRESTON

SIETE AÑOS DESPUÉS

Rodeé lentamente a mi esposa con los brazos, y ella inclinó la cabeza a un lado, dejando al descubierto el tierno lateral de su cuello para que pudiera rozarlo con los labios. Aquel gesto familiar inundó mi corazón mientras aspiraba su olor.

«Annalia».

Le cubrí el vientre con las palmas de las manos, sintiendo la curva de su embarazo, sonriendo contra su piel con el orgullo masculino que me atravesaba ante la prueba de mis redoblados esfuerzos.

—Va a ser el último — dijo.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Sin embargo, esta vez es de verdad.

—Mmm... —canturreé—. Ya veremos...

Ella soltó una risita y se concentró de nuevo en la pared llena de fotografías que estaba estudiando cuando me acerqué a ella por detrás.

Años atrás, Lia había escrito a su tía para pedirle que le prestara algunas fotografías para hacer copias de ellas, y su tía le envió las pocas que tenía. Lia había enmarcado los duplicados, que ahora colgaban en la pared de la galería para que nuestros hijos pudieran ver representados también sus orígenes maternos.

—¿Te gusta mucho mirar esta pared? —pregunté.

—Mmm... Me gusta imaginar lo que había en su corazón, qué sueños tenían —comenté.

Levantó la mano y señaló a uno de mis parientes más serios.

—Este tipo de aquí parece que está deseando ir al cuarto de baño.

Ella se rio y me dio un leve golpe en la mano que todavía estaba sobre su vientre.

—Para. Quizá tuviera un mal año.

«Ah... Un mal año». Sí, éramos conscientes de lo que era tener un mal año,

pero también sabíamos lo que era tener siete años de alegría después de ese si estábamos dispuestos a empezar de nuevo, a esforzarnos más, a hablar más, y de vez en cuando a bailar baladas de amor de los 80 en la cocina porque no podíamos encontrar respuestas. Al final, había resultado que eso era una respuesta en sí misma. Sí, sabíamos bien lo que era.

Moví los ojos a la pequeña sombra donde Lia había pegado las dos piezas del vidrio, formando el corazón original. Todavía se notaba la línea por donde estaba roto, pero ahora había pegado los dos trozos, y formaban un todo completo.

«Igual que nosotros dos». Juntos. Sanados. Completos.

Volví a buscar el suave calor de su cuello otra vez.

—Haces que se me debiliten las rodillas —murmuré.

La abraza con más fuerza y ella se apoyó en mí.

—Tú también me debilitas las rodillas, chico de granja.

Sonreí.

—¿Te sientas conmigo en el porche?

—Sí, pero antes quiero ver a los niños.

Nos acercamos juntos, de puntillas, a cada habitación, arrojando sus pequeños cuerpos, tapando las extremidades que el sueño había dejado al aire, y quitando los libros abiertos de encima de sus pechos.

Hudson, que ya había cumplido ocho años, era un niño temerario de sonrisa fácil con un corazón de oro. Matteo era serio y demasiado inteligente para sus cinco años, y nuestra pequeña Luciana, de tres años, gobernaba a sus hermanos y a mí mismo con mano de hierro y una sonrisa llena de hoyuelos.

Satisfecho de que estuvieran sanos y salvos, bajamos y nos sentamos en el balancín del porche. Lia suspiró de satisfacción mientras se apoyaba en mí y le puse un brazo en los hombros al tiempo que me apoyaba en el pie para balancearnos lentamente.

Aquel anochecer de verano estaba lleno de ruidos y actividades: el canto de los grillos, el susurro de las aves nocturnas en los árboles, el ulular del búho en la distancia y el zumbido del aire acondicionado que por fin habíamos instalado el año que nació Matteo.

El calor del verano mostraba en su esplendor la embriagadora exuberancia de los olores de la granja: hierba recién cortada, el dulce aroma de la madre selva que crecía cerca e, incluso aquí, el de la tierra limpia, y el de las diversas plantas que crecían en ella.

Las estrellas comenzaron a aparecer, brillantes fragmentos de diamantes que centelleaban en el oscuro cielo nocturno. Mi hermano estaba allí arriba, entre

todas ellas. A veces, cuando tenía que tomar una decisión difícil, sentía un pequeño empujón interno para ir en una u otra dirección, y siempre lo atribuía a Cole. Y eso me recordaba que las estrellas no solo eran preciosas, también podían guiar tu camino.

Las cadenas que sujetaban el columpio crujieron con suavidad, y puse de nuevo la mano en el vientre de mi esposa para sentir el cálido movimiento de la vida que crecía en su interior.

—¿Crees que será un niño o una niña?

—Un niño.

Me reí.

—Eso solo son ganas de que no sea otra niña después de Luci.

También ella se rio.

—Es posible. No sé si podríamos ocuparnos de dos como ella. —Pero su voz estaba tan llena de amor que sonreí. Luciana era... un torbellino, pero el torbellino de mejor corazón que Dios había creado.

Lia suspiró, un suave sonido que se perdió en la brisa de la noche.

—Me encanta esta casa —murmuró. La besé en la coronilla. Yo también adoraba nuestro hogar. Aunque siete años antes había tomado la decisión de construir otra casa en la propiedad, cuando le había hablado a mi madre al respecto, me había confesado que estaba viéndose con un hombre del pueblo, el dueño de uno de los dos bancos de Linmoor, y que él le había pedido que se casara con él. Poco después, se había mudado con él y Lia había venido a vivir conmigo.

Un magnífico día veraniego de ese mismo año, me casé con Lia bajo el árbol que había junto a la valla, en el mismo sitio que ella nos esperaba a Cole y a mí. Solo habíamos estado presentes nosotros dos, Hudson y el cura, pero había sentido la presencia de Cole, y había sabido que, de alguna manera, él también estaba allí, sonriendo.

Después, habíamos ofrecido una fiesta en el Abuelo's a la que asistieron mi madre, varios amigos suyos, la madre de Lia y alrededor de trescientos amigos y parientes de Rosa y Alejandro. Nos habíamos reído y bailado, y también habíamos bebido demasiado tequila. Todos formaban parte de nuestra familia desde entonces, y no solo nos habían acogido a nosotros, sino también a su madre, que ahora sonreía de forma casi regular.

La habíamos ayudado a convertirse en una residente legal permanente cuando Annalia estaba embarazada de Matteo. Cuando le concedieron la ciudadanía, habíamos organizado una fiesta y su hermana Florencia había viajado desde

Texas para unirse a nosotros. Había sido un momento muy feliz cuando la madre de Lia entró en la habitación y la vio. Le había sonreído con timidez, y con un orgullo que me hizo sentir una opresión en el corazón.

Con frecuencia ofrecíamos barbacoas en la granja, donde comíamos perritos calientes y tamales, pastel de manzana y churros, al son de música de los 80 y baladas latinas hasta que el sol se ponía. Era una locura maravillosa, y siempre me sentía aturdido cuando terminaban, como si acabara de bajarme de un tiovivo del amor.

Nuestra nueva familia se había dejado caer en el hospital en cada parto, creando un campamento en la sala de espera con comida que olía tan deliciosamente que los médicos y enfermeras de todo el edificio se acercaban para participar en la celebración. Y, sobre todo cuando nació Matteo, Rosa y la madre de Lia habían estado cerca para ayudarnos con la tarea de sacar adelante a un recién nacido y ayudar a Lia a reconocer los síntomas de la depresión que había superado sola con Hudson. Ya no estaba sola, y eso suponía una gran diferencia. Los dos habíamos echado de menos aquella cercanía la primera vez, y ahora estábamos juntos cada momento que podíamos con los niños, surcando las agitadas aguas de la vida en común.

La granja había prosperado y crecido, y ahora empleaba al doble de personas que mi padre. Lia se había involucrado mucho en la tarea de ayudar a los trabajadores inmigrantes del campamento que había a las afueras del pueblo, y los defendía en todos los asuntos que podía. No era cosa nuestra hacer leyes, pero los dos ayudábamos en lo que podíamos, yo como dueño de la propiedad y Lia como defensora de los derechos de aquellos que carecían de ellos.

No era político, mi trabajo servía para alimentar a la gente. Y Lia hacía lo mismo, solo que no con comida, sino con el amor y el valor que había adquirido al librarse de los límites que se había puesto a sí misma. Alimentaba el hambre de esperanza de las almas de la gente, y al hacerlo, daba de comer a la mía y a la suya, y también a las de nuestros hijos.

A veces, me gustaba verla atravesar hacia mí los campos en los que estaba trabajando, con paso firme, la barbilla en alto... Yo dejaba a un lado lo que estaba haciendo para ver su expresión y adivinar qué era lo que la había traído.

—Has venido a protestar, ¿verdad? —acostumbraba a decirle con una sonrisa. La miraba de forma perezosa porque siempre se ponía muy sexy cuando algo le inquietaba, y eso la hacía ser tan apasionada como un rayo de luz. Entonces se ponía con los brazos en jarras y me miraba, pero luego me sonreía y me hablaba sobre aquello que no le parecía bien.

Siempre la impulsaban los sueños, no solo los suyos, sino también los de los demás. Eso era lo que la hacía tan hermosa. Al final, resultaba que eso también la hacía ser feroz.

Era poderosa, fuerte, y verla en acción era todo un espectáculo para la vista. Pero su espíritu amable nunca dejaba de brillar, y a veces, todavía la miraba cuando soñaba tranquilamente, con una corona de flores en la cabeza y mil secretos en los ojos.

Me sentía el hombre más afortunado de la tierra, porque ahora me los contaba todos.

## AGRADECIMIENTOS

Escribir un libro es un viaje. Siempre me siento muy agradecida a aquellos que han caminado a mi lado, a veces cojeando, a veces recogíendome del polvoriento camino donde he caído a llorar, ofreciéndome palabras de aliento y sabiduría mientras me tienden la mano.

Un agradecimiento muy especial a mi editora de argumento, Angela Smith, por muchas cosas, pero sobre todo por haber creído en esta historia desde el principio.

También a mi brillante y comprensiva editora, Marion Archer, que hace que mis historias sean mejores y todavía le queda tiempo para proporcionarme la terapia que, por lo general, acabo necesitando para escribir cada libro. Es bueno que me obligue a ir más allá, así llego a donde yo sola no podría.

Tessa Shapcott, que es nueva en mi equipo, cuyos reflexivos comentarios sobre mi historia han sido muy importantes. Me has ayudado a confiar en este libro, y me siento infinitamente agradecida por ello.

Mi más profunda gratitud a mis lectoras cero, que leen de primeras mis dispersas divagaciones y me ofrecen su sincera y profunda opinión: Cat Bracht, Becka Chatman, Elena Eckmeyer, Michelle Finkle, Lynnette Little, Renita McKinney y Heather Weston.

Un sincero agradecimiento a mis lectoras cero culturales: Maria Blalock, Sylvia Chayarin, Yvette Falagan, Roselia Gomez, Ginny Rose y Elizabeth Santiago. Gracias por responder a mis preguntas, por corregirme las tildes y por ser mi guía para representar de una forma tan maravillosa la rica cultura mexicana. Hay una pequeña parte de cada una de vosotras en esta historia.

Gracias a Sharon Brooks por encontrar errores que nadie más ve. Sus \*\*\*Comentarios picantes\*\*\* son los mejores.

Gracias a Amy Kehl, que leyó *El honor de Preston* y le dedicó más tiempo del que merezco. Así que me siento muy afortunada por tenerte en mi vida. Me acuerdo de tu apoyo cada mañana, cuando entro en Facebook. No creo que nunca pases desapercibida.

Gracias a Karen Lawson por la atención a los detalles; junto con Karen — profundo pozo de sabiduría— continúa enseñándome cosas en cada libro. Eres

fuentes de conocimientos, y tengo suerte de tenerte a mi lado.

Para Katy Regnery, que estuvo a mi lado cada paso del camino, animándome, mandándome mensajes inspiradores tanto de voz como de texto, que calentaron mi corazón y me proporcionaron la risa que tanto necesitaba. Este trabajo es, a menudo, muy solitario. Estaré eternamente agradecida por disfrutar de tu amistad.

Tina Kleuker, gracias por hacerme uno. Ni por un segundo lo di por sentado. Un abrazo enorme.

Gracias a Kimberly Brower, la mejor agente del mundo. Gracias por trabajar hasta la extenuación por todas sus autoras. Me siento afortunada de ser una de sus favoritas. ;-)

A ti, lector, gracias por sumergirte en los mundos que creo. Gracias por abrir tu corazón a mis personajes. Gracias por los comentarios, por hablar con tus amigos sobre mis libros, por enviarme mensajes que salen del corazón y por demostrarme de mil maneras que tengo los mejores lectores del mundo.

Gracias a los miembros de Mia's Mafia, por ser mi casa.

A todos los *bloggers* que dedican parte de su valioso tiempo a leer, elaborar reseñas, crear magníficos *fanarts* y promocionar los libros que les gustan. Sé que lo hacen con pasión, pero es una gran labor y reconozco los sacrificios que hacen a pesar de que les gusta. Los autores estaríamos perdidos sin ellos.

A mi marido, siempre, no importa por qué. Lo amo en todos los idiomas, en todas las orillas y bajo todas las circunstancias, ahora y para siempre.

## NOTAS

1 *En español en el original, en esta ocasión y en el resto de ocasiones en que aparezca en cursiva (N. de la t.).*

2 *En español en el original, en esta ocasión y en el resto de ocasiones en que aparezca en cursiva (N. de la t.).*

3 *Siglas de «International House Of Pancakes», cadena de restaurantes estadounidenses especializados en desayunos (N. de la t.).*

4 *En español en el original (N. de la t.).*

5 *En español en el original (N. de la t.).*

6 *En español en el original, en esta ocasión y en el resto de ocasiones en que aparezca en cursiva (N. de la t.).*

7 *En español en el original, en esta ocasión y en el resto de ocasiones en que aparezca en cursiva (N. de la t.).*

8 *En español en el original, en esta ocasión y en el resto de ocasiones en que aparezca en cursiva (N. de la t.).*

9 *En español en el original (N. de la t.).*

# CONTENIDO

## EXTRA

## BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



**MIA SHERIDAN** vive en Cincinnati (Ohio, Estados Unidos) con su marido y sus hijos.

Autora superventas (sus novelas han estado en lo más alto de las listas de *The New York Times* y *USA Today*, entre otras), su gran pasión es la de crear historias de amor sobre amantes que están destinados a estar juntos.

Este es su sexto título en Phoebe después de *La voz de Archer* (2016), *La decisión de Stinger* (2016), *La promesa de Grayson* (2017), *Kyland* (2017) y *La venganza de Ramsay* (2018).



[www.miasheridan.com](http://www.miasheridan.com)



FB: @miasheridanauthor



TW: @MSheridanAuthor

## SINOPSIS DE *EL HONOR DE PRESTON*



«Había una vez dos hermanos, gemelos idénticos, y aunque yo los quería a los dos, mi alma pertenecía solo a uno...».

Annalia se ha criado en la granja de los Sawyer, y ha crecido junto a los hijos gemelos de los dueños: a Cole le dio su primer beso, pero con Preston le une algo más, algo mucho más intenso, y ella sabe que es amor puro.

Preston ama profundamente a Annalia desde siempre, pero su sentido del honor, por su familia, por su gemelo, le impide conquistarla... Hasta que no puede resistirse más, y durante una calurosa noche de verano en la que sus mundos —y sus cuerpos— impactan, se desencadena una serie de acontecimientos que alterarán sus vidas para siempre y que provocan que Annalia desaparezca.

Pero Annalia regresa a la granja pasado un tiempo para reclamar lo que tanto ansía su corazón, y se encontrará a un Preston que no sabe si puede perdonarla y que no quiere arriesgarse a volver a sufrir.

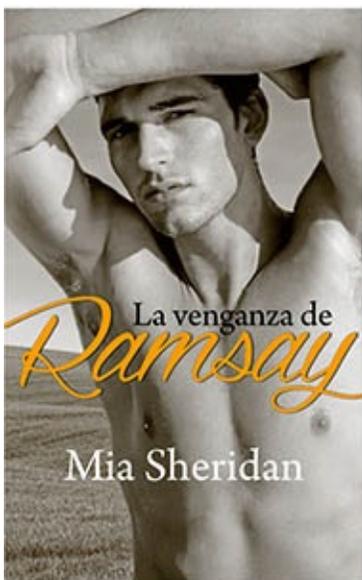
¿Impedirán el orgullo y la amargura que Preston se abra a lo único que ha anhelado siempre?  
¿Podrá Annalia arreglar algo que está irremediablemente roto? ¿Se puede perdonar lo imperdonable?

## **ANTERIORES LIBROS DE LA AUTORA**

Disponibles en papel y en digital los anteriores libros de la autora editados en el sello Phoebe de ediciones Pàmies.

En todas las librerías y grandes superficies y en todas las plataformas digitales:

## LA VENGANZA DE RAMSAY



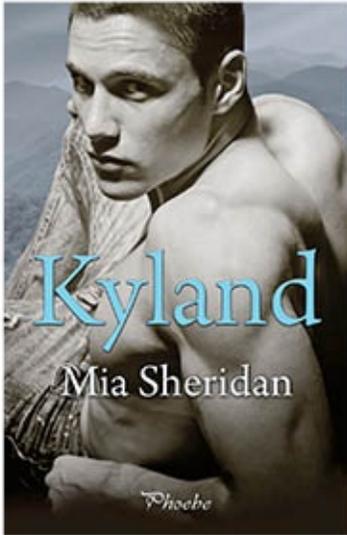
Brogan Ramsay ha vuelto a la vida de Lydia De Havilland, y ya no es aquel muchacho sensible y tranquilo que ella recuerda; se ha convertido en un hombre poderoso..., un hombre que busca venganza: Brogan no olvida que Lydia es la chica que lo engañó de la forma más cruel, dejando su corazón destrozado y a su familia en la calle..., pero tampoco olvida que es la única mujer capaz de quitarle el aliento, la única que sigue firmemente afincada en su alma. La única a la que puede amar.

Lydia De Havilland ya no es la princesita que por un capricho adolescente sedujo a Brogan Ramsay cuando este era uno de los peones del rancho de los De Havilland..., aunque ella nunca olvidó el escalofrío que experimentaba cuando él estaba cerca. Ahora Lydia tiene que enfrentarse al reencuentro con Ramsay y no se imagina qué podrá sentir en su presencia.

*La venganza de Ramsay* es una historia de traición e ira que nos habla de lo delgado que es el velo que separa el odio del amor, de la fuerza que puede llegar a tener el arrepentimiento y de lo poderoso que es el perdón. Porque cuando intentamos infligir dolor a los demás, invariablemente, es nuestro corazón el que sale más herido.

Lee [aquí](#) el principio de *La venganza de Ramsay*.

## KYLAND



Tenleigh Falyn debe luchar cada día para sobrevivir en el humilde pueblo minero de Dennville, Kentucky, en los montes Apalaches, donde vive con su hermana y su madre, quien padece una enfermedad mental. Su sueño es ganar la beca para la universidad que otorga la dirección de la mina de Dennville cada año a un estudiante de la localidad. Tenleigh sabe que esa es su única oportunidad para escapar de una vida de pobreza y escasez de oportunidades.

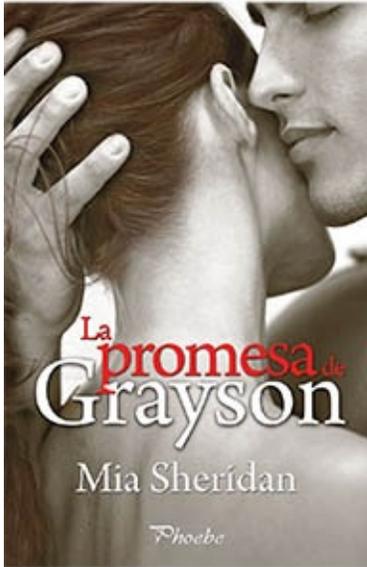
Kyland Barrett también vive en el pueblo, y siempre ha trabajado sin descanso para no morir de hambre. Se ha centrado en el objetivo de ganar la beca de la mina para salir del lugar en el que tanto dolor ha sufrido desde que era un niño.

Ambos están decididos a no mantener ninguna relación entre ellos, pero aunque se resisten con todas sus fuerzas, acaban enamorándose. ¿Qué ocurrirá ahora? Solo uno puede triunfar. Solo uno podrá marcharse. ¿Qué le pasará al que quede atrás?

Esta es una historia de esperanza y sacrificio, de dolor y perdón, pero también de un amor profundo y eterno a pesar de las adversidades.

Lee [aquí](#) el principio de *Kyland*.

## LA PROMESA DE GRAYSON



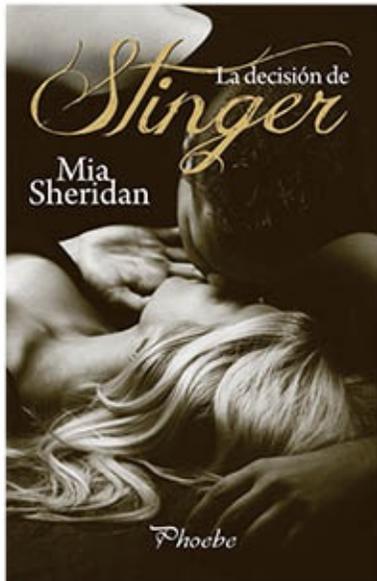
Kira Dallaire está desesperada, con poco dinero en el bolsillo y todavía menos opciones de conseguirlo. Grayson Hawthorn atraviesa una situación límite: al salir de prisión, se encuentra con que los viñedos de los que es propietario y que prometió a su padre sacar adelante están al borde de la ruina.

Cuando Kira aparece en el despacho de Grayson con una descabellada propuesta que podría resolver los problemas de ambos, a él no le queda más remedio que aceptar.

Sin embargo, lo que en principio parecía un matrimonio de conveniencia abocado al fracaso se convierte muy pronto en un choque de voluntades que dará pie a una incontenible pasión capaz de demostrar que algunas promesas deben romperse y que por otras vale la pena arriesgarlo todo..., hasta el corazón.

Lee [aquí](#) el principio de *La promesa de Grayson*.

## LA DECISIÓN DE STINGER



Grace Hamilton tiene un plan. Ha organizado su vida a la perfección y se siente orgullosa de lograr siempre sus objetivos. Sabe quién es, cómo va a vivir, jamás da un paso en falso, y nunca se ha parado a considerar lo que desea en realidad, se limita a tratar de complacer a los demás. Hasta que lo conoce a él...

Carson Stinger no conoce más reglas que las suyas. Aunque trabaja en la industria del entretenimiento para adultos, no le importa lo más mínimo lo que piensen al respecto los demás. Vive al día, sin rumbo ni planes. Tiene muy claro lo que las mujeres quieren de él y siempre ha pensado que solo hay una cosa que puede ofrecerles. Hasta que la conoce a ella...

Inesperadamente, las circunstancias los obligan a pasar varias horas juntos, y ocurre algo que los hace cambiar. Sin embargo, son dos personas que no deberían haberse conocido, que pertenecen a mundos distintos y no pueden luchar contra la realidad que envuelve sus vidas... O, por lo menos, no está escrito en el destino que lo hagan en el momento en que se encuentran...

Lee [aquí](#) el principio de *La decisión de Stinger*.

## LA VOZ DE ARCHER



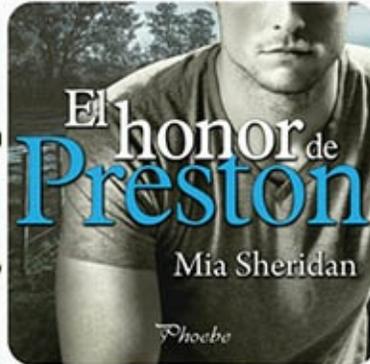
Cuando Bree Prescott llega a Pelion, un pequeño pueblo en el condado de Maine, anhela contra toda esperanza que ese sea el lugar donde finalmente pueda encontrar la paz que busca con desesperación. El primer día en su nuevo entorno se tropieza con Archer Hale, un hombre silencioso que vive aislado por un dolor tan intenso como el de ella.

Bree y Archer empiezan a sentirse atraídos el uno por el otro. Un deseo irresistible que los empuja a acercarse sin remedio. Pero su historia encuentra barreras que pueden ser insalvables...

Un hombre solitario, la mujer que lo ayuda a encontrar su voz y una pasión dulce que esconde historias pasadas de secretos por desvelar. Una historia de amor, destino y sufrimiento, pero, sobre todo, de su poder para transformarlo todo.

Lee [aquí](#) el principio de *La voz de Archer*.

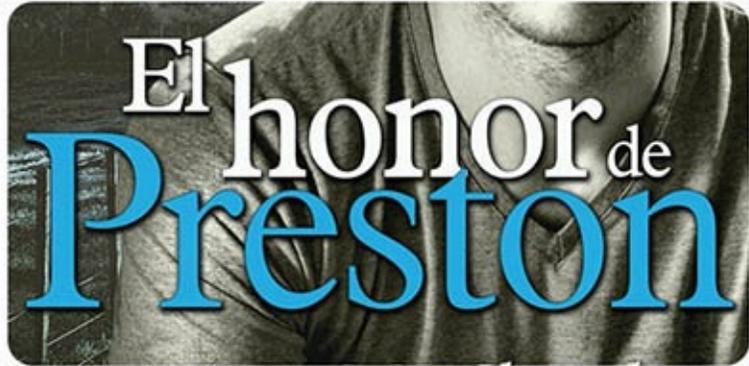
FANPICS  
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS  
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)

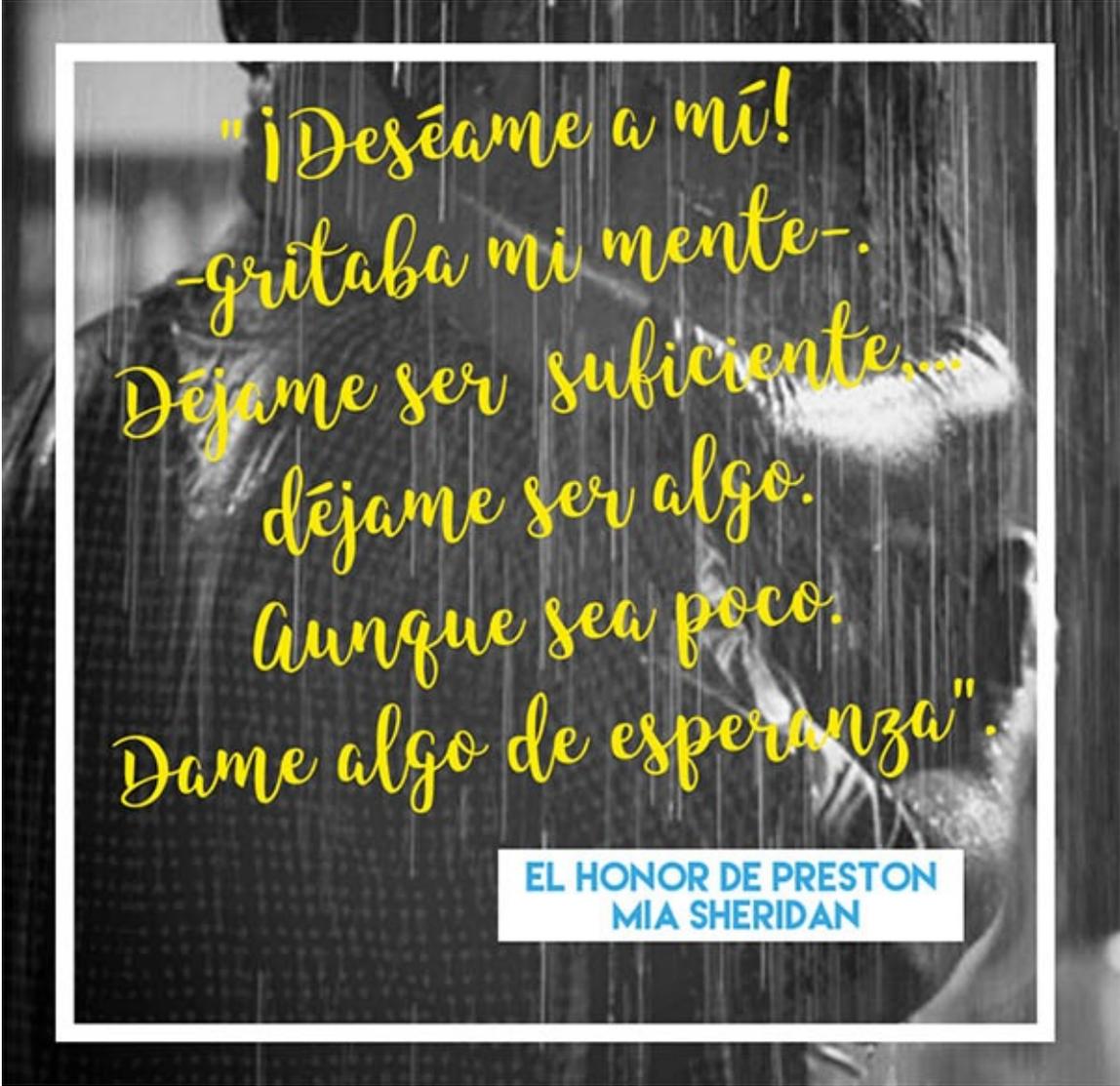


FANPICS  
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS

(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



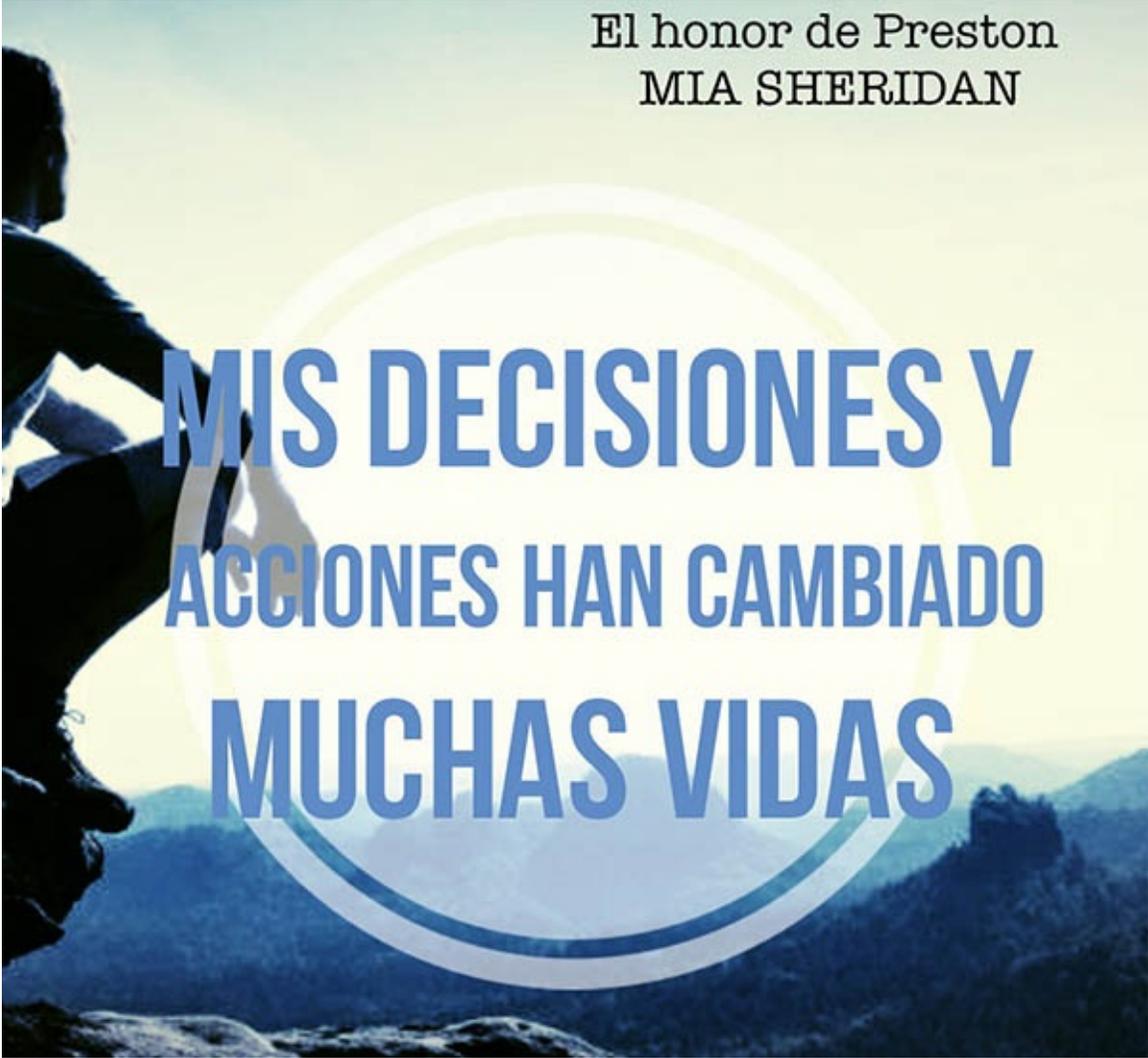
*"¡Deséame a mí!  
-gritaba mi mente-.  
Déjame ser suficiente...  
déjame ser algo.  
Aunque sea poco.  
Dame algo de esperanza".*

EL HONOR DE PRESTON  
MIA SHERIDAN

FANPICS

(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)

El honor de Preston  
MIA SHERIDAN



**MIS DECISIONES Y  
ACCIONES HAN CAMBIADO  
MUCHAS VIDAS**